*AUTHOR:*

GAUTIER, THEOPHILE

*TITLE:*

VIAJE POR ESPANA

*PLACE:*

MADRID

*DATE:*

1920

Master Negative #

91-80219-6

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

## BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record



Voyage en Espagne. Sp.
~~Mesa y Rosales~~.

Gautier, Theophile, 1811-1872.
... Viaje por España ... La traducción del francés ha sido hecha por Enrique de Mesa.
Madrid ⌈Calpe⌉ 1920.
2 v. 15 cm. (Colección universal)

Restrictions on Use:

---

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x2A
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8/30 INITIALS BG
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

# BIBLIOGRAPHIC IRREGULARITIES

MAIN
ENTRY: GAUTIER, THEOPHILE v. 2

**Bibliographic Irregularities in the Original Document**
List volumes and pages affected; include name of institution if filming borrowed text.

______Page(s) missing/not available:______

______Volumes(s) missing/not available:______

______Illegible and/or damaged page(s):______

______Page(s) or volumes(s) misnumbered:______

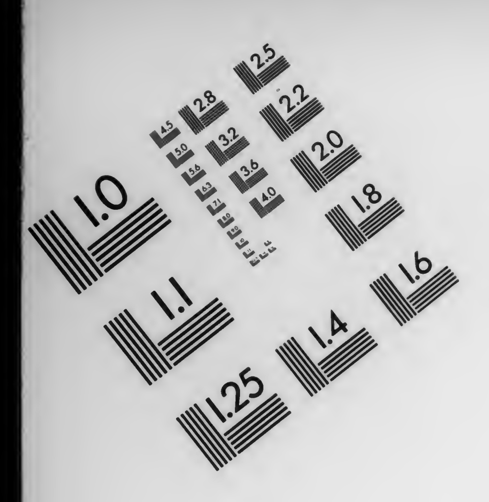
______Bound out of sequence:______

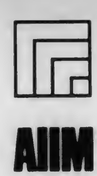
__✓__Page(s) or illustration(s) filmed from copy borrowed from: Middlebury College : pp. 188-191

______Other:______

:

# VOLUME 1

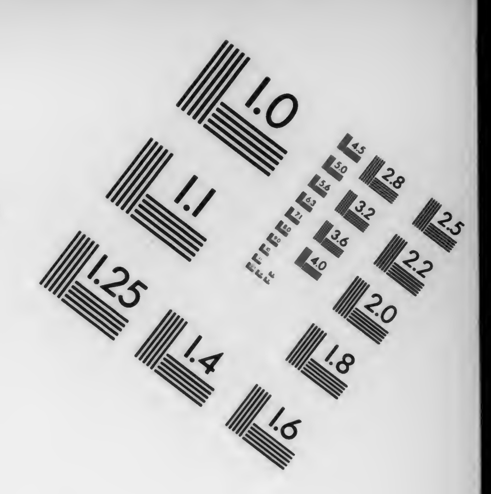


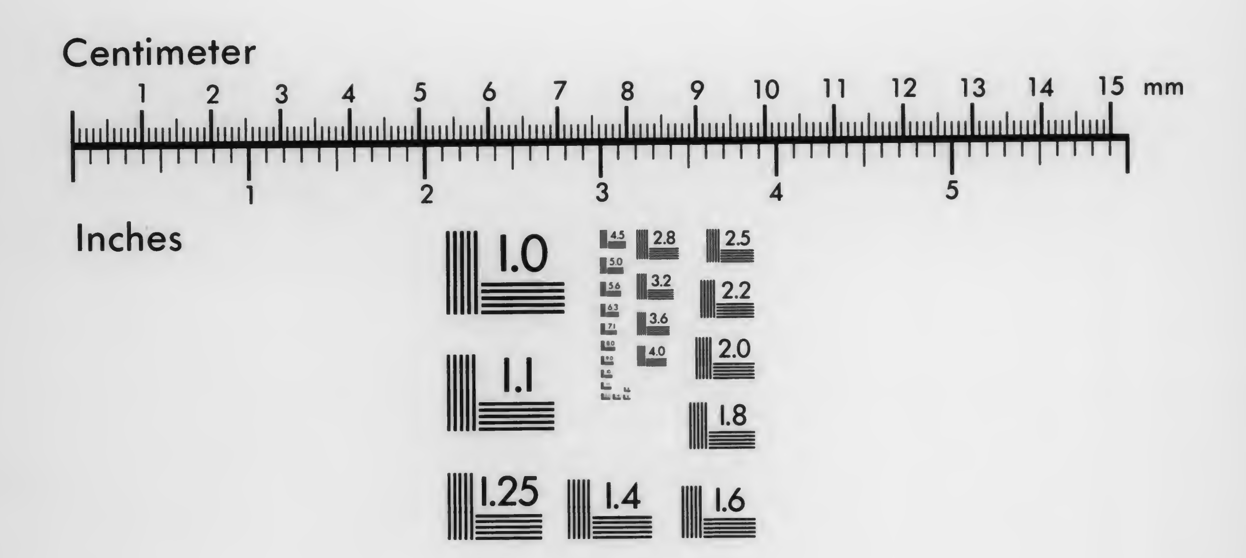


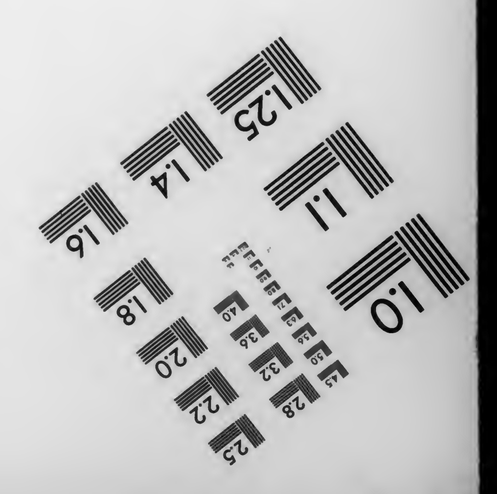
AIIM

**Association for Information and Image Management**

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202





MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.



COLECCIÓN UNIVERSAL

Teófilo Gautier

# VIAJE POR ESPAÑA

TOMO I



MCMXX

Papel especialmente fabricado por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

TEOFILO GAUTIER

# Viaje por España

TOMO I

La traducción del francés ha sido
hecha por Enrique de Mesa.




MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.



*Teófilo Gautier — 1811-1872 — empezó siendo pintor, y pronto se transformó en poeta, novelista y viajero a la caza de impresiones. Su poesía, sus novelas, sus narraciones de viajes, son obra de pintor, de orfebre, enamorado de la forma precisa, objetiva, evocadora. Sus poemas son como cuadros, estatuas, joyas. Sus* Viajes *parecen el álbum de un artista, en donde una mano firme y segura ha ido trazando los bocetos de este rincón, de aquel paisaje, de aquella iglesia ruinosa, del claustro silencioso, cubierto de hierba y de hiedra.*

*Hizo el viaje a España, acompañado de su amigo Eugenio Piot, en el año de 1840. Recorrió la Península, de Norte a Sur, deteniéndose, sobre todo, en Madrid y en Granada. Pero, a su paso por las viejas ciudades castellanas, Burgos, Toledo, se detiene con deleitación de artista, lo mira todo, lo ve todo, lo describe todo, con tal fuerza de precisión y tanta visualidad, que llega, a veces, a encontrar la pincelada enérgica, característica, que expresa la esencia misma de la tierra y aun del espíritu. Vió al Greco, y atisbó su valor. Vió Castilla, y comprendió su grandeza. Vió Granada, y allí su buril y su pincel de miniaturista hallaron rica materia en que emplearse. Es una verdadera fortuna que este hombre—pintor en el fondo del alma—haya abierto tan bien los ojos a su paso por nuestra tierra. Ello nos ha proporcionado el*

*libro más interesante que se ha escrito sobre nuestro país, desde el punto de vista más interesante que nuestro país ofrecía, a mediados del siglo pasado. Otro que no fuera Gautier, hubiera intentado* pensar *España. Gautier, "hombre para quien el mundo exterior existe"—como él mismo se definía—, se contentó con* ver *España. Y viéndola es como únicamente se llega a comprenderla.*

*Muchas veces se ha calumniado, entre nosotros, este maravilloso* VIAJE POR ESPAÑA. *Se ha dicho que Gautier pinta una España irreal, fantástica, de convención, de aparato teatral. Todo esto es falso. El que lea atentamente este* VIAJE *advertirá bien pronto lo contrario. ¿Qué valen algunas faltas de ortografía, harto disculpables, junto a la precisión y exactitud de las descripciones y a la certera intuición de lo esencial y característico en nuestro arte, en nuestro paisaje, en nuestra "apariencia"? Muchos españoles han tomado sus píos deseos por realidades. Sin embargo, no cabe negar que en España se corren toros, hay* afición, *se baila y canta flamenco; no cabe negar que en 1840 había majos, manolas, ventas, arrieros y contrabandistas. Pero lo admirable es que Gautier, además de las corridas, las manolas, los majos y los contrabandistas, vió las catedrales, los claustros, vió al Greco y a Ribera y a Zurbarán y a Valdés Leal; vió el paisaje de Castilla y de Andalucía, y lo ha descrito todo con el amor y la vivacidad de quien ha llegado a sentir la emoción singular de cuanto sus miradas abarcaban.*

# VIAJE POR ESPAÑA

A mi amigo y compañero de viaje Eugenio Piot dedico este libro.

## I

### De París a Burdeos.

Hace algunas semanas—abril 1840—, dejé caer esta frase al azar: ¡De buena gana me iría a España! A los cinco o seis días, mis amigos habían suprimido el prudente condicional con que yo mitigara mi deseo, y repetían, a quien quería oírles, que yo iba a hacer un viaje por España. A esta fórmula positiva sucedió la pregunta: "¿Cuándo se marcha usted?" Yo contesté, sin pensar para nada en el compromiso que ello suponía: "¡Dentro de ocho días!" Pasados éstos, las gentes mostrábanse muy asombradas de encontrarme en París. "Le creía a usted en Madrid"—decía uno—. "¿Ha vuelto usted ya?"—preguntaba otro.— Entonces comprendí que debía a mis amigos una ausencia de varios meses y que era preciso pa-

gar esta deuda lo más pronto posible, so pena de verme acosado sin descanso por aquellos acreedores oficiosos; los saloncillos de los teatros, los varios asfaltos y betunes elásticos de los bulevares me estaban prohibidos hasta nueva orden; todo lo que pude obtener fué una demora de tres o cuatro días, y el 5 de mayo comencé a librar a mi patria de mi presencia importuna saltando al coche de Burdeos.

Pasaré muy a la ligera por las primeras postas, que no ofrecen nada curioso. A derecha e izquierda extiéndese todo género de campos de cultivo, atigrados y manchados, que semejan a las tarjetas de los sastres en las que van pegadas las muestras de pantalones y chalecos. Tales perspectivas hacen las delicias de los agrónomos, de los propietarios y demás burgueses; pero ofrecen pasto poco substancioso al viajero entusiasta y amigo de descripciones, que, con el anteojo en la mano, va a tomar la filiación del universo.

Como salí de noche, mis primeros recuerdos, a partir de Versalles, sólo son débiles esbozos esfumados por la sombra. Mucho siento haber pasado por Chartres sin haber podido ver la catedral.

Entre Vendôme y Château-Regnault — que se pronuncia *Chtrno* en el argot de los postillones, tan bien imitado por Henri Monnier en su admirable carga de la diligencia—se elevan colinas selvosas. Los habitantes cavan sus casas en la



roca viva, moran bajo tierra como los antiguos trogloditas, y venden la tierra que sacan de sus excavaciones, de suerte que cada casa cavada produce una de relieve, como un yeso que se sacase de un molde o una torre que se sacase de un pozo; la chimenea, largo tubo practicado con martillo en el espesor de la roca, sale a flor de tierra,, de tal modo que el humo surge del mismo suelo, en espirales azules y sin causa visible, como si saliera de un volcán o de una mina de azufre.

El viandante travieso puede muy fácilmente tirar piedras en las tortillas de esta población soterraña, y los conejos, distraídos o miopes, deben de caer muchas veces vivos en la cazuela. Esta clase de construcciones ahorra el bajar a la cueva en busca del vino.

Château-Regnault es un pueblecito de rápidas y tortuosas pendientes, orladas de casas mal cimentadas y bamboleantes que producen el efecto de apoyarse las unas en las otras para mantenerse en pie; una gran torre, redonda, colocada en un paredón de las antiguas fortificaciones, cubiertas a trechos con la verdura de las hiedras, anima un poco su fisonomía. De Château-Regnault a Tours no hay nada notable: tierra en medio, árboles a los lados; esas largas cintas amarillas que se extienden hasta perderse de vista y que se llaman *rubans de queue* en lenguaje de carretero, esto es todo; luego, de repente, el camino se hunde entre dos declives bastante es-

carpados, y a los pocos minutos se descubre la ciudad de Tours, a la que han hecho célebre sus ciruelas, Rabelais y M. de Balzac.

El puente de Tours tiene mucha fama, y, en realidad, no ofrece nada de extraordinario en sí mismo; pero el aspecto de la población es encantador. Cuando yo llegué, el cielo, en el que vagaban lentamente algunas nubecillas, tenía un tinte azulado de una suavidad extrema; una línea blanca, semejante a la que el diamante trazara en un cristal, cortaba la límpida superficie del Loira; formaba este festón una pequeña cascada, procedente de uno de los bancos de arena tan comunes en el lecho de este río. Saint-Gatien perfilaba en la limpidez del aire su silueta parda y sus flechas góticas, adornadas con bolas y relieves, como los campanarios del Kremlín, lo cual daba al corte de la ciudad un aspecto moscovita muy pintoresco; completaban el cuadro algunas torres y campanarios de iglesias cuyos nombres ignoro; barcos con blancas velas se deslizaban, con un movimiento de cisne dormido, sobre el espejo azulado del río. Me hubiera gustado visitar la casá de Tristán l'Ermite, el formidable compadre de Luis XI, que se conserva en perfecto estado, con su ornamentación terriblemente significativa, compuesta de lazos, cuerdas y otros instrumentos de tortura mezclados; pero no tuve tiempo; hube de contentarme con seguir la calle Real, que debe de constituir el orgullo de los de Tours y que tiene sus pretensiones de imitar a la calle de Rívoli.



Châtellerault, que goza de gran renombre por su cuchillería, no tiene otra cosa de particular que un puente con torres antiguas a los extremos, de un efecto feudal y romántico de lo más encantador del mundo. Su fábrica de armas es una gran masa blanca con una multitud de ventanas. De Poitiers nada puedo decir, pues lo crucé lloviendo a mares, y en una noche más obscura que una boca de lobo; sólo pude observar que su empedrado es de todo punto execrable.

Cuando amaneció, el coche recorría una comarca cubierta de árboles verde-manzana, plantados en una tierra del rojo más vivo; esto hacía un efecto raro. Las casas tenían los tejados de tejas huecas, a la italiana, con canalones; estas tejas eran también de un rojo brillante, color extraño para la vista acostumbrada a los tonos de hollín de las techumbres parisienses. Por una rareza, cuya razón no comprendo, los constructores del país empiezan las casas por el tejado, haciendo después los muros y los cimientos; se coloca la armadura sobre cuatro maderos fuertes, y los cubretechos realizan su trabajo antes que los albañiles.

Por estos lugares comienza la larga orgía de piedra de sillería, que no termina hasta Burdeos. Cualquier casucha sin puertas ni ventanas es de piedra; las tapias de los jardines se forman con grandes bloques superpuestos, sin argamasa que los una; a lo largo de las calles, al lado de las puertas, se ven enormes montones de magníficas

piedras, con las cuales podrían construirse Chenonceaux y Alhambras; pero los habitantes se contentan con amontonarlas en rectángulo, protegiendo el conjunto con una cubierta de tejas rojas o amarillas, cuyos cortes encontrados forman un festón de un efecto bastante gracioso.

Angulema, ciudad valientemente colgada de una ladera muy empinada, a cuyo pie el Charenta rumorea parlanchín en dos o tres molinos, está construída por este sistema; tiene cierto aire falso italiano, que aumentan los macizos de árboles, corona de sus escarpes, y un gran pino rodeado en forma de paraguas, como los de las villas romanas. Una torre antigua, que, si mi memoria me es fiel, está coronada por un telégrafo—el telégrafo salva muchas torres antiguas—, presta severidad al aspecto general y logra que la ciudad tenga un perfil digno en la línea del horizonte. Conforme iba subiendo la pendiente, me fijé en una casa pintarrajeada al exterior con frescos groseros que representaban algo así como a Neptuno, Baco o quizá Napoleón. Como el pintor no se ocupó de poner un nombre al pie, pueden permitirse y defenderse todas las suposiciones.

Hasta aquí, confieso que una excursión a Romainville o a Pantin no hubiera sido menos pintoresca; nada más vulgar, más insignificante, más insípido que esas interminables fajas de terreno, semejantes a las tiritas con que los litógrafos encierran los bulevares de París en una misma hoja de papel. Setos de espino y olmos raquíticos, ol-



mos raquíticos y setos de espino, y más allá algunas hileras de álamos, plumeros verdes plantados en una tierra llana, o algún sauce de tronco deforme y peluca enharinada; esto, en cuanto al paisaje; de figura, algún picapedrero o caminero, atezado como un moro de Africa, que os mira al pasar, con la mano apoyada en el mango de un martillo, o bien algún pobre soldado que va a incorporarse a su regimiento, sudando y tambaleándose bajo los arreos del uniforme. Pero más allá de Angulema la fisonomía del terreno cambia, y empieza uno a comprender que se está a cierta distancia de las afueras parisienses.

Al salir del departamento del Charenta se encuentra la primera landa; son éstas inmensas extensiones de terreno gris, violeta, azulado, con ondulaciones más o menos pronunciadas. Su vegetación se compone de un musgo corto y ralo, brezos de tono rojizo y retamas achaparradas. Es la tristeza misma de la Tebaida egipcia, y a cada momento se espera ver desfilar a los dromedarios y los camellos; diríase que el hombre no había pasado nunca por allí.

Atravesada la landa, se entra en una región bastante pintoresca. Al borde del camino se agrupan acá y allá casas empotradas como nidos entre grupos de árboles, que parecen cuadros de Hobbema, con sus grandes tejados, sus pozos bordeados de parras, sus enormes bueyes de ojos asombrados, y sus gallinas, que picotean en el estercolero; por supuesto, todas estas casas son de

piedra de sillería, y lo mismo las cercas de los jardines. Por todas partes se ven esquemas de construcciones, abandonadas por puro capricho, y a los dos pasos, vuelta a comenzar; los naturales del país son, poco más o menos, como los niños a quienes se ha dado de aguinaldo un *juego de construcciones*, con el cual, valiéndose de cierto número de trozos de madera cortados en rectángulos, pueden hacer toda clase de edificios: quitan el tejado, desmontan las piedras de sus casas y con las mismas piedras levantan otra distinta. Al borde del camino se expanden jardines rodeados de hermosos árboles de húmeda frescura y matizados con guisantes en flor, margaritas y rosas; la vista se recrea en praderas donde las vacas se hunden en la hierba hasta el pecho. Un camino de herradura perfumado de espinos y rosales, un grupo de árboles bajo el cual se ve un carro desenganchado, algunas campesinas con una estrecha falda roja y sus gorros amplios como un turbante de ulema; mil detalles inesperados alegran la vista y varían la nota del camino. Pasando una mano de betún por el tinte escarlata de los tejados, podía uno creerse en Normandía. Flers y Calat encontrarían allí cuadros hechos. Hacia estas latitudes comienzan a verse las boinas; suelen ser azules, y su forma, elegante, es muy superior a la de los sombreros.

También en esta comarca se encuentran los primeros vehículos tirados por bueyes; tales carretas ofrecen un aspecto bastante homérico y



primitivo; los bueyes van uncidos por la cabeza con un yugo común, adornado de un frontal de piel de carnero; tienen un aire dulce, grave y resignado, enteramente escultórico y digno de los bajorrelieves egípticos. La mayor parte de ellos llevan una especie de caparazón de tela blanca que les preserva de las moscas y de los tábanos; nada más extraño a la vista que esos bueyes en camisa, que levantan lentamente hacia vosotros sus morros húmedos y lustrosos y sus grandes ojos, de un azul obscuro, que los griegos, aquellos grandes conocedores de la belleza, encontraron bastante notables para convertirlos en el epíteto sacramental de Juno: Boôpis Héré.

Una boda que se celebraba en una posada me proporcionó ocasión de ver reunidos algunos naturales del país, pues en una distancia de más de cien leguas no había visto ni diez personas. Son muy feos, sobre todo las mujeres; no hay diferencia alguna entre las jóvenes y las viejas: una campesina de veinticinco años y una de sesenta están igualmente ajadas y arrugadas. Las niñas llevan gorros tan grandes como los de sus abuelas, lo cual les da el aire de esos pilluelos turcos de enorme cabeza y cuerpo flaco de los croquis de Decamps. En la cuadra de esta posada vi un enorme macho cabrío negro, con cuernos inmensos en espiral, ojos amarillos y chispeantes, que tenía un aire hiperdiabólico, y habría sido en la Edad Media un digno presidente de aquelarre.

El día iba cayendo cuando llegamos a Cubzac.

Antes se pasaba el Dordoña en una barcaza; la anchura y la corriente rápida de este río hacían peligrosa la travesía; ahora la barcaza se ha substituído por un puente colgante del mayor atrevimiento. Todo el mundo sabe que no soy gran admirador de las invenciones modernas; pero ésta es, ciertamente, una obra digna de Egipto y de Roma, por sus dimensiones colosales y su aspecto grandioso. Unos muelles, formados por una serie de arcos, cuya altura se eleva progresivamente, os conducen hasta la parte suspendida. Los barcos pueden pasar por debajo, con las velas desplegadas, como por entre las piernas del coloso de Rodas. Una especie de torres de fundición calada, para hacerlas más ligeras, sirven de caballete a los alambres, que se cruzan con una simetría de resistencia hábilmente calculada; estos cables se dibujan en el cielo tan tenues y delicados—dijérase una tela de araña—, que aumentan lo maravilloso de la construcción. Dos obeliscos de fundición hállanse colocados a cada extremo como en el peristilo de un monumento tebano, y este adorno no está allí fuera de lugar, pues el gigantesco genio arquitectónico de los Faraones no desaprobaría el puente de Cubzac. Se tardan trece minutos, con el reloj en la mano, para cruzarlo.

Una o dos horas después las luces del puente de Burdeos, otra maravilla de aspecto menos emocionante, brillaban a una distancia que mi apetito esperaba mucho más corta, pues la rapidez de un viaje se consigue siempre a expensas del estómago



del viajero. Después de agotar las onzas de chocolate, las galletas y demás provisiones de coche, comenzábamos a tener ideas de caníbal. Mis compañeros me miraban con ojos famélicos, y si aun hubiéramos tenido que correr otra posta, habríamos renovado los horrores de la balsa de la *Medusa;* nos hubiésemos comido los tirantes, las plantillas de las botas, los sombreros y demás cosas alimenticias para uso de náufragos, que las digieren perfectamente.

Al bajar del coche se ve uno asaltado por una multitud de recaderos que se reparten el equipaje, y para llevar un par de botas se reunen veinte; esto no es más que lo ordinario; pero lo verdaderamente gracioso es la especie de argos apostados en centinela por los hosteleros para atrapar al paso al viajero. Toda esta canalla se desgañita, entonando en su jerga una letanía de elogios y de insultos: el uno os coge de un brazo, el otro de una pierna, aquél os tira del faldón de la levita, éste del botón del gabán. "¡Señor, venga al hotel de Nantes, que se está muy bien!" "¡Señor, no vaya usted; es el hotel de las chinches, ése es su verdadero nombre!", se apresura a decir el representante de una posada rival. "¡Hotel de Rouen! ¡Hotel de Francia!", grita la turba que os sigue vociferando. "¡Señor, no limpian nunca las cazuelas; guisan con tocino; llueve en las habitaciones; le robarán a usted, le despellejarán, le arruinarán!" Todos tratan de desacreditar al establecimiento rival, y el cortejo no os abandona hasta que habéis entra-

do definitivamente en un hotel cualquiera. Entonces se pelean entre sí, se dan de puñetazos, se llaman bandidos y ladrones y otros insultos absolutamente verosímiles, y después se dirigen a toda prisa en busca de otra presa.

Burdeos tiene mucha semejanza con Versalles por el estilo de sus edificios: se ve que les ha preocupado la idea de sobrepujar a París en grandeza; las calles son más anchas; las casas, más amplias; los pisos, más altos. El teatro tiene dimensiones enormes: es el Odeón, fundido en la Bolsa. Pero los habitantes llenan la ciudad con mucho trabajo; hacen todo lo que pueden por aparecer numerosos; sin embargo, toda su turbulencia meridional no basta para amueblar estos edificios desproporcionados; aquellas ventanas tan altas tienen cortinas por excepción, y la hierba crece melancólica en los inmensos patios. Lo que anima la ciudad son las grisetas y las mujeres del pueblo, en verdad muy bonitas; casi todas tienen la nariz recta, las mejillas con pómulos poco salientes, y grandes ojos negros, en un óvalo pálido, de un efecto encantador. Su tocado es muy original; se compone de un pañuelo de seda, de colores brillantes, colocado al estilo criollo, muy hacia atrás, sostén de los cabellos, que caen muy abajo de la nuca; el resto del atavío consiste en un gran chal liso que llega hasta los talones y un vestido de indiana, de largos pliegues. Estas mujeres tienen un andar ligero y vivo, el talle esbelto y cimbreado y naturalmente fino. Llevan en la cabeza los cestos, los paquetes y los



cántaros de agua, que, entre paréntesis, son de una forma muy elegante. Con un ánfora en la cabeza y su traje de pliegues rectos, podría tomárselas por muchachas griegas y por princesas Nausicas camino de la fuente.

La catedral, construída por los ingleses, es bastante bonita; en la portada aparecen unas cuantas estatuas de obispos, de tamaño natural, de una factura más sincera y más estudiada que las estatuas góticas corrientes, que suelen estar tratadas en arabesco y sacrificadas en absoluto a las exigencias de la arquitectura. Visitando la iglesia advertí, arrimada contra la pared, esperando un marco, la magnífica copia de la *Flagelación*, de Ticiano, hecha por Riesener. Desde la catedral, mi compañero y yo nos dirigimos a la torre de San Miguel, donde hay una cueva que tiene la propiedad de momificar los cadáveres que se depositan en ella.

El último piso de la torre está ocupado por el guarda y su familia, que guisan a la entrada de la cueva y viven en la más íntima familiaridad con sus terribles vecinos; el hombre cogió una linterna, y por una escalera de caracol, de gastados escalones, bajamos a la sala fúnebre. Los muertos, unos cuarenta, están colocados de pie alrededor de la cueva y adosados contra la pared; esta posición perpendicular, que contrasta con la horizontalidad habitual de los cadáveres, les da una apariencia de vida de fantasmas espantosa, sobre todo a la luz amarilla y temblorosa de la

linterna, que oscila en las manos del guía y hace que las sombras cambien de sitio constantemente.

La imaginación de los poetas y de los pintores no ha concebido nunca pesadilla más horrible; los caprichos más monstruosos de Goya, los delirios de Luis Boulanger, las brujerías de Callot y de Teniers son nada al lado de esto, que sobrepuja a todo lo concebido por los autores de baladas fantásticas. Nunca han salido espectros tan abominables de la noche alemana, y son dignos de figurar en el aquelarre de Brocken, con las brujas de Fausto.

Son figuras contorcidas, gesticulantes; cráneos a medio pelar; costados entreabiertos, que dejan ver entre el enrejado de las costillas pulmones secos y lacios como esponjas; aquí la carne se ha hecho polvo y el hueso la agujerea; allí, como no está sostenida por las fibras del tejido celular, la piel, apergaminada, flota sobre el esqueleto como un segundo sudario; ninguna de estas cabezas tiene la calma impasible que la muerte imprime como un sello supremo a todos los que toca; las bocas bostezan macabramente, como si estuvieran contraídas por el inconmensurable aburrimiento de la eternidad, o sonríen burlonamente, con esa risa sardónica de la nada, que se burla de la vida; las mandíbulas están dislocadas, los músculos del cuello hinchados, los puños se crispan furiosamente, las espinas dorsales se retuercen en contorsiones desesperadas. Diríase que están irritados de



haber sido sacados de sus tumbas y turbados en su sueño por la curiosidad profana.

El guarda nos mostró un general muerto en duelo—la herida, ancha boca de labios azulados que ríe en su costado, se distingue perfectamente—; un mozo de cuerda que murió de repente al levantar un peso enorme; una negra, que no lo es mucho más que las blancas colocadas a su lado; una mujer que aún conserva todos sus dientes y la boca casi fresca; después, una familia envenenada con setas, y, para colmo de horrores, un niño que, según todas las apariencias, debió de ser enterrado vivo.

Esta figura es sublime de dolor y desesperación, y nunca ha llegado más lejos la expresión del sufrimiento humano; las uñas se clavan en la palma de las manos; los nervios están tirantes como cuerdas de violín en su caballete; las rodillas forman ángulos convulsivos; la cabeza se echa atrás violentamente; la pobre criatura, por un esfuerzo inaudito, se revolvió en el féretro.

El lugar en que están reunidos estos muertos es una cueva de bóveda rebajada; el suelo, de una elasticidad sospechosa, se compone de un detritus humano de quince pies de profundidad. En medio de ella se eleva una pirámide de restos mejor o peor conservados; estas momias exhalan un olor pesado y polvoriento, más desagradable que los acres perfumes del betún y del natrón egipcios; las hay que llevan allí doscientos o trescientos años; otras sólo están hace sesenta; la

tela de sus camisas o de sus sudarios suele estar bien conservada.

Al salir de allí fuimos a ver el faro, compuesto de dos torres, unidas por un balcón de un gusto original y pintoresco; luego, a la iglesia de Santa Cruz, junto al asilo de ancianos, edificio de arcos de medio punto, columnas salomónicas y adornos de follaje, cortado en grecas completamente en estilo bizantino. La portada se ve enriquecida por una multitud de grupos que ponen en práctica muy descaradamente el precepto *Cresciti et multiplicamini*. Felizmente, los arabescos floridos y frondosos disimulan lo que puede tener de extraño esta manera de interpretar el texto divino.

El museo, instalado en el magnífico palacio de la alcaldía, contiene una hermosa colección de reproducciones y gran número de cuadros notables; entre ellos dos pequeños de Bega, que son dos joyas inapreciables, unen el color y la libertad de Adrián Brauwer con la finura de Teniers; también hay algunos Ostade de gran delicadeza; Tiépolos del más barroco gusto y de estilo fantástico; Jordanes, Van Dyck y un cuadro gótico que debe de ser de Ghirlandajo o de Fiéssolo: el museo de París no tiene nada que pueda compararse con esta pintura en lo que atañe al arte de la Edad Media. Pero difícilmente se podría haber colgado y distribuído todos estos cuadros con menos gusto y sentido común; los sitios mejores están ocupados por enormes telas de la escuela moderna, de tiempo de Guerin o de Lethiere.



El puerto está henchido de barcos de todas las naciones y de muy distintos tonelajes; en la bruma del crepúsculo asemejanse a catedrales que fueron a la deriva, pues nada hay que se parezca más a una iglesia que un barco con sus mástiles alargados en forma de flecha y los dibujos entrecruzados de sus jarcias. Para terminar el día entramos en el Gran Teatro. En conciencia, habremos de decir que estaba lleno, a pesar de representarse la *Dame Blanche*, que no es, ni con mucho, una novedad; la sala es, poco más o menos, de las mismas dimensiones que la de la Opera, de París, pero mucho menos adornada. Los actores cantaban tan afectadamente como en la verdadera ópera cómica.

En Burdeos empieza a notarse la influencia española. Casi todos los anuncios están en dos idiomas; las librerías tienen casi tantos libros españoles como franceses. Mucha gente habla el idioma de Don Quijote y Guzmán de Alfarache. Esta influencia aumenta a medida que se acerca uno a la frontera, y, a decir verdad, en esta zona intermedia de demarcación, el matiz español tiene más fuerza que el matiz francés; incluso el *patois* que hablan las gentes del país tiene mucha más relación con el español que con el idioma de la madre patria.

---

## II

### Bayona.—El contrabando humano.

Al salir de Burdeos vuelven a comenzar las landas, más descarnadas, más tristes, si cabe; brezos, retamas y pinadas; de tarde en tarde, algún pastor hosco acurrucado en la guarda de rebaños de carneros negros, alguna choza al estilo de los *Wigwams* de los indios; es un espectáculo bastante lúgubre y muy poco recreativo. No se ven más árboles que el pino, con su corte, de donde mana la resina.

Esta ancha herida, cuyo color salmón contrasta con los tonos grises de la corteza, da un aspecto de lo más lamentable a estos árboles miserables y privados de la mayor parte de su savia. Diríase que era un bosque injustamente asesinado que levanta los brazos al cielo pidiendo justicia.

Pasamos por Dax a media noche y atravesamos el Adour con un tiempo horrible, lloviendo a torrentes y con un huracán endemoniado. Conforme nos íbamos acercando a los países cálidos el frío se hacía más intenso y agudo; si no hubiéramos llevado abrigos se nos habrían helado los pies y las narices, como a los soldados de *La Grand Armée* en la campaña de Rusia.

## II

### Bayona.—El contrabando humano.

Al salir de Burdeos vuelven a comenzar las landas, más descarnadas, más tristes, si cabe; brezos, retamas y pinadas; de tarde en tarde, algún pastor hosco acurrucado en la guarda de rebaños de carneros negros, alguna choza al estilo de los *Wigwams* de los indios; es un espectáculo bastante lúgubre y muy poco recreativo. No se ven más árboles que el pino, con su corte, de donde mana la resina.

Esta ancha herida, cuyo color salmón contrasta con los tonos grises de la corteza, da un aspecto de lo más lamentable a estos árboles miserables y privados de la mayor parte de su savia. Diríase que era un bosque injustamente asesinado que levanta los brazos al cielo pidiendo justicia.

Pasamos por Dax a media noche y atravesamos el Adour con un tiempo horrible, lloviendo a torrentes y con un huracán endemoniado. Conforme nos íbamos acercando a los países cálidos el frío se hacía más intenso y agudo; si no hubiéramos llevado abrigos se nos habrían helado los pies y las narices, como a los soldados de *La Grand Armée* en la campaña de Rusia.

Cuando amaneció aun estábamos en las landas; pero los pinos hallábanse mezclados con alcornoques, árboles que yo siempre me había imaginado en forma de tapones, y que, en efecto, son árboles de gran tamaño, que tienen al tiempo algo de la encina y algo del algarrobo, por lo extraño de la actitud y la deformidad y rugosidad de sus ramas. A los lados del camino se extendían enormes lagunas de un agua salobre y de color de plomo; hasta nosotros llegaban bocanadas de aire salino; una especie de rumor vago bordoneaba en lontananza. Por fin, en el fondo pálido del cielo dibujóse una silueta azulada: era la cadena de los Pirineos. Momentos después, una línea azul, casi invisible, anuncio del océano, nos indicó que habíamos llegado. No tardó en aparecer ante nosotros Bayona, con el aspecto de un enorme montón de tejas rotas y un campanario rechoncho y torcido, y no es que queramos hablar mal de Bayona; pero una ciudad que se ve a través de una lluvia torrencial resulta naturalmente horrible. El puerto no estaba muy lleno; algunos barcos de puente se balanceaban a lo largo de los desiertos muelles con un aire admirable de indiferencia y de ociosidad; los árboles que forman el paseo son muy hermosos y templan algo la austeridad de las líneas rectas de las fortificaciones y parapetos. La iglesia, pintarrajeada de amarillo canario y pardo, sólo tiene de notable una especie de dosel de damasco rojo y algunos cuadros de Lepicier y otros pintores del estilo de Vanlóo.



Bayona es una ciudad casi española en cuanto al idioma y las costumbres: el hotel en que nos hospedamos se titulaba *Fonda de San Esteban*. Al saber que pensábamos hacer un viaje largo por la Península, nos abrumaban de recomendaciones: "Compren ustedes fajas encarnadas para abrigarse el vientre; lleven trabucos, peines y frascos de agua insecticida; no olviden proveerse de galletas y otras municiones de boca, pues los españoles desayunan una cucharada de chocolate, comen un diente de ajo rociado con un vaso de agua y cenan un cigarrillo de papel; no estaría de más tampoco que llevasen consigo un colchón y una marmita para dormir y hacer sopa." Los diálogos hispano-franceses para uso de viajeros no tenían nada de tranquilizadores. En el capítulo del viajero en la posada pueden verse las siguientes frases, verdaderamente aterradoras: "Desearía tomar algo." "Tome usted una silla"—responde el hostelero—. "Muy bien; pero preferería tomar algo más nutritivo." "¿Qué trae usted?"—continúa el dueño de la posada—. "Nada—responde tristemente el viajero—. "Entonces, ¿cómo quiere usted que yo le dé de comer?"

"La carnicería está allí, más allá la panadería; vaya usted a buscar carne y pan, y si hay lumbre, mi mujer, que entiende algo de cocina, podría prepararle sus provisiones."

El viajero, furioso, arma un escándalo, y el posadero, impasible, le carga en la cuenta seis reales por el alboroto.

El coche que conduce a Madrid sale de Bayona. El conductor es un mayoral que lleva sombrero puntiagudo adornado de terciopelo y borlas de seda; chaqueta parda, bordada de colorines; polainas de cuero y faja encarnada: he aquí el comienzo del color local. A partir de Bayona, el paisaje es por todo extremo pintoresco; la cadena de los Pirineos dibújase con más precisión, y las montañas de bellas líneas ondulantes cambian el aspecto del horizonte; el mar hace frecuentes apariciones a la derecha del camino; en los recodos se divisa súbitamente, entre dos montañas, su azul profundo, dulce y sombrío, cortado aquí y allá por crestas de espuma más blanca que la nieve, que nunca pintor alguno pudo imitar. Aquí pido perdón al mar, del que había hablado con poco respeto por no haber visto más que el mar de Ostende, que no es otra cosa sino el Escalda canalizado, como tan espiritualmente sostenía mi querido amigo Fritz.

El cuadrante de la iglesia de Urruña, por donde pasamos, tenía escrita en negras letras esta fúnebre inscripción: *Vulnerant omnes, ultima necat.* Sí, tienes razón, cuadrante melancólico; todas las horas nos hieren con la punta acerada de tus agujas, y cada vuelta de tu esfera nos empuja hacia lo desconocido.

Las casas de Urruña y de San Juan de Luz, que está a poca distancia, tienen una fisonomía sanguinaria y bárbara, debida a la extraña costumbre de pintar de rojo antiguo o de sangre de



toro las ventanas, las puertas y las vigas que sostienen la obra de albañilería. Después de San Juan de Luz se encuentra Behovia, que es el último pueblo francés. En la frontera se realizan dos comercios, consecuencia de la guerra: primero, el de las balas halladas en los campos de batalla, y luego, el contrabando humano. Se pasa un carlista como un fardo de mercancías; hay una tarifa: tanto por un coronel, tanto por un oficial; hecho el trato, el contrabandista llega, se lleva a un hombre y lo entrega como una docena de piezas de seda o un centenar de cigarros. Al otro lado del Bidasoa se ve Irún, el primer pueblo español; la mitad del puente pertenece a Francia, la otra mitad a España. Muy cerca de este puente está enclavada la famosa isla de los Faisanes, donde se celebró por poderes el matrimonio de Luis XIV. Hoy día sería muy difícil celebrar nada en ella, pues no es mucho mayor que un lenguado frito de un tamaño mediano.

Unas cuantas rodadas más y quizá pierda una de mis ilusiones; quizá vea disiparse la España de mis sueños, la España del romancero, la de las baladas de Víctor Hugo, la de las novelas de Mérimée y la de los cuentos de Alfredo de Musset. Al franquear la frontera me acordé de lo que el bueno y espiritual Enrique Heine me decía en el concierto de Listz, con su acento alemán, lleno de humorismo y de malicia: "¿Cómo se las arreglará usted para hablar de España cuando usted la conozca?"

## III

**El zagal y los escopeteros.—Irún.—Los mendigos. Astigarraga.**

La mitad del puente sobre el Bidasoa pertenece a Francia, la otra mitad a España; se puede tener un pie en cada reino, lo cual resulta muy majestuoso: aquí, el gendarme grave, honrado, serio, el gendarme gozoso de haber sido rehabilitado en *Los Franceses de Curmer*, por Eduardo Ourliac; allí, el soldado español, vestido de verde y saboreando en la verde hierba las dulzuras y las malicias del descanso, con un feliz descuido. Al extremo del puente se entra de lleno en la vida española y en el color local. Irún no se parece en nada a un pueblo francés; los tejados de las casas avanzan en abanico; las tejas, alternativamente convexas y cóncavas, forman una especie de almenaje de un aspecto extraño y morisco. Los balcones, muy volados, son de herraje antiguo, tan cuidadosamente forjado, que asombra en un pueblo olvidado como Irún, y que supone una gran riqueza desaparecida. Las mujeres se pasan el día en estos balcones, a los que da sombra una tela rayada de varios colores, y que parecen otras

tantas habitaciones aéreas adosadas al cuerpo del edificio; los dos lados del balcón quedan sin cortina y dan paso a la fresca brisa y a las miradas ardientes; por lo demás, no busquéis allí tintes pardos y *culotados*—perdón por el término—, los tonos de hollín y de pipa vieja que podía esperar un pintor; todo está blanqueado con cal, al estilo árabe; pero el contraste de este color de yeso con el pardusco y obscuro de las vigas, los tejados y el balcón, no deja de producir buen efecto.

Los caballos nos abandonaron en Irún. Allí hubieron de enganchar al coche diez mulas esquiladas hasta la mitad del cuerpo, mitad pellejo, mitad pelo, como esos trajes de la Edad Media que parecen dos mitades de trajes distintos cosidos al azar; estos animales así esquilados tienen un aspecto raro y parecen de una delgadez aterradora, pues tal denudación permite estudiar a fondo su anatomía, los huesos, los músculos y hasta las venas más insignificantes; con su cola pelada y sus orejas puntiagudas parecen enormes ratones. Además de las diez mulas, nuestro personal se aumentó con un zagal y dos escopeteros provistos de trabuco. El zagal es una especie de correo, de soto-mayoral, que engalga las ruedas en las bajadas peligrosas, que vigila los arneses y los frenos, que activa los relevos y ejecuta en torno del coche el papel de hombre oficioso, con mucha eficacia. El traje del zagal es precioso, de una elegancia y una ligereza extremas: lleva un sombrero puntiagudo, adornado con bandas de terciopelo



y madroños de seda; una chaquetilla color castaño o tabaco, con las bocamangas y el cuello de trozos de diferentes colores—azul, blanco y rojo, por lo general—, y un gran arabesco en medio de la espalda; calzones constelados de botones de filigrana, y por calzado unas sandalias, sujetas con cuerdecillas; añadid a esto una faja roja y una corbata de colorines, y tendréis una figura característica del todo. Los escopeteros son guardias, *miqueletes* destinados a escoltar el coche y asustar a los *rateros*—así se llama a los ladrones de menor cuantía—, que no resistirían a la tentación de desvalijar a un viajero aislado, pero a quienes la visita edificante del trabuco les basta para tenerlos a raya y pasan saludando con el sacramental: *Vaya usted con Dios.* El traje de los escopeteros es poco más o menos como el del zagal, pero menos coquetón, menos adornado. Se colocan en la imperial, a la trasera del coche, y así dominan todo el campo. En la descripción de nuestra caravana habíamos olvidado mencionar un postillón minúsculo montado en un caballo, que marcha a la cabeza del convoy y es el que da el impulso a todo el tiro.

Antes de partir hubo que hacer visar de nuevo nuestros pasaportes, ya bastante emborronados. Mientras se realizaba esta importante operación, tuvimos tiempo de echar una ojeada a la población de Irún, que no ofrece otro rasgo de particular sino que las mujeres llevan los cabellos, notablemente largos, recogidos en una sola trenza,

que les cuelga hasta los riñones; los zapatos son allí cosa rara, y más aún las medias.

Un ruido extraño, inexplicable, ronco, espantoso y risible me zumbaba en los oídos hacía algún tiempo; hubiérase dicho que procedía de grajos desplumados vivos, de chicos azotados, de gatos en celo, de sierras que quisieran cortar una piedra dura, de calderos raspados, de goznes de cárcel enmohecidos y obligados a soltar a su prisionero. Yo creía, por lo menos, que se trataba de una princesa degollada por algún nigromante enfurecido, y no era sino una carreta que subía por una calle de Irún, y cuyas ruedas chirriaban de un modo horrible, a causa de no estar engrasadas, sin duda porque el carretero prefería poner la grasa en su sopa.

Este carro era absolutamente primitivo; las ruedas, macizas, giraban con el eje, lo mismo que los de los carritos que hacen los chicos con corteza de calabaza. El tal ruido se oye a media legua y no desagrada a los naturales del país. Así tienen un instrumento musical que no les cuesta nada y suena solo, por sí mismo, mientras dura la rueda. El caso es que les resulta tan armonioso como a nosotros los ejercicios de un violinista, en la cuarta cuerda. Un campesino no querría un carro que no chillase: es un vehículo que debe datar del diluvio.

En un palacio antiguo, convertido en casa comunal, vimos por primera vez la plancha de yeso blanco que deshonra otros muchos palacios, con



la inscripción: *Plaza de la Constitución.* Lo que late dentro de las cosas tiene que salir por algún lado; no podría elegirse mejor símbolo para representar el estado actual del país. Una constitución sobre España es una pellada de yeso sobre granito.

Como la subida es dura, fuí a pie hasta la puerta de la ciudad, y, volviéndome, dirigí una última mirada de adiós a Francia. Era un espectáculo verdaderamente magnífico: la cadena de los Pirineos descendía en ondulaciones armoniosas hacia la extensión azul del mar, cortada de vez en vez por barras de plata, y, gracias a la extrema limpidez del aire, se divisaba lejos, muy lejos, una débil línea color salmón pálido que avanzaba en el inmenso azul y formaba una amplia escotadura en el contorno de la costa. Bayona y su centinela avanzada, Biarritz, ocupaban el extremo de esta punta, y el golfo de Gascuña dibujábase con tanta precisión como en un mapa. A partir de aquí no veremos más el mar hasta que lleguemos a Andalucía. ¡Buenas noches, bravo Océano!

El coche subía y bajaba a galope tendido pendientes de una extrema rapidez; ejercicio de equilibrio en el camino empinado que sólo puede ejecutarse gracias a la prodigiosa destreza de los conductores y a la extraordinaria seguridad de las patas de las mulas. A pesar de esta velocidad, de tiempo en tiempo nos caía sobre las rodillas una rama de laurel, un ramito de flores silvestres, un collar de fresas de montaña, especies de perlas

rosas ensartadas en una brizna de hierba. Todos estos ramitos los lanzaban los mendigos, chicos y chicas, que seguían al coche, corriendo descalzos sobre las piedras puntiagudas: este modo de pedir limosna, haciendo previamente un regalo, tiene algo de noble y de poético.

El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino; sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso contraste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre macizos de árboles, y a cada momento me imaginaba ver salir de aquellos flamantes *chalets* alguna Ketty o Gretty. Felizmente, España no lleva a este extremo la ópera cómica.

Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando caprichosas cascadas, se bifurcan, vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. Estos puentes, multiplicados hasta lo infinito, tienen un carácter singular: los arcos están escotados casi hasta el pretil, de suerte que la calzada por donde pasa el coche parece no tener más de seis pulgadas de espesor; el centro suele estar formado por una especie de pilastra triangular en forma de baluarte. El ser puente



español no es cosa muy cansada; no hay una sinecura más perfecta; se puede pasar por debajo nueve meses del año, y allí están, con una flema imperturbable y una paciencia digna de mejor suerte, esperando un río, un hilillo de agua, un poco de humedad siquiera, pues comprenden que sus arcos no son más que ojos y su título de puente pura adulación. Los torrentes de que hablaba antes tienen a lo sumo cuatro o cinco pulgadas de agua; pero bastan para hacer mucho ruido y sirven para dar vida a las soledades por donde discurren. De tiempo en tiempo mueven algún molino o fábrica por medio de esclusas construídas como de propósito para los paisajistas; las casas, diseminadas en grupitos por el campo, tienen un color raro: no son negras, ni blancas, ni amarillas, tienen color de pato asado: esta definición un tanto trivial y culinaria no deja de ser una verdad incontestable. Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas. Insistimos mucho sobre estos árboles, porque no hay nada más raro en España, y probablemente no tendremos ocasión de volver a hablar de cosa semejante.

En Oyarzun cambiamos de tiro, y a la caída de la tarde llegamos a Astigarraga, pueblo en que debíamos pernoctar. Aun no habíamos gustado la posada española; a nuestra memoria acudían las descripciones *picarescas y picantes* de *Don Quijote* y del *Lazarillo de Tormes*, y todo el cuer-

po nos picaba pensando sólo en ellas. Esperábamos tortillas adornadas con cabellos merovingios, mezcladas con plumas y pellejos; trozos de tocino rancio erizados de cerdas, igualmente propicios para hacer la sopa y para limpiar los zapatos; vino en odres como aquellos que acuchillaba furioso el caballero manchego, y aun esperábamos no encontrar nada, que es mucho peor, y temíamos tener que conformarnos con tomar el fresco de la noche y cenar, como el valeroso don Sancho, un aire de mandolina a secas.

Aprovechando lo que restaba de luz fuimos a visitar la iglesia, que, a decir verdad, más parecía una fortaleza que un templo; la pequeñez de las ventanas, abiertas como troneras, el espesor de los muros, la solidez de los contrafuertes le daban un aspecto robusto y cuadrado, más guerrero que pensativo. Esta forma se reproduce con frecuencia en las iglesias de España. Estaba rodeada de una especie de claustro abierto en el que había suspendida una campana de grandes dimensiones, que tocan moviendo el badajo con una cuerda, en vez de volear la enorme masa de metal.

Cuando nos condujeron a nuestros cuartos, nos deslumbró la blancura de las cortinas de la cama y de los balcones, la limpieza holandesa de los suelos y el cuidado perfecto de todos los detalles. Unas hermosas muchachotas muy garridas, con sus magníficas trenzas colgando sobre los hombros, perfectamente ataviadas, y que en nada se parecían a las *maritornes* temidas, iban y venían



con una actividad de buen augurio para la cena, que no se hizo esperar y que resultó muy buena y muy bien servida. A riesgo de pecar de minuciosos vamos a describirla, pues la diferencia de un pueblo a otro consiste precisamente en esos mil detalles que los viajeros desprecian por consideraciones poéticas y políticas que, después de todo, pueden escribirse sin ir al país.

Primero sirven una sopa grasienta, que se diferencia de la nuestra en que tiene un tinte rojizo, debido al pimentón de que la espolvorean para darle color. ¡He aquí por lo pronto, para color local, la sopa coloreada! El pan es muy blanco, muy apelmazado, con una corteza lisa y dorada ligeramente; resulta muy salado para los paladares parisienses. Los tenedores tienen el mango vuelto hacia atrás, las puntas lisas y cortadas como púas de peine; las cucharas también tienen mucha semejanza con una espátula, cosa que no ocurre con la plata de nuestro país. El mantel es una especie de damasco de grano gordo; en cuanto al vino, debemos confesar que era del más bello tono púrpura que puede verse, tan espeso que podía cortarse, y los jarros en que lo servían no le daban transparencia alguna.

Después de la sopa sirvieron el *puchero*, plato eminentemente español, o, mejor dicho, el único plato español, pues todos los días se come de Irún a Cádiz, y viceversa. En la composición de un buen puchero entra un gran trozo de vaca, otro de carnero, un pollo, varios pedazos de un

salchichón llamado *chorizo*, cargado de pimienta, pimentón y otras especias, lonjas de jamón y de tocino, y rociado todo con una salsa de tomate y azafrán; esto en cuanto a la parte animal. La vegetal, llamada *verdura*, varía según la estación; pero las coles y los *garbanzos* sirven siempre de base; el *garbanzo* no es apenas conocido en París, y como mejor lo podemos definir es diciendo "que es un guisante que tiene la ambición de ser una habichuela y felizmente lo consigue". Cada una de estas cosas se sirve en fuentes distintas; pero luego se mezcla todo en el plato haciendo una especie de mayonesa muy complicada y de muy buen sabor. Tal mixtura parecerá un poco primitiva a los *gourmets* que leen a Careine, Brillat-Savarin, Grinod de la Reyniere y de Cussy; pero no puede negarse que tiene un encanto y debe agradar a los eclécticos y a los panteístas. Luego, vienen los pollos, guisados con aceite, pues la manteca es cosa desconocida en España; el pescado frito, truchas o merluza, el cordero asado, los espárragos, la ensalada, y, para postre, pastas de macarrón, almendras tostadas de un gusto exquisito, queso de cabra, *queso de Burgos*, que tiene una gran reputación, a veces muy bien merecida. Para terminar, presentan una bandeja con vino de Málaga, Jerez y aguardiente, que se parece al anisete de Francia, y un braserillo con fuego para encender los cigarros. Esta comida, con ligeras variantes, se reproduce indefectiblemente en toda España.



Salimos de Astigarraga a media noche; como no lucía la Luna, hay un vano en nuestro relato. Pasamos por Hernani—pueblo que despierta los más románticos recuerdos—, sin poder ver otra cosa que montones de ruinas y casuchas que se dibujaban vagamente en la obscuridad. Atravesamos, sin detenernos, Tolosa, donde vimos casas adornadas con frescos y blasones gigantescos esculpidos en piedra; era día de mercado y la plaza estaba llena de burros, mulas enjaezadas pintorescamente y campesinos de traza singular y salvaje.

A fuerza de subir y bajar, de salvar torrentes, atravesando puentes de tierra seca, llegamos, por fin, a Vergara, sitio de la comida, con una intensa satisfacción, pues ya ni nos acordábamos de la *jícara de chocolate* que hubimos de tragar medio dormidos en la posada de Astigarraga.

---

## IV

**Vergara.—Vitoria: el baile nacional y los hércules franceses.—El paso de Pancorbo.—Los burros y los lebreles. — Burgos. — Una fonda española. — Los quesos con capas.—La catedral.—El cofre del Cid.**

En Vergara, que fué donde se firmó el tratado entre Espartero y Maroto, vi por primera vez un cura español. Su aspecto me pareció bastante grotesco, aun cuando yo no tenga, a Dios gracias, ninguna idea volteriana sobre el clero; pero, involuntariamente, la caricatura del *Basilio* de Beaumarchais se me vino a la imaginación. Figuraos una sotana negra, el manteo del mismo color, y, como coronamiento de todo, un sombrero inmenso, prodigioso, fenomenal, hiperbólico y titánico, del que no puede dar idea aproximada ningún adjetivo, por hinchado y gigantesco que sea. El tal sombrero tiene, por lo menos, tres pies de largo; las alas van arrolladas hacia arriba, y forman, delante y detrás de la cabeza, una especie de tejado horizontal. Es difícil inventar nada más barroco y fantástico; sin embargo, esto no era óbice para que el digno sacerdote tuviera un aspecto muy respetable y se paseara con el donaire de un hombre con la con-

ciencia tranquila respecto a la forma de su sombrero; en vez de babero—*rabat*—, llevaba un alzacuello azul y blanco, como los sacerdotes de Bélgica.

Después de Mondragón, que es el último pueblo—como dicen en España—de la provincia de Guipúzcoa, entramos en la de Alava, y no tardamos mucho en encontrarnos al pie de la montaña de Salinas. Las montañas rusas son nada comparadas con ésta, y, a primera vista, la idea de que un coche puede pasar por allá arriba os parece tan ridícula como la de andar por el techo cabeza abajo, al estilo de las moscas. El prodigio obróse gracias a seis bueyes que engancharon delante de las diez mulas. En mi vida he oído un estrépito semejante: el mayoral, el zagal, los escopeteros, el postillón y los boyeros lanzaban a porfía gritos, invectivas, latigazos, aguijonazos; empujaban las ruedas, sostenían la caja del coche por detrás, tiraban de las mulas por el cabezón, de los bueyes por los cuernos, con un ardimiento y una furia increíbles. Aquel coche, al extremo de una hilera interminable de animales y de hombres, causaba el efecto más extraño del mundo. Seguramente había cincuenta pasos entre la primera y la última bestia del tiro. No olvidemos, al pasar, el campanario de Salinas, de una forma sarracena muy agradable.

Desde lo alto de esta montaña, si se mira hacia atrás, se ve desarrollarse en perspectivas infinitas los diferentes escalones de la cadena de los


Pirineos; diríase que eran inmensas piezas de terciopelo tiradas al azar y arrugadas, formando los más extraños pliegues, por el capricho de un Titán. En Royave, que está un poco más lejos, observé un magnífico efecto de luz. Una sierra nevada, que la proximidad de las montañas nos ocultara hasta entonces, apareció de repente recortándose sobre un cielo de lapislázuli, tan obscuro, que era casi negro. A poco, por todos los lados de la llanura que atravesábamos, otras montañas alzaron curiosas sus cabezas cubiertas de nieve y tocadas de nubes. La nieve no era compacta, sino frangida en delgadas vetas, como los recamos de plata de un tejido, y su blancura aumentaba por el contraste con los tintes azules y morados de las escarpas. El frío era muy vivo y aumentaba en intensidad a medida que avanzábamos. El viento no se había calentado apenas al acariciar las mejillas pálidas de aquellas vírgenes heladas, y llegaba a nosotros tan glacial como si viniera en línea recta del polo ártico o del antártico. Nos arropamos todo lo que pudimos en nuestros abrigos, pues es una cosa por todo extremo vergonzosa tener la nariz helada en un país tórrido; asada, podía pasar.

Poníase el Sol cuando entramos en Vitoria. Después de atravesar una porción de calles de una arquitectura medieval y de bastante mal gusto, detúvose el coche en el Parador Viejo, en donde registraron minuciosamente nuestros equipajes. Nuestro daguerrotipo, sobre todo, inquietaba so-

bremanera a los buenos aduaneros; acercábanse a él con toda clase de precauciones y como gentes temerosas de volar; yo creo que lo tomaban por una máquina eléctrica, y nosotros nos guardamos muy mucho de sacarles de aquel saludable error.

Revisado el equipaje, sellados los pasaportes, ya teníamos derecho a esparcirnos por las calles de la ciudad. Lo aprovechamos inmediatamente, y, atravesando una hermosa plaza rodeada de arcos, nos dirigimos a la iglesia; la sombra invadía la nave y se acentuaba misteriosa y amenazadora en los rincones obscuros, donde se adivinaban vagamente fantásticas formas. Algunas lamparillas, amarillentas y humosas, temblaban siniestramente como estrellas entre la niebla. Una especie de frío sepulcral invadió mi epidermis, y no pude menos de experimentar un leve sentimiento de miedo al escuchar tras de mí una voz lamentable que murmuraba la frase sacramental: *Caballero, una limosnita por amor de Dios.* Era un pobre soldado herido que imploraba nuestra caridad. Aquí los soldados limosnean, acción que tiene su excusa en la gran miseria que sufren, pues les pagan muy irregularmente. En la iglesia de Vitoria vi por vez primera esas medrosas esculturas de madera policromada de que abusan tanto los españoles.

Después de una cena que nos hizo echar de menos la de Astigarraga, se nos ocurrió ir al teatro; al pasar habíase aguzado nuestra curiosidad a la vista de un pomposo cartel anunciando la representación extraordinaria del hércules francés, que habría de terminar por cierto baile nacional, que se nos antojó sería una mezcla de cachuchas, boleros, fandangos y otros bailes diabólicos.



Los teatros en España no tienen generalmente fachada, y sólo se distinguen de las demás casas por los dos o tres quinqués humosos colgados a la puerta. Tomamos dos butacas de orquesta, que se llaman asientos de luneta, y nos internamos valientemente por un corredor cuyo suelo no estaba entarimado ni embaldosado, sino que era sencillamente de tierra. No se preocupan de las paredes de estos corredores mucho más que de las de los monumentos públicos, que ostentan la inscripción: *Prohibido hacer aguas, bajo pena de multa.* Pero tapándonos la nariz herméticamente, conseguimos llegar a nuestros sitios aunque medio asfixiados. Añadid a esto que durante los entreactos todo el mundo fuma, y no será muy balsámica la idea que os podréis formar de un teatro español.

El interior de la sala es, sin embargo, más confortable de lo que prometen los alrededores. Los palcos están bastante bien dispuestos, y, aunque muy sencillo, el decorado es fresco y limpio. Los asientos de luneta son butacas alineadas en fila y numeradas; no hay nadie en la puerta para recoger los billetes, pero al final del espectáculo un muchachuelo viene a recogerlos; a la puerta sólo exigen la presentación de la entrada.

Esperábamos encontrar allí el tipo femenino español, del que aun no habíamos visto más que algunos ejemplares; pero las mujeres, que ocupan palcos y galerías, no tenían de español más que la mantilla y el abanico; esto ya era mucho; pero, sin embargo, no era suficiente. El público componíase en su mayor parte de militares, como ocurre en todas las poblaciones en que hay guarnición. En el patio, la gente está de pie, como en los teatros primitivos. Para que este teatro se pareciera al hotel de Borgoña sólo le faltaba una hilera de bujías y un despabilador; pero las pantallas de los quinqués estaban hechas de trozos de cristal dispuestos en cascos y unidos en la parte superior por un aro de latón, cosa que no es tampoco de una industria muy adelantada. La orquesta, compuesta de una sola fila de músicos, que casi todos tocaban instrumentos de cobre, soplaba valientemente en los cornetines de pistón siempre la misma tonadilla, recordando la fanfarria de Fanconi.

Nuestros compatriotas hercúleos levantaron grandes pesos, torcieron muchas barras de hierro, con gran contento de la reunión, y el más ligero de los dos ejecutó una ascensión por la cuerda y otros ejercicios, ¡ay!, demasiado conocidos en París, pero probablemente nuevos para Vitoria. Ardíamos de impaciencia en nuestros asientos, y yo limpiaba el cristal de mis gemelos con una actividad febril para no perder nada del baile nacional. Por fin recogieron los caballetes,



y los *turcos* de servicio se llevaron todos los adminículos de los hércules. ¡Imagínate, lector amigo, la espera impaciente de dos jóvenes franceses, entusiastas y románticos, que van a ver por primera vez un baile español... en España!

Al fin levantóse la cortina, descubriendo una decoración que tenía pretensiones de ser algo misterioso y encantador, por supuesto sin conseguirlo; los cornetines de pistón sonaron con más furia que nunca la tonada susodicha, y apareció el baile nacional, representado por un bailarín y una bailarina, armados de castañuelas.

Yo no he visto nada más triste y lamentable que aquellos dos desgraciados que no *se consolaban entre sí.*

El teatro de dos cuartos no ha sustentado nunca en su tablado carcomido una pareja más vieja, más desriñonada, más desdentada, más legañosa, más calva y más caduca. La pobre mujer, pintarrajeada con blanquete malo, tenía una tez azul celeste que hacía recordar las imágenes anacreónticas de un cadáver de colérico o de un ahogado poco reciente; los dos chafarrinones rojos que colocara en la parte saliente de sus húmedos pómulos para avivar un poco sus ojos de pescado cocido, contrastaban singularmente con aquel azul; sacudía con sus manos, descarnadas y sarmentosas, unas castañuelas cascadas que castañeteaban como los dientes de un hombre que tiene fiebre o las coyunturas de un esqueleto en movimiento. De cuando en cuando, por un esfuerzo inaudito, estiraba los músculos rela-

jados de sus corvas, y conseguía levantar aquella pobre pierna vieja, tallada en balaustre, de suerte que producía una leve cabriola nerviosa, como una rana muerta sometida a la pila de Volta, y hacía brillar y fulgir un segundo las lentejuelas de cobre del andrajo sospechoso que le servía de basquiña.

Por su parte, el hombre agitábase siniestramente en un rincón, alzándose y tornando a caer torpemente como un murciélago que se arrastra sobre sus muñones; tenía el aspecto de un enterrador que se estuviese enterrando a sí mismo: su frente, arrugada como la bota de un húsar; su nariz de loro, sus mejillas de cabra, le daban un aire de lo más fantástico, y si en vez de castañuelas hubiese tenido en la mano un rabel gótico, habría podido servir de modelo para el corifeo de la danza de los muertos en el fresco de Bâle.

Todo el tiempo que duró el baile, ni una sola vez se miraron el uno al otro; diríase que tenían miedo de su fealdad recíproca y que temían echarse a llorar al verse tan viejos tan decrépitos y tan fúnebres. El hombre, sobre todo, huía de su compañera como una araña, y parecía estremecerse de horror dentro de su piel apergaminada y vieja cada vez que una figura del baile le obligaba a acercarse a ella. Este bolero macabro duró cinco o seis minutos, al cabo de los cuales la caída del telón puso término al suplicio de aquellos dos desgraciados... y al nuestro.

He aquí cómo se apareció el bolero ante dos pobres viajeros, ansiosos de color local. Los bailes españoles no existen más que en París, como las conchas sólo se encuentran en los comercios de curiosidades y nunca a la orilla del mar. ¡Oh Fanny Elssler, que ahora estás en América entre los salvajes, aun antes de haber estado en España, ya sospechábamos que eras tú la inventora de la cachucha!



Nos fuimos a la cama muy mohínos. En medio de la noche nos despertaron para reanudar el viaje; seguía haciendo un frío glacial, una temperatura de Siberia, cosa bien explicable por la altura de la meseta que atravesábamos y las nieves que nos rodeaban. En Miranda volvieron a registrar los equipajes, y entramos en Castilla la Vieja, en el reino de Castilla y León, simbolizado por un león que sostiene un escudo sembrado de castillos. Estos leones, repetidos hasta la saciedad, son, por lo general, de granito gríseo, y tienen una prestancia heráldica bastante imponente.

Entre Ameyugo y Cubo, pueblecillos insignificantes donde se releva, el paisaje es muy pintoresco; las montañas se acercan, se unen, e inmensas rocas perpendiculares yérguense a la orilla del camino, escarpadas como cantiles; a la izquierda, un torrente, atravesado por un puente de ojiva truncada, precipítase hervoroso en el fondo de una barranca, mueve un molino y cubre de espuma las piedras que se oponen a su paso. Para que no falte nada al cuadro, una iglesia gótica medio en ruinas, el tejado hundido, las paredes re-

camadas de plantas parásitas, elévase en medio de las rocas; en el fondo dibújase la sierra, vaga y azulenca. Esta vista, en verdad bella, no lo es tanto, sin embargo, como el paso de Pancorbo, mucho más singular y grandioso. Las rocas no dejan sino el espacio preciso para el camino, y se llega a un paraje en el que dos masas graníticas, inclinadas la una hacia la otra, simulan el arco de algún puente gigantesco que hubiese sido cortado por medio para detener el paso de un ejército de titanes. Un segundo arco más pequeño, practicado en el espesor de la roca, contribuye a mantener la ilusión. Jamás pintor escenógrafo alguno imaginó decoración tan pintoresca y armónica. Cuando se está habituado a las monótonas perspectivas de las llanuras, los efectos sorprendentes que se encuentran a cada paso en las montañas os parecen imposibles y fabulosos.

La posada en que se detuvo el coche para comer tenía por vestíbulo la cuadra. Esta disposición arquitectónica se repite invariablemente en las posadas españolas, y para ir al dormitorio es preciso pasar por detrás de la grupa de las mulas. El vino, más tinto aún que de costumbre, tenía de añadidura cierto tufillo a pellejo muy típico. Las mozas de la posada llevaban el pelo colgando hasta la cintura; aparte este detalle, su atavío era el de la mujer francesa de clase inferior. Los trajes nacionales se conservan solamente, por regla general, en Andalucía; en Castilla es muy raro encontrar trajes antiguos Los hombres llevaban



todos el sombrero picudo, ribeteado de terciopelo con madroños de seda, o una gorra de piel de lobo, de forma muy salvaje, y la inevitable capa color tabaco o de hollín. Sus fisonomías, por lo demás, no tenían rasgo alguno característico.

De Pancorbo a Burgos cruzamos tres o cuatro pueblos medio en ruinas, algunos como piedra pómez y color de pan tostado, tales como Briviesca, Castil de Peones y Quintanapalla. Dudo que Descamps, en el riñón del Asia Menor, encontrase muros más quemados, más enrojecidos, más pardos, más granujientos, más resquebrajados y descascarillados que éstos. Al pie de estos muros vagaban algunos asnos que no envidiarían nada a los asnos turcos y que Descamps debería estudiar. El asno turco es fatalista, y en su actitud humilde y soñadora se advierte que está resignado a recibir todos los palos que el destino le reserva y que soportará sin quejarse. El asno castellano tiene un aspecto más filosófico y resuelto; comprende que no pueden prescindir de él; es de la casa, ha leído el *Quijote* y se vanagloria de descender en línea recta del célebre rucio de Sancho Panza. Junto a estos asnos veíanse también perros de casta de una raza magnífica, impecables de patas, cuerpo y cabeza; entre otros, algunos lebreles en el estilo de los de Pablo Veronés y de Velázquez, de un tamaño y de una belleza admirables, sin contar algunas docenas de muchachos o pilluelos andrajosos, cuyos ojos chispeaban entre sus harapos como diamantes negros.

Castilla la Vieja sin duda se denomina así a causa de las innumerables viejas que allí se encuentran, ¡y qué viejas!. Las brujas de Macbeth atravesando el brezal de Dunsinania para ir a preparar su infernal banquete, son lindas muchachas comparadas con ellas; las abominables furias de los caprichos de Goya, que yo hasta ahora tenía por pesadillas y quimeras monstruosas, son retratos de asombroso parecido; la mayoría de estas viejas tienen barbas como el queso enmohecido y bigotes como granaderos; y luego ¡hay que ver su atavío! Si se cogiera un pedazo de tela y durante diez años se dedicara una persona a ensuciarlo, raerlo, agujerearlo, remendarlo y hacerle perder su color primitivo, no se llegaría a esta sublimidad del andrajo. Y tales encantos se nos muestran realzados por un aspecto hosco y huraño, bien diferente por cierto de la actitud humilde y dulce de las pobres gentes de Francia.

Un poco antes de llegar a Burgos llamaron nuestra atención hacia un edificio que, en lontananza, elevábase sobre una solina: era la *Cartuja de Miraflores*, de que hablaremos con más extensión. A poco, las agujas de la catedral dibujaron en el cielo sus encajes cada vez más distintamente; media hora después entrábamos en la vetusta capital de Castilla la Vieja.

La plaza de Burgos, en medio de la cual álzase una estatua de bronce, bastante mala, de Carlos III, es grande y no carece de carácter. Casas rojas sostenidas por pilares de granito azulado



la cierran por todas partes. Bajo los arcos y en la plaza vense toda clase de comerciantes, y se pasean una infinidad de jumentos, mulas y campesinos pintorescos. Los andrajos castellanos se manifiestan allí en todo su esplendor. El más insignificante mendigo va envuelto noblemente en su capa como un emperador romano en su púrpura. Talas capas, por la calidad del color, pueden compararse, a mi merecer, con grandes trozos de yesca recortados por el borde. La capa de don César de Bazán, en el *Ruy Blas*, no se acerca siquiera a estos triunfantes y gloriosos pingajos. Los chiquillos de seis y ocho años llevan también sus capas con la más inefable gravedad. No puedo recordar sin risa a un pobre diablo que, poseedor de un cuello escaso que apenas le cubría los hombros, envolvíase en los pliegues imaginarios con su aire tan cómicamente digno de compasión, que era capaz de quitar el *spleen* a cualquiera. Los presidiarios barren a ciudad y recogen las inmundicias sin quitarse los pingajos que los envuelven. Estos presidiarios con capa son la canalla más chocante que puede verse. A cada escobada se sientan o se tumban en los umbrales de las puertas. Les sería sumamente fácil escaparse, y al hacer yo esta observación, me respondieron que no lo hacían por natural bondad de su carácter.

La fonda en que nos albergamos era una verdadera fonda española, en la que nadie entendía una palabra de francés; tuvimos que hacer uso de

nuestro castellano y estropeamos la garganta con la abominable *jota*—sonido árabe y gutural que en nuestro idioma no existe—. Debo decir que nos entendían bastante bien, gracias a la extremada inteligencia que distingue a este pueblo. Claro está que alguna vez nos traían una vela cuando pedíamos agua, o chocolate en vez de tinta; pero aparte estas pequeñas equivocaciones, muy perdonables, todo marchó del mejor modo posible. La fonda estaba servida por un enjambre de maritornes desgreñadas que llevaban los nombres más bonitos del mundo: Calsilda, Matilde, Balbina; en España todos los nombres son bonitos: Lola, Bibiana, Pepa, Hilaria, Carmen, Cipriana, sirven de rótulo a las criaturas menos poéticas que pueden verse. Una de estas mozas tenía el pelo de un rojo muy subido, color que es muy frecuente en España, donde hay muchas rubias, y, sobre todo, muchas rojas, contra lo que comúnmente se cree.

Aquí no se pone en las habitaciones trozos de boj bendito, sino palmas trenzadas, tejidas y rizadas con sumo cuidado y elegancia. Las camas no tienen rollo, sino dos almohadas lisas, que se superponen; generalmente son muy duras, aunque de lana buena; pero no es costumbre cardarla, y solamente se apalea con unas varas.

Frente a las ventanas de nuestro cuarto teníamos una muestra muy curiosa: la de un cirujano que se hacía representar con un ayudante serrando el brazo a un individuo sentado en una silla;



también veíamos la tienda de un barbero que—os lo juro—en nada se parecía a la de Fígaro. Advertíamos a través de los cristales el relucir de una bacía de cobre amarillo, muy limpia, que Don Quijote, si viviera, podría muy bien haber tomado por el yelmo de Mambrino. Los barberos españoles han perdido lo clásico de sus vestidos; pero conservan su destreza y afeitan con mucha soltura.

Para haber sido durante tanto tiempo la primera ciudad de Castilla, Burgos no conserva una fisonomía gótica muy pronunciada; a excepción de una calle, donde se encuentran algunas ventanas y algunos pórticos del Renacimiento, con blasones sostenidos por figuras, las casas no se remontan más allá de los comienzos del siglo XVII, y son bastante vulgares; rancias, no antiguas. Pero Burgos tiene una catedral que es una de las más bellas del mundo; por desgracia, como todas las catedrales góticas, está empotrada en una muchedumbre de construcciones innobles que no permiten apreciar el conjunto y la magnitud. La puerta principal da a una plaza, en medio de la cual se eleva una hermosa fuente coronada por un delicioso Cristo de mármol blanco, punto de mira de todos los pilluelos de la ciudad, que no tienen otra diversión sino tirar piedras a las esculturas. Esta puerta, que es magnífica, calada y florida como un encaje, ha sido raspada y limada hasta el primer piso por no sé qué prelados italianos, muy aficionados a la arquitectura sen-

cilla de muros sobrios y adornos de buen gusto, que quisieron arreglar la catedral a la romana, sintiendo una gran compasión hacia aquellos pobres arquitectos bárbaros, que no practicaban el orden corintio y no se ocupaban de los adornos del atrio y del frontis triangular. Mucha gente es aún de esta opinión en España, donde el gusto *messidor* florece en toda su pureza, y prefieren a las iglesias góticas, las más abiertas y ricamente cinceladas, toda suerte de abominables edificios agujereados con multitud de ventanas y *adornados* con columnas de molduras, ni más ni menos que en Francia antes que la escuela romántica rehabilitara la Edad Media e hiciera comprender el sentido y la belleza de las catedrales. Dos agujas buidas, dentadas, caladas como con sacabocados, festoneadas y bordadas, cinceladas en los menores detalles, como el chatón de una sortija, se espigan hacia Dios con todo el ardor de la fe y todo el arrebato de una convicción inquebrantable. Nuestros campanarios incrédulos no osarían aventurarse en el cielo sin más sostén que encajes de piedras y nervaduras finas como telas de araña. Otra torre, esculpida también con inusitada riqueza, pero menos alta, marca el sitio en que se unen los brazos de la cruz y completa la magnificencia de la silueta. Una multitud de estatuas de santos, de arcángeles, de reyes, de monjes, anima la arquitectura, y esta población de piedra es tan numerosa y por tal modo se apiña y hormiguea, que seguramente es mayor que



la población de carne y hueso que ocupa la ciudad.

Gracias a la encantadora amabilidad del jefe político D. Enrique de Vedia, pudimos visitar la catedral hasta el último rincón. Un volumen en 8.° de descripción, un atlas de dos mil láminas, veinte salas llenas de moldes de yeso no bastarán a dar una idea completa de esta prodigiosa florescencia del arte gótico, más espeso y más complicado que un bosque virgen del Brasil. Se nos perdonarán, por lo tanto, las omisiones y los olvidos, a nosotros que sólo hemos podido emborronar una carta al correr de la pluma en la esquina de una mesa de posada.

Apenas se entra en la iglesia quédase uno suspenso ante una obra maestra incomparable: la puerta de madera tallada que da al claustro. Representa, entre otros bajorrelieves, la entrada de Nuestro Señor en Jerusalém. Las jambas y los portantes están cargados de figurillas deliciosas, de tal elegancia y finura, que no se comprende por qué modo una materia inerte y sin transparencia, como la madera, ha podido prestarse al logro de una fantasía tan caprichosa y tan espiritual. Seguramente es la puerta más hermosa del mundo después de la del *Baptisterio* de Florencia, de Ghiberti, de la cual decía Miguel Angel—autoridad indiscutible en la materia—que merecía ser la puerta del Paraíso. Había que vaciar esta admirable página y fundirla en bronce, dándole el color que tiene, para poder asegurarle

la eternidad de que pueden disponer los hombres.

El coro, donde radican los sitiales, que se llaman sillería, está formado por verjas de hierro repujado, de un trabajo inconcebible; el suelo está cubierto, como es costumbre en España, con grandes esteras de pleita, y, además, cada sillón tiene su esterilla de junco o un felpudo. Alzando la cabeza se advierte una especie de cúpula formada por el interior de la torre de que hemos hablado; es un enjambre de esculturas, arabescos, estatuas, columnitas, nervios, agujillas y colgantes, capaz de producirle a uno el vértigo.

Aunque se mirara dos años seguidos no se vería todo. Es frondosa como una col, calada como una paleta para pescado; es algo gigantesco como una pirámide y delicado como una joya femenina, y no se comprende cómo tal filigrana puede sostenerse en el aire durante siglos y siglos. ¿Qué hombres, pues, eran aquéllos que ejecutaban estas construcciones maravillosas que no aventajarían ni los palacios de las hadas? ¿Se ha perdido su casta? ¿Es que nosotros, hombres con presunción de civilizados, sólo somos bárbaros decrépitos? Cuando visito uno de estos prodigiosos edificios del tiempo pasado, un profundo sentimiento de tristeza oprime mi pecho, un gran descorazonamiento invade mi ánimo, y no aspiro sino a retirarme a un rincón y con una piedra por cabecera, esperar, en inmovilidad contemplativa, a que llegue la muerte, la absoluta inmovilidad. ¿Para qué trabajar? ¿Para qué esforzarse? El esfuerzo más violento no llegará nunca más allá. Y, sin embargo, los nombres de estos artistas se ignoran, y para llegar a descubrir alguna huella suya es preciso revolver los archivos empolvados de los conventos. Cuando considero que he empleado la mejor parte de mi vida en rimar diez o doce mil versos, escribir seis o siete tomos en 8.° y trescientos o cuatrocientos malos artículos para periódicos, y me siento cansado, me avergüenzo de mí mismo y de mi época en la que es preciso tanto esfuerzo para producir tan poco. ¿Qué significa una liviana hoja de papel al lado de una montaña de granito?



Si queréis dar una vuelta con nosotros por esta inmensa madrépora, construída por aquellos prodigiosos pólipos humanos del siglo XIV y del XV, empezaremos por la sacristía pequeña, que es un salón bastante grande a pesar de su título, y contiene un *Ecce Homo*, un *Cristo en la Cruz*, de Murillo, y una *Natividad*, de Jordaens, con un marco de madera preciosamente tallado; en medio hállase colocado un gran brasero, que sirve para encender los incensarios y también quizá los cigarrillos, pues muchos curas españoles fuman, cosa que no nos parece más impropia que tomar rapé, placer que el clero francés se permite sin escrúpulo alguno. El brasero es un gran recipiente de bronce dorado, asentado sobre un trípode y lleno de brasas encendidas y cubiertas de ceniza fina, que producen un calor suave. El brasero en Es-

paña substituye a las chimeneas, que son muy escasas. En la sacristía grande, vecina de la pequeña, es de notar un *Cristo en la Cruz*, de Dominico Theotocupuli, llamado el Greco, pintor extravagante y singular, cuyos cuadros podrían tomarse por bocetos del Ticiano, si cierta afectación de las formas alargadas y mal concluídas no los hiciera reconocer en seguida. Para dar a su pintura la apariencia de una gran valentía de toque, lanza aquí y allá pinceladas de una petulancia y de una brutalidad increíbles, luces finas y aceradas que atraviesan las sombras como hojas de espada; todo esto no quita para que el Greco sea un gran pintor: las obras buenas de su segunda manera se parecen mucho a los cuadros románticos de Eugenio Delacroix.

Seguramente habréis visto en el museo español de París el retrato de la hija del Greco, magnífica cabeza que ningún maestro desdeñaría, y podréis apreciar lo admirable que era aquel pintor Dominico Theotocupuli cuando estaba en su jardín. Al parecer, la preocupación de no asemejarse al Ticiano, del cual dicen que fué discípulo, le trastornó el cerebro y le lanzó a las extravagancias y caprichos que le impidieron en muchas obras lucir las prodigiosas facultades que recibiera de la Naturaleza; el Greco era, además, arquitecto y escultor, trinidad sublime, luminoso triángulo que muchas veces se encuentra en el cielo del arte supremo.

Esta sacristía está rodeada de armarios de madera, con columnas floridas y festoneadas, del gusto más rico; encima de estos armarios hay una hilera de espejos de Venecia, cuya utilidad apenas acierto a explicarme, como no sea por puro adorno, pues están muy altos para mirarse en ellos. Encima de los espejos, los más antiguos rozando con la bóveda, están colocados por orden cronológico los retratos de todos los obispos de Burgos, desde el primero hasta el que hoy ocupa la silla episcopal. Estos retratos, aunque pintados al óleo, tienen un aspecto de pastel y de temple, debido sin duda a la costumbre española de no barnizar los cuadros, falta de precaución que ha sido causa de que la humedad estropee algunas obras maestras insubstituíbles. Tales retratos, aunque en su mayoría son muy ostentosos, no están, sin embargo, ejecutados por pintores de primera fila, y, de otra parte, hállanse colgados demasiado altos para que pueda juzgarse del mérito de su factura. El centro de la sala está ocupado por una mesa enorme y grandes cestos de mimbre donde se guardan los ornamentos y los utensilios del culto. Bajo dos fanales de cristal consérvanse como curiosidad dos árboles de coral, bastante menos complicados en sus ramas que el menor arabesco de la catedral. La puerta tiene esculpidas las armas de Burgos en relieve, con un vivero de crucecitas de gules.

La sala de Juan Cuchiller, contigua a ésta, no tiene nada notable respecto a arquitectura, y apresurábamos el paso para salir de ella, cuando nos

rogaron que levantáramos la cabeza y mirásemos un objeto de lo más curioso. Era el tal un cofre sujeto al muro con grapas de hierro. Es difícil imaginar un arcón más remendado, más carcomido y más desfondado; seguramente es el decano de los cofres del mundo. Una inscripción en letras negras que reza: *Cofre del Cid*, prestó de repente una gran importancia, como podéis suponer, a aquellas cuatro tablas de madera podrida. Si hemos de dar crédito a la tradición, este cofre es precisamente aquel que el famoso Ruy Díaz de Vivar, más conocido por el Cid Campeador —que, a pesar de ser héroe, estaba tan falto de dinero como cualquier literato—, hizo llenar de arena y piedras y llevó en prenda a casa de un honrado usurero judío que prestaba con garantía, con la expresa condición de que no había de abrir el cofre misterioso hasta que él, el Cid Campeador, le hubiese devuelto la suma que recibiere en préstamo; lo cual prueba que los usureros de aquel tiempo eran de mejor componer que los de nuestros días. Pocos judíos, ni aun cristianos, se encontrarían hoy tan sencillos e incautos que aceptaran semejante garantía. Casimiro Delavigne ha tomado por base esta leyenda para su obra *La fille du Cid;* pero ha substituído el enorme cofre con una caja pequeñísima que, en efecto, sólo podría encerrar *el oro de la palabra del Cid*, y no hay judío, ni aun de los tiempos heroicos, que prestase nada sobre semejante bombonera. El cofre histórico es grande, ancho, pesado, hondo,



adornado con toda clase de cerraduras y cadenas; lleno de arena, se necesitarían lo menos seis caballos para moverlo, y el digno israelita bien pudo suponerlo lleno de adornos, joyas o plata y resignarse fácilmente a los caprichos del Cid, capricho previsto por el Código penal lo mismo que otras fantasías heroicas. La representación del teatro de la *Renaissance* es, pues, inverosímil, por mucho que le moleste a míster Antenor Joly.

---

## V

**El claustro: pinturas y esculturas.—Casa del Cid, casa del Cordón y puerta de Santa María.—El teatro y los actores.—La Cartuja de Miraflores.—El general Thibaut y las huestes del Cid.**

Al salir de la sala de Juan Cuchiller éntrase en otra de un estilo y un decorado pintorescos, con tallas en roble, tapicería roja y un techo al modo de cuero de Córdoba, del mejor efecto; en esa sala hállase una *Natividad*, de Murillo, una *Concepción* y un *Jesús* en hábito, muy bien pintados.

El claustro está lleno de tumbas, la mayoría de ellas cerradas por verjas muy espesas y fuertes; estas tumbas, todas de personajes ilustres, hállanse practicadas en el espesor del muro y muy cargadas de blasones y esculturas. En una de ellas hube de notar un grupo de Jesús y María, con un libro en la mano, sumamente bello, y una quimera, mitad animal, mitad arabesco, de lo más extraño y sorprendente que pueda imaginarse. En todas estas tumbas hay estatuas yacentes de tamaño natural, bien de caballeros armados, bien de objetos revestidos, que, a través de las verjas, fácilmente se podrían tomar por los muertos que representan; tan natural es su actitud y tan minuciosos los detalles.

Sobre la jamba de una puerta advertí, al pasar, una deliciosa estatuílla de la Virgen, de una encantadora ejecución y de un atrevimiento de concepción extraordinarios. En vez del aire contrito y modesto que habitualmente se da a la Virgen, el escultor la ha representado con una mirada en que la voluptuosidad se mezcla con el éxtasis y la embriaguez de una mujer que concibe a Dios. Está de pie, con la cabeza echada hacia atrás, aspirando con toda su alma y todos sus sentidos el rayo de luz que le envía la paloma simbólica, con una mezcla de ardor y de pureza, de una originalidad rara; era difícil hacer algo nuevo en un asunto tan repetido; pero no hay nada gastado para el genio.

La descripción del claustro daría asunto para una carta entera; pero en vista del poco espacio y del escaso tiempo de que disponemos, nos perdonaréis que sólo digamos algunas palabras y volvamos a la iglesia, donde al azar, a izquierda y a derecha, tomaremos las primeras obras maestras que veamos, sin elegirlas, pues todo es bello, todo es admirable, y aquello de que no hablemos merece tanta atención como lo que describamos.

Nos detendremos primero ante la *Pasión de Jesucristo,* en piedra, de Felipe de Borgoña, que, desgraciadamente, no es un artista francés, como su nombre, o, mejor dicho, su sobrenombre, podría hacernos suponer. Es uno de los bajorrelieves más hermosos que hay en el mundo; según la costumbre gótica, está dividido en varios compartimientos: el Jardín de las Olivas, la Cruz a cuestas, la Crucifixión entre los dos ladrones; composición inmensa que, por la finura de las cabezas y lo preciso de los detalles, no tiene nada que envidiar a lo que Alberto Durero, Hemeling u Holbein han hecho de más suave y delicado con su pincel de miniaturistas. Esta epopeya de piedra termina con un Descendimiento: los grupos de los apóstoles dormidos que figuran en la parte baja del Jardín de las Olivas son tan hermosos y casi tan puros de estilo como los profetas y los santos de fray Bartolomé; las cabezas de las santas mujeres al pie de la Cruz tienen una expresión patética y dolorida de cuyo secreto eran dueños exclusivos los artistas góticos. En la obra de que hablamos, esta expresión es par de una rara belleza de forma; los soldados son notables por el atavío singular y bárbaro que se solía dar en la Edad Media a los personajes antiguos, orientales o judíos, cuyos indumentos se desconocían; además, hállanse plantados con una audacia y una teatralidad, que contrastan felizmente con la idealidad melancólica de las demás figuras. Todo ello está encuadrado por una arquitectura trabajada como orfebrería, de un gusto y una ligereza increíbles. Esta obra escultórica se terminó en 1536.



Puesto que de escultura tratamos, vamos a hablar de la sillería del coro, obra admirable de talla que quizá no tenga rival en el mundo. Los sitiales son otras tantas maravillas; representan pasajes del Antiguo Testamento, en bajo-

relieves, y están separados unos de otros por quimeras y animales fantásticos que forman los brazos. Las partes planas están llenas de incrustaciones con dibujos en negro como el damasquinado en los metales; el arabesco y el capricho nunca han llegado más lejos. Es una abundancia inaudita, una perpetua invención en la idea y en la forma; es un mundo nuevo, una creación aparte, tan completa, tan rica como la de Dios; creación en la cual los hombres viven, las plantas florecen; donde una rama termina en una mano; una pierna, en una hojarasca, y en la que la quimera de mirada torva abre sus alas con uñas, y el delfín monstruoso arroja agua por sus fauces. Es un enlace inextricable de florones, de follaje, de acantos, de lotos, de flores con cálices adornados de penachos y pámpanos, de hojarasca dentada y retorcida, de pájaros fabulosos, de peces absurdos, de sirenas y dragones extravagantes, imposible de explicar en ninguna lengua humana. En todas estas incrustaciones reina la más libre fantasía, a la cual el tono amarillento sobre el fondo obscuro de la madera da cierto aire de vaso etrusco, muy en armonía con la franqueza y el acento primitivo de la línea. Tales dibujos, en los que apunta el gusto pagano del Renacimiento, no tienen nada de común con el destino de los sillones, y muchas veces el asunto delata un completo olvido de la santidad del lugar. Hay niños jugando, con máscaras; mujeres bailando; gladiadores que luchan; vendimiadores; muchachas que acarician o atormentan a un



monstruo fantástico; animales punteando un arpa, y hasta chiquillos que imitan en la taza de una fuente el *Manneken-Piss* de Bruselas. Si tuviesen más esbeltez estas figuras, podrían competir con los vasos etruscos más puros; unidad de aspecto y variedad infinita en los detalles; he aquí el problema difícil que los artistas de la Edad Media han resuelto casi siempre con gran fortuna. A cinco o seis pasos, esta obra de talla, de ejecución tan loca, es grave, solemne, arquitectónica, obscura de tono y completamente digna de servir de marco a los pálidos y austeros rostros de los canónigos.

La capilla del Condestable es por sí sola una iglesia completa; las tumbas de Don Pedro Fernández Velasco, condestable de Castilla, y de su mujer, ocupan su centro y constituyen el ornamento principal de ella; tales tumbas son de mármol blanco y de una labra magnífica. El aparece echado dentro de su armadura, la cual está adornada de arabescos del más puro estilo—los sacristanes suelen sacar improntas en papel mojado para venderlas a los viajeros—. La mujer tiene un perrito a un lado; los guantes y el ramaje del brocado de su vestidura están logrados con una finura insólita. Las cabezas de los dos esposos descansan en almohadones de mármol, ornados con la corona y las armas de la casa; blasones gigantescos decoran los muros de esta capilla, y sobre la cornisa hay figuras portadoras de barras de piedra, con que sostienen pendones y

estandartes. El *Retablo*—se llama así a las fachadas arquitectónicas de los altares—está esculpido, pintado, dorado, entremezclado de columnas y arabescos, y representa la Circuncisión del Señor en figuras de tamaño natural. A la derecha, al lado del retrato de doña Mencía de Mendoza, condesa de Haro, hállase un altarcito gótico colorido, dorado, cincelado y hermoseado con infinidad de figulinas que, por su ligereza y espiritualidad, podrían atribuirse a Antonio Moine; corona este altar un Cristo de azabache. El altar mayor está adornado de placas de plata y soles de cristal, cuyos reflejos espejeantes producen unos juegos de luz de un brillo singular. En la bóveda florece un rosetón esculpido con una delicadeza increíble.

En la sacristía, que está junto a la capilla, encajada entre la talla de la madera, hay una Magdalena que se atribuye a Leonardo de Vinci; la suavidad de las medias tintas, obscuras y fundidas con las claras en una gradación increíble; la ligereza de toque de los cabellos y la perfecta redondez de los brazos, hacen perfectamente verosímil esta suposición. También se conserva en esta capilla el díptico de marfil que el Condestable llevaba consigo a las batallas, y ante el cual hacía sus oraciones. La capilla del Condestable pertenece al duque de Frías. Echad de paso una ojeada a la estatua de San Bruno, de madera pintada, que es de Pereida, escultor portugués, y al epitafio de Villegas, traductor del Dante.



Provoca nuestra admiración y nos tiene suspensos unos minutos una gran escalera de la traza más bella, con magníficas quimeras talladas. Ignoro adónde conduce ni a qué sala se abre la puertecilla que la termina; pero es digna del más maravilloso palacio. El altar mayor de la capilla del duque de Abrantes es una de las más originales concepciones que pueden verse; representa el árbol genealógico de Jesucristo. Ved cómo está realizada tan singular idea. Al pie de la composición aparece echado el patriarca Abraham, y en su fecundo pecho se hunden las raíces cabelludas de un inmenso árbol, cuyas ramas son cada una un abuelo de Jesucristo, y se subdivide en tantas ramas como descendientes Jesús tiene. La cima está ocupada por la Santa Virgen en un trono de nubes; el Sol, la Luna y las estrellas, argentinas o áureas, fulgen a través de la florescencia de las ramas. Asusta pensar la paciencia que ha sido necesario para cortar todas aquellas hojas, plegar aquellas telas, estriar aquellas ramas y destacar del fondo todos aquellos personajes. Este retablo, por tal modo trabajado, es tan grande como la fachada de una casa y tiene lo menos treinta pies de altura, comprendidos los tres pisos, el segundo de los cuales representa la Coronación de la Virgen, y el último, la Crucifixión con San Juan y la Madre dolorida. Es obra del escultor Rodrigo del Haya, artista que vivió hacia mediados del siglo XVI.

La capilla de Santa Tecla es de lo más extraño

que pueda imaginarse. Parece que el escultor y el arquitecto se concertaron para colocar la mayor cantidad de adornos en el menor espacio posible, y a fe que lograron su propósito; desafío al adornista más industrioso a que encuentre sitio para colocar un solo rosetón, un florón tan sólo. Es el mal gusto más rico, más adorable y más encantador; no hay sino columnas salomónicas rodeadas de cepas de vides, volutas retorcidas hasta el infinito, guirnaldas de querubines encorbatados de alas, nimbos algodonosos de nubes exhaladas de pebeteros, llamas al viento, rayos que se abren en abanico, escarolados expandidos y frondosos, todo ello dorado y pintado con colores simples y pinceles de miniatura. Los rameados de las telas están ejecutados hilo a hilo, punto por punto, con la más aterradora minuciosidad.

La santa, rodeada de las llamas de una pira, que atizan sarracenos ataviados con vestiduras extrañas, eleva al cielo sus hermosos ojos de esmalte, y tiene en su delicada mano color de carne una palma rizada al estilo español. Las bóvedas son del mismo trabajo. Otros altares más pequeños, pero parejos en riqueza, ocupan el resto de la capilla. En ella no se encuentra la finura gótica ni el buen gusto del Renacimiento; la riqueza ha substituído a la pureza de la línea; pero de todos modos es bello, como lo es toda cosa excesiva y completa en su género.

Los órganos, de tamaño formidable, tienen baterías de tubos collocados en plano transversal,



como cañones que apuntan, de un efecto amenazador y belicoso. Las capillas particulares tienen también sus órganos, pero más pequeños. En el retablo de una de estas capillas vimos una pintura de tal belleza, que yo no sabía a qué maestro atribuírsela, si no es a Miguel Angel; en este magnífico cuadro, que sería la perla del más espléndido museo, brillan victoriosamente los caracteres irrecusables de la escuela florentina en su mejor época. Sin embargo, Miguel Angel no solía pintar al óleo, y sus cuadros son fabulosamente escasos. Quizá puede suponerse que es una composición pintada por Sebastián del Piombo copiando un cartón y sobre un trazo del sublime artista, pues ya se sabe que Miguel Angel, celoso del éxito de Rafael, utilizó algunas veces a Sebastián del Piombo para reunir el color al dibujo y sobrepujar a su joven rival. Sea como quiera, el cuadro es admirable: la santa Virgen, sentada y noblemente vestida, cubre con sus velos la divina desnudez del Niño Jesús, que está de pie a su lado. Dos ángeles en contemplación se ciernen silenciosamente por el ultramar del cielo; en el fondo se divisa un paisaje severo: rocas, tierra y algunos trozos de muralla. La cabeza de la Virgen es de una majestad, de una calma y de un vigor inefables. El cuello se asienta sobre los hombros con líneas tan puras, tan castas y tan nobles; la cara respira una tan dulce quietud maternal; las manos están modeladas por un modo tan divino; los pies tienen tal elegancia y tal es-

tilo, que no se pueden desprender los ojos de esta pintura. Añadid a este maravilloso dibujo el color sencillo, sólido, sostenido de tono, sin falsas brillanteces, sin rebuscamientos de claroscuro, con cierto aspecto de fresco muy en armonía con la arquitectura, y tendréis una obra maestra a la que sólo puede encontrarse pareja en la escuela florentina o en la romana.

Hay también en la catedral de Burgos una *Sagrada Familia* anónima, que yo sospecho pueda ser de Andrea del Sarto, y tablas góticas de Cornelis van Eyck, semejantes a las que se exhiben en la galería de Dresde; los cuadros de la escuela alemana no son raros en España, y hay algunos de una gran belleza. Mencionaremos de pasada algunas pinturas de fray Diego de Leyva, que se metió fraile en la Cartuja de Miraflores a los cincuenta y tres años; entre otros, uno que representa el martirio de Santa Casilda, a quien el verdugo ha cortado los dos pechos: la sangre sale a borbotones de las dos manchas rojas que dejó la carne amputada; los dos medios globos yacen junto a la santa, que contempla, con una expresión de éxtasis febril y convulsivo, a un angelote de rostro soñador y melancólico que le trae una palma. Estos cuadros terribles de martirio son muy numerosos en España, donde el afán del realismo y de la verdad en arte llega a su extremo. El pintor no os perdonará una sola gota de sangre; es preciso ver los nervios cortados que se contraen, las carnes vivas que tiemblan, y cuya púrpura sombría contras-



ta con la blancura exangüe y azulada de la piel, las vértebras partidas por el hacha del verdugo, las violentas señales de los vergajos y los látigos del tormento; las llagas abiertas, que vomitan agua y sangre por una boca lívida: todo es de una verdad espantable. En este género, Ribera ha pintado cosas que harían retroceder de horror al verdugo mismo, y se necesita toda la belleza y la energía diabólica características de este gran maestro para soportar su feroz pintura de desolladero o matadero, que parece haber sido ejecutada para caníbales por un ayudante de verdugo. En realidad, no es una cosa muy agradable el ser mártir, y el ángel con su palma parece muy débil compensación para tormentos tan horribles. Y Ribera a menudo niega también este consuelo a sus torturados, a los que deja retorcerse como trozos de serpiente en una sombra hosca y amenazadora que no ilumina el menor rayo divino.

La necesidad de la verdad, por repugnante que ésta sea, es un rasgo característico del arte español: lo convencional e ideal no entran en el genio de este pueblo, que carece en absoluto de estética. La escultura no le basta: necesita estatuas policromadas, *madonas* pintarrajeadas y revestidas con ropas verdaderas. Nunca lleva la ilusión material tan lejos como quisiera, y este afán inmoderado de realismo le hace muchas veces traspasar el límite que separa la estatuaria del gabinete de figuras de cera de Curtius.

El célebre Cristo, tan venerado en Burgos, y

que no se puede ver sino después de encender las velas, es un ejemplo sorprendente de este extraño gusto: no es de piedra ni de madera pintada; es una piel humana—así dicen, por lo menos—, rellena con mucho arte y cuidado. Los cabellos son de verdad; los ojos tienen pestañas; la corona de espinas es de escaramujo, y no le falta ningún detalle. No hay nada más lúgubre ni más impresionante que este largo fantasma crucificado, con un falso aspecto de vida y su inmovilidad de muerte; la piel, de un tono rancio y de hollín, aparece surcada por unos largos hilos de sangre, tan bien imitados, que parece efectivamente que manan.

No es preciso un gran esfuerzo de imaginación para dar crédito a la leyenda de que este milagroso crucifijo sangra todos los viernes. En vez de un paño arrollado y volante, el Cristo de Burgos lleva unas enagüillas blancas, ribeteadas de oro, que le caen desde la cintura hasta las rodillas; esta vestidura produce un efecto extraño, sobre todo en nosotros, que no estamos habituados a ver a Nuestro Señor con tal atavío. Al pie de la cruz hay incrustados tres huevos de avestruz, ornamento simbólico, cuyo significado no acierto a comprender, como no sea una alusión a la Trinidad, principio y germen de todo.

Salimos de la catedral deslumbrados, anonadados, ahitos de obras maestras; y no sintiéndonos capaces de admirar más, apenas tuvimos fuerza para echar una ojeada distraída al arco de Fernán



González, ensayo de arquitectura clásica intentado por Felipe de Borgoña a principios del Renacimiento. También nos enseñaron la casa del Cid; al decir esto me expreso mal, pues lo que he debido decir es el sitio en que pudo estar: se trata de un trozo rectangular de terreno cercado, en el que no existe el menor vestigio que autorice esta creencia; pero como tampoco existe nada que demuestre lo contrario, no hay inconveniente alguno en aceptar la tradición. La casa del Cordón, llamada así por los cordones que se enlazan alrededor de las puertas, encuadran las ventanas y se entremezclan con la arquitectura, merece ser examinada; sirve de albergue al jefe político de la provincia, y en ella nos encontramos con algunos alcaldes de los contornos, cuya fisonomía no nos hubiese tranquilizado en el fondo de un bosque, y que habrían hecho bien en pedirse los documentos a sí mismos antes de permitirse circular libremente.

La puerta de Santa María, erigida en honor de Carlos V, es un trozo muy notable de arquitectura. Las estatuas, colocadas en hornacinas, aunque algo achaparradas, tienen un carácter de fuerza y expresión que compensa su falta de esbeltez; es una lástima que esta soberbia puerta triunfal esté obstruída y deshonrada por unas murallas de mampostería, edificadas so pretexto de fortificación y que deberían demolerse sin contemplaciones. Cerca de esta puerta hállase el paseo que se extiende a orillas del Arlanza, río muy respetable, de dos pies de profundidad por lo menos, que

es ya mucho en España. Este paseo hállase adornado con cuatro estatuas, que representan a cuatro reyes o condes de Castilla, y son bastante bellas: Don Fernán González, Don Alonso, Don Enrique II y Don Fernando I.

Esto es, sobre poco más o menos, todo lo que merece verse en Burgos. El teatro es aún más primitivo que el de Vitoria. Aquella noche daban una obra en verso, *El zapatero y el rey*, de Zorrilla, escritor joven, muy distinguido y muy en boga en Madrid, que ya ha publicado siete tomos de poesía, siendo muy alabados su estilo y su musicalidad. Todas las localidades estaban tomadas de antemano; fué preciso renunciar a tal placer y contentarnos con ver al día siguiente las *Tres sultanas*, mezcla de canto y bailes de una bufonería trascendental. Los actores no sabían una palabra de sus papeles, y el apuntador gritaba con todas sus fuerzas, apagando las voces de aquéllos. A propósito del apuntador: está protegido por una especie de caparazón de cinc, de forma redondeada, defensa contra las patatas, manzanas y cáscaras de naranja con que el público español, impaciente si los hay, suele bombardear a los actores que le desagradan. Cada individuo lleva en el bolsillo su provisión de proyectiles; si los actores trabajan bien, las legumbres vuelven a casa y van a aumentar el puchero.

Por un momento creímos haber hallado el verdadero tipo español femenino en una de las tres sultanas: grandes cejas arqueadas, nariz fina,


óvalo alargado, labios rojos; pero un vecino oficioso nos dijo que era una francesa.

Antes de salir de Burgos fuimos a visitar la Cartuja de Miraflores, situada a una media legua de la ciudad, y en la que se ha permitido vivir a algunos pobres frailes ancianos y enfermos, en espera de su muerte.

España ha perdido mucho de su carácter romántico con la expulsión de los frailes, y no veo que haya ganado mucho en otros respectos. Edificios admirables, cuya pérdida será irreparable, y que hasta aquí se habían conservado en toda su integridad, se hundirán y se desmoronarán, añadiendo sus ruinas a las ruinas tan frecuentes en este desdichado país; y se perderán, sin provecho para nadie, riquezas inmensas en cuadros, estatuas y objetos de arte de todas clases. Bien podrían, a mi juicio, imitar nuestra revolución en otra cosa más práctica que en su estúpido vandalismo. Degollaos los unos a los otros por vuestras ideas, abonad con vuestros cuerpos los empobrecidos campos asolados por la guerra; pero la piedra, el mármol y el bronce, en que puso su mano el genio, son sagrados y debéis respetarlos. Dentro de dos mil años nadie se acordará de vuestras luchas civiles, y el porvenir sólo sabrá que fuisteis un gran pueblo por algunos fragmentos maravillosos encontrados entre los escombros.

La Cartuja está enclavada en una colina; su exterior es austero y sencillo: muros de piedra gris, techumbres de tejas, todo para el pensamiento,

nada para los ojos. Por dentro, grandes claustros, frescos, silenciosos y enjalbegados, puertas de celdas, ventanas emplomadas en las que se ven algunos asuntos piadosos en vidrios de color, entre ellos una Ascensión del Señor, de una composición muy original: el cuerpo del Salvador ya ha desaparecido; sólo se ven sus pies, cuya huella ha quedado impresa en una roca rodeada de santos en adoración.

Un patio pequeño, en el dentro del cual hay una fuente, de la que se filtra gota a gota un agua cristalina, es el jardín del prior. Algunas parras alegran un poco la tristeza de las paredes; aquí y acullá crecen algunas flores y manojos de plantas, sin orden ni cuidado, en un desaliño pintoresco. El prior, anciano de rostro noble y melancólico, ataviado con un traje lo más semejante a un hábito —a los frailes no se les permite conservar los suyos—, nos recibió con mucha cortesía; hízonos sentar alrededor del brasero, pues no hacía ningún calor, y nos ofreció cigarros y agua fresca con azucarillos. Sobre la mesa se veía un libro abierto; dirigíle una mirada y vi que era la *Biblioteca cartuxiana*, recopilación de todos los pasajes de diferentes autores, en elogio de la Orden y de la vida de los cartujos. Estaba lleno de notas marginales, escritas con esa letra antigua de cura, recta, firme, algo gruesa, que tantas cosas dice al pensamiento, y que un mundano, apresurado y nervioso, no sabría tener. Este pobre fraile viejo, que por compasión vivía en este convento abandonado,



cuyas bóvedas se derrumbarán cualquier día sobre su ignorada huesa, soñaba aún con la gloria de su Orden, y con mano temblorosa anotaba en los blancos de las hojas algún pasaje olvidado o recogido recientemente.

Sombrean el cementerio dos o tres grandes cipreses como los de los cementerios turcos; este recinto fúnebre contiene ciento diez y nueve cartujos muertos desde la construcción del convento; una hierba espesa y viciosa crece en el suelo, donde no se ve ni una tumba, ni una cruz, ni una inscripción; todos reposan allí confundidos, tan humildes en muerte como lo fueron en vida. Este cementerio anónimo tiene una calma y un silencio que infunde tranquilidad al espíritu; en el centro una fuente llora, con sus lágrimas límpidas como de plata, por todos aquellos muertos olvidados; yo bebí un trago de aquella agua filtrada por las cenizas de tantos santos: era pura y helada como la muerte.

Pero si la morada de los hombres es pobre, la de Dios es rica. En el centro de la nave están las tumbas de Don Juan II y de la reina Isabel, su mujer. Es admirable que la paciencia humana haya logrado dar cima a obra semejante; diez y seis leones, dos en cada esquina, que sostienen ocho escudos con las armas reales, les sirven de base. Un número proporcionado de virtudes, de figuras alegóricas, de apóstoles y evangelistas, todas ellas cruzadas y entrecruzadas por palmas, hojarasca, pájaros, animales, cordones

de arabescos, forman un trabajo prodigioso del que es muy difícil hacerse una idea. Encima están las estatuas yacentes del rey y la reina, con corona. El rey tiene en la mano el cetro y lleva una vestidura larga, rameada y labrada con una delicadeza inconcebible.

Al lado del Evangelio está la tumba del infante Don Alonso. El infante aparece representado de rodillas ante un reclinatorio. Una parra calada, de la que se cuelgan angelotes cogiendo los racimos de uvas, festonea de modo caprichoso el arco gótico que encuadra la composición, medio empotrada en el muro.

Estos monumentos maravillosos son de alabastro y débense al cincel de Gil de Siloé, que también labró las esculturas del altar mayor. A derecha e izquierda de este altar, que es de rara belleza, se abren dos puertas por las que se ven dos cartujos inmóviles en el sudario blanco de su hábito; estas dos figuras, que probablemente son de Diego de Leyva, producen una gran ilusión al primer golpe de vista. Una sillería de Berruguete completa el conjunto, que nos asombra encontrar en medio del campo desierto.

Desde lo alto de la colina se nos hizo inquirir en lontananza San Pedro de Cardeña, donde se hallan los restos del Cid y de doña Jimena, su mujer. A propósito de esta tumba se cuenta una anécdota curiosa que vamos a referir sin responder de su autenticidad.

Durante la invasión francesa, el general Thibaut tuvo la ocurrencia de trasladar los restos del Cid desde San Pedro de Cardeña a Burgos. Era su intención colocarlos en un sarcófago en un paseo público, para que tan venerables reliquias inspiraran al pueblo con su presencia sentimientos heroicos y caballerescos. Añaden que, en un arrebato de entusiasmo guerrero, el honorable general hizo poner a un lado los huesos del héroe para que su glorioso contacto aumentara su valor, precaución que no necesitaba en manera alguna. El proyecto no se llevó a cabo, y el Cid volvió junto a doña Jimena a San Pedro de Cardeña, donde reposan definitivamente; pero uno de los dientes que se cayó y hubieron de guardar en un cajón, desapareció sin que se sepa qué ha sido de él. A la gloria del Cid no le ha faltado más que ser canonizado; y lo hubiese sido seguramente si no hubiese tenido antes de morir la idea araboherética y malsonante de querer que enterraran con él a su famoso caballo *Babieca*, cosa que hizo dudar de su ortodoxia. A propósito del Cid, hagamos notar al señor Casimiro Delavigne que la espada del héroe se llama Tizona y no Tizonada, palabra que rima demasiado bien con limonada. Dicho sea todo esto sin que sirva de menoscabo a la gloria del Cid, que, aparte su mérito de héroe, ha tenido el de inspirar a los poetas anónimos del Romancero, a Guillén de Castro, a Diamante y a Corneille.

# VI

**El correo real: las galeras.—Valladolid.—San Pablo.—Una representación de "Hernani".—Santa María de Nieva.—Madrid.**

El *correo real*, en el que abandonamos Burgos, merece descripción aparte. Figuraos un coche antediluviano, cuyo modelo abolido sólo puede encontrarse en la España fósil; ruedas enormes, ensanchadas con radios muy finos y colocadas muy a la trasera de la caja, pintada de rojo en tiempo de Isabel la Católica; un cajón extraño, agujereado con toda suerte de ventanas de forma redondeada y guarnecido interiormente con almohadones pequeños, que quizá en un tiempo fuesen de satén rosa, y todos ellos adornados de pespuntes y agremanes, que bien pudieron ser de todos los colores. Tan respetable carroza estaba suspendida sencillamente con cuerdas, y en los sitios más expuestos sujeta con soguillas de esparto. A esta máquina se añade una hilera de mulas de muy respetable longitud, sus correspondientes postillones y el *mayoral* con su chaqueta de piel de astracán y un pantalón de piel de oveja—que le dan un aspecto por demás moscovi-

ta—, y henos aquí en marcha, en medio de un torrente de gritos, injurias y latigazos. Ibamos a un paso endiablado; devorábamos el terreno, y las vagas siluetas de los objetos pasaban a derecha e izquierda con una rapidez fantasmagórica. Nunca he visto mulas más furiosas, más rebeldes y más bravías; en cada relevo hacía falta un ejército de muchachos para lograr enganchar una al coche. Estas bestias diabólicas salían de la cuadra encabritadas y no se les podía reducir a su estado de cuadrúpedos sino a fuerza de un racimo de postillones que se colgaban de la cabezada. Yo creo que lo que les infundía esta endemoniada furia era la idea de la comida que les esperaba en la próxima venta, pues hallábanse en un estado de delgadez lastimoso. Al salir de un pueblecillo empezaron a cocear y a saltar de tal modo, que se les enredaron las patas en las riendas; entonces se armó una ensalada de coces y de palos inenarrable; toda la recua cayó al suelo, y un pobre postillón que iba a la cabeza montado en un caballo que probablemente no había sido enganchado nunca, salió de debajo de aquel montón medio aplastado y echando sangre por las narices. Su amante, que presenciaba la partida, lanzaba unos gritos que partían el alma y de una intensidad como yo nunca habría imaginado que pudieran salir de un pecho humano. Por fin lograron desenredar las cuerdas y colocar en pie a las mulas; otro postillón ocupó el puesto del herido, y nos pusimos en marcha con una ve-



locidad sin igual. La comarca que atravesábamos tenía un aspecto extrañamente salvaje: llanuras inmensas, áridas, sin un solo árbol que rompiese su monotonía, terminadas en montañas de un amarillo ocre, a las cuales ni la lejanía lograba dar un tinte azulado. De tiempo en tiempo cruzábamos pueblecillos terrosos construídos en barro, la mayor parte en ruinas. Como era domingo, a lo largo de estas paredes amarillentas, iluminadas por un débil rayo de sol, se apoyaban de pie, inmóviles como momias, largas filas de castellanos altivos, envueltos en sus pingajos de yesca, tomando el sol, entretenimiento que haría morir de hastío al cabo de una hora al más flemático alemán. Sin embargo, esta diversión, puramente española, era en este día muy excusable, pues hacía un frío atroz; un viento furioso barría la llanura, con un ruido de trueno y de carros llenos de armaduras que rodasen por una bóveda de bronce. No creo que en los kraals de los hotentotes ni en los campamentos de los kalmucos puede encontrarse nada más salvaje, más bárbaro y más primitivo. Aprovechando una parada entré en una de estas chozas; era un zaquizamí sin ventana, con un hogar de piedras en el centro y un agujero en el techo para que saliera el humo; las paredes estaban tiznadas con un betún de hollín digno de Rembrandt.

Cenamos en Torquemada, pueblo situado a la orilla de un río que está lleno de antiguas fortificaciones en ruinas. Torquemada es notable por la

carencia absoluta de cristales: sólo los hay en el parador, el cual, a pesar de un lujo tan inaudito, no deja de tener una cocina con un agujero en el techo. Después de engullir unos cuantos garbanzos, que sonaban en nuestros estómagos como granos de plomo en una pandereta, volvimos a nuestro cajón y comenzamos de nuevo la carrera desenfrenada. Aquel coche, a la rastra de las mulas, era como un caldero atado a la cola de un tigre; el ruido que hacía las excitaba aún más. Una hoguera de paja, encendida en medio del camino, estuvo a punto de hacerlas cometer una trastada. Eran tan espantadizas, que precisaba cogerlas de la brida y taparles los ojos cuando venía otro coche en sentido contrario. Es regla general que cuando dos coches, arrastrados por mulas, se cruzan en el camino, uno de los dos vuelca. Lo que había de ocurrir, ocurrió. Hallábame dándole vueltas en mi cabeza a mi alejandrino—cosa que suelo hacer en viaje—, cuando vi venir hacia mí, describiendo una rápida parábola, a mi vecino de enfrente. Esta acción extraña fué seguida inmediatamente de un violento choque y de un crujido general. "¿Estás muerto?"—me preguntó mi compañero al terminar su curva—. "Al contrario". "¿Y tú?"—le respondí—. "Casi, casi".—me replicó—. Y salimos lo más pronto que pudimos por el techo roto del pobre coche, que se había hecho mil pedazos. A quince pasos, en el campo, vimos con una satisfacción inmensa la caja de nuestro daguerrotipo, tan pura, tan intacta, como si hubiera estado en la tienda de Susse sacando vistas de la columnata de la Bolsa. Las mulas habían salido disparadas, llevándose a los demonios el pescante y el juego de ruedas delantero. Nuestra pérdida se redujo a un botón, que saltó con la violencia del coche, y no pudimos encontrar. En verdad, que es imposible volcar con más limpieza.



Una de las cosas más bufas que yo haya podido ver es el mayoral, lamentándose sobre los restos de su carricoche; juntaba los pedazos como un niño que ha roto un vaso, y viendo que el mal era irreparable, rompía a jurar, pateaba, se daba de puñetazos, rodaba por el suelo, imitando los excesos de dolor de los antiguos, o se enternecía y se entregaba a las más emocionantes elegías. Lo que sobre todo le afligía era la suerte de los almohadones rosas que yacían esparcidos, apisonados y sucios de polvo; los tales almohadones eran lo que su imaginación de mayoral podía concebir de más magnífico, y su corazón sangraba al ver desaparecido tanto esplendor.

Nuestra situación no era, de otra parte, muy divertida, aunque nos viésemos presa de un ataque de loca risa de lo más intempestivo. Las mulas se habían convertido en humo y no teníamos más que un coche desmantelado y sin ruedas. Felizmente la venta no estaba lejos. Allí fueron a buscar dos *galeras*, que nos recogieron con nuestro equipaje. La galera justifica perfectamente su nombre: es una carreta de dos o cuatro ruedas, sin fondo ni suelo; en la parte inferior un

tejido de cuerdas de cáñamo forma una red donde se colocan los bultos. Encima extiéndese un colchón, un verdadero colchón español, que no os impide sentir todos los ángulos del equipaje, amontonado al azar. Los pacientes se agrupan como pueden en este potro de nueva invención, junto al cual las famosas parrillas de San Lorenzo y de Guatimozín son un lecho de rosas, puesto que en ellas, por lo menos, era posible moverse. ¿Qué dirían los filántropos que hacen viajar en silla de posta a los *forzados*, si vieran las *galeras* a que se ven condenadas las gentes más inofensivas del mundo cuando van a visitar España?

En este agradable vehículo, privado en absoluto de muelles, hacíamos cuatro leguas españolas por hora, es decir, cinco leguas francesas, una más que los correos mejor servidos por la mejor carretera. Para ir más de prisa habríamos necesitado caballos ingleses de carreras o de caza, y el camino que recorríamos estaba lleno de subidas difíciles y de pendientes rápidas que siempre se bajaban a todo galope; se necesita toda la seguridad y toda la destreza de los mayorales y postillones españoles para no irse a estrellar contra el fondo de los precipicios; en vez de volcar una vez deberíamos haber volcado constantemente.

Nos sacudían como a esos pobres ratones a los que se les golpea contra las paredes de la ratonera para atontarlos, y únicamente la severa



belleza del paisaje lograba impedir que nos entregásemos a la melancolía y al cansancio; las bellas colinas de líneas austeras, con un color sombrío y severo, prestaban tal carácter al horizonte, renovado sin cesar, que compensaban los vaivenes de la galera. Un pueblecillo, un viejo convento edificado a modo de fortaleza, daban a aquellos parajes una simplicidad oriental, que recordaba las lejanías del *José vendido por sus hermanos*, de Descamps.

Dueñas, situado sobre una colina, tiene el aire de un cementerio turco; las bodegas, cavadas en la roca viva, reciben la ventilación por torrecillas de forma de turbante, que ofrecen un falso aspecto de minarete muy singular. Una iglesia de traza morisca completa la ilusión. A la izquierda, en la llanura, aparece de cuando en cuando el canal de Castilla, que no está aún terminado.

En Venta de Trigueros engancharon a nuestra galera un caballo *rosa* de singular belleza—habían renunciado a las mulas—, que justificaba plenamente el caballo tan criticado del *Triunfo de Trajano*, de Eugenio Delacroix. El genio siempre tiene razón: lo que inventa existe, y la Naturaleza le imita casi en sus fantasías más excéntricas. Después de franquear un camino orillado de terraplenes, de contrafuertes, en forma de arbotantes, de un carácter bastante monumental, entramos, por fin, en Valladolid, ligeramente molidos, pero con las narices intactas y los brazos

pegados a nuestros cuerpos sin necesidad de alfileres negros, como los de las muñecas. No hablo de las piernas dormidas, donde dijérase que teníamos clavadas todas las agujas de Inglaterra y en las que cosquilleaban las patas de cien mil hormigas invisibles.

Nos apeamos en un *parador* soberbio, de una limpieza exquisita, donde nos dieron dos cuartos con un balcón a la plaza, estera de colores y paredes pintadas al temple en amarillo y verde manzana. Hasta ahora, nosotros no podemos justificar los reproches de su suciedad y desaliño que suelen hacer todos los viajeros a las posadas españolas; aun no hemos encontrado escorpiones en nuestra cama, y los insectos anunciados no parecen.

Valladolid es una gran ciudad casi despoblada; caben en ella doscientas mil almas y apenas tiene veinte mil. Es una ciudad limpia, tranquila y elegante en la que ya se percibe la proximidad de Oriente. La fachada de San Pablo está cubierta de arriba abajo de esculturas maravillosas del principio del Renacimiento. Delante del pórtico están alineadas, a manera de cerramiento, columnas coronadas por leones heráldicos, que sostienen, en todas las posturas posibles, el escudo con las armas de Castilla. Enfrente se alza un palacio de tiempos de Carlos V, con un patio de arcos de extrema elegancia y medallones esculpidos de rara belleza. En esta perla de arquitectura despacha el fisco su innoble sal y su espantoso tabaco. Felizmente, la fachada de San Pablo da a una plaza, y se puede tomar la vista con el daguerrotipo, cosa muy difícil en los edificios de la Edad Media, que suelen estar empotrados entre casas y tenduchos abominables; pero la lluvia, que no cesó desde que entramos en Valladolid, no nos permitió conseguir nuestro deseo. Veinte minutos de Sol entre las oleadas de lluvia de Burgos nos permitieron reproducir de un modo claro y distinto las dos agujas de la catedral, con un gran trozo del pórtico; pero en Valladolid no tuvimos ni esos veinte minutos, tanto más cuanto que la ciudad abunda en arquitecturas encantadoras. El edificio destinado a biblioteca—que se intenta convertir en museo—es del gusto más puro y delicioso, a pesar de que algunos de estos restauradores ingeniosos que prefieren las planchas a los bajorrelieves hayan raspado ignominiosamente sus admirables arabescos; aun quedan bastantes, sin embargo, para hacer de él una obra maestra de elegancia. Debemos indicar a los dibujantes un balcón interior que corta el ángulo de un palacio en esta misma plaza de San Pablo y forma un *mirador* de un gusto originalísimo. La columnita que une los dos arcos es de un corte muy feliz. Según nos dijeron, en esta casa nació el terrible Felipe II. También mencionaremos un enorme fragmento de catedral, sin concluir, obra en granito de Herrera, del género de San Pedro de Roma; pero esta construcción fué abandonada para construír El Escorial, lúgubre fantasía del triste hijo de Carlos V.

En una iglesia cerrada nos enseñaron una colección de cuadros procedentes de los conventos abandonados y reunidos allí por orden superior; esta colección demuestra que las gentes que han saqueado las iglesias y los conventos son excelentes artistas y admirables conocedores, pues sólo han dejado roñas horribles que no se venderían ni a quince francos en una prendería. En el museo hay algunos cuadros pasaderos, pero nada superior; en cambio hay muchas esculturas de talla y muchos Cristos de marfil, sin duda más notables por su antigüedad y su gran tamaño que por su mérito positivo. Las gentes que van a España en busca de curiosidades padecen un gran desencanto, pues no encuentran un arma preciosa, ni una edición rara, ni un manuscrito, nada.

*La plaza de la Constitución* de Valladolid es muy bella y muy amplia; está rodeada de casas sostenidas por grandes columnas de granito azulado de una sola pieza y de un efecto muy hermoso. El palacio de la *Constitución*, pintado de color verde manzana, luce una inscripción en honor de la *inocente Isabel*, como llaman aquí a la reina niña, y un reloj que de noche está iluminado, como el del Hotel de Ville, de París, novedad que, al parecer, divierte mucho a los habitantes. Bajo los pilares hay establecidos infinidad de sastres, sombrereros y zapateros, que son los tres oficios más florecientes en España; allí están también los principales cafés, y todo el movimiento de la población tiende a concentrarse



hacia ese punto. En el resto de la ciudad apenas se encuentra un transeunte: una criada que va a buscar agua o un labriego detrás de su borrico. Este efecto de soledad se acentúa por la gran superficie que ocupa este pueblo, donde las plazas son más numerosas que las calles. *El Campo Grande*, próximo a la puerta principal, está rodeado de quince conventos, y aun cabrían más.

La noche que llegamos daban en el teatro una obra de Bretón de los Herreros, poeta dramático muy considerado en España. La tal obra tenía el extraño título *El pelo de la dehesa*, expresión proverbial muy difícil de comprender, pero que responde a nuestro dicho *"La caque sent toujours le hareng"*. Se trata de un campesino aragonés que va a casarse con una muchacha bien educada y que tiene el buen sentido de reconocer que no podrá nunca ser un hombre de mundo. Lo cómico de esta obra consiste en la perfecta imitación del dialecto, del acento aragonés, mérito poco comprensible para extranjeros. *El baile nacional*, sin ser tan macabro como el de Vitoria, también fué bastante mediano. Al día siguiente representaban *Hernani o El honor castellano*, de Víctor Hugo, traducido por D. Eugenio de Ochoa, y desde luego no quisimos dejar de asistir a una fiesta semejante. La obra está traducida verso por verso, con una exactitud escrupulosa, a excepción de algunos pasajes y de algunas escenas, que se han reducido respondiendo a exigencias del público. La escena de los retratos es casi nula, pues los

españoles la consideran injuriosa para ellos, por encontrarse indirectamente ridiculizados. En el quinto acto hay también algunas supresiones. En general, los españoles se enfadan cuando se habla de ellos de una manera poética, y presumen que han sido calumniados por Hugo, por Mérimée y, en general, por todos los que han escrito sobre España; sí, calumniados..., pero embellecidos. Reniegan con todas sus fuerzas de la España del Romancero y de las orientales, y una de sus principales pretensiones es no ser poéticos ni pintorescos, pretensiones, ¡ay!, bien justificadas. El drama estuvo bien representado; el Ruy Gómez de Valladolid no tenía nada que envidiar seguramente al de la calle de Richelieu, lo cual no es poco decir. En cuanto a Hernani, *rebelde envenenado*, hubiera sido muy aceptable si no tuviera el extraño capricho de vestirse de trovador de péndulo. La doña Sol era casi tan joven como mademoiselle Mars y no tenía su talento.

El teatro de Valladolid es de una traza muy feliz, y aunque su decorado interior sólo consista en una lechada de cal con algunos adornos grises, causa un efecto muy lindo; el decorador ha tenido la idea de pintar en las paredes de la embocadura del escenario unas ventanas adornadas con cortinillas de batista de lunares muy bien imitados. Estas ventanas, como proscenios, tienen un aspecto raro; las barandillas y antepechos de los palcos están caladas y permiten ver si las mujeres van bien calzadas y hasta si llevan las



medias estiradas y tienen fino el tobillo..., lo que no significa inconveniente alguno para las españolas, casi siempre irreprochables en este respecto. En un delicioso folletón de mi substituto literario he leído—pues la Prensa también llega a estas regiones bárbaras—que los balcones de galería de la Nueva Opera Cómica son de este sistema.

Al salir de Valladolid el paisaje cambia de carácter, tornan a aparecer las landas; diferenciándose éstas de las de Burdeos, en que, de cuando en cuando, tienen grupos de encinas verdes achaparradas y en que sus pinos son más anchos de copa, asemejándose su forma a la de mi paraguas. Por lo demás, la misma aridez, la misma soledad, el mismo aspecto de desolación; de tiempo en tiempo, montones de escombros que llevan el nombre de pueblos, quemados y devastados por los facciosos, donde vaga algún que otro habitante desharrapado y de rostro macilento. Como pintoresco sólo se ve alguna falda de mujer, de un amarillo canario muy vivo, gayado con bordados de múltiples matices que figuran pájaros y flores.

Olmedo, donde se hace alto para comer, está completamente en ruinas; hay calles enteras desiertas y otras obstruídas por casas derrumbadas; la hierba brota en las plazas. Como en las ciudades malditas de que habla la Escritura, pronto habrá en Olmedo más habitantes que la víbora de cabeza aplastada y el buho miope, y el dragón del desierto frotará las escamas de su

vientre contra la piedra de los altares. Una cintura de antiguas fortificaciones desmanteladas rodea la ciudad, y la hiedra caritativa cubre con su manto verde la desnudez de las torres despanzurradas y resquebrajadas. Arboles grandes y hermosos orillan todos estos baluartes. La Naturaleza procura reparar cuanto puede los estragos del tiempo y de la guerra. La despoblación de España es aterradora: en tiempo de los moros tenía treinta y dos millones de habitantes; ahora posee lo más diez u once. A menos que surja un cambio dichoso, poco probable, o que haya una fecundidad sobrenatural en los matrimonios, ciudades en otro tiempo florecientes serán abandonadas por completo, y sus ruinas de adobes se fundirán insensiblemente con la tierra que lo devora todo: ciudades y hombres.

En la sala en que comíamos, una mujer corpulenta, de aspecto de Cibeles, se paseaba de largo a largo llevando bajo el brazo un cestito oblongo cubierto con una tela, y del cual salían unos débies lamentos aflautados, muy semejantes a los de un niño pequeño. Aquello me intrigaba mucho, porque la cesta era tan pequeña que sólo podría contener un niño microscópico, un liliputiense propio para exhibirse en una feria. El enigma tardó poco en explicarse: la nodriza—pues esto era aquella mujer—sacó del cesto un perrillo canelo, se sentó en un rincón y dió gravemente el pecho a este mamoncillo de un nuevo género. Era una pasiega que se dirigía a Madrid a criar



y se valía de aquel medio para no quedarse sin leche.

Saliendo de Olmedo, el paisaje no ofrece gran variedad: solamente hube de notar un magnífico efecto de Sol; los rayos luminosos herían de soslayo una cadena de montañas en la lejanía, haciendo resaltar todos los detalles con una limpieza extraordinaria; los lados, hundidos en la sombra, eran casi invisibles; el cielo tenía tonos de mina de Saturno. Un pintor que fuera capaz de copiar fielmente tal efecto de luz, sería tachado de exageración y de inexactitud.

Esta vez la posada fué mucho más española que las que habíamos visto hasta entonces: consistía en una inmensa cuadra rodeada de cuartos enjalbegados, en cada uno de los cuales había cuatro o cinco camas. Era miserable y desnuda, pero no sucia; la suciedad característica y proverbial aun no aparecía; hasta había lujo inusitado; en el comedor, una serie de grabados representando las aventuras de Telémaco, no ciertamente las encantadoras viñetas con que Celestino Nanteuil y su amigo Baron ilustran la historia del áspero hijo de Ulises, sino unos cromos detestables de que la calle Saint Jacques inunda el universo. Salíamos a las dos de la mañana, y cuando los primeros resplandores del día nos permitieron distinguir los objetos, vi un espectáculo que no olvidaré en mi vida. Acabábamos de relevar en un pueblo llamado, según creo, Santa María de Nieva, y comenzábamos a subir las primeras mon-

tañas de la cadena que habíamos de atravesar. Dijéranse las ruinas de una ciudad ciclópea; inmensos bloques de piedra arenisca, que semejaban formas arquitectónicas, alzábanse por todas partes recortando sobre el cielo sus siluetas de Babeles fantásticas. Aquí, una piedra chata, caída de través sobre otras dos rocas, simulaba engañosamente los *peulven* o *dolmen* druídicos; más lejos una serie de picos, en forma de fuste de columna, representaban propileos y pórticos; otras veces no era más que un caos, un océano de granito inmovilizado en el momento de su mayor furia; el tono gris azulado de estas rocas aumentaba la singularidad de la perspectiva; a cada momento, de los intersticios de la piedra brotaban en una especie de neblina vaporosa, o se filtraban en lágrimas de cristal, manantiales de agua de roca, y lo que más me encantó: la nieve fundida se acumulaba en los huecos formando lagunillas rodeadas de un césped esmeraldino y encajadas en un círculo de plata formado por la nieve que aun resistía a la acción del Sol. Altos hitos colocados de tiempo en tiempo, y que sirven para indicar el camino cuando la nieve extiende su manto pérfido y disimula los precipicios, le dan un aspecto monumental; los torrentes espuman y rumorean por todas partes; el camino los ahorcaja con esos puentes de piedra seca tan frecuentes en España, donde a cada paso se encuentran.

Las montañas se elevaban más y más; apenas



habíamos franqueado una se presentaba otra más alta, antes oculta a nuestros ojos; no bastaron las mulas y hubo que recurrir a los bueyes, lo cual nos permitió apearnos del coche y concluir de subir la sierra a pie. Yo estaba embriagado de aquel aire tan vivo y tan puro; me sentía tan ligero, tan alegre, tan lleno de entusiasmo, que daba gritos y saltos como un cabritillo; experimentaba el deseo de tirarme de cabeza en aquellos encantadores precipicios, tan azules, tan vaporosos, tan aterciopelados; hubiera querido hacerme arrollar por todas las cascadas, meter los pies en todos los manantiales, coger una hoja de cada pino, revolcarme en la nieve chispeante, mezclarme con aquella Naturaleza y fundirme como un átomo en aquella inmensidad. Bajo los rayos del Sol, las altas cimas fulgían y chispeaban deslumbradoras como las basquiñas bordadas de lentejuelas de las bailarinas; otras cumbres hallábanse entocadas de nubes y se confundían con el cielo por gradaciones insensibles, pues nada hay que se parezca tanto a una montaña como una nube. Todo eran ondulaciones, escarpaduras, tonos y formas de que no hay arte que pueda dar idea: ni el pincel ni la pluma. Las montañas realizan todos los sueños, lo cual no es un elogio insignificante. Solamente que se las imagina más grandes; su enormidad no es sensible sino por comparación; mirándolas bien se advierte que lo que de lejos se creía una brizna de hierba es un pino de sesenta pies de altura.

En el recodo de un puente, muy a propósito para

una emboscada de bandidos, vimos una columnita con una cruz: era un monumento a un pobre diablo muerto *a mano airada* en aquel paraje. De tiempo en tiempo topábamos con *maragatos* que iban de camino con su traje del siglo XVI—faja de cuero ajustada con una hebilla, amplios calzones, sombreros de alas anchas—, o *valencianos* con sus zaragüelles de tela blanca, que se asemejan a las enaguas de los *kleptas*, su pañuelo anudado alrededor de la cabeza, sus polainas blancas bordadas de azul sin pie, como los *kuemis* antiguos, su manta—capa de muestra—de tela rayada transversalmente, de colores vivos, cruzada sobre el hombro de una manera muy elegante. Lo que se veía de su piel era obscuro, como bronce de Florencia. También encontramos recuas de mulas, enjaezadas de una manera encantadora, con cascabeles, mantas y alforjas abigarradas y conducidas por arrieros armados de carabinas; lo pintoresco, tan deseado, aparecía en abundancia.

A medida que subíamos, las manchas de nieve tornábanse más anchas y más espesas; pero un rayo de Sol hacía relucir la montaña como una amante que ríe entre lágrimas; por todas partes se filtraban regatillos diseminados como cabelleras de náyades en desorden y más claros que diamantes. A fuerza de trepar alcanzamos la cresta cimera y nos sentamos en el plinto del zócalo de un gran león de granito que marca en la vertiente de la montaña los límites de Castilla la Vieja; al otro lado comienza Castilla la Nueva.



El capricho de coger una encantadora flor de tinte rosa, cuyo nombre en botánica ignoro y que crece en las hendeduras del granito, nos hizo encaramarnos a una piedra, en la que, según nos dijeron, acostumbraba subirse Felipe II para inquirir la marcha de los trabajos del Escorial. O la tradición es apócrifa, o Felipe tenía una vista privilegiada.

El coche, que subía penosamente a lo largo de las pendientes escarpadas, nos alcanzó; por fin desengancharon los bueyes y emprendimos la bajada a galope. Nos detuvimos para comer en Guadarrama, pueblecillo acurrucado al pie de la montaña y que no tiene más monumento que una fuente erigida por Felipe II. Aquí, por un trueque extraño del orden natural de los platos, nos sirvieron de postre una sopa de leche de cabra.

Madrid, como Roma, está rodeado de una campiña desierta, de una aridez, de una sequedad, de una desolación de que nada puede dar idea: ni un árbol, ni una gota de agua, ni una planta verde, ni la más remota apariencia de humedad; sólo arena amarilla y rocas color de hierro. Al alejarse de la montaña no hay rocas, sino piedras grandes; de tarde en tarde, una venta polvorienta, un campanario color de corcho que recorta su perfil en el horizonte, enormes bueyes de aire melancólico arrastrando esas carretas que ya hemos descrito; un campesino a caballo o en mula, con su carabina en el arzón, el sombrero sobre los ojos y el aire adusto, o largas recuas de asnos rucios

cargados con paja picada y metida en redes de cuerda; y esto es todo: el asno que va a la cabeza, el asno *coronel,* lleva siempre un plumero o penacho que denota su superioridad en la jerarquía de la gente de orejas largas.

Al cabo de algunas horas, que la impaciencia de llegar hacía aún más largas, divisamos Madrid. Minutos después entrábamos en la capital de España por la *Puerta de Hierro;* el coche siguió primeramente una avenida de árboles, desprovistos de copa y achaparrados, orillada de torrecillas de ladrillo que sirven para elevar el agua. A propósito de agua, y aunque esta digresión no sea muy feliz, me olvidaba decir que habíamos cruzado el Manzanares por un puente digno de un río más serio; luego pasamos por el palacio de la reina, que es uno de esos edificios que se ha convenido en llamar de buen gusto. Las inmensas terrazas que lo realzan y empinan le dan una apariencia bastante grandiosa.

Después de sufrir la vista de la aduana fuimos a instalarnos cerca de la calle de Alcalá y del Prado, a la calle del Caballero de Gracia, en la fonda de la Amistad, donde precisamente se alojaba la señora de Espartero, duquesa de la Victoria, y lo primero que hicimos fué enviar a Manuel, nuestro criado, *aficionado* y taurómaco consumado, a tomar billetes para la primera corrida de toros.

## VII

**Corridas de toros. — El picador Sevilla. — La estocada a "vuela pies".**

Hubo que esperar dos días. Nunca me parecieron más largos, y para templar mi impaciencia releí más de diez veces el anuncio puesto en las esquinas de las calles principales, el cual prometía montes y maravillas. Ocho toros de las más famosas ganaderías; Sevilla y Antonio Rodríguez, *picadores;* Juan Pastor—a quien también llaman el *Barbero*—y Guillén, *espadas;* todo con la prohibición de arrojar a la arena cáscaras de naranja y otros proyectiles que pudieran dañar a los combatientes.

En España no se emplea el nombre de *matador* para designar al que mata al toro; se le llama *espada,* que es más noble y tiene más carácter; tampoco se dice *toreador,* sino *torero.* Sirvan estas noticias útiles para los que hacen color local en romances y óperas cómicas. La corrida se llama *media corrida,* porque antes había dos todos los lunes, una por la mañana y otra a las cinco de la tarde, las cuales constituían la corrida entera; sólo se conserva la de la tarde.

Se ha dicho y repetido en todas partes que en España se perdía la afición a los toros y que la civilización concluiría por desterrarla; si la civilización llega a hacer esto, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los espectáculos más bellos que el hombre puede imaginar. Pero ese día no ha llegado aún, y los escritores sensibles que aseguran lo contrario no tienen más que trasladarse un lunes, entre cuatro y cinco, a la Puerta de Alcalá, para convencerse de que la afición a esta *feroz* diversión está muy lejos de perderse.

El lunes, *día de toros*, es día feriado; nadie trabaja, toda la ciudad está en conmoción; los que no tienen aún billetes dirígense a toda prisa a la calle de Carretas, donde está el despacho, con la esperanza de encontrar alguna localidad vacante; pues por una disposición digna de todo elogio, el enorme anfiteatro hállase todo numerado y dividido en asientos, costumbre que bien podrían imitar en los teatros de Francia. *La calle de Alcalá*, que es la arteria donde desembocan las calles populosas de la ciudad, hierve de peatones, jinetes y coches; para esta solemnidad salen de las cocheras polvorientas, los *calesines* y las calesas más barrocas y extravagantes, y ven la luz los arreos más fantásticos, las mulas más fenomenales. Los calesines recuerdan los *corricoli* de Nápoles; grandes ruedas rojas, una caja sin muelles, adornada con pinturas más o menos alegóricas, y forrada de damasco antiguo o de jerga con franjas y flecos de seda, y, sobre todo esto, cierto aire *rococó* de lo más divertido. El conductor va sentado en las varas, desde donde puede a su gusto golpear y azuzar a la mula, y deja así un sitio más a sus parroquianos. La mula va emperejilada con todas las plumas, penachos, madroños, cintas y cascabeles que se pueden colgar en los arreos de un cuadrúpedo. En un calesín van ordinariamente una *manola* y su amiga con un *manolo*, amén de un enjambre de chiquillos colgados a la zaga, todo ello marchando como el viento, entre un torbellino de gritos y de polvo. También hay carrozas de cuatro o cinco mulas, cuyos modelos es preciso buscarlos en los cuadros de Van der Meulen, que representan las conquistas y las cacerías de Luis XIV. Todos los vehículos se ponen a contribución, pues lo típico entre las *manolas*, que son las grisetas de Madrid, es ir a los toros en calesín; empeñan los colchones para tener dinero ese día, y, sin ser precisamente virtuosas el resto de la semana, lo son mucho menos el domingo y el lunes. Vense asimismo gentes del campo que llegan a caballo, con la carabina en el arzón de la silla; otros en burro, solos o con sus mujeres; aparte, por supuesto, las calesas de la gente elegante y una multitud de honrados ciudadanos y de señoras de mantilla que van a pie, presurosos, pues ya aparece el piquete de la guardia nacional a caballo, con las trompetas a la cabeza, que se dirige a despejar el ruedo, y por nada del mundo querrían perder este espectáculo y la fuga precipitada del alguacil cuando da

al mozo la llave del toril donde están encerrados los gladiadores cornúpetos. El *toril* enfrenta al *matadero*, donde se desuella a las reses muertas. Los toros son conducidos la víspera por la noche a un prado cercano a Madrid, llamado *el arroyo*, que es un sitio de paseo para los aficionados, aun cuando tiene sus riesgos, pues las reses están en libertad y los que las llevan tienen que hacer grandes esfuerzos para guardarlas. Luego, los hacen entrar en el *encierro*—el establo del circo—, valiéndose de bueyes acostumbrados a esta función, que mezclan al rebaño bravo.

La *plaza de toros* está situada a mano izquierda saliendo de la Puerta de Alcalá, que, dicho sea de paso, es una puerta muy hermosa, a manera de arco de triunfo con trofeos y otros adornos heroicos. Es un circo enorme, que por fuera no tiene nada de notable y cuyas paredes están enjalbegadas. Como todo el mundo tiene su localidad, previamente adquirida, la entrada se efectúa con perfecto orden: cada uno trepa a su asiento y ocupa su número.

La disposición interior es la siguiente: alrededor del ruedo, de un tamaño verdaderamente romano, hay una barrera circular de tablas de seis pies de altura, pintadas de rojo sangre de toro, y guarnecida a cada lado, a dos pies del suelo, de un reborde, a modo de estribo, donde los *chulos* y *banderilleros* apoyan el pie para saltar al lado opuesto cuando se ven acosados por el toro. Esta barrera se llama *las tablas*. Tiene cuatro puertas para el servicio de la plaza; la entrada de los toros, la salida de los cadáveres, etc. Después de esta barrera hay otra un poco más alta, que forma con la primera una especie de pasillo, donde están los chulos cansados, el picador *sobresaliente*—substituto—, que debe hallarse allí vestido y encaparazonado para el caso en que un jefe sea herido o muerto; el *cachetero* y algunos aficionados que, a fuerza de perseverancia, consiguen, a pesar de los reglamentos, colarse en aquel pasillo, cuyas entradas en España son tan codiciadas, por lo menos, como las del escenario en la Opera de París.



Como muchas veces ocurre que el toro, furioso, salta la primera barrera, la segunda está guarnecida de una red de cuerdas destinadas a prevenir otro embite; varios carpinteros, con hachas y martillos, hállanse prestos a reparar los daños que pueden producirse en la valla, de suerte que los accidentes son, por decirlo así, imposibles. Sin embargo, yo he visto toros de *muchas piernas*, como se les llama técnicamente, que han franqueado la segunda barrera, de lo cual da fe un grabado de la *Tauromaquia*, de Goya, el célebre autor de los *Caprichos*, grabado que representa la muerte del alcalde de Torrejón, miserablemente ensartado por un toro saltarín

A partir de esta segunda barrera comienzan las gradas destinadas a los espectadores, las que están cerca de las cuerdas se llaman asientos de *barrera*; las de en medio, *tendido*, y las que es-

tán adosadas a la grada cubierta se llaman *tabloncillos*. Estas gradas, que recuerdan las de los anfiteatros de Roma, son de granito azulado y tienen por techo el cielo. Luego vienen las localidades cubiertas, que se dividen así: *delanteras*, las de delante; *centro*, las de en medio, y *tabloncillo*, las pegadas a la pared. Encima están los *palcos* y *palcos por asientos*, en número de ciento diez; el *palco por asientos* se diferencia del palco corriente en que se puede tomar un solo asiento, como en las butacas de balcón de la Opera. Son muy grandes y caben en ellos unas veinte personas. Los palcos de la *reina gobernadora* y de la *inocente Isabel* están adornados con colgaduras de seda y cerrados con cortinas. Junto a ellos está el del *Ayuntamiento*—municipalidad—, que es el que preside la plaza y debe resolver las dificultades que ocurran.

El circo, así distribuído, contiene doce mil espectadores, todos cómodamente sentados y pudiendo ver perfectamente, cosa indispensable en un espectáculo puramente ocular. Este recinto inmenso está siempre lleno, y los que no pueden procurarse sitio de sombra prefieren achicharrarse en una localidad de sol a perder la corrida. Es de rigor, entre la gente que presume de elegante, el tener un palco en los toros, como en París un palco en los Italianos.

Cuando salí del corredor para ocupar mi localidad sentí una especie de deslumbramiento vertiginoso. Torrentes de luz innundaban el circo,



pues el Sol es una araña suprema que tiene la ventaja de no chorrear aceite y ni el gas conseguirá eclipsarlo en mucho tiempo. Sobre el ruedo flotaba, como una niebla de ruido, un inmenso rumor. En el lado del sol palpitaban y fulgían millares de abanicos y de pequeños quitasoles redondos con mango de espino, que simulaban un enjambre de pájaros de colores cambiantes que tratasen de emprender el vuelo: no había un solo asiento vacío. Os aseguro que por sí solo es un *espectáculo* admirable doce mil espectadores en un teatro, tan amplio, que sólo Dios puede pintarle el techo con el azul espléndido que saca de la urna de la eternidad.

La guardia nacional a caballo, muy bien montada y vestida, daba la vuelta al ruedo precedida de dos alguaciles—con traje, sombrero y penacho a la moda de Enrique IV, justillo y capa negros y botas a la jineta—echando delante de sí algunos *aficionados* tercos y algunos perros retrasados. Una vez el ruedo limpio, los dos alguaciles marcharon a buscar a los *toreros*, que son los *picadores*, los *chulos*, los *banderilleros* y el *espada*, principal actor del drama. *Los picadores* montaban caballos con los ojos vendados para evitar que la vista del toro les asuste y les haga dar alguna huída peligrosa. Su traje es muy pintoresco: se compone de una chaqueta corta, cargada de bordados de oro o plata, de lentejuelas, franjas, botones de filigrana y toda clase de adornos, principalmente en las hombreras, donde la tela

desaparece por completo bajo una confusión luminosa y fosforescente de arabescos entrelazados; de un chaleco del mismo estilo, una camisa de chorreras, una corbata de colorines anudada al descuido, una faja de seda y pantalones de piel de búfalo leonado, rellenos, de hierro interiormente—como las botas de los postillones—para proteger las piernas contra los cuernos de los toros; un sombrero gris de alas enormes y bajo de forma, adornado con una enorme fronda de madroños; una gran bolsa o moño de cintas negras, que se llama, yo creo, *moña*, y reune los cabellos en la nunca, completa el atavío. El picador lleva, como arma, una pica con una punta de hierro de una o dos pulgadas de longitud; este hierro no puede herir gravemente al toro, pero basta para irritarlo y contenerlo. Un pedazo de badana, que se adapta a la mano del picador, evita que la pica se escurra. La silla es muy alta por delante y por detrás, y se asemeja a los arneses bordeados de acero en que se embutían para los torneos los caballeros de la Edad Media; los estribos son de madera y forman zueco, como los estribos turcos; una larga espuela de hierro, afilada como un puñal, arma el talón del jinete, pues para manejar a los caballos, que muchas veces están medio muertos, no bastaría una espuela corriente.

Los *chulos* tienen un aire muy ligero y muy simpático con sus calzones cortos de seda, verdes, azules o rosa, bordados de oro en todas las costuras, sus medias de seda color carne o blancas, su chaquetilla labrada con dibujos y ramajes, su faja ceñida y su montera graciosamente inclinada hacia la oreja; llevan en el brazo una *capa*, que despliegan y flamean delante del toro, para irritarlo, atontarlo o engañarlo. Suelen ser jóvenes airosos, delgados y esbeltos, al contrario de los picadores, que, en general, se distinguen por su alta estatura y sus formas atléticas: los unos necesitan fuerza, los otros agilidad.



Los *banderilleros* llevan el mismo traje, y su especialidad consiste en plantar en los lomos del toro una especie de flechas, provistas de un gancho de hierro en la punta y adornadas con papel de colores; estas flechas se llaman banderillas, y están destinadas a reavivar la furia del toro y darle el grado de exasperación necesario para que se presente bien a la espada del *matador*. Hay que poner dos banderillas a la vez, y para ello es indispensable pasar los brazos por entre los cuernos del toro, operación delicada en la que las distracciones pueden ser peligrosas.

El *espada* no se diferencia de los *banderilleros* sino en que lleva un traje más rico, más adornado, algunas veces de seda roja, color especialmente desagradable para el toro. Las armas son una espada larga, con el puño en cruz, y un trozo de tela escarlata sujeto a un palo transversal; el nombre de esta especie de escudo flameante es *muleta*.

Ya conocéis el teatro y los actores; ahora vamos a presentarlos trabajando.

Los *picadores*, escoltados por los *chulos*, van a saludar al palco del *Ayuntamiento*, desde donde les echan las llaves del *toril*; éstas son recogidas y entregadas al alguacil, quien las lleva al mozo de faena y sale corriendo a galope tendido entre los gritos de la multitud, pues en España los alguaciles y todos los representantes de la justicia no son más populares que en Francia los gendarmes y los agentes de policía.

Entre tanto, los dos picadores se sitúan a la izquierda de la puerta del *toril*, que está enfrente del palco de la reina, porque la salida del toro es una de las cosas más curiosas de la corrida: se colocan a corta distancia uno de otro, arrimados a las *tablas*, firmes en sus sillas, con la pica en la mano, dispuestos a recibir valientemente a la fiera; los *chulos* y los *banderilleros* se mantienen a corta distancia o se reparten por el redondel.

Todos estos preparativos, que parecen más largos en la descripción que en la realidad, excitan la curiosidad a su punto más elevado. Todos los ojos están fijos ansiosamente en la puerta fatal, y ni una sola mirada de las doce mil se dirige a otra parte. En este momento la mujer más hermosa de la tierra no obtendría la limosna de una ojeada.

Yo confieso que tenía el corazón apretado como por una mano invisible; las sienes me latían



y sentía por la espalda un escalofrío. Es una de las emociones más fuertes que he experimentado en mi vida.

Sonó una musiquilla alegre, las dos hojas rojas se abrieron con estrépito y el toro saltó al redondel en medio de una ovación inmensa.

Era un animal soberbio, casi negro, lustroso, con una papada enorme, un hocico cuadrado, cuernos arqueados, agudos y pulidos, patas delgadas y un rabo siempre en movimiento; llevaba en el morrillo una escarapela de cintas con los colores de la *ganadería*, clavada en la piel con un arponcillo. Se detuvo un segundo, resopló dos o tres veces, deslumbrado por la luz, asombrado del ruido; luego, viendo al primer *picador*, se lanzó sobre él al galope, con ímpetu salvaje.

El *picador* atacado era *Sevilla*. No puedo resistir a la tentación de pintar a este famoso *Sevilla*, que es realmente el ideal del género. Figuraos un hombre de unos treinta años, de buena traza y apostura, robusto como un hércules, atezado como un mulato, con ojos magníficos y una fisonomía digna de un César del Ticiano; la expresión de serenidad jovial y desdeñosa que se pinta en sus rasgos y en su talante tiene verdaderamente algo de heroico. Llevaba aquel día una chaquetilla naranja, bordada y galoneada de plata, que recuerdo con todo detalle: bajó la punta de su pica, se echó atrás y sostuvo el empuje del toro tan victoriosamente, que la fiera vaciló y pasó adelante con una herida que tardó

poco en rayar su piel negra de hilos rojos; detúvose después un momento, vacilante, y luego se lanzó con redoblado empuje hacia el segundo *picador*, apostado a cierta distancia.

Antonio Rodríguez le dió un buen puyazo que abrió una segunda herida junto a la primera, pues no se puede picar más que en la espaldilla; el toro volvió sobre él y hundió el cuerno entero en el vientre del caballo. Acudieron los *chulos* agitando sus capas, y el animal estúpido, atraído y distraído con aquel cebo, se lanzó en su persecución a todo correr; pero los *chulos*, poniendo el pie en el escalón de que hemos hablado, saltaron ligeros la barrera, dejando al animal muy asombrado de no ver a nadie.

La cornada partió el vientre del caballo de tal manera, que las entrañas, desbordantes de la herida, caían hasta el suelo; yo me figuré que el picador se retiraría para ir a buscar otra montura: nada de eso; le tocó la oreja para ver si el golpe era mortal. El caballo sólo estaba descosido; esta herida, aunque terrible a la vista, puede curarse; se meten los intestinos en el vientre, se dan dos o tres puntos, y el pobre animal sirve para otra corrida. Le dió un espolazo y a galope corto fué a colocarse más lejos.

El toro comenzó a comprender que por el lado de los picadores no sacaría más que lanzazos, y sentía la necesidad de volver al prado. En vez de *entrar* sin vacilación, después de un arranque, volvía a su *querencia* con una terquedad imperturbable—la *querencia*, en términos técnicos, es un sitio cualquiera de la plaza que el toro elige para refugio, y al que vuelve siempre después de *haber dado la cogida*; la *cogida* se llama al ataque del toro y la *suerte* el ataque del torero, que también se llama *diestro*.



Una nube de chulos acudió a flamear sus capas de colorines delante de sus ojos; uno de ellos llevó su insolencia al extremo de escofiar con su capa arrollada la cabeza del toro, que, en tal guisa, se asemejaba a la muestra de *Boeuf a la mode*, que todo el mundo ha visto en París. El toro, furioso, desembarazóse como pudo de aquel adorno intempestivo y lanzó al aire a la inocente tela, pisoteándola con rabia cuando cayó al suelo. Aprovechando este recrudecimiento de cólera, un chulo comenzó a excitarle, atrayéndole junto a los *picadores*. Al verse frente a frente de sus enemigos, el toro vaciló un momento; luego, decidiéndose, se precipitó sobre *Sevilla* con tal fuerza, que el caballo cayó rodando, con las cuatro patas en alto, pues el brazo de *Sevilla* es un puntal de bronce que nada puede doblar. *Sevilla* cayó debajo del caballo, que es la mejor manera de caer, porque el hombre queda a cubierto de las cornadas y el cuerpo del animal le sirve de escudo. Los *chulos* intervinieron y el caballo sólo sacó un rasgón en la grupa. Levantaron a *Sevilla*, que montó de nuevo con una tranquilidad absoluta. El caballo de Antonio Rodríguez, el otro *picador*, fué menos afortunado: recibió un

golpe tan violento en el pecho, que el cuerno penetró hasta la raíz, desapareciendo por completo en la herida. Mientras el toro trataba de sacar la cabeza, enganchada en el cuerpo del caballo, Antonio se agarraba con las dos manos a los bordes de *las tablas*, que saltó con ayuda de los *chulos*, pues los *picadores*, desmontados y con el hierro que guarnece sus botas, son tan torpes en sus movimientos como los antiguos caballeros embutidos en sus armaduras.

El pobre animal, abandonado a sí mismo, cruzó la arena con paso vacilante, como si estuviera borracho, enredándose las patas en las entrañas; torrentes de sangre negruzca brotaban impetuosos de su herida y regaban la arena en zigzag intermitentes, que delataban la inseguridad de su paso; por último, cayó cerca de las *tablas*. Levantó la cabeza dos o tres veces, con los ojos ya vidriosos, volviendo los labios blancos de espuma, que dejaban al descubierto sus dientes descarnados; la cola golpeaba débilmente la tierra, sus patas de atrás se agitaban convulsas y lanzaron un par de coces supremo, como si con su duro casco hubiera querido romper el cráneo empedernido de la muerte. Apenas terminada su agonía, los muchachos de servicio, viendo que el toro estaba distraído en otra parte, acudieron para despojarle de la brida y la silla; el caballo quedó desnudo, abatido sobre uno de sus lados, dibujando su negra silueta en la arena. Y era esta silueta tan aplastada, tan fina, que podría haberse tomado por un recorte de papel negro. Ya



en Montfaucon me había yo fijado en las formas extrañas que la muerte da a los caballos; es, seguramente, el animal cuyo cadáver causa más tristeza. Su cabeza, tan noble y tan pura de líneas, modelada por el dedo terrible de la nada, parece que ha albergado un pensamiento humano; la crin que se despeina, la cola que se abre, tienen mucho de pintoresco y de patético. Un caballo muerto es un cadáver; otro animal cualquiera sin vida no es más que una carroña.

Insisto en la muerte de este caballo porque es la sensación más penosa que experimenté en esta corrida de toros. No fué él, por supuesto, la única víctima: catorce quedaron en la arena; un solo toro mató cinco.

El picador volvió con otro caballo de refresco y hubo otros cuantos ataques más o menos afortunados; pero el toro comenzaba a cansarse y su bravura disminuía. Llegaron los banderilleros con sus flechas guarnecidas de papel, y a poco el cuello del animal estaba adornado con un collarín de aquellos recortes que se afianzaban más y más, a medida que el toro hacía esfuerzos por librarse de ellos. Un banderillero pequeño, llamado Majarón, clavó las banderillas con mucha habilidad y valentía, y hasta hizo alguna cabriola al retirarse, ganándose muchos aplausos.

Cuando el toro tuvo encima siete u ocho banderillas, cuyos pinchos le desgarraban el pellejo y cuyo papel le ensordecía, comenzó a correr de un lado para otro, bramando espantablemente. Su ho-

cico negro blanqueaba de espuma, y en el paroxismo de su furia comenzó a dar unas cornadas tan violentas contra una de las puertas, que la hizo saltar de sus goznes. Los carpinteros, que seguían con la vista sus movimientos, la volvieron a colocar rápidamente en su sitio; un chulo le llamó la atención a otro lado, y consiguió que le persiguiera con tal viveza, que apenas le dió tiempo de saltar la barrera. El toro, desesperado, furioso, hizo un violento esfuerzo y saltó por encima de las tablas. Todos los que estaban en el callejón saltaron con gran ligereza al ruedo, y el toro volvió a él por una de las puertas, obligado por los palos y los bastonazos de los espectadores de primera fila.

Los picadores se retiraron, dejando el campo libre al espada Juan Pastor, quien se dirigió a saludar al palco del Ayuntamiento y a pedir permiso para matar al toro. Concedido el permiso, tiró la montera al aire, como para demostrar que iba a echar el resto, y se fué hacia el bruto con paso decidido, escondiendo la espada entre los pliegues de la muleta.

El espada flameó varias veces la tela escarlata, sobre la cual el toro se precipitó ciego. Un movimiento de cuerpo le bastaba para esquivar la acometida de la fiera, que volvía rápida a la carga, corneando furiosamente contra la tela, que lograba desplazar sin conseguir romperla. Una vez llegado el momento oportuno, el espada se colocó delante del toro, agitando la muleta con la



mano izquierda y manteniendo con la derecha la espada horizontalmente con la punta a la altura de los cuernos del bicho. Es muy difícil expresar con palabras la curiosidad mezclada de angustia, la atención frenética suscitada por esta situación, que vale por todos los dramas de Shakespeare; pocos segundos han de pasar sin que uno de los dos actores quede muerto. ¿Será el hombre o el toro? Allí están los dos, frente a frente, solos; el hombre no tiene ninguna arma defensiva; está vestido como para un baile; escarpines y medias de seda; un alfiler femenino atravesaría su chaquetilla de raso; un trozo de tela y una espada endeble son su defensa. En este duelo, el toro posee todas las ventajas materiales: tiene dos cuernos terribles, afilados como puñales, una fuerza de impulsión enorme: la cólera del bruto, que no tiene conciencia del peligro; pero el hombre sólo tiene su espada y su corazón, y doce mil miradas fijas en él; ¡las mujeres hermosas le aplaudirán con sus manos blancas!

La muleta se separó, dejando al descubierto el busto del matador; los cuernos del toro estaban a una pulgada de su pecho; lo creí perdido. Un relámpago plateado pasó, rápido como el pensamiento, por entre los dos cuernos; el toro cayó de rodillas, lanzando un bramido doloroso, con la espada clavada entre los dos lomos, como aquel ciervo de San Humberto, que llevaba una cruz entre las ramas de su cornamenta, según nos lo representa el maravilloso grabado de Alberto Durero.

Una tempestad de aplausos estalló en todo el anfiteatro: los palcos de la nobleza, las *gradas cubiertas* de la burguesía, el tendido de las manolas y los manolos gritaban y vociferaban con todo el ardor y la petulancia meridionales. ¡Bravo! ¡Bueno! ¡Viva el *Barbero!* ¡¡¡Viva!!!

El golpe que dió el espada es, en efecto, muy estimado y se llama la *estocada a vuela pies;* el toro muere sin perder una gota de sangre, que es la suprema elegancia, y al caer de rodillas parece como que reconoce la superioridad de su enemigo. Los aficionados dicen que el inventor de esta suerte es Joaquín Rodríguez, célebre torero del siglo anterior.

Cuando el toro no muere inmediatamente se ve saltar la barrera a un ser misterioso, vestido de negro, que no ha tomado parte en la corrida: es el cachetero. Se adelanta con paso furtivo, espía las últimas convulsiones del bicho, ve si aun tiene fuerzas para volver a levantarse—cosa que algunas veces ocurre—y le clava traidoramente, por detrás, un puñal cilíndrico terminado en lanceta, que corta la medula y le arrebata la vida con la rapidez del rayo; el sitio indicado es en la cabeza, por detrás, a algunas pulgadas de la cepa de los cuernos.

La música militar tocó a la muerte del toro; una de las puertas se abrió y aparecieron en la plaza, al galope, cuatro mulas enjaezadas magníficamente con penachos, cascabeles y madroños de lana y banderitas amarillas y encarnadas, los colores nacionales. Este tiro está destinado a arrastrar los cadáveres, que se enganchan a una cuerda provista de un gancho. Se llevaron los caballos primero, y luego al toro, Aquellas cuatro mulas, deslumbrantes y sonoras, que arrastraban por la arena con azuzada celeridad aquellos cuerpos que momentos antes corrían también, tenían un aspecto extraño y salvaje que disimulaba lo lúgubre de su cometido. Un mozo apareció con una espuerta de arena y cubrió, espolvoreándolos, los charcos de sangre, en los cuales podrían resbalar los toreros. Los picadores volvieron a ocupar sus puestos junto a la puerta, la orquesta tocó una marcha y otro toro apareció en la plaza, pues en este espectáculo no hay entreactos ni se suspende por nada, ni siquiera por la muerte de un torero.



Como ya hemos dicho, el *duplicado* está dispuesto para caso de accidente. No tenemos intención de relatar sucesivamente la muerte de ocho toros, que fueron los que se lidiaron aquel día; sólo citaremos algunas variantes e incidentes notables.

Los toros no son siempre de una gran bravura; algunos hasta son muy mansos, y con gusto se tumbarían tranquilamente a la sombra. En su aspecto honrado y bonachón nótase que prefieren el prado al circo; vuelven la espalda a los picadores, y con mucha flema consienten que los chulos les pasen por delante de las narices sus capas de colores. Ni las banderillas consiguen sacarlos de su apatía; entonces hay que recurrir a los me-

dios violentos: a las *banderillas de fuego,* especie de cohetes que estallan unos momentos después de ser colocados en los lomos del toro cobarde, con muchas chispas y detonaciones. Por medio de esta ingeniosa invención, el toro es a la vez pinchado, quemado y atontado; aunque fuera el más *aplomado* de todos los toros, tendría que decidirse a enfurecerse. Se entrega a una multitud de cabriolas extrañas que parecen imposibles en un animal tan pesado, ruge, echa espuma y se revuelve en todas direcciones para librarse de los fuegos artificiales, que le tuestan las orejas y le queman la piel.

Las *banderillas de fuego* sólo se emplean en último extremo: es una especie de deshonra para la corrida si resulta preciso acudir a ellas; pero cuando el alcalde se retrasa en agitar el pañuelo dando permiso, se arma tal alboroto, que no hay más remedio que ceder. Son unos gritos y unas exclamaciones incomprensibles; aullidos, pataleo. Unos vocean: *¡Banderillas de fuego!;* otros: *¡Perros! ¡Perros!* Abruman de injurias al toro; le llaman bandido, asesino, ladrón; le brindan con un sitio a la sombra, se burlan de él por mil maneras, algunas muy ingeniosas. A poco, el ruido de los bastones se une a las voces, que ya no bastan. Los suelos de los palcos crujen y se abren, y la pintura de los techos cae en partículas blanquecinas, como nieve mezclada con polvo. La indignación llega a su colmo: *¡Fuego al alcalde! ¡Perros al alcalde!*—aúlla la multitud furiosa,



amenazando con los puños al palco del *Ayuntamiento*—. Por fin se da el permiso ansiado y se restablece la calma. En esta especie de *grita*—perdón por el término, pero no encuentro otro más apropiado—, se dicen a veces cosas muy graciosas. Recordamos una muy concisa y muy expresiva: un picador, magníficamente vestido con un traje nuevo, se pavoneaba sobre su caballo sin hacer nada y en un sitio de la plaza en que no había peligro alguno. *¡Pintura! ¡Pintura!*—le gritó la multitud, que se percató de su maniobra.

A veces el toro es tan cobarde que no bastan las banderillas de fuego. Vuelve a su querencia y no quiere entrar. Entonces tornan a oírse los gritos de: *¡Perros! ¡Perros!,* y a una señal del alcalde son introducidos estos caballeros. Son animales admirables, de una pureza de raza y de una belleza extraordinarias. Se van derechos al toro, que manda por el aire a media docena de ellos; pero que no puede evitar que uno o dos, los más fuertes y valientes, hagan presa en su oreja. Una vez que se han agarrado son como las sanguijuelas: se les podría retorcer sin lograr que se soltaran. El toro sacude la cabeza, les da encontronazos contra la barrera: inútil todo. Cuando esto ha durado un rato, el espada o el cachetero mete un estoque por el costado de la víctima, que vacila, dobla las rodillas y cae en tierra, donde la rematan. También se emplea a veces una especie de instrumento llamado *media luna,* que le corta los jarretes traseros y le in-

capacita para toda resistencia; en este caso ya no es un combate, es una carnicería repugnante. Ocurre muchas veces que el matador falla el golpe; la espada tropieza en hueso y salta, o penetra en la garganta y es causa de que el toro vomite la sangre a borbotones, lo cual es una grave falta en las leyes de la tauromaquia. Si al segundo golpe el toro no queda muerto, el espada es abrumado con gritos, silbidos e injurias, pues el público español es imparcial; aplaude al toro y al hombre según sus méritos recíprocos. Si el toro destripa a un caballo y voltea a un hombre: *¡Bravo toro!*; si es el hombre el que hiere al toro: *¡Bravo torero!*; pero no consiente la cobardía ni en el hombre ni en la bestia. Un pobre diablo que no se atrevía a poner banderillas a un toro extremadamente bravo, produjo un alboroto tal, que el alcalde tuvo que prometer que lo llevaría a la cárcel para que se restableciera el orden.

En esta misma corrida, *Sevilla*, que es un jinete admirable, fué muy aplaudido por lo siguiente: un toro de una fuerza extraordinaria enganchó a su caballo por el vientre y lo levantó en el aire por completo. *Sevilla*, en aquella postura peligrosa, ni siquiera vaciló en la silla, no perdió los estribos, y sostuvo tan bien a su caballo, que éste volvió a caer sobre las cuatro patas.

La corrida había sido buena: ocho toros, catorce caballos muertos, un *chulo* herido ligeramente: no se podía pedir más. Cada corrida debe de producir veinte o veinticinco mil francos; es una concesión que la reina ha recho al hospital donde los toreros heridos encuentran asistencia. Un sacerdote y un médico están apercibidos en las dependencias de la plaza de toros para prestar los auxilios del alma o los del cuerpo. Antes, y no sé si ahora también, se decía una misa por su intención durante la corrida. Como puede verse, no se descuida nada y los empresarios son gente previsora. Muerto el último toro, todo el mundo salta al ruedo para verle más de cerca, y los espectadores se retiran discutiendo el mérito de las suertes o las cogidas que más han llamado su atención. ¿Y las mujeres?—me preguntaréis—. ¿Cómo son? Pues esta es una de las primeras preguntas que se dirigen a un viajero. Os confesaré que no sé una palabra. Creo recordar vagamente que las había muy bonitas a mi alreledor, pero no puedo asegurarlo.

Vamos al Prado para aclarar este punto importante.



---

# VIII

**El Prado.—La mantilla y el abanico.—Tipos españoles.—Vendedores de agua; cafés de Madrid.—Periódicos.—Los políticos de la Puerta del Sol.—Casa de Correos.—Las casas de Madrid.—Tertulias: Sociedad española.—El teatro del Príncipe.—El palacio de la reina, las Cortes y monumento del Dos de Mayo.—La Armería; el Buen Retiro.**

Cuando se habla de Madrid, las dos primeras ideas que esta palabra suscita en la imaginación son el Prado y la Puerta del Sol. Puesto que estamos en camino, vamos al Prado; es la hora del paseo. El Prado se compone de varias avenidas, con una calzada en medio para los carruajes, y está sombreado por árboles achaparrados y sin copa, cuya raíz se baña en un pequeño recipiente rodeado de ladrillos, donde una canal lleva el agua a la hora del riego; sin esta precaución el polvo los devoraría y los abrasaría el sol.

El paseo comienza en el convento de Atocha, pasa por delante de la puerta de este nombre, la Puerta de Alcalá y termina en la puerta de Recoletos. Pero la gente elegante se limita a un es-

pacio circunscrito por la fuente Cibeles y la de Neptuno, desde la Puerta de Alcalá a la Carrera de San Jerónimo. Allí se encuentra un gran espacio, que se llama el Salón, rodeado de sillas como la gran avenida de las Tullerías; al lado del Salón hay otra avenida que se llama *París* y es el bulevar de Gante de la localidad, el punto de cita de la moda de Madrid; y como la imaginación de los elegantes no brilla por su afición a lo pintoresco, han elegido el sitio más polvoriento, el menos sombreado, el menos cómodo de todo el paseo. La aglomeración es tan grande en este espacio estrecho, encerrado entre el Salón y el paseo de coches, que a veces cuesta trabajo llevarse la mano al bolsillo para sacar el pañuelo; hay que acelerar el paso y seguir la fila como en una cola de un teatro—en el tiempo en que había cola en los teatros—. La única razón para que hayan elegido sitio es que se puede ver y saludar a todos los que transitan en coche por el paseo—siempre es de mucho tono para un peatón el saludar a los que van en coche—. Los trenes no son muy lucidos; la mayoría van tirados por mulas, cuyo pelo negruzco, gran barriga y orejas puntiagudas son de un efecto poco gracioso; parecen los coches de duelo que siguen a los carros mortuorios. La misma carroza de la reina es de lo más sencillo y burgués. Un inglés rico la despreciaría seguramente. Claro que hay algunas excepciones, pero son raras. Lo encantador son los caballos de silla andaluces, en los que se pavonean los peti-



metres de Madrid. Es imposible ver nada más elegante, más noble y más gracioso que un caballo andaluz con su crin trenzada, su larga y espesa cola que le llega hasta el suelo, sus arreos adornados de madroños rojos, su cabeza erguida, sus ojos brillantes y su cuello redondeado en forma de cuello de pichón. Recuerdo uno montado por una mujer que era rosa—el caballo, no la mujer—, como una rosa de Bengala salpicada de plata, y de una belleza maravillosa. ¡Qué diferencia entre estos nobles brutos, que conservan su hermosa forma primitiva, y esas máquinas de músculo y hueso que llaman corredores ingleses y que sólo tienen de caballo las cuatro patas y una espina dorsal para que se coloque el jockey.

El golpe de vista del Prado es uno de los más animados que pueden verse, y como paseo, de los más bonitos del mundo, no por el sitio, que es vulgar en extremo, a pesar de los esfuerzos de Carlos III por corregir sus defectos, sino por la afluencia de gente que concurre todas las tardes de siete y media a diez.

En el Prado se ven muy pocas mujeres con sombrero, a excepción de alguna papalina amarillo azufre, que en algún tiempo debió de adornar a borricos amaestrados; sólo se ven mantillas. La mantilla española es, pues, una verdad; yo había creído que no existía sino en las novelas de Crevel de Charlemagne: es de encaje negro o blanco, por lo general negro, y se coloca en la parte de atrás de la cabeza sobre la peineta; algunas flores coloca-

das sobre las sienes completan este tocado, que es de lo más encantador que puede imaginarse. Con una mantilla tiene una mujer que ser más fea que las tres virtudes teologales para no resultar bonita; por desgracia, esta es la única prenda que se conserva del traje español; el resto es completamente *a la francesa*. Los últimos pliegues de la mantilla flotan sobre un chal, un odioso chal, y éste va acompañado de un traje de tela cualquiera, que en nada recuerda a la basquiña. Parece imposible tal ceguera, y no comprendo cómo las mujeres, que, por lo general, son clarividentes en lo que a su belleza se refiere, no se dan cuenta de que su supremo esfuerzo de elegancia llega todo lo más a asemejarlas a una petimetra de una provincia, resultado poco halagüeño. El traje antiguo resulta tan propio para el carácter de belleza y para las proporciones y costumbres de las españolas, que es, en realidad, el único posible. El abanico corrige un poco esta pretensión de *parisianismo*. Una mujer sin abanico es una cosa que no he visto aún en este bendito país; las he visto que llevaban zapatos de raso sin medias, pero tenían un abanico; el abanico las acompaña a todas partes, incluso a las iglesias, en donde se ven mujeres de todas edades, arrodilladas o sentadas sobre los talones, que rezan y se abanican con fervor, santiguándose de cuando en cuando a la manera española, que es mucho más complicada que la nuestra, lo que ejecutan con una precisión y una rapidez digna de soldados prusianos. El manejo del abanico es un arte



completamente desconocido en Francia. Las españolas lo realizan a maravilla; el abanico se abre, se cierra, se revuelve entre sus dedos con tal viveza y tan ligeramente, que un prestidigitador no lo haría mejor. Algunas elegantes tienen colecciones de mucho precio. Recuerdo una que contaba más de ciento de diferentes estilos; los había de todos los países y de todas las épocas: de marfil, de nácar, de sándalo, de lentejuelas, acuarelas de tiempo de Luis XIV y de Luis XV, de papel de arroz, del Japón y de la China, nada faltaba; algunos estaban sembrados de rubíes, de diamantes y de otras piedras preciosas: es un lujo de buen gusto y una manía encantadora para una mujer bonita. Los abanicos, al abrirse y cerrarse, producen un débil silbido que, repetido varias veces por minuto, da su nota en medio del rumor confuso que flota en el paseo y tiene algo de raro para un oído francés. Cuando una mujer se encuentra a alguien que conoce, le hace una seña con el abanico y le dice, al pasar, la palabra *abur*. Ahora vamos a hablar de las bellezas españolas.

Lo que nosotros entendemos en Francia como tipo español no existe en España, o, por lo menos, yo no he tropezado con él. Cuando se dice *señora* y *mantilla*, se figura uno un óvalo alargado y pálido, grandes ojos negros coronados por cejas de terciopelo, una nariz fina un poco arqueada, una boca roja como una granada, y además de todo esto, un tono caliente y dorado que justifique el romance *Elle est jaune comme une*

*orange*. Este es el tipo árabe o morisco, no el tipo español. Las madrileñas son encantadoras en la completa acepción de la palabra; de cuatro, tres son bonitas; pero no responden a la idea que uno se ha formado. Son menudas, lindas, bien hechas, el pie pequeño, la cintura cimbreada, el pecho abundante; pero tienen la piel muy blanca, los rasgos delicados y poco acentuados, la boca en forma de corazón, y podrían representar perfectamente algunos retratos de la Regencia. Muchas tienen el pelo castaño claro, y no se dan dos vueltas en el Prado sin encontrar siete u ocho rubias de todos los tonos, desde el rubio ceniza, al rojo fuerte, el rojo de la barba de Carlos V. Es un error creer que en España no hay rubias. También abundan los ojos azules; pero no son tan estimados como los negros.

En los primeros días nos costaba mucho trabajo acostumbrarnos a ver mujeres escotadas como para un baile—los brazos desnudos, zapatos de raso, flores en la cabeza y el abanico en la mano—pasearse solas en un sitio público, pues aquí no se da el brazo a las mujeres, a menos de ser su marido o un pariente cercano: se contentan solamente con ir a su lado, por lo menos mientras es de día, pues una vez de noche, la etiqueta es menos rigurosa, sobre todo con los extranjeros, que no la conocen bien.

Mucho nos habían alabado a las manolas de Madrid: la manola es un tipo desaparecido, como la griseta de París, como las transtiberinas de



Roma; existe aún; pero despojada de su carácter primitivo. No lleva su traje atrevido y pintoresco; la noble indiana ha substituído a las faldas de colores vivos, bordadas de ramajes excesivos; el horrible zapato de piel ha suplantado al zapatito de raso, y, cosa tremenda, la falda se ha alargado más de dos dedos. En otro tiempo bullían en el Prado con sus ademanes vivarachos y su traje singular; hoy es difícil distinguirlas de las burguesitas y de las mujeres de los comerciantes. He buscado la manola *pura sangre* en todos los rincones de Madrid: en los toros, en el jardín de las *Delicias*, en el *Nuevo Recreo*, en la fiesta de San Antonio, y no he encontrado una completamente castiza. Un día, recorriendo el Rastro—el Temple de Madrid—, después de haber saltado por encima de gran número de pordioseros que dormían tendidos en tierra en medio de horribles andrajos, me encontré en una callejuela desierta; y allí vi por primera y última vez a la manola tan deseada. Era una muchacha alta y fornida, de unos veinticuatro años, la edad más avanzada a que pueden llegar las manolas y las grisetas. Tenía la tez tostada, la mirada firme y triste, la boca un poco gruesa, y un no sé qué de africano en el corte de su cara. Una enorme mata de cabellos, azules a fuerza de ser negros, trenzada como el asa de un cesto, le rodeaba la cabeza, sujeta por una gran peineta de teja; llevaba en las orejas pendientes de cuentas de coral, y adornaba su cuello moreno un collar de la misma materia;

una mantilla de terciopelo negro encuadraba su cabeza y sus hombros; su traje, tan corto como el de las suizas del cantón de Berna, era de paño bordado, y dejaba al descubierto sus piernas finas y nerviosas, calzadas con medias de seda negra, muy estiradas; los zapatos eran de raso, a la moda antigua, y su abanico, rojo, temblaba como una mariposa de cinabrio entre sus dedos, cargados de sortijas de plata. La última de las manolas dió la vuelta a la esquina de la callejuela y desapareció, dejándome maravillado de haber visto paseándose en el mundo real un traje de Duponchel, un disfraz de ópera. También pude observar en el Prado algunas pasiegas de Santander con su traje nacional: estas pasiegas son consideradas como las mejores nodrizas de España, y el afecto que toman a los niños es tan proverbial como en Francia la honradez de los auvernianos; llevan una falda de paño rojo de grandes pliegues, orillada de galón ancho; un corpiño de terciopelo negro, galoneado igualmente de oro, y a la cabeza, un pañuelo de colorines, todo ello acompañado de alhajas de plata y otras coqueterías salvajes. Estas mujeres son muy guapas y suelen tener un aire de fuerza y de vigor muy chocante. La costumbre de acunar a los niños en los brazos les da una actitud cimbreada, que va muy bien con el desarrollo del pecho. Tener una pasiega vestida es una especie de lujo, semejante a llevar un *Klepta* detrás del coche.

No he dicho nada del traje de los hombres: mirad los figurines de modas de hace seis meses en cualquier sastrería, y tendréis una idea exacta. París es el pensamiento de todo el mundo, y recuerdo haber visto un letrero en el puesto de un limpiabotas, que decía: "Aquí se limpian las botas al estilo de París." Gavarni y sus deliciosos modelos son el fin modesto que se proponen alcanzar los hidalgos modernos: no saben que sólo lo más visto de París puede llegar a ellos. Sin embargo, haciéndoles la justicia debida, diremos que van mejor vestidos que las mujeres, y tan charolados y tan enguantados de blanco como es posible ir. Sus levitas son correctas y sus pantalones aceptables; pero la corbata ya no es de la misma pureza, y el chaleco, la sola prenda del traje moderno en que puede mostrarse la fantasía, no es siempre de un gusto irreprochable.



Existe en Madrid un comercio del que no hay idea en París: los vendedores de agua al por menor. Su tienda consiste en un cántaro de tierra blanca, un cesto de mimbre o de hoja de lata que contiene dos o tres vasos, algunos *azucarillos*—trozos de azúcar acaramelada y porosa—, y a veces un par de naranjas o limones; otros llevan a la espalda pequeños toneles rodeados de follaje; y algunos a lo largo del Prado, por ejemplo, tienen puestos iluminados y coronados de Famas de cobre, con banderas, que no ceden en nada a la magnificencia de los vendedores de coco en París. Estos vendedores de agua son, generalmente, muchachos gallegos, con chaqueta color

tabaco, calzón corto, polainas negras y sombrero puntiagudo: también hay algunos valencianos, con sus zaragüelles blancos, la manta al hombro, las piernas bronceadas y las alpargatas bordadas de azul. Algunas mujeres y chicas, vestidas de modo insignificante, se dedican también al comercio de agua. Se les llama, según su sexo, aguadores o aguadoras; por todos los rincones de la ciudad se oyen sus gritos agudos, modulados en todos los tonos y variados de cien mil maneras: *Agua, agua, ¿quién quiere agua? ¡Agua helada, fresquita como la nieve!* Esto dura desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche; tales gritos han inspirado a Bretón de los Herreros, poeta muy estimado en Madrid, una canción titulada la *Aguadora*, que tiene gran éxito en toda España. Esta sed de Madrid es verdaderamente una cosa extraordinaria: toda el agua de las fuentes, toda la nieve de las montañas del Guadarrama no bastan a apagarla. Se ha bromeado mucho acerca de este pobre Manzanares y la urna seca de su náyade; yo quisiera ver el papel que haría cualquier otro río en una ciudad devorada por sed semejante. El Manzanares se bebe en su origen; los aguadores acechan con ansiedad la menor gota de agua, la más ligera humedad que se produce en sus márgenes secas y se la llevan en sus cántaros; las lavanderas lavan la ropa con arena, y, en medio del río, no encontraría un mahometano agua bastante para hacer sus abluciones. Seguramente recordaréis



todos aquel delicioso folletín de Mery sobre la sed de Marsella; exagerado seis veces, no daría idea de la de Madrid. El vaso de agua se vende a cuarto—dos *liards* aproximadamente—. Lo que Madrid necesita más, después del agua, es fuego para encender los cigarros; así es que el grito: *Fuego, fuego,* se oye por todas partes y se mezcla incesantemente con el de: *Agua, agua.* Es una lucha encarnizada entre los dos elementos a ver cuál mete más bulla: este fuego, más inextinguible que el de Vesta, lo llevan unos pilluelos en copas llenas de carbón y de ceniza, con un mango para no quemarse los dedos.

Pero ya son las nueve y media, el Prado comienza a despoblarse y la multitud se dirige hacia los cafés y botillerías de la calle de Alcalá y otras vecinas.

Los cafés de Madrid nos parecen verdaderas tabernas de último orden, acostumbrados al lujo deslumbrador y mágico de los de París; la manera cómo están decorados recuerdan mucho las barracas en que se exhiben las mujeres barbudas y las sirenas vivas; pero la falta de lujo está compensada crecidamente con la excelencia y la variedad de los refrescos que en ellos se sirven. Hay que confesarlo, París, tan superior en todo, va a la zaga en una cosa: el arte del horchatero está allí en la infancia. Los cafés más célebres son: el de la *Bolsa*, en la esquina de la calle de Carretas; el café *Nuevo*, donde se reunen los *exaltados*; el café de...—me he olvidado del nom-

bre—, punto de cita habitual de las gentes que pertenecen a la opinión moderada, y a quienes llaman *cangrejos;* el de *Levante*, muy cerca de la Puerta del Sol; lo que no quiere decir que los demás no sean buenos, pero éstos son los más frecuentados. No olvidemos el café del *Príncipe*, junto al teatro de este nombre, punto de reunión de artistas y literatos.

Si queréis entraremos en el café de la Bolsa, adornado de espejitos tallados en hueco por abajo, para formar dibujos, como se ve en algunos vasos de Alemania. He aquí la lista de las bebidas heladas, de los sorbetes y quesitos. La bebida helada se sirve en vasos, que se distinguen en grande o chico, y ofrece una gran variedad; hay la de naranja, la de limón, la de fresa, la de guindas, tan superiores a las antipáticas botellas de grosella agria y de ácido cítrico, que no se avergüenzan de serviros en París en los cafés más espléndidos, como el vino de Jerez legítimo al de Brie auténtico; es una especie de helado líquido, de pureza de nieve y de un sabor exquisito. La bebida de *almendra blanca* es deliciosa y desconocida en Francia, donde se toman con nombre de horchata yo no sé qué mixturas medicinales; también sirven leche helada, con la mitad de fresa o de cereza, logrando por tal manera que nuestra garganta goce de todas las nieves de Groenlandia, mientras nuestro cuerpo está sumido en los ardores de la zona tórrida. Durante el día, cuando aun no están preparados los helados,



tenéis el agraz, bebida hecha con uvas verdes y conservada en unas botellas de cuello enorme; el sabor ligeramente acidulado del agraz es de los más agradables.

También se puede tomar una botella de *cerveza de Santa Bárbara con limón;* pero esto exige algunos preparativos: primero presentan una cubeta y un cucharón como los de mover el ponche; luego se adelanta un camarero con una botella alambrada, que descorcha con mil precauciones; salta el tapón y se vierte la cerveza en la cubeta, donde de antemano se habrá vaciado una garrafita de limonada; se mueve bien todo, se echa en los vasos y se bebe.

Si esta mezcla no os gusta, podéis entrar en las horchaterías de chufas, regentadas casi siempre por valencianos. La chufa es un tubérculo pequeño, una especie de almendra, que se cría en los alrededores de Valencia, la cual se tuesta, se machaca y sirve para hacer una bebida exquisita, sobre todo cuando está helada; esta preparación es muy refrescante.

Para terminar con los cafés, diremos que los sorbetes se diferencian de los de Francia en que tienen más consistencia; que los quesitos son helados pequeños, duros, moldeados en forma de queso; los hay de todas clases: de albaricoque, de plátano, de naranja, como en París; pero también los hacen con manteca y con huevos aun sin formar, que se sacan del cuerpo de las gallinas despanzurradas, cosa que es exclusiva de Espa-

bre—, punto de cita habitual de las gentes que pertenecen a la opinión moderada, y a quienes llaman *cangrejos;* el de *Levante,* muy cerca de la Puerta del Sol; lo que no quiere decir que los demás no sean buenos, pero éstos son los más frecuentados. No olvidemos el café del *Príncipe,* junto al teatro de este nombre, punto de reunión de artistas y literatos.

Si queréis entraremos en el café de la Bolsa, adornado de espejitos tallados en hueco por abajo, para formar dibujos, como se ve en algunos vasos de Alemania. He aquí la lista de las bebidas heladas, de los sorbetes y quesitos. La bebida helada se sirve en vasos, que se distinguen en grande o chico, y ofrece una gran variedad; hay la de naranja, la de limón, la de fresa, la de guindas, tan superiores a las antipáticas botellas de grosella agria y de ácido cítrico, que no se avergüenzan de serviros en París en los cafés más espléndidos, como el vino de Jerez legítimo al de Brie auténtico; es una especie de helado líquido, de pureza de nieve y de un sabor exquisito. La bebida de *almendra blanca* es deliciosa y desconocida en Francia, donde se toman con nombre de horchata yo no sé qué mixturas medicinales; también sirven leche helada, con la mitad de fresa o de cereza, logrando por tal manera que nuestra garganta goce de todas las nieves de Groenlandia, mientras nuestro cuerpo está sumido en los ardores de la zona tórrida. Durante el día, cuando aun no están preparados los helados,


tenéis el agraz, bebida hecha con uvas verdes y conservada en unas botellas de cuello enorme; el sabor ligeramente acidulado del agraz es de los más agradables.

También se puede tomar una botella de *cerveza de Santa Bárbara con limón;* pero esto exige algunos preparativos: primero presentan una cubeta y un cucharón como los de mover el ponche; luego se adelanta un camarero con una botella alambrada, que descorcha con mil precauciones; salta el tapón y se vierte la cerveza en la cubeta, donde de antemano se habrá vaciado una garrafita de limonada; se mueve bien todo, se echa en los vasos y se bebe.

Si esta mezcla no os gusta, podéis entrar en las horchaterías de chufas, regentadas casi siempre por valencianos. La chufa es un tubérculo pequeño, una especie de almendra, que se cría en los alrededores de Valencia, la cual se tuesta, se machaca y sirve para hacer una bebida exquisita, sobre todo cuando está helada; esta preparación es muy refrescante.

Para terminar con los cafés, diremos que los sorbetes se diferencian de los de Francia en que tienen más consistencia; que los quesitos son helados pequeños, duros, moldeados en forma de queso; los hay de todas clases: de albaricoque, de plátano, de naranja, como en París; pero también los hacen con manteca y con huevos aun sin formar, que se sacan del cuerpo de las gallinas despanzurradas, cosa que es exclusiva de Espa-

ña, pues yo no he oído hablar más que en Madrid de este singular refinamiento. También sirven espumas de chocolate, de café y otras, que son una especie de cremas batidas y heladas de una extrema ligereza, que algunas veces espolvorean con canela molida—, todo ello acompañado de *barquillos*, obleas enrolladas en forma de cucurucho largo, con los cuales se toman las bebidas como con un sifón, aspirando lentamente por uno de los extremos, refinamiento que permite gozar más tiempo de la frescura del brebaje. El café no se toma en tazas, sino más bien en vasos; pero de todos modos se toma muy poco. Todos estos detalles quizá os parezcan aburridos; pero si el lector se viese expuesto como nosotros a un calor de treinta a treinta y cinco grados, los encontraría de mucho interés. En los cafés de Madrid se ven más mujeres que en los de París, a pesar de que en ellos se fuman cigarrillos y hasta habanos. Los periódicos que se encuentran habitualmente en estos locales son *El Eco del Comercio*, *El Nacional* y *El Diario*, que señalan las fiestas del día, la hora de las misas y sermones, la temperatura, los perros perdidos, las campesinas que solicitan un puesto de nodriza en casa de los padres, las criadas que desean colocarse, etc., etcétera... Pero dan las once; es hora de retirarse; apenas algunos rezagados se pasean por la calle de Alcalá. No quedan en las calles más que los serenos con su farol al extremo de un chuzo, su capa color de muralla y su grito acompasado; sólo se oye un coro de grillos que cantan, en sus jaulitas



adornadas de cristales, su queja bisílaba. En Madrid hay afición a los grillos; todas las casas tienen uno colgado en el balcón, en una jaula de miniatura, de madera o de hierro; también hay pasión por las codornices, a las que meten en cestas de mimbres con claraboya y que alternan su monótono *piú, piú, piú* con el *cri, cri* de los grillos.

Como dice Bilboquet, los que gusten de esta nota pueden estar contentos.

*La Puerta del Sol* no es una puerta como podía suponerse, sino más bien una fachada de iglesia pintada de color de rosa y adornada con un cuadrante, que se ilumina de noche, y con un gran sol de rayos de oro, de donde le viene el nombre de *Puerta del Sol*. Delante de esta iglesia hay una especie de plaza o cruce de calles, que forman la calle de Alcalá a lo largo y las de Carretas y de la Montera a lo ancho. El Correo, gran edificio regular, ocupa la esquina de la calle de Carretas y tiene fachada a la plaza. La Puerta del Sol es el punto de cita de todos los desocupados de la población, y, al parecer, hay bastantes, pues desde las ocho de la mañana la llena una multitud compacta. Todos estos graves personajes están de pie, envueltos en sus capas, aunque haga un calor atroz, con el frívolo pretexto de que lo que defiende del frío defiende también de su contrario. De tiempo en tiempo se ven salir de entre los pliegues rectos e inmóviles de la capa un pulgar y un índice, amarillos como el oro, que aprisio-

nan un papelito y alguna pulgarada de tabaco picado, y, a poco, de la boca del gran personaje se eleva una nube de humo, lo que demuestra que está dotado de respiración, cosa que podía dudarse al contemplar su perfecta inmovilidad. A propósito de *papel español para cigarritos*, notaremos de paso que no he visto ni un solo cuaderno: los naturales del país utilizan papel corriente de cartas, cortado en trozos pequeños; los cuadernillos de regaliz, pintarrajeados con dibujos grotescos, se expiden a Francia para los aficionados al color local. La política es el motivo general de conversación; el teatro de la guerra ocupa mucho las imaginaciones; y en la Puerta del Sol se hace más estrategia que en todos los campos de batalla y en todas las campañas del mundo. Balmaseda, Cabrera, Palillos, y otros jefes de grupo más o menos importantes, están constantemente sobre el tapete; se cuentan cosas que estremecen, crueldades pasadas de moda y consideradas desde hace mucho tiempo como de mal gusto por los caribes y los cherokes. Ultimamente, Balmaseda llegó hasta unas veinte leguas de Madrid, y habiendo sorprendido un pueblo, cerca de Aranda, se entretuvo en romper los dientes al Ayuntamiento en pleno con su alcalde, y terminó su diversión haciendo herrar de pies y manos a un cura constitucional. Al manifestar yo mi asombro por la tranquilidad con que se recibía tal noticia, me respondieron que la cosa había pasado en Castilla la Vieja, y que no se debían cuidar



de ella. Esta respuesta resume la situación de España y da la clave de muchas cosas que nos parecen incomprensibles vistas desde Francia. En efecto, para un habitante de Castilla la Nueva, lo que ocurre en Castilla la Vieja es tan indiferente como si ocurriera en la Luna. España no existe desde el punto de vista unitario: siempre son las Españas, Castilla y León, Aragón y Navarra, Granada y Murcia, etc.; pueblos que hablan dialectos diferentes y no pueden aguantarse. Como buen extranjero inocente, me mostré extrañado de tal refinamiento de crueldad; pero me hicieron observar que el cura era un cura constitucional, y esto atenuaba mucho la cosa. Las victorias de Espartero, victorias que nos parecen mediocres a nosotros, acostumbrados a las batallas colosales del imperio, sirven con frecuencia de asunto a los políticos de la Puerta del Sol. A continuación de estos triunfos—en los que se ha matado a dos hombres, se han hecho tres prisioneros y se ha cogido un mulo cargado con un sable y una docena de cartuchos—se encienden iluminaciones y se reparten al ejército naranjas y cigarros, que producen un entusiasmo fácil de describir. Antes, y todavía hoy, los grandes señores iban a las tiendas cercanas a la Puerta del Sol, pedían una silla y se pasaban allí una gran parte del día, hablando con los parroquianos, con gran descontento del comerciante, molesto por tal muestra de familiaridad.

Si os parece, entraremos en el correo para ver si hay cartas de Francia. Esto de las cartas es

una molestia constante, y puede estarse seguro de que lo primero que visita un viajero, al llegar a una ciudad, es la Casa de Correos. En Madrid, las cartas enviadas a la *lista de Correos* se marcan con un número, el cual, con el nombre de la persona a quien van dirigidas, se escribe en una lista que se pega a las columnas—hay la columna de enero, la de febrero, y así sucesivamente—; se busca el nombre de uno, se anota el número, y luego se reclama la carta en el depósito, donde la entregan sin otra formalidad. Al cabo de un año, las cartas que no se han recogido se queman. Bajo los arcos del patio de Correos, sombreados con grandes cortinas de esteras, hay establecidos toda clase de gabinetes de lectura, como bajo los arcos del Odeón de París, donde se va a leer los periódicos españoles y extranjeros. Los portes de las cartas no son muy caros, y, a pesar de los innumerables peligros a que están expuestos los correos en los caminos, casi siempre infectados de facciosos y bandidos, el servicio se hace con bastante regularidad. En estas columnas están también pegados los ofrecimientos de servicios de los pobres estudiantes, que piden limpiar las botas a un caballero para terminar su retórica o su filosofía.

Ahora recorramos la ciudad al azar; el azar es el mejor guía, tanto más cuanto que Madrid no es rico en magnificencias arquitectónicas, y una calle es tan curiosa como otra. Lo primero que advertís al levantar la vista hacia la esquina de



una casa o de una calle es una placa de azulejo, en la que está escrito: *"Manzana, visita, ganeral"*. Estas palabras servían antes para numerar las casas reunidas en grupos aislados o manzanas. Hoy, cada una tiene un número, como en París. Os sorprenderá seguramente la gran cantidad de seguros de incendios que guarnecen las fachadas de las casas, sobre todo en un país donde no hay chimeneas y donde nunca se enciende fuego. Todo está asegurado, hasta los monumentos públicos, hasta las iglesias; según dicen, la guerra civil es la causa de este desmedido afán de asegurar, pues no estando nadie seguro de no ser tostado por un Balmaseda, tratan, por lo menos, de salvar la casa.

Las casas de Madrid están edificadas con maderos y ladrillos o mampostería, salvo las jambas, las cadenas y los estribos, que son algunas veces de granito gris azulino; todo ello, por supuesto, cuidadosamente revocado y pintado de colores por demás fantásticos: verde claro, azul ceniza, vientre de bicha, cola de canario, rosa pompadour y otros tintes más o menos anacreónticos; las ventanas suelen estar encuadradas de adornos de arquitectura simulada, con muchas volutas, rollos, amorcillos y macetas, y guarnecidas con cortinas a la veneciana, de tela rayada, azul y blanca, o de estera, que riegan de cuando en cuando para humedecer el aire que las traspasa. Las casas modernas se limitan a estar revocadas con cal o pintarrajeadas con una pintura lechosa, como las de París. Los salientes de

los balcones y de los miradores rompen un poco la monotonía de las líneas rectas que proyectan sombras recortadas, y varían el aspecto naturalmente plano de la construcción, cuyos relieves están pintados y tratados a modo de decoraciones de teatro. Iluminad todo esto con un sol deslumbrador; colocad de trecho en trecho, en estas calles inundadas de luz, algunas señoras con velo largo, que se cubren la cara con el abanico, a manera de sombrilla; algunos mendigos curtidos, arrugados, envueltos en jirones de tela y andrajos semejantes a yesca; algunos valencianos medio desnudos, con aire de beduínos; haced surgir de entre los tejados las cupulillas jibosas, los campanarios panzudos y terminados por bolas de plomo de una iglesia o de un convento, y obtendréis una perspectiva bastante original, que os demostrará que no estáis en la calle de Laffite, y que, decididamente, habéis abandonado el asfalto, si es que vuestros pies, destrozados por los guijarros puntiagudos del pavimento de Madrid, no os habían ya convencido de ello.

Una cosa verdaderamente sorprendente es la inscripción *Juego de billar*, que se ve repetida a cada veinte pasos. No os vayáis a figurar que estas tres palabras sacramentales tienen nada de misterioso; son sencillamente el anuncio donde se juega al billar. No me explico para qué demonios pueden servir tantos billares; el mundo entero podría jugar una partida. Después de los juegos de billar, el anuncio más frecuente es *Despacho de vino*. Allí se vende Valdepeñas y vinos generosos. Los mostra-



dores están pintados con colores brillantes y adornados de telas y follaje. Las *confiterías y pastelerías* son también muy numerosas y suelen estar decoradas muy coquetonamente. Las confituras de España merecen especial mención; la conocida con el nombre de *cabello de ángel* es exquisita. La pastelería es todo lo buena que puede ser en un país donde no hay manteca de vaca, o donde, por lo menos, es tan cara y tan mala que no puede utilizarse: es muy parecida a lo que se llama en Francia *petit four*. Todas estas muestras están escritas en caracteres abreviados, con letras entrelazadas unas en otras, que las hacen de primera intención ininteligibles para los extranjeros, grandes lectores de rótulos si los hay.

El interior de las casas es amplio y cómodo; los techos son elevados y no escasea el espacio en ninguna parte. En París se podría edificar una casa entera en la caja de algunas escaleras. Se atraviesan largas filas de habitaciones antes de llegar a la parte habitada en realidad, pues todas ellas tienen por único adorno su blanqueo de cal o un tono liso amarillento o azulado, y recuadros de madera simulada. Lienzos ahumados y negruzcos que representan el martirio o la degollación de un santo; asuntos favoritos de los pintores españoles penden de las paredes, la mayoría de ellos sin marcos y doblados en sus bastidores. El entarimado es cosa desconocida en España, o, por lo menos, yo no lo he visto. Todas las habitaciones están soladas de ladrillos; pero como és-

tos se hallan cubiertos con esteras, de caña en invierno y de paja en verano, el inconveniente es mucho menor; estas esteras de caña y de paja están trenzadas con mucho gusto; los salvajes de Filipinas o de las islas Sandwich no lo harían mejor. Hay tres cosas que para mí son el termómetro del estado de civilización de un pueblo: la alfarería, el arte de trenzar el mimbre o la paja, y la manera de enjaezar las bestias de carga. Si la alfarería es bella, pura de forma, correcta como la antigua, con el tono natural de la arcilla tostada o roja; si las cestas y las esteras son finas, maravillosamente entrelazadas, adornadas con arabescos de colores hábilmente elegidos; si los arreos están bordados, picados, adornados con cascabeles, madroños, dibujos bonitos, se puede estar seguro que ese pueblo es primitivo y casi salvaje; los civilizados no saben hacer un puchero, ni una estera, ni un arnés. Mientras escribo tengo ante mi vista, colgada de una recia cuerda, la jarra donde se refresca el agua que he de beber: es un cacharro de barro que vale doce *cuartos*, es decir, unos siete u ocho sueldos de Francia; su forma es encantadora y no he visto nada más puro desde lo etrusco. La parte de arriba, abierta, forma un trébol de cuatro hojas ligeramente acanaladas, de modo que por cualquier lado se puede echar el agua; las asas, con una pequeña moldura, se ajustan con una elegancia perfecta al cuello y a la parte baja, de un corte delicioso; las gentes elegantes



prefieren a estos encantadores vasos, abominables cacharros ingleses, panzudos, jibosos y cubiertos de una espesa capa de barniz que podrían confundirse con botas de montar embetunadas de blanco. Pero con esto de los cacharros y de las botas nos hemos ido muy lejos de nuestra descripción domiciliaria; volvamos sin más digresión.

Los pocos muebles que se encuentran en las habitaciones españolas son de un gusto abominable, que recuerda el *gusto messidor* y el *gusto pirámide*. Las formas del imperio florecen en toda su integridad. Allí encontraréis las pilastras de caoba, terminadas por cabezas de esfinge de bronce verde, las varillas de cobre y los recuadros de guirnaldas *pompeya*, que hace tiempo desaparecieron del mundo civilizado. Ni un mueble de madera tallada, ni una mesa incrustada de concha, ni un tocador de laca, nada; la antigua España ha desaparecido por completo: sólo quedan algunos tapices de Persia y algunas cortinas de damasco. En cambio hay una abundancia de sillas y canapés de paja verdaderamente extraordinaria; las paredes están abarrotadas de falsas columnas, de cornisas simuladas o pintarrajeadas al temple.

En las mesas y en las estanterías vense diseminadas figuritas de *biscuit* o de porcelana, que representan trovadores, Matilde y Malek-Adel y otros asuntos igualmente ingeniosos, aunque pasados de moda; perrillos de cristal cuajado, can-

delabros de plaqué con sus bujías, y otras mil magnificencias largas de explicar, pero de las cuales ya creo haber dado una idea. Y no me atrevo a hablar de los grabados iluminados que tienen la pretensión de adornar las paredes.

Quizá hay algunas excepciones, pero en número muy pequeño. Y no os imaginéis que las casas de la gente de alta clase están amuebladas con más gusto y riqueza. La descripción anterior, de la más escrupulosa exactitud, puede aplicarse a las casas de personas que tienen coche y ocho o diez criados. Las cortinas siempre están corridas; las maderas, entornadas; de suerte que en los cuartos reina una semiobscuridad a la que es preciso habituarse para poder distinguir los objetos, sobre todo cuando se entra de fuera; los que están en la habitación ven perfectamente; pero los que entran se quedan ciegos ocho o diez minutos, en particular cuando una de las habitaciones anteriores está iluminada. Se dice que algunos hábiles matemáticos han hecho cálculos sobre esta combinación de óptica, de la que resulta una seguridad completa para un *tête-à-tête* íntimo en una habitación así dispuesta.

En Madrid el calor es excesivo y se presenta de repente y sin la transición de la primavera; por eso se dice, a propósito de la temperatura de Madrid: "Tres meses de infierno y nueve de invierno". No es posible guarecerse de esta lluvia de fuego, sino metiéndose en cuartos bajos,


en donde reine la más absoluta obscuridad y en los que un riego constante conserve la humedad. Esta necesidad de frescura ha debido de dar origen a la moda de los *búcaros*, refinamiento extraño y salvaje que no tendría nada de agradable para las francesitas, pero que parece una prueba del mejor gusto a las bellas españolas.

Los *búcaros* son una especie de pucheros de barro rojo de América, muy semejante al de que están hechos los tubos de las pipas turcas; los hay de todas las formas y tamaños; algunos tienen unos vivos dorados y flores pintadas groseramente. Como ya no se fabrican en América, los *búcaros* empiezan a ser raros, y dentro de algunos años serán tan escasos como el viejo Sevres; entonces los tendrá todo el mundo.

Cuando se quiere utilizar los *búcaros* se colocan siete u ocho sobre el mármol de los veladores o de las rinconeras, se les llena de agua y se sienta uno en un sofá a esperar que produzcan su efecto y saborear el placer con el conveniente recogimiento. La arcilla se obscurece, el agua traspasa los poros, y los *búcaros* no tardan en rezumarse y en esparcir un perfume que se asemeja al del yeso mojado o al de una cueva húmeda que no se hubiera abierto desde mucho tiempo atrás. La transpiración de los búcaros es tan abundante, que al cabo de una hora la mitad del agua se ha evaporado; la que queda en el cacharro está fría como el hielo y tiene un sabor a cisterna bastante nauseabundo, pero que

encuentran delicioso los aficionados. Media docena de búcaros basta para impregnar el aire de un gabinete de tal humedad, que habéis de advertirla al entrar: es una especie de baño de vapor frío. No contentas con beber el agua y aspirar el perfume, algunas personas mascan trocitos de búcaro, los reducen a polvo y concluyen por tragárselos.

He visitado algunas reuniones o tertulias que no tienen nada notable; en ellas se baila al son del piano, como en Francia, pero de un modo más moderno aún y más lamentable, si es posible. No concibo que personas que bailan tan poco no tomen la decisión de no bailar en absoluto, lo cual sería más sencillo y en igual grado divertido; el miedo de ser acusadas de *bolero*, de *fandango* o de *cachucha* constriñe a las mujeres a una inmovilidad absoluta. Su traje es muy sencillo en comparación con el de los hombres, que siempre van como grabados de modas. Esta observación la hice en el palacio de Villahermosa, en una representación a beneficio de los niños expósitos—*Niños de la Cuna*—, a la que asistían la reina madre, la reina niña y todo el gran mundo de Madrid. Mujeres dos veces duquesas y cuatro veces marquesas llevaban trajes que despreciaría en París una modistilla que fuera de reunión a casa de su maestra; no saben vestirse a la española, pero tampoco saben vestirse a la francesa, y si no fuesen tan bonitas, muchas veces correrían el riesgo de ser ridículas. Una vez tan sólo, en un baile, vi una



mujer con una basquiña de raso color rosa, adornada con seis volantes de blonda negra, como la de Fanny Elssler en el *Diablo Cojuelo;* pero había estado en París, donde la habían iniciado en el traje español. Las tertulias no deben de salir muy caras a los dueños de las casas. Los refrigerios brillan en ellas por su ausencia: ni te, ni helados, ni ponche; solamente suele haber sobre una mesa, en uno de los primeros salones, una docena de vasos de agua muy clara, con una bandeja de azucarillos; pero se pasa generalmente por un hombre indiscreto y *sur sa bouche*, como diría la señora Desjardins de Enrique Monnier, si se llevara el sardanapalismo al extremo de azucarar el agua; y esto ocurre en las casas más ricas, y no por avaricia, sino porque es la costumbre; además, la sobriedad ermitaña de los españoles se acomoda perfectamente con este régimen.

En cuanto a las costumbres, no es fácil en seis semanas penetrar en el carácter de un pueblo ni en los usos de una sociedad. Sin embargo, la novedad causa una impresión que se borra con una estancia prolongada. Me ha parecido que en España las mujeres tenían la manga ancha y gozaban de más libertad que en Francia. La actitud de los hombres con ellas parece muy humilde y sumisa; cumplen sus deberes con una exactitud y una puntualidad escrupulosa y expresan sus entusiasmos en versos de todas las medidas, rimados, asonantes, sueltos y demás. En el momento en que ponen su corazón a los pies de una beldad,

no les está permitido bailar más que con tatarabuelas. La única conversación que se les consiente es la de las mujeres de cincuenta años y de una fealdad reconocida. No pueden hacer visitas en las casas donde haya una joven: un visitante asiduo desaparece de repente y vuelve al cabo de seis meses o de un año; su novia le había prohibido que fuese a aquella casa: se le recibe como si hubiera ido la víspera; esto está admitido. Por lo que puede juzgarse a primera vista, las españolas no son caprichosas en amor, y las relaciones que entablan duran muchas veces años. Al cabo de unas cuantas veladas que se pasen en una tertulia se ven perfectamente y a simple vista las parejas. Si se quiere que asista la señora de *** hay que invitar al señor ***, y viceversa; los maridos son muy civilizados, y no tienen nada que envidiar a los maridos más bonachones de París; no se ve ni asomo de aquellos celos españoles motivo de tantos dramas y melodramas. Para colmo del desencanto, todo el mundo habla francés a la perfección, y gracias a algunos elegantes que pasan los inviernos en París y van a la Opera, entre bastidores son conocidos perfectamente en Madrid los personajes de segunda fila más ignorados. Allí encontré lo que quizá no exista en ningún otro sitio del mundo: un admirador entusiasta de la señorita Luisa Fitzjames, cuyo nombre nos servirá de transición para pasar de la tertulia al teatro.

El teatro del Príncipe tiene una distribución



bastante cómoda; en él se representan dramas, comedias, sainetes e intermedios. Yo he asistido a la representación de una obra de Don Antonio Gil y Zárate, *Carlos el Hechizado*, completamente del gusto shakesperiano. Don Carlos se parece mucho al Luis XIII de *Marion Delorme*, y la escena del monje en la prisión está copiada de la visita de Claudio Frollo a la Esmeralda, en el calabozo donde ésta aguarda la muerte. El papel de Don Carlos lo hace Julián Romea, actor de admirable talento, al que no reconozco otro rival que Federico Lemaitre, en un género completamente opuesto; no es posible llevar más lejos la ilusión de la verdad. Matilde Díez es asimismo una actriz de primer orden; matiza con una delicadeza exquisita y una finura de intención sorprendente. Sólo la encuentro un defecto: la extremada volubilidad de su palabra, defecto que no lo es para los españoles. Don Antonio Guzmán, el gracioso, no sería despreciado en ningún escenario; recuerda mucho a Legrand y en algunos momentos a Arnal. También se dan en el teatro del Príncipe funciones de magia, entreveradas con bailes y otras diversiones. Yo he visto la *Pata de cabra*, imitación de *Pied de mouton*, que se representaba hace tiempo en la Gaieté. La parte coreográfica era simplemente mediana: las primeras figuras no valen, ni con mucho, lo que las segundas partes de la Opera; en cambio, los comparsas demuestran una inteligencia extraordinaria: el cuadro de los Cíclopes lo ejecu-

tan con una precisión y una limpieza raras. En cuanto al *baile nacional,* no existe. En Burgos, y en Vitoria y en Valladolid nos habían dicho que las buenas bailarinas estaban en Madrid; en Madrid nos dijeron que las verdaderas bailarinas de cachucha sólo se encontraban en Andalucía, en Sevilla. Ya veremos; pero mucho nos tememos que, para esto de los bailes españoles, habrá que volver a Fanny Elssler y a las hermanas Noblet. Dolores Serral, que tanta sensación causó en París, donde nosotros fuimos los primeros en hacer notar la audacia apasionada, la ligereza voluptuosa y la gracia petulante que caracterizan sus bailes, se ha presentado varias veces en el teatro de Madrid sin producir el menor efecto; de tal modo se ha perdido en España el sentimiento y el aprecio de los bailes nacionales. Cuando empiezan a bailar la *jota aragonesa* o el *bolero,* la gente distinguida se levanta y se marcha: sólo quedan los extranjeros y la gente baja, en la que el instinto poético es más difícil de borrar. El autor francés más reputado en Madrid es Federico Soulié; le atribuyen casi todos los dramas traducidos del francés: parece haber heredado la boga de Scribe.

Y ya hemos dicho bastante de este asunto. Ahora terminaremos con los edificios públicos: no tendremos mucho que hacer. El palacio de la reina es un gran edificio muy cuadrado, muy sólido, de piedras bien unidas, con muchas ventanas, un número equivalente de puertas, columnas



jónicas, pilastras dóricas, todo lo que constituye un monumento de buen gusto. Las inmensas terrazas que le sostienen y las montañas del Guadarrama cargadas de nieve, sobre las que se recorta, quitan a su silueta lo que pudiera tener de vulgar. Velázquez, Maella, Bayeu, Tiépolo, pintaron para él hermosos techos más o menos alegóricos; la escalera principal es muy bella, y a Napoleón le parecía mejor que la de las Tullerías.

El edificio de las Cortes está mezclado de columnas al estilo de Pœstum, y de leones con peluca del gusto más abominable; dudo que se puedan dictar buenas leyes con una arquitectura semejante. Enfrente de la Cámara, y en medio de una plaza, se eleva una estatua en bronce de Miguel de Cervantes; es muy laudable el levantar una estatua al inmortal autor de *Don Quijote*; pero habrían debido hacerla mejor.

El monumento a las víctimas del *Dos de Mayo* está en el Prado, no lejos del Museo de Pinturas; al contemplarlo por un momento me he creído transportado a la plaza de la Concordia de París, y vi, como por un espejismo fantástico, el venerable obelisco de Luxor, al que nunca había supuesto vagabundo; es una especie de piedra cuadrangular de granito gris que sirve de base a un obelisco de granito rojizo, bastante semejante de tono al de la aguja egipcia; el efecto es muy bello y no deja de tener cierta gravedad fúnebre. Es lástima que el obelisco no sea de una

pieza; en la base hay grabadas inscripciones en honor de las víctimas. El *Dos de Mayo* es un episodio heroico y glorioso del que los españoles abusan un tanto; por todas partes se ven grabados y cuadros de este asunto. No costará mucho trabajo creer que nosotros no estamos representados en ellos con muy bellos colores: nos pintan tan horribles como los prusianos del circo olímpico.

La Armería no responde a la idea que se ha formado uno de ella. El Museo de Artillería de París es incomparablemente más rico y más completo. En la Armería de Madrid hay pocas armaduras enteras y de conjunto auténtico. Cascos de una época anterior o posterior aparecen colocados sobre corazas de un estilo diferente. Como razón de este desorden se dice que, cuando la invasión francesa, se escondieron en graneros todas estas curiosas reliquias, y que allí se mezclaron y confundieron, sin que haya sido posible reunirlas y armarlas con certeza. No hay que fiarse de ningún modo de las indicaciones de los guardas. Nos enseñaron como el coche de Juana la Loca, madre de Carlos V, una carroza de madera, tallada maravillosamente, cuyo origen, a todas luces, no podía remontarse más allá de Luis XIV. El calesín de Carlos V, con sus almohadones y sus cortinas de cuero, nos parece mucho más verosímil. Hay muy pocas armas moriscas: dos o tres escudos, algunos yataganes y nada más. Lo más curioso son las sillas bordadas, re-



camadas de oro y de plata, con planchas de acero, muy numerosas y de formas extrañas; pero no hay nada cierto sobre su época y la persona a quien han pertenecido. Los ingleses admiran mucho una especie de carro triunfal ofrecido a Fernando hacia 1823 o 1824.

Indiquemos de paso, para recuerdo, algunas fuentes de un rococó muy corrompido, pero bonito: el puente de Toledo, de mal gusto, muy rico y muy adornado, con pebeteros, óvalos y escarolados; algunas iglesias de estilo confuso y coronadas por campanarios moscovitas, y dirijámonos al Buen Retiro, residencia real, situada a pocos pasos del Prado. Nosotros, los franceses, que tenemos Versalles y Saint-Cloud, que hemos tenido Marly, somos algo exigentes en esto de residencias reales: el Buen Retiro nos parece a propósito para realizar el sueño de un tendero rico; es un jardín lleno de flores vulgares, pero vistosas; estanquitos adornados con rocalla y bosquecillos vermiculados con juegos de agua del estilo de los escaparates de las tiendas de comestibles; de lagunitas verdosas donde flotan cisnes de madera pintada de blanco y barnizada, y otras maravillas de un gusto dudoso. Los naturales del país se quedan extasiados ante un pabellón rústico edificado con trozos de madera, cuyo interior tiene unas pretensiones no logradas; el primer jardín turco, el jardín turco sencillo y patriarcal, con quioscos de cristales de colores, a través de los cuales se veían paisajes

azules, verdes y rojos, era muy superior como gusto y lujo. Hay, sobre todo, un *chalet* que es la cosa más ridícula y grotesca que se puede imaginar. Junto a él hállase un establo, en el que se ve una cabra y un chivito disecados y una cerda de piedra gris amamantando a cochinillos de la misma materia. A algunos pasos del pabellón el guía se destaca, abre misteriosamente la puerta, y cuando os llama y os permite entrar, oís un ruido sordo de ruedas y contrapesos y os encontráis frente a unos horribles autómatas que baten manteca, hilan, o acunan con sus pies de madera a niños de madera también, acostados en sus cunas talladas; en el cuarto contiguo, el abuelo enfermo está en la cama; en la mesa, a su lado, hay una poción; han llevado la escrupulosidad hasta colocar debajo de la cama un vaso que no se debe describir, pero muy bien imitado; este es un resumen muy exacto de las magnificencias del Retiro. Una hermosa estatua ecuestre de Felipe V, cuya actitud se asemeja a la estatua de la plaza de las Victorias, compensa un poco estas pobrezas.

El Museo de Madrid, cuya descripción merecería un volumen entero, es de una riqueza extrema; en él abundan los Ticianos, los Rafaeles, los Pablo Veronés, los Rubens, los Velázquez, los Riberas y los Murillos: los cuadros tienen muy buena luz, y la arquitectura del edificio no carece de estilo, sobre todo en el interior. La fachada que da al Prado es de bastante mal gusto; pero, en conjunto, la construcción honra al arquitecto Villanueva, de quien es la traza.



Una vez visitado el Museo se puede ir al gabinete de Historia Natural a ver al mastodonte o *dinotherium gigantæum*, maravilloso fósil con huesos como barras de acero, que debe ser por lo menos el *behemot* de la Biblia; un trozo de oro que pesa diez y seis libras; los gongos chinos, cuyo sonido, digan lo que quieran, se parece mucho al de los calderos cuando se les da con el pie, y una colección de cuadros que representan todas las variedades que pueden nacer del cruce de las razas blancas, negras y amarillas. No hay que olvidar tampoco tres admirables cuadros que se guardan en la Academia: *La fundación de Santa María la Mayor* — dos asuntos — y *Santa Isabel lavando la cabeza a los leprosos;* dos o tres admirables Riberas, un entierro del Greco que tiene trozos dignos del Ticiano; un boceto fantástico del mismo Greco representa a unos frailes disponiéndose a cumplir penitencia, que sobrepuja a todo lo que Lewis o Ana Radcliffe han podido idear de misteriosamente fúnebre, y una encantadora mujer vestida de española, echada en un diván, del buen viejo Goya, el pintor nacional por excelencia, que parece como si hubiera venido al mundo ex profeso para recoger los vestigios de las antiguas costumbres que estaban a punto de desaparecer.

En Francisco Goya y Lucientes puede aún reconocerse el nieto de Velázquez. Después vienen

los Aparicios, los López; la decadencia es completa, el ciclo del arte se ha cerrado. ¿Quién volverá a abrirlo?

Goya es un pintor extraño, un genio singular. Nunca se ha visto una originalidad más determinada; ningún pintor español fué nunca tan local. Un croquis de Goya, cuatro toques en una aguada, dicen más de las costumbres del país que las descripciones más prolijas. Por su existencia aventurera, por su fuego, por sus talentos varios, Goya parece pertenecer a las florecientes épocas del arte, y, sin embargo, es, en cierto modo, un contemporáneo: murió en Burdeos en 1828.

Antes de estudiar su obra relataremos someramente su biografía. Don Francisco Goya y Lucientes nació en Aragón, de padres de modesta posición y fortuna, pero que contaban con lo suficiente para no entorpecer sus disposiciones naturales. Su afición al dibujo y a la pintura se desarrolló pronto. Viajó, estudió algún tiempo en Roma y volvió a España; rápidamente logró fama en la corte de Carlos IV, que le concedió el título de pintor del rey.

Era recibido por la reina en casa del duque de Benavente y de la duquesa de Alba, y llevaba aquella existencia de gran señor de los Rubens, los Van Dyck y los Velázquez, tan favorable al desarrollo del genio pictórico. Poseía cerca de Madrid una casa de campo deliciosa, donde tenía su estudio y daba fiestas.



Goya produjo mucho; pintó asuntos religiosos, frescos, retratos, escenas de costumbres, aguasfuertes, aguastintas, litografías, y en todo, hasta en los más ligeros bocetos, dejó la huella de un talento vigoroso; hasta en los dibujos más descuidados se ve la garra del león. Su talento, aunque perfectamente original, es una mezcla rara de Velázquez, de Rembrandt y de Reynolds; recuerda a estos tres maestros, alternativa o conjuntamente, pero como el niño recuerda a sus abuelos, sin imitación servil, más por una disposición innata que por propósito deliberado.

En el Museo de Madrid están los retratos de Carlos IV y de la reina a caballo, que se deben a su pincel—las cabezas están maravillosamente pintadas, llenas de vida, de finura y de espíritu—; un picador, y la matanza del Dos de Mayo, escena de la invasión. El duque de Osuna posee varios retratos de Goya, y no hay casa grande que no tenga algún retrato suyo o algún boceto. El interior de la iglesia de San Antonio de la Florida, donde se celebra una fiesta muy frecuentada, a una media legua de Madrid, está pintado al fresco por Goya, con la libertad, la audacia y la manera que lo caracterizan. En Toledo, en una de las salas capitulares, vimos un cuadro suyo que representa a Cristo entregado por Judas, efecto de luz de noche que no hubiera desdeñado Rembrandt, a quien yo se lo hubiera atribuído de primera intención, si un canónigo no me hubiese hecho fijarme en la firma del pintor de cámara de

Carlos IV. En la sacristía de la catedral de Sevilla hay también un cuadro de Goya de gran mérito: Santa Justina y Santa Rufina, vírgenes y mártires, las dos hijas de un alfarero, como lo indican las *alcarrazas* y los *cántaros* agrupados a sus pies.

La manera de pintar de Goya era tan original como su talento; tenía los colores en cubetas y los aplicaba con esponjas, escobas, trapos y todo lo que caía en su mano; amasaba y extendía los tonos como si fuesen yeso, y daba los toques delicados con el dedo. Valiéndose de estos procedimientos expeditivos y perentorios, cubría en uno o dos días treinta pies de pared. Todo esto nos parece que traspasa un poco los límites del entusiasmo y la actividad; los artistas más arrebatados son nada en comparación suya. Con una cuchara a guisa de pincel ejecutó una escena del *Dos de Mayo*, en la que se ven varios franceses que fusilan a españoles. Es una obra de un nervio y de un carácter increíbles. Esta curiosa pintura está relegada a segundo término en el zaguán del Museo de Madrid.

La individualidad de este artista es tan fuerte y tan definida, que nos es muy difícil dar una idea de ella, siquiera sea aproximada. No es un caricaturista como Hogarth, Bamburry o Cruishanck: Hogarth, serio, flemático, exacto y minucioso, como una novela de Richardson, dejando siempre ver la intención moral; Bamburry y Cruishanck, tan notables por su fantasía maligna, su exageración



ridícula, no tienen nada de común con el autor de los *Caprichos*. Callot se le acerca más—Callot, mitad español, mitad húngaro—; pero Callot es neto, claro, fino, preciso, fiel a la verdad, a pesar del amaneramiento de sus actitudes y la extravagancia fanfarrona de sus métodos; sus diablerías más singulares son rigurosamente posibles; en sus aguafuertes hay una gran regularidad, y en ellas, el rebuscamiento de los detalles impide el efecto y el claroscuro, que sólo se consiguen con sacrificios. Las composiciones de Goya son noches profundas, en las que algún brusco rayo de luz esboza de súbito pálidas siluetas y fantasmas extraños.

Es una mezcla de Rembrandt, de Watteau y de los sueños estrafalarios de Rabelais. ¡Mezcla singular! Si a esto se añade un sabor marcadamente español, una fuerte dosis del espíritu picaresco de Cervantes—cuando éste pinta el retrato de la Escalanta y la Gananciosa en *Rinconete y Cortadillo*—, podrá llegarse a tener una idea aproximada no más del talento de Goya. Trataremos de hacerle comprender, si es posible, con palabras.

Los dibujos de Goya están ejecutados al aguatinta, reforzados con aguafuerte; no hay nada más franco, más libre y más fácil; un trazo de expresión a una fisonomía, una mancha de sombra sirve de fondo o deja adivinar medrosos paisajes medio esbozados—gargantas de sierra, teatros propicios para un asesinato, para un aquelarre o un rancho de húngaros—; pero esto es raro,

pues en Goya no existe el fondo. Como Miguel Angel, desdeña por completo la Naturaleza externa, y sólo toma de ella lo preciso para colocar las figuras, y aun así, coloca muchas en las nubes. De cuando en cuando un lienzo de pared cortado por un gran ángulo de sombra, el negro arco de una prisión, una valla apenas indicada; esto es todo.

Hemos dicho que Goya era un caricaturista, por no encontrar una palabra más propia. La suya es la caricatura al estilo de Hoffmann, en la que la fantasía se mezcla siempre con la crítica, llegando muchas veces a lo lúgubre y a lo terrible; diríase que todas aquellas cabezas gesticulantes han sido dibujadas por la garra de un Smarra en la pared de una alcoba sospechosa, a la luz de una lamparilla agonizante. Se siente uno transportado a un mundo inaudito, imposible, y, sin embargo, real. Los troncos de árbol parecen fantasmas; los hombres, hienas, buhos, gatos, asnos o hipopótamos; las uñas quizás son garras, los zapatos de fuelle calzan pies de macho cabrío; ese jinete joven es un muerto viejo, y sus calzas, ornadas de cintas, encierran un fémur descarnado y dos secas tibias. Nunca salieron de la redoma del doctor Fausto apariciones más misteriosamente siniestras.

Dicen que las caricaturas de Goya encierran algunas alusiones políticas, pero en corto número; se refieren a Godoy, a la vieja duquesa de Benavente, a los favoritos de la reina y a algunos grandes señores de la corte, cuyos vicios o ignorancia estigmatizan. Pero no hay que buscarlos a través del velo espeso que los recata. Goya hizo algunos otros dibujos para su amiga la duquesa de Alba, los cuales no han aparecido, sin duda por la facilidad de sacar de ellos la consecuencia. Las hay que hacen referencia al fanatismo, a la glotonería y a la estupidez de los frailes; otras representan asuntos de costumbres o de brujería.



El retrato de Goya sirve de portada a la colección de sus obras. Es un hombre de unos cincuenta años, de mirada oblicua y fina, con grandes párpados y una *pata de gallo* burlona y maliciosa; la barba, saliente; el labio superior, delgado; el inferior, prominente y sensual; el conjunto, encuadrado por patillas meridionales y cubierto con un sombrero a lo Bolívar; una fisonomía característica y fuerte.

El primer grabado representa un matrimonio por dinero, una pobre niña sacrificada por unos padres avaros a un viejo caduco y monstruoso. La novia está encantadora, con su rebocillo de terciopelo y su basquiña de rayas anchas, pues Goya expresa a maravilla la gracia andaluza y castellana. Los padres están repugnantes de rapacidad y de miseria envidiosa; tienen un aire de tiburón y de cocodrilo inexplicable. La niña sonríe entre lágrimas, como una lluvia del mes del abril; no se ven más que ojos, garras, dientes; la embriaguez de los adornos impide que la

jovencita comprenda toda la extensión de su desgracia. Este tema se repite muchas veces en el lápiz de Goya, y siempre acierta a sacar de él efectos emocionantes. Más adelante viene el coco. que asusta a los niños y que asustaría a cualquiera, pues quitando la sombra de Samuel en el cuadro de la *Pitonisa de Eudor*, de Salvador Rosa, no conocemos nada más horrible que este espantajo. Luego, hay majos que cortejan a lechuguinas en el Prado—lindas muchachas con medias de seda muy estiradas, con escarpines de tacón muy alto en los que sólo va metida la uña del dedo gordo, con peinetas de teja de concha calada y más altas que la corona mural de la Cibeles, mantillas de encaje negro a modo de capucha, proyectando una sombra aterciopelada sobre los más hermosos ojos negros del mundo, basquiñas emplomadas para hacer resaltar más la opulencia de las caderas, moscas posadas como asesinos en la comisura de los labios y en las sienes, ganchos para colgar todos los amores de España y grandes abanicos abiertos como colas de pavo real—; hidalgos con escarpines, con fraques fantásticos, con el sombrero de media luna bajo el brazo y racimos de chucherías sobre el vientre, haciendo reverencias de tres tiempos, colgándose a los respaldos de las sillas para murmurar, como quien exhala una bocanada de humo, algún loco madrigal a una mata de cabellos negros, o paseando, cogida de su mano enguantada, alguna beldad más o menos sospechosa; luego, *madres*



*aprovechadas* dando a sus hijas, demasiado obedientes, los consejos de la Macette de Régnier, lavándolas y acicalándolas para ir al aquelarre. El tipo de la *madre aprovechada* es interpretado maravillosamente por Goya, que tiene, como todos los pintores españoles, un vivo y profundo sentimiento de lo innoble; no se puede imaginar nada más grotescamente horrible, más viciosamente deforme; cada una de estas brujas reune en sí la fealdad de los siete pecados capitales; el diablo, a su lado, es bello.

Imaginaos fosos y escarpaduras de arrugas; ojos como carbones apagados con sangre; narices en forma de rabo de alambique, todas llenas de verrugas y de manchas; hocicos de hipopótamos erizados de crines hirsutas, bigotes de tigre, bocas de alcancía, contraídas por muecas horribles; algo que se asemeja a la araña y a la cucaracha, y que os hace sentir el mismo asco que si ponéis el pie encima de un sapo.

Esto, en cuanto al lado real; pero Goya es aún más admirable cuando se entrega a su facundia *demonográfica;* nadie sabe como él hacer danzar en la cálida atmósfera de una noche de tormenta gruesos nubarrones negros cargados de vampiros, de demonios, y destacar una cabalgata de brujas sobre una franja de horizontes siniestros.

Hay, sobre todo, una lámina completamente fantástica, que es la más espantosa pesadilla que se puede soñar; se titula: *Y aun no se van.* Es

horrible, y ni el mismo Dante llega a este efecto de terror, que ahoga. Representa una llanura árida y desnuda, sobre la cual se arrastra penosamente una nube deforme como un cocodrilo destripado; luego, una gran piedra, una laja de tumba, que una figura triste y flaca se esfuerza por levantar. La piedra, demasiado pesada para los brazos descarnados que la sostienen, y que parecen sentirse a punto de crujir, vuelve a caer, a pesar de los esfuerzos del espectro y de otros pequeños fantasmas que sostienen simultáneamente sus brazos de sombra; algunos ya han quedado presos bajo la piedra, un instante desplazada. La expresión desesperada que se pinta en todas aquellas fisonomías cadavéricas, en aquellas órbitas sin ojos, que ven que su labor ha sido inútil, es verdaderamente trágica; es el símbolo más triste de la impotencia laboriosa, la más triste poesía y la más amarga irrisión que jamás se haya hecho a propósito de los muertos.

La lámina *Buen viaje*, en la que se ve un vuelo de demonios, de alumnos del seminario de Barahona, que huyen con rapidez y se dirigen a toda prisa hacia alguna obra desconocida, es notable por la viveza y la energía del movimiento. Parece que se sienten palpitar en el aire espeso de la noche todas aquellas membranas velludas y con uñas como las alas de un murciélago. La colección termina con estas palabras: *Y es ora.*—Es la hora: el gallo canta, los fantasmas se desvanecen, aparece la luz.


¿Cuál es el alcance estético y moral de esta obra? Lo ignoramos. Al parecer, Goya dió su opinión en este respecto en uno de sus dibujos, que representa a un hombre con la cabeza apoyada en el brazo y alrededor del cual revolotean buhos, lechuzas, grullas. El epígrafe de este dibujo es *El sueño de la razón produce monstruos.* Es cierto; pero es una verdad muy dura.

Estos *Caprichos* son todo lo que la Biblioteca Real de París posee de Goya. Sin embargo, produjo otras obras: la *Tauromaquia*, colección de treinta y tres láminas; las *Escenas de invasión*, veinte dibujos, y que debían de ser más de cuarenta; las aguafuertes de Velázquez, etc., etc.

La *Tauromaquia* es una colección de escenas de las corridas de toros, desde los moros hasta nuestros días.

Goya era un aficionado entusiasta y pasaba mucho tiempo con toreros. Por lo tanto, era el hombre más competente del mundo para tratar a fondo la materia. Aun cuando las actitudes, las posturas, las defensas y los ataques—o, para hablar un lenguaje técnico, las diferentes *suertes y cogidas*—sean de una exactitud irreprochable, Goya ha esparcido sobre estas escenas sus sombras misteriosas y sus colores fantásticos. ¡Qué cabezas tan extrañamente feroces! ¡Qué actitudes tan salvajes! ¡Qué furor de movimiento! Sus moros, interpretados algo a la manera de los turcos del Imperio en lo que se relaciona con el traje, tienen unas fisonomías de lo más característico. Un rasgo cual-

quiera, una mancha negra, una raya blanca, son un personaje que vive, que se mueve, y cuya fisonomía se graba para siempre en la memoria. Los toros y los caballos, aunque a veces de formas un poco fabulosas, tienen una vida y un movimiento que suelen faltar a los que se dedican a pintar animales: las hazañas de Gazul, del Cid, de Carlos V, de Romero, del estudiante de Falces de Pepe Hillo—que murió lastimosamente en la plaza—, están trazadas con una fidelidad completamente española. Como las de los *Caprichos*, las planchas de la *Tauromaquia* están ejecutadas al aguatinta y reforzadas al aguafuerte.

Las *Escenas de invasión* podían ofrecer una curiosa analogía con los *Malheurs de la Guerre*, de Callot. Sólo se ven ahorcados, montones de muertos a quienes se despoja, mujeres a quienes se viola, heridos a quienes se arrastra, prisioneros a quienes se fusila, conventos desvalijados, pueblos que huyen, familias reducidas a la indigencia, patriotas estrangulados. Todo ello tratado de una manera fantástica y con unas actitudes tan extraordinarias, que harían pensar en una invasión de los tártaros en el siglo XIV. ¡Pero qué finura, qué conocimiento profundo de la anatomía en todos aquellos grupos que parecen nacidos de la casualidad y del capricho de la punta! ¡Decid si la Níobe antigua sobrepuja en desolación a esta madre arrodillada en medio de su familia, delante de las bayonetas francesas! Entre estos dibujos, que fácilmente pueden explicarse, hay uno terrible y misterioso, cuyo sentido, vagamente entrevisto, está lleno de horror y de estremecimientos. Es un muerto a medio enterrar que se incorpora sobre un codo y con su mano húmeda escribe, sin mirar, en un papel que tiene al lado, una palabra digna de las más sombrías del Dante: *Nada.* Al rededor de su cabeza, que tiene la carne suficiente para ser más horrible que un cráneo pelado, se arremolinan, apenas visibles en el espesor de la noche, monstruosas pesadillas, iluminadas aquí y allá por resplandores lívidos. Una mano fatídica sostiene una balanza cuyos platillos se vuelcan. ¿Puede imaginarse nada más siniestro y desolador?



En los últimos años de su vida, que fué larga, pues murió en Burdeos, teniendo más de ochenta años, Goya hizo algunos croquis litográficos en piedra que llevan el título de *Diversión de España;* son corridas de toros. En seguida se reconoce en estas hojas, emborronadas por la mano de un viejo, sordo desde hace mucho tiempo antes y casi ciego, el vigor y el movimiento del autor de los *Caprichos* y de la *Tauromaquia*. Y, cosa curiosa, el aspecto de estas litografías recuerda mucho la manera de Eugenio Delacroix en las ilustraciones de *Fausto.*

En la tumba de Goya está enterrado el antiguo arte español, el mundo desaparecido para siempre de toreros, majos, manolas, frailes, contrabandistas, ladrones, alguaciles y brujas; todo el color local de la Península.

El llegó a tiempo para recoger todo esto. Creyó no hacer más que caprichos, e hizo el retrato y la historia de la vieja España, pensando que servía a las ideas y creencias nuevas. Sus caricaturas serán monumentos históricos.

---

# IX

## El Escorial.—Los ladrones.

Para ir a El Escorial alquilamos uno de esos coches fantásticos pintarrajeados con amores grises y otros adornos pompadour—de que ya hemos tenido ocasión de hablar—, el cual iba tirado por cuatro mulas y llevaba un zagal bastante bien ataviado. El Escorial está situado a siete u ocho leguas de Madrid, no lejos de Guadarrama, al pie de una cadena de montañas. No puede imaginarse nada más árido y desolado que el campo que es preciso atravesar para llegar hasta allí; ni un árbol, ni una casa; grandes pendientes que se enlazan unas con otras; arroyos secos, que la presencia de varios puentes muestra como lechos de torrenteras, y aquí y acullá un grupo de montañas azules entocadas de nieve o de nubes. Este paisaje, a pesar de todo, no carece de grandiosidad; la ausencia de toda vegetación da a las líneas del terreno una severidad y una franqueza extraordinaria; a medida que uno se aleja de Madrid, las piedras que inundan el campo son más grandes y comienzan a tener pretensiones de rocas; estas piedras, de un gris azulado, que

escaman el suelo, causan el efecto de verrugas en la espalda rugosa de un cocodrilo centenario, dibujan mil cortaduras extrañas en la silueta de las colinas, que semejan los escombros de edificios gigantescos.

A mitad de camino, al final de una subida bastante áspera, se encuentra una casa aislada, la única que se tropieza en un espacio de ocho leguas, frontera a una fuente que filtra gota a gota un agua pura y helada; se beben sendos vasos de agua hasta agotar la fuente; se deja descansar a las mulas y se torna a emprender la marcha. No se tarda mucho en divisar, recortándose en el fondo nebuloso de las montañas por un vivo rayo de sol, El Escorial, ese Leviatán de la arquitectura. El efecto, de lejos, es muy bello; parece un inmenso palacio oriental; la cúpula de piedra y las bolas que rematan todas las agujas contribuyen mucho a esta ilusión. Antes de llegar se atraviesa un gran bosque de olivos, adornados de cruces extrañamente colgadas sobre trozos de grandes rocas, del efecto más pintoresco; atravesado el bosque se desemboca en el pueblo y se encuentra uno frente al coloso, que pierde mucho visto de cerca, como todos los colosos de este mundo. La primera cosa que me chocó fué la enorme cantidad de golondrinas y vencejos que revoloteaban en el aire en bandadas innumerables, lanzando gritos agudos y estridentes. Los pobres pajarillos parecían asustados del silencio de muerte que reinaba en aquella Tebaida, y se



esforzaban en llevar a ella un poco de ruido y animación.

Todo el mundo sabe que El Escorial fué edificado como consecuencia de un voto hecho por Felipe II en el sitio de San Quintín, donde se vió obligado a bombardear una iglesia de San Lorenzo; ofreció al santo indemnizarle de la iglesia que le quitaba con otra mayor y más bella, y cumplió su palabra mejor que la suelen cumplir los reyes de la tierra. El Escorial, comenzado por Juan Baustista de Toledo, y terminado por Herrera, es seguramente, después de las pirámides de Egipto, la más inmensa mole de granito que existe en la Tierra; en España la llaman la octava maravilla—cada país tiene su octava maravilla, lo cual suma, por lo menos, treinta octavas maravillas en el mundo—.

Me encuentro muy apurado para dar mi opinión sobre El Escorial. Tantas personas serias y bien conceptuadas—que yo quiero creer que no le habían visto—han hablado de él como de una obra maestra y de un supremo esfuerzo del genio humano, que yo, un pobre diablo de folletonista errante, resultaría con pretensiones de originalidad y de llevar la contraria a la opinión general; pero con todo, en mi alma y en mi conciencia no puedo menos de juzgar a El Escorial como el monumento más abrumador y más triste que puedan soñar, para mortificación de sus semejantes, un fraile lúgubre y un tirano suspicaz. Ya sé que El Escorial tiene una misión

austera y religiosa; pero la gravedad no es la sequedad, la melancolía no es el marasmo, el recogimiento no es el aburrimiento, y la belleza de la forma puede siempre hermanarse con la elevación de la idea.

El Escorial está dispuesto en forma de parrilla en honor de San Lorenzo. Cuatro torres o pabellones cuadrados representan los pies del instrumento de suplicio: cuerpos de edificio unen entre sí estos pabellones y forman el marco; otras edificaciones transversales simulan las barras de la parrilla; el palacio y la iglesia están edificados en el mango. Esta invención extraña, que ha debido de molestar mucho al arquitecto, no se aprecia a simple vista, aunque en el plano sea muy visible, y si no estuviera uno advertido, ni se percataría de ello. No censuro esta puerilidad simbólica, muy dentro del gusto de la época, pues tengo el conocimiento de que, determinada una medida, lejos de perjudicar al artista de genio le ayuda, le sostiene y le hace encontrar recursos en los que no había pensado; pero me parece que se hubiera podido sacar más partido de ella. Las personas amantes del *buen gusto* y de la *sobriedad* en arquitectura encontrarán en El Escorial algo perfecto, pues la única línea empleada es la recta; el único estilo, el orden dórico, el más triste, el más pobre de todos.

Una cosa que, desde luego, os sorprende desagradablemente es el color amarillo tierra de las paredes, que parecen hechas de argamasa, si las



junturas de las piedras, marcadas por un blanco chillón, no demostraran lo contrario. Nada más monótono a la vista que esta masa de seis o siete pisos, sin molduras, sin pilastras, sin columnas, con sus ventanitas achatadas que parecen agujeros de colmena. Es el ideal del cuartel y del hospital; su único mérito consiste en ser de granito. Mérito perdido, puesto que, a cien pasos, puede confundirse con tierra tostada. Como remate se ajusta pesadamente una cúpula jibosa, que no se me ocurre compararla más que con la de la catedral de Val-de-Grace, y que no tiene más adorno que una porción de bolas de granito. Alrededor, para que nada falte a la simetría, se han construído monumentos del mismo estilo, es decir, con muchas ventanitas y sin adorno alguno; estos cuerpos de edificio se comunican entre sí por galerías en forma de puentes, colocados sobre las calles que conducen al pueblo, hoy sólo un montón de ruinas. Todos los alrededores del monumento están enlosados de granito, y los límites hállanse marcados por pequeños muretes de tres pies de alto, adornados con las inevitables bolas en los ángulos y en las entradas. La fachada no forma saliente alguno con el cuerpo del edificio, no rompe la aridez de la línea y apenas se advierte, aunque es gigantesca.

Se entra primero en un gran patio, en cuyo fondo se eleva el pórtico de una iglesia, que sólo tiene de notable unas colosales estatuas de profetas con adornos dorados y rostros teñidos de rosa.

Este patio está enlosado y es húmedo y frío; la hierba verdea en los rincones. Basta poner el pie en él para sentir el aburrimiento, que pesa sobre los hombros como una capa de plomo; se le encoge a uno el corazón y os parece que todo se ha acabado y que toda alegría ha muerto para vosotros. A veinte pasos de la puerta se percibe un olor frío e insípido de agua bendita y de cueva sepulcral, que trae una corriente de aire cargado de pleuresías y de catarros. Aunque fuera haya treinta grados de temperatura, sentís que la medula se os pega a los huesos; os parece como si el calor de la vida no fuera a volver a calentaros en las venas la sangre, que se ha tornado más fría que sangre de víbora. Aquellos muros, impenetrables como la tumba, no pueden dejar filtrar el aire de los vivos a través de sus espesas paredes. Pues bien: a pesar de este frío claustral y moscovita, lo primero que vi al entrar en la iglesia fué una española arrodillada en el suelo, que con una mano se golpeaba el pecho y con la otra se abanicaba con un fervor por lo menos igual; recuerdo que el abanico era—me acuerdo perfectamente—de un verde agua o de hoja de azucena, que me produce un escalofrío en la espalda cuando pienso en él.

El *cicerone* que nos guiaba en el interior del edificio era ciego, y resultaba verdaderamente maravilloso observar con qué precisión se detenía delante de los cuadros, cuyo asunto y autor nos indicaba sin equivocarse nunca. Nos hizo subir a la cúpula y nos paseó por una infinidad de galerías ascendentes y descendentes que igualan en complicaciones al *Confessionnal des Pènitents noirs* o al *Château des Pyrénées*, de Ana de Ralcliffe. Este buen hombre se llama Corucho, tiene el mejor humor del mundo y parece muy alegre con su enfermedad.



El interior de la iglesia es triste y desnudo. Enormes pilastras, gris ratón, de un granito de grano grueso salpicado de mica como sal de cocina, se elevan hasta las bóvedas pintadas al fresco, cuyos tonos azulados y vaporosos casan mal con el color frío y pobre de la arquitectura; el *retablo*, dorado y tallado a la española, con muy bellas pinturas, corrige un poco esta aridez en la decoración, donde está supeditado a yo no sé qué simetría insulsa; las estatuas de bronce dorado, arrodilladas a los dos lados del *retablo*, y que representan, según creo, a don Carlos y a unas princesas de la familia real, son de un gran estilo y de muy buen efecto; la sala capitular, que da frente al altar mayor, es por sí sola una iglesia inmensa; los sillones que la rodean no florecen en arabescos como los de Burgos; participan de la rigidez general y sólo tienen por adorno sencillas molduras. Nos enseñaron el sitio en donde durante catorce años se sentó el sombrío Felipe II, aquel rey nacido para gran inquisidor; es el sillón que ocupa el ángulo; una puerta practicada en el espesor de la talla lo pone en comunicación con el interior del palacio. Sin pre-

sumir de una devoción muy ferviente, no he entrado nunca en una catedral gótica sin experimentar un sentimiento misterioso y profundo, una emoción extraordinaria, y sin el vago temor de encontrar, detrás de un haz de pilares, al mismo Padre Eterno con su larga barba plateada, su manto de púrpura y su vestidura de azur, recogiendo en su túnica las oraciones de los fieles. En la iglesia de El Escorial se siente uno tan abrumado, tan aplastado, tan bajo la dominación de un poder inflexible y triste, que juzga uno inútil la oración. El Dios de un templo así no se dejará nunca ablandar.

Después de visitar la iglesia bajamos al panteón. Se llama así a la cueva donde están depositados los cuerpos de los reyes españoles; es un recinto octogonal de treinta y seis pies de diámetro por treinta y ocho de alto, situado precisamente debajo del altar mayor, de modo que, al decir la misa, el sacerdote tiene los pies sobre la piedra que forma la clave de la bóveda; se baja a él por una escalera de granito y de mármol de color, cerrada por una hermosa verja de bronce. El panteón está completamente revestido de jaspe, pórfido y otros mármoles no menos preciosos. En los muros hay practicados nichos con sarcófagos de forma antigua, destinados a contener los cuerpos de los reyes y de las reinas que hayan dejado sucesión. En esta cueva hace un frío penetrante y mortal; los mármoles pulidos reflejan la luz temblequeante de la antorcha y se cu-



bren de vapor; diríase que chorrean agua y podría uno creerse en una gruta submarina. El monstruoso edificio pesa sobre vosotros con todo su peso, os rodea, os embaza y os ahoga, y os sentís como cogidos entre los tentáculos de un gigantesco pólipo de granito.

Los muertos que encierran aquellas funerarias parecen más muertos que los demás, y cuesta trabajo pensar que lleguen a resucitar un día. Allí, como en la iglesia, la impresión es siniestra, desesperante; en todas aquellas bóvedas sombrías no hay un solo agujero por donde se pueda ver el cielo.

En la sacristía hay aún algunos cuadros buenos—los mejores han sido trasladados al Museo real de Madrid—, entre otros, dos o tres tablas de la escuela alemana, de rara perfección; el techo de la escalera principal está pintado al fresco por Lucas Jordán, y representa de una manera alegórica el voto de Felipe II y la fundación del monasterio. Es verdaderamente prodigiosa la cantidad de metros de muros que en España ha pintado este Lucas Jordán, y nos cuesta trabajo concebir la posibilidad de esta labor a nosotros, los modernos, que nos ahogamos con la tarea más pequeña. Pellegrini, Luca Gangiaso, Carducho, Rómulo Cincinnato y muchos otros pintaron en El Escorial claustros, bóvedas y techos. El de la biblioteca, obra de Carducho y Pellegrini, es de un tono agradable de fresco claro y luminoso; la composición es rica, y los arabescos que en él se

entrelazan, del mejor gusto. La biblioteca de El Escorial ofrece la particularidad de que los volúmenes están alineados con el lomo para adentro y el canto hacia fuera; ignoro la razón de esta rareza. Es muy rica, sobre todo en manuscritos árabes, y debe de encerrar tesoros inestimables y completamente desconocidos. Hoy día, que la conquista del Africa ha hecho del árabe un idioma a la moda y corriente, es de esperar que esta mina sea explotada por nuestros jóvenes orientalistas. Los demás libros me han parecido, en su mayor parte, de Teología y Filosofía escolástica. Nos enseñaron algunos manuscritos en pergamino con márgenes historiadas y miniadas; pero como era domingo y no estaba el bibliotecario, no pudimos conseguir más, y tuvimos que marcharnos sin ver una sola edición *incunable*, molestia mucho mayor para mi compañero que para mí, que, desgraciadamente, no tengo la pasión de la bibliografía ni otra alguna.

En una de las galerías hay un Cristo de mármol blanco, de tamaño natural, atribuído a Benvenuto Cellini, y algunas pinturas fantásticas, muy originales, en el estilo de las tentaciones de Callot y de Teniers, pero mucho más antiguas. Por lo demás, no puede imaginarse nada tan monótono como aquellas interminables galerías de granito gris, estrechas y bajas, que cruzan por el edificio como las venas en el cuerpo humano; hay que ser ciego verdaderamente para no perderse en ellas; se sube, se baja, se dan mil vuel-



tas, y bastarían tres o cuatro horas de pasearse por ellas para gastar la suela de los zapatos, pues el granito es áspero como una lima y raya como papel de lija. Cuando se está en la cúpula adviértese que las bolas, que desde abajo parecen del tamaño de cascabeles, son de una dimensión enorme y podrían servir para monstruosos mapamundis. Un inmenso horizonte se extiende a vuestros pies, y abarcáis de una ojeada la campiña montañosa que os separa de Madrid; al otro lado se yerguen las cumbres del Guadarrama; veréis asimismo toda la disposición del edificio; hundiréis vuestra mirada en los patios y los claustros, con sus hileras de arcos superpuestos, su fuente o su pabellón central; los tejados se presentan en forma de lomo de asno, como en un plano a vista de pájaro.

En la época de nuestra ascensión a la cúpula había en lo alto de una chimenea, en un gran nido de paja semejante a un turbante del revés, una cigüeña con tres hijuelos. Aquella interesante familia ofrecía el perfil más raro del mundo: la madre estaba de pie sobre una pata en medio del nido, con el cuello metido entre las alas, el pico majestuosamente colocado sobre el pecho, como un filósofo meditando; los hijos alargaban su largo pico y su largo cuello en demanda de alimento. Yo esperaba ser testigo de una de esas escenas sentimentales de la Historia Natural, en las que se ve al pelícano blanco hacer brotar su propia sangre para alimentar a sus

hijuelos; pero la cigüeña no se conmovía gran cosa ante aquellas demostraciones famélicas, y no se movía más que la cigüeña grabada en madera que adorna la portada de los libros publicados por Cramoisy. Aquel grupo melancólico contribuía a la soledad profunda del lugar y daba cierto tinte egipcio a aquel amontonamiento faraónico. Al bajar de nuevo vimos el jardín, donde hay más arquitectura que vegetación; es una serie de terraplenes y terrazas de boj recortado, que forma dibujos semejantes a los ramajes del damasco antiguo, con algunas fuentes y estanques de agua verdosa; un jardín aburrido y solemne, engomado como un golilla y digno en un todo del edificio lúgubre a que acompaña.

Dicen que éste tiene mil ciento diez ventanas, solamente al exterior, lo cual causa un gran asombro a los burgueses. No las he contado, prefiriendo creerlo a tomarme semejante trabajo; pero no tiene nada de improbable, pues yo no he visto nunca tantas ventanas juntas; el número de puertas también es fabuloso.

Salí de aquel desierto de granito, de aquella necrópolis monacal, con un sentimiento extraordinario de satisfacción y de alivio; parecíame que renacía a la vida y que aun podría ser joven y alegrarme con la creación del Dios bueno, esperanza que había perdido bajo aquellas bóvedas fúnebres. El aire, tibio y luminoso, me envolvía como una suave tela de lana fina y calentaba mi cuerpo, helado por aquella atmósfera cadavérica: me veía libre de aquella pesadilla arquitectónica, que ya creía eterna.



Aconsejo a las personas que tienen la fatuidad de pretender que se aburren, que vayan a pasar tres o cuatro días en El Escorial; así sabrán lo que es el verdadero aburrimiento y se divertirán el resto de su vida pensando que podrían estar en El Escorial y que no están allí.

Cuando volvimos a Madrid, fué un asombro para todo el mundo el vernos vivos. Pocas son las personas que retornan de El Escorial; se mueren allí de consunción en dos o tres días, o se saltan la tapa de los sesos por poco ingleses que sean. Felizmente, nosotros tenemos un temperamento robusto, y, como Napoleón decía de la bala que debía acabar con él, el monumento que ha de matarnos no se ha edificado todavía. Otra cosa que causó no menos sorpresa fué ver que volvíamos con nuestros relojes, pues en España siempre hay en los caminos gente curiosa de saber la hora, y como no suele haber reloj de torre ni cuadrante solar, se ven obligados a consultar a los viajeros. A propósito de ladrones, relataremos una historia de la que por poco somos héroes. La diligencia de Madrid a Sevilla, en la que debíamos salir—y no lo hicimos por falta de sitio—, fué detenida en la Mancha por una banda de facciosos o de ladrones, que viene a ser lo mismo; los ladrones se disponían a repartirse el botín y a llevarse a los viajeros a sus guaridas para exigir rescate a las familias—¿no es propio esto de Africa?—, cuan-

do apareció otra partida más numerosa que la primera; la venció, la quitó los prisioneros y se los llevó definitivamente a la montaña.

De camino, uno de los viajeros saca su petaca de un bolsillo que se habían olvidado de registrar; coge su cigarro, lo enciende con la mecha y dice al bandido con toda la cortesía castellana: "¿Quiere usted un cigarro? Son habanos." "*Con mucho gusto*"—responde el bandido, halagado por aquella atención—; y he aquí al viajero y al bandido, cigarro contra cigarro, aspirando y lanzando bocanadas de humo para encenderlos más de prisa Se entabla conversación, y, de una cosa en otra, el ladrón viene a quejarse de la marcha de su comercio, como todos los negociantes: los tiempos eran duros, los negocios no marchaban, muchas gentes honradas se mezclaban en ello y estropeaban el oficio; hacían cola para desvalijar a aquellas miserables diligencias, y a veces tenían que disputarse los despojos de la misma galera y del mismo convoy de mulas entre tres o cuatro partidas; además, los viajeros, seguros de ser robados, no llevaban sino lo estrictamente necesario y se ponían la peor ropa. "Mire usted—dijo con un gesto de melancolía y descorazonamiento, mostrando su capa usada y remendada que merecía envolver a la misma Probidad—, ¿no es vergonzoso verse obligado a robar semejantes pingajos? ¿No es mi traje de lo más virtuoso? ¿El hombre más honrado de la tierra iría peor vestido? Es cierto que nos llevamos en rehenes a los viajeros;



pero los parientes de hoy tienen el corazón tan duro que no se deciden a desatar los cordones de la bolsa; sacamos meramente para alimentarnos, y al cabo de uno o dos meses, aun tenemos que comprar la pólvora y el plomo para romper la cabeza a nuestros presos, cosa siempre desagradable cuando se acostumbra uno a las personas. Y para esto hay que dormir en el suelo, comer bellotas, que no siempre son dulces, beber nieve derretida, hacer trayectos interminables por caminos malísimos y exponer la piel a cada momento." Así hablaba aquel valiente bandido, más desengañado de su oficio que un periodista parisiense cuando le llega su turno de folletón. "¿Y por qué—dijo el viajero—si su oficio le molesta y le reporta tan poca utilidad no toma usted otro?" "Ya he pensado en ello, y mis compañeros piensan como yo; pero ¿qué quiere usted que hagamos? Somos acorralados, perseguidos; nos fusilarían como a perros si nos acercásemos a un pueblo; no hay más remedio que seguir la misma vida." El viajero, que era hombre de cierta influencia, se quedó un momento pensativo. "¿De modo que dejaría usted gustoso su oficio si le indultaran?" "Ciertamente—respondió toda la banda—. ¿Cree usted que es muy divertido ser ladrón? Hay que trabajar como negros y tener un alma de perro. Nos gustaría más ser honrados." "Bueno—repuso el viajero—; yo me encargo de conseguir el perdón de todos a condición de que nos devuelvan la libertad." "Así sea. Vaya usted a Madrid; aquí

tiene usted un caballo y un salvoconducto para que los compañeros le dejen pasar. Vuelva usted pronto, le esperamos en tal sitio con sus compañeros, a quienes trataremos lo mejor que podamos." El hombre va a Madrid, consigue que los bandidos sean indultados, y vuelve a buscar a sus compañeros de infortunio; los encuentra sentados tranquilamente con los ladrones, comiendo un jamón de la Mancha, cocido con azúcar, y dando frecuentes tientos a un odre de Valdepeñas que habían robado expresamente para ellos; ¡atención delicada! Cantaban y se divertían mucho, y tenían más ganas de hacerse ladrones como los otros, que de retornar a Madrid; pero el jefe de la partida les pronunció un discurso de moral severa, que les hizo volver en sí, y todo el grupo se dirigió mano a mano hacia la ciudad, donde viajeros y ladrones fueron recibidos con entusiasmo, pues bandidos apresados por la diligencia, es algo verdaderamente raro y curioso.

---

# X

**Toledo.—El alcázar.—La catedral.—El rito gregoriano y el rito muzárabe.—Nuestra Señora de Toledo.—San Juan de los Reyes.—La sinagoga.—Galiana, Karl y Bradamante.—El baño de Florinda.— La gruta de Hércules.—El hospital del Cardenal.—Las espadas de Toledo.**

Ya habíamos agotado las curiosidades de Madrid: habíamos visto el Palacio, la Armería, el Buen Retiro, la Plaza de Toros; nos habíamos paseado por el Prado, desde la fuente Cibeles a la fuente Neptuno, y empezábamos a aburrirnos ligeramente. Así es que, a pesar de una temperatura de treinta grados y de todas las historias horripilantes sobre los facciosos y los *rateros*, nos pusimos valientemente en camino hacia Toledo, la ciudad de las hermosas espadas y de las dagas románticas.

Toledo es una de las ciudades más antiguas, no ya de España, sino del universo entero, si se ha de dar crédito a los cronistas. Los más moderados fijan la época de su fundación antes del diluvio —¿por qué no bajo los reyes preadamitas, antes de la creación del mundo?—Los unos atribuyen el ho-

nor de haber colocado la primera piedra a Tubal; los otros, a los griegos; éstos, a Telmón y Bruto, cónsules romanos; aquéllos a los judíos, que entraron en España con Nabucodonosor, apoyándose en la etimología de Toledo, que viene de *Toledoth*, palabra hebrea, que significa generaciones, porque las doce tribus contribuyeron a edificarla y a poblarla.

Sea como quiera, Toledo es, ciertamente, una admirable ciudad antigua, situada a una docena de leguas de Madrid—leguas de España, bien entendido—, que son más largas que un folletón de doce columnas o que un día sin dinero, las dos cosas más largas que conocemos. Se va en galera o en una diligencia pequeña, que sale dos veces por semana; se prefiere este último medio como más seguro, pues al otro lado de los montes, como ocurría antes en Francia, se hace testamento para el menor viaje. Este terror a los bandidos debe de ser exagerado, pues en una larga peregrinación a través de las provincias reputadas por más peligrosas no hemos visto nada que justifique este pánico. Sin embargo, este temor añade encantos y os mantiene alerta, evitando el aburrimiento; realizáis una acción heroica, desplegáis un valor sobrehumano; el aire inquieto y asustado de los que se quedan os realza a vuestros propios ojos. Un viaje en diligencia, la cosa más vulgar del mundo, se convierte en una aventura, en una expedición; se sale, es cierto, pero no se está seguro de llegar o de volver. Ya es algo en una civilización


tan avanzada como la de los tiempos modernos en este prosaico y malhadado año de 1840.

Se sale de Madrid por la Puerta y el Puente de Toledo, muy adornado de floreros, volutas, estatuas y escarolados de mediano gusto, y, sin embargo, de un efecto bastante majestuoso; se deja a la derecha el pueblo de Carabanchel, donde Ruy Blas iba a buscar para María de Neubourg *la petite fleur bleu d'Allemagne*—Ruy Blas no encontraría hoy el menor *Vergiss mein-nicht* en aquel caserío de corcho edificado en un suelo de piedra pómez—, y os adentráis por un camino detestable, en una llanura inmensa, polvorienta, cubierta de trigos y de cebadas, cuyo amarillo pálido contribuye a la monotonía del paisaje. Algunas cruces de mal presagio, que extienden aquí y allá sus brazos descarnados, algunas agujas de campanario que indican un pueblo escondido, algún lecho de arroyo seco, atravesado por una arcada de piedra, son los únicos accidentes que se ofrecen. De cuando en cuando se encuentra un campesino que va a horcajadas en su mula, la carabina al lado; un muchacho que arrea a dos o tres burros cargados de cántaros o de paja menuda encerrada en redes de soga; una pobre mujer, escuálida y quemada por el sol, tirando de un rapaz de aire salvaje. Y nada más.

A medida que avanzábamos, el paisaje tornábase más árido y desierto, y, no sin un sentimiento de satisfacción, divisamos, en un puente de tierra seca, a los cinco cazadores verdes, jinetes que ha-

bían de servirnos de escolta, pues es necesaria una escolta para ir de Madrid a Toledo. ¿No podría decirse que se está en plena Argelia y que Madrid se halla rodeado de una Mitidja poblada por beduínos?

Se hace alto para almorzar en Illescas, ciudad o pueblo—no lo sabemos a punto fijo—donde se ven huellas de antiguas construcciones moriscas y cuyas casas tienen rejas muy complicadas y coronadas por cruces.

El almuerzo se compone de una sopa de ajo con huevos, la inevitable tortilla de tomate, almendras tostadas y naranjas, todo ello rociado de un Valdepeñas bastante bueno, aunque tan espeso, que podía cortarse con un cuchillo, envenenado con pez y color de jarabe de moras. La cocina no es la parte brillante de España, y las posadas no han mejorado mucho de Don Quijote acá; las pinturas de tortillas llenas de plumas, merluzas coriáceas, aceite rancio y garbanzos como balas de fusil son todavía de la más exacta veracidad; pero, en cambio, no sé dónde podrían encontrarse hoy las hermosas gallinas y los patos monstruosos de la boda de Camacho.

A partir de Illescas, el terreno es algo más quebrado, lo cual contribuye a empeorar el camino, pues no hay más que barrancos y rodaderos. Esto no impide que se vaya a buen paso; los postillones españoles son como los cocheros morlacos; se preocupan poco de lo que queda detrás de ellos, y con tal de llegar, aunque sólo sea con



la lanza y el juego delantero de ruedas, se dan por satisfechos. Llegamos a nuestro destino sin detrimento, entre una nube de polvo, levantada por nuestras mulas y los caballos de los cazadores, e hicimos nuestra entrada en Toledo, palpitantes de curiosidad y de sed, por una magnífica puerta árabe con un arco elegantemente abierto con pilares de granito coronados de bolas y adornados con versículos del Corán. Esta puerta se llama la *Puerta del Sol*; es rojiza, cocida, de tono curtido, como una naranja de Portugal, y se perfila admirablemente sobre el azul de un cielo lapislázuli. En nuestros climas brumosos no es fácil formarse una idea de esta violencia de color y de esta aspereza de contorno, y todo lo que se diga parecerá exagerado.

Después de haber pasado la Puerta del Sol, se llega a una especie de terraza desde donde se otea una vista muy extensa; descúbrese desde allí la vega, con manchas de árboles y de cultivos que deben su frescura al sistema de riego implantado por los moros. El Tajo, atravesado por el puente de San Martín y el de Alcántara, rueda con rapidez sus ondas amarillentas y rodea casi por completo la ciudad. Al pie de la terraza brillan ante los ojos los tejados obscuros y lucientes de las casas y los campanarios de los conventos e iglesias, con ajedrezados de azulejos verdes y blancos; más allá se divisan las colinas rojas y los escarpados que forman el horizonte de Toledo. Esta vista tiene la particularidad de

que carece de aire ambiente y de esa neblina que en nuestro país envuelve todas las perspectivas lejanas; la transparencia de la atmósfera deja toda su precisión a las líneas y permite distinguir los menores detalles a distancias considerables.

Una vez registrado nuestro equipaje, nos apresuramos a buscar alguna *fonda* o *parador*, pues los huevos de Illescas estaban ya muy lejos. Nos guiaron por calles tan estrechas, que dos burros cargados no hubieran podido pasar al tiempo a la *Fonda del Caballero*, uno de los sitios más cómodos de la ciudad. Valiéndonos del poco español que sabíamos, y ayudándonos con una pantomima patética, logramos hacer comprender a la hostelera, mujer dulce y encantadora, de un aire de lo más distinguido e interesante, que nos moríamos de hambre, cosa que siempre causa asombro a los naturales del país que viven de aire y sol, siguiendo la moda económica de los camaleones.

Toda la marmitonería se puso en movimiento, acercaron al fuego innumerables pucheros, donde destilan y se subliman los guisados cargados de especias de la cocina española, y nos prometieron la comida para una hora más tarde. Aprovechamos este tiempo para examinar detalladamente la *fonda*.

Era un edificio hermoso—algún palacio sin duda—, con un patio interior enlosado de mármoles de colores, adornado con pozos de mármol blanco


y pilas de azulejos para lavar los vasos y los platos.

Este patio suele estar rodeado de columnas y de arcos. Un *tendido* de lona, que se recoge de noche para que penetre el fresco, sirve de techo a esta especie de salón. Alrededor, y a la altura del primer piso, corre un balcón de hierro elegantemente forjado, al cual abren las ventanas y las puertas de las habitaciones, a las que no se entra más que para vestirse, comer o dormir la siesta. El resto del tiempo se pasa en este salón-patio, que está adornado con tiestos y cubas con naranjos, y al que se bajan los cuadros, las sillas, los sofás y el piano.

Apenas terminada nuestra inspección, la Celestina—moza de posada fantástica y extraña—llegó canturreando a decirnos que estábamos servidos. La comida era bastante buena: chuletas, huevos con tomate, pollos fritos con aceite, truchas del Tajo, con una botella de Peralta, vino caliente y generoso, perfumado con cierto saborcillo moscatel que no es desagradable.

Acabada la comida nos lanzamos a recorrer la ciudad, precedidos de un guía, barbero de oficio y paseante de turistas en sus ratos perdidos.

Las calles de Toledo son extremadamente estrechas; podrían darse las manos de una ventana a otra, y nada más fácil que saltar de balcón a balcón, si las hermosas rejas y los encantadores barrotes de esa rica forja—de que tan pródigos son al otro lado de los montes—no pu-

siera coto e impidiera las familiaridades aéreas. Esta poca anchura haría poner el grito en el cielo a los partidarios de la civilización, que no sueñan sino con amplias plazas, anchos jardines, calles inmensas y otros embellecimientos más o menos progresivos; sin embargo, nada más razonable en un clima tórrido que las calles estrechas, y los arquitectos que han hendido con tan anchas aberturas el macizo de Argelia no tardarán en darse cuenta de ello.

En el fondo de estas estrechas cortaduras, hechas según las manzanas de casas, se disfruta un fresco y una sombra deliciosos; se circula a cubierto en las ramificaciones y porosidades de ese pólipo humano que se llama una ciudad; los chorros de plomo derretido que Febo-Apolo vierte desde el cielo a las horas del mediodía no os alcanzan nunca, pues los salientes de los tejados sirven de sombrilla.

Si, por desgracia, os veis obligados a pasar por alguna plazuela o calle ancha, expuestos a los rayos caniculares, apreciáis en seguida la sabiduría de los antepasados, que no sacrificaban todo a una regularidad estúpida; las aceras son como esas planchas de hierro rojo donde los titiriteros hacen bailar la cracoviana a los gansos y a los patos; los desgraciados perros, que no llevan zapatos ni alpargatas, las atraviesan al galope, lanzando aullidos lastimeros. Si levantáis el aldabón de una puerta, os quemáis los dedos; sentís que en vuestro cráneo hierve el cerebro como un puchero al fuego; vuestra nariz se acardenala, vuestras manos se tuestan, os evaporáis en sudor. Para esto sirven las grandes plazas y las calles anchas. Todos los que hayan atravesado la calle de Alcalá, de Madrid, de una a dos, serán de mi opinión.



Además, para tener calles espaciosas se reducen las casas, y lo contrario me parece más razonable. Claro que esta observación no puede aplicarse sino a los países cálidos, donde no llueve nunca, donde el barro es una quimera y donde los coches son raros en extremo. Las calles estrechas en nuestros climas lluviosos serían abominables sentinas. En España, las mujeres salen a pie, con zapatos de raso negro, y dan largos paseos, en lo cual las admiro, y sobre todo en Toledo, donde el pavimento es de guijarros pulidos, brillantes y puntiagudos, que parecen haber sido colocados de propósito por el lado más cortante; pero sus piececitos, arqueados y nerviosos, son duros como pesuña de gacela y corren lo más alegremente del mundo por aquel empedrado tallado en punta de diamante, que hace gritar de angustia al viajero habituado a las blanduras del asfalto Seyssel y a las elasticidades del betún Polonceau.

Las casas de Toledo ofrecen un aspecto imponente y severo; tienen pocas ventanas en la fachada, y las que tienen suelen estar defendidas con rejas. Las puertas, adornadas con pilares de granito azulado, coronadas de bolas—adorno que

se reproduce con frecuencia—, muestran un aire de solidez y de espesor, al que contribuyen constelaciones de clavos enormes. Tienen a la vez algo de convento, de cárcel, de fortaleza, y un poco también de harén, pues no en balde los moros pasaron por allí. Algunas de estas casas, por un extraño contraste, están adornadas y pintadas al exterior, bien al fresco, bien al temple, con falsos bajorrelieves, flores, rocas y guirnaldas, con pebeteros, medallones, amorcillos y todo el fárrago mitológico del último siglo. Estas casas, *trumeau* y *pompadour*, producen el efecto más extraño y grotesco entre sus hermanas, adustas, de origen feudal o morisco.

Nos condujeron a través de una inextricable red de callejuelas—por las que mi compañero y yo íbamos uno detrás de otro, como los gansos de la balada, por carecer de espacio para cogernos del brazo—al Alcázar, situado a modo de Acrópolis en la parte más alta de la ciudad. Entramos en él después de algunas dificultades, pues el primer impulso de las personas a quienes se dirige uno es siempre negar, sea cual sea la petición. "Vuelva usted esta tarde o mañana, el guarda está durmiendo la siesta; se han perdido las llaves; hace falta permiso del gobernador." Tales son las respuestas que se reciben de primera intención; pero en cuanto se enseña la sacrosanta monedilla, o el luciente duro en caso de extrema dificultad, se concluye siempre por forzar la consigna.



Este alcázar, edificado sobre las ruinas del antiguo palacio moro, es hoy otra ruina; diríase uno de aquellos maravillosos sueños de arquitectura que Piranèse perseguía en sus magníficas aguas fuertes; es de Covarrubias, artista poco conocido, muy superior, sin embargo, al pesado y abrumador Herrera, cuya reputación está más extendida.

La fachada, que adornan y florecen los más puros arabescos del Renacimiento, es una obra maestra de elegancia y nobleza. El ardiente sol de España, que enrojece el mármol y da a la piedra tonos de azafrán, la ha revestido de colores vivos y vigorosos, muy diferentes de la lepra negra con que los siglos recubren nuestros viejos edificios. Según expresión de un gran poeta, el Tiempo ha pasado un pulgar inteligente por las aristas del mármol, por los contornos demasiado rígidos y ha dado un supremo pulimento y el último toque a esta escultura, de por sí tan ligera y blanda. Recuerdo, sobre todo, una escalera de una elegancia de hadas, con columnas, rampas y escalones de mármol medio rotos, que conduce a una puerta que abre sobre el abismo, pues esta parte del edificio está derrumbada. Esta escalera admirable, digna de un rey y que no lleva a ninguna parte, tiene algo de prestigioso y singular.

El Alcázar está construído en una gran explanada, circuída de murallas almenadas al estilo oriental, desde las que se descubre una vista inmensa, un panorama verdaderamente mágico:

aquí, la catedral asesta al corazón del cielo su enorme flecha; más allá, brilla al Sol la iglesia de *San Juan de los Reyes;* el puente de Alcántara, con su puerta en forma de torre, ahorcaja el caudal del Tajo en el vano de sus arcos atrevidos; el *Artificio,* de Juanelo, llena el río con sus arcadas superpuestas de ladrillo rojo, que podían tomarse como resto de construcciones romanas, y las macizas torres del castillo de Cervantes—este Cervantes no tiene nada que ver con el autor del *Quijote*—, colgadas sobre las rocas rugosas y diformes que bordean el río, añaden una cortadura más al horizonte, bastante cortado ya por las crestas vertebradas de las montañas.

Una admirable puesta de Sol completaba el cuadro: el cielo, por gradaciones insensibles, pasaba del rojo más vivo al naranja, luego al amarillo pálido, para llegar a un azul raro, color de turquesa verdosa, que concluía por fundirse al Occidente en los tintes violeta de la noche, cuya sombra ya enfriaba todo por aquel lado.

Acodado en la abertura de una almena, y mirando a vista de pájaro aquella ciudad donde no conocía a nadie, donde mi nombre era perfectamente desconocido, caí en una meditación profunda. Ante todos aquellos objetos, ante todas aquellas formas que veía y que probablemente no volvería a ver, me asaltaban dudas sobre mi propia identidad, me sentía tan ausente de mí mismo, transportado tan lejos de mi esfera, que todo aquello me parecía una alucinación, un sueño extraño



del que me despertaría sobresaltado con el ruido agrio y saltarín de alguna música de vaudeville en la barandilla de un palco. Por uno de esos cambios de ideas, tan frecuentes en el delirio, pensaba en lo que estarían haciendo mis amigos en aquel momento; me preguntaba si se darían cuenta de mi ausencia, y si, por casualidad, mientras yo estaba acodado en aquella almena del alcázar de Toledo, mi nombre se pronunciaría en París por alguna boca amiga y fiel. Aparentemente, la respuesta interior no fué afirmativa, pues, a pesar de la magnificencia del espectáculo, sentí mi alma invadida por una tristeza enorme, y, sin embargo, estaba realizando el sueño de toda mi vida, tocaba con la mano uno de los deseos que acariciara más ardientemente; en mis bellos y verdes años de romanticismo había hablado demasiado de mi espada toledana para no tener curiosidad de conocer el sitio donde se fabricaban.

Para arrancarme a mi meditación filosófica fué necesario que mi amigo me propusiera ir a bañarnos al Tajo. Bañarse es cosa demasiado rara en un país donde en verano se riegan los lechos de los ríos con el agua de los pozos para desperdiciar la oportunidad de hacerlo. Con la afirmación del guía de que el Tajo era un río serio y con bastante agua para sumergirse, bajamos a toda prisa del alcázar, a fin de aprovechar lo que quedaba de día, y nos dirigimos hacia la parte del río. Después de atravesar la plaza de la *Constitución,* circuída de casas—cuyas ventanas, adorna-

das de grandes cortinas de esparto, arrolladas o levantadas a medias sobre los salientes de los balcones, tien n un falso aire veneciano y Edad Media de lo más pintoresco—, pasamos por una hermosa puerta árabe de arco de ladrillos, y por un camino en zigzag, muy empinado y muy escabroso, serp.nteando a lo largo de las rocas y murallas que sirven de cintura a Toledo, llegamos al puente de Alcántara, cerca del cual había un sitio a propósito para el baño.

Durante el cam.no, la noche, que tan rápidamente sucede al día en los climas del Sur, había cerrado por completo, lo cual no nos impidió entrar a tientas en el estimable río, célebre por el desmayado romance de la reina Hortensia y por la arena aurífera que arrastra en sus aguas cristalinas, según dic.n los poetas, los criados de la localidad y los guías del viajero.

Terminado el baño, volvimos a subir apresuradamente para llegar antes de cerrar las puertas. Saboreamos un vaso de *horchata de chufas* y de leche helada, de un gusto y un perfume exquisitos, y nos hicimos guiar a nuestra fonda.

Nuestra habitación, como todas las habitaciones españolas, estaba blanqueada con cal y adornada con esos cuadros amarillentos y sucios, esos borrones místicos, pintados como muestras de cervecería, que se encuentran con tanta frecuencia en la Península, el país del mundo donde hay peores cuadros; dicho sea esto sin perjudicar a los buenos.



Procuramos dormir lo más pronto y lo mejor que pudimos, para levantarnos al día siguiente temprano e ir a visitar la catedral antes de que comenzasen los oficios.

La catedral de Toledo pasa, con razón, por ser una de las más bellas y, sobre todo, de las más ricas de España. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, y, si hay que creer a los autores indígenas, se remonta hasta el apóstol Santiago, primer arzobispo de Toledo, que indicó el sitio a su discípulo y sucesor Elpidio, eremita del monte Carmelo. Elpidio levantó una iglesia en el lugar indicado y la puso bajo la advocación y el nombre de Santa María, cuando aún esta divina señora vivía en Jerusalén. "¡Notable felicidad! ¡Blasón ilustre de los toledanos! ¡El más bello trofeo de sus glorias!"—exclama en una efusión lírica el autor de donde tomamos estos detalles.

La Santa Virgen no fué ingrata, y, según reza la misma leyenda, descendió en cuerpo y alma a visitar la iglesia de Toledo y trajo con sus proféticas manos a San Ildefonso una hermosa casulla de *tela de cielo*. "¡Ya veis cómo sabe pagar esta reina!"—continúa nuestro autor. La casulla existe, y, empotrada en el muro, se ve la piedra donde se posó la planta divina, cuya huella conserva aún. La siguiente inscripción atestigua el milagro:

*Cuando la Reina del cielo*
*puso los pies en el suelo,*
*en esta piedra los puso.*

La leyenda añade que a la Santa Virgen le gustó tanto su estatua y la encontró tan bien hecha, tan bien proporcionada, tan parecida, que la besó y le comunicó el don de hacer milagros. Si la Reina de los ángeles descendiera hoy a nuestras iglesias, dudo que cayera en la tentación de besar su imagen.

Más de docientos autores, de los más graves y de los más honrados, cuentan esta historia, tan probada por lo menos como la muerte de Enrique IV; por mi parte no tengo dificultad alguna en creer el milagro, y admito perfectamente esta historia entre las cosas auténticas. La iglesia subsistió en su primitivo estado hasta San Eugenio, sexto obispo de Toledo, que la agrandó y embelleció cuanto le permitieron sus medios, y le dió el nombre de Nuestra Señora de la Asunción, que hoy conserva; en el año 302, época de la cruel persecución que hicieron sufrir a los cristianos los emperadores Diocleciano y Maximino, el prefecto Daciano mandó demoler y arrasar el templo, de modo que los fieles no supieron más dónde pedir y obtener el pan de la gracia. A los tres años de aquello, cuando Constancio, padre del gran Constantino, subió al trono, cesó la persecución, los prelados volvieron a su silla y el arzobispo Melancio comenzó a reedificar la iglesia, siempre en el mismo sitio. Poco tiempo después, hacia el año 312, habiéndose convertido al cristianismo el emperador Constantino, ordenó, entre otras obras heroicas, a que le empujó



su celo por la nueva fe, reparar y edificar, a expensas suyas y lo más suntuosamente posible, la iglesia basílica de Nuestra Señora de la Asunción de Toledo, que Daciano mandara destruir.

Era entonces arzobispo de Toledo, Merino, hombre docto, letrado, que gozaba de la familiaridad del emperador; esta circunstancia le permitió obrar con toda libertad y no escatimó nada para edificar un templo notable, de suntuosa y gran arquitectura: éste fué el de tiempo de los godos, el que visitó la Virgen, el que fué mezquita durante la conquista de España, el que volvió a ser iglesia cuando la reconquista de Toledo por Alfonso VI, y cuyo plano fué llevado a Oviedo el año 803 por orden de Alfonso el Casto, para edificar con arreglo a su traza la iglesia de San Salvador. "Los que tuvieren curiosidad de saber la forma, el tamaño y la majestad que tenía la catedral de Toledo en aquel tiempo, cuando la Reina de los ángeles descendió a visitarla, no tendrán más que ir a ver la de Oviedo y quedarán satisfechos" —agrega nuestro autor—. Por nuestra parte, sentimos mucho no haber podido darnos este gusto.

Finalmente, bajo el reinado feliz de San Fernando, siendo Don Rodrigo arzobispo de Toledo, la iglesia tomó la forma admirable y magnífica que hoy ostenta, y que, según dicen, es la del templo de Diana en Efeso—¡oh cronista sencillo!, permitidme que no lo crea; el templo de Efeso no

era comparable con la catedral de Toledo—. El arzobispo Rodrigo, acompañado por el rey y toda la corte, dijo una misa pontifical y colocó la primera piedra un sábado del año 1227; la obra prosiguióse con mucho ardor hasta que se le dió el último toque, elevándola al más alto grado de perfección que puede alcanzar el arte humano.

Perdónesenos esta pequeña digresión histórica, que no acostumbramos a hacer, y nos prometemos volver en seguida a nuestra humilde misión de turista descriptivo y de daguerrotipo literario.

El exterior de la catedral de Toledo es mucho menos rico que el de la de Burgos: nada de floridos adornos, nada de arabescos, nada de guirnaldas de estatuas rodeando los pórticos; sólidos contrafuertes, ángulos limpios y francos, una coraza gruesa de piedra de sillería, un campanario de un aspecto robusto, que no tiene nada de las delicadezas de la orfebrería gótica; todo esto, revestido de un tinte rojizo, de un color de pan tostado, de una epidermis curtida como la de un peregrino de Palestina; en cambio, el interior está ahondado y tallado como una gruta de estalactitas.

La puerta por donde entramos es de bronce y ostenta la inscripción siguiente: *Antonio Zurreno, del arte de oro y plata, faciebat esta media puerta.* La expresión que se experimenta es de las más vivas y de las más grandiosas; cinco naves dividen la iglesia; la de en medio es de una altura enorme; las demás, a su lado, parece como que inclinan la cabeza y se arrodillan en



señal de adoración y respeto; cuarenta y ocho pilares, gruesos como torres, y compuestos cada uno de diez y seis columnas, en forma de huso y ligadas entre sí, sostienen la masa enorme del edificio; una nave transversal corta la principal entre el coro y el altar mayor, formando también los brazos de la cruz. Toda esta arquitectura es de un estilo de lo más homogéneo y completo, cosa bien rara en las catedrales góticas, edificadas por lo general en varias épocas; el plan primitivo se ha ejecutado en todas sus partes, excepción hecha de algunas disposiciones de capillas que no dañan en nada la armonía del aspecto general. Vidrieras donde la esmeralda, el zafiro y el rubí fulgen, empotradas en nervaduras de piedra, cinceladas como sortijas, tamizan una luz dulce y misteriosa que invita al éxtasis religioso; y cuando el sol es muy vivo, cortinas de estera echadas sobre las ventanas conservan esa semiobscuridad llena de frescura que hace de las iglesias de España un lugar tan favorable al recogimiento y a la oración.

El altar mayor o retablo podría por sí solo pasar por una iglesia; es un enorme amontonamiento de columnas, de hornacinas, de estatuas, de follaje y de arabescos, de los que la más minuciosa descripción sólo podría dar una idea pálida; toda esta arquitectura, que sube hasta la bóveda y que da la vuelta al santuario, está pintada y dorada con una riqueza inimaginable. Los tonos pardos y caliente de los dorados antiguos hacen resaltar es-

pléndidamente los hilillos y salpicaduras de luz que se fijan al paso en los nervios y los salientes de los adornos, produciendo efectos admirables de la mayor opulencia pictórica. Las pinturas sobre fondo de oro que guarnecen los entrepaños de este altar pueden compararse, por la riqueza del color, con los más brillantes lienzos venecianos; la unión del color con las formas severas y casi hieráticas del arte de la Edad Media se encuentra muy raramente; alguna de estas pinturas podrían tomarse por Giorgines de la primera manera.

Enfrente del altar mayor hállase emplazado el coro o *sillería*, según el uso español; consta de tres filas de sitiales de madera tallada, calada y esculpida de una manera maravillosa, con bajorrelieves históricos, alegóricos y sagrados. El arte gótico, en los confines del Renacimiento, no ha producido nada más puro, más perfecto ni mejor dibujado. Atribúyese esta obra, asombrosa de detalles, a los pacientes cinceles de Felipe de Borgoña y de Berruguete. El sitial del arzobispo, más elevado que los otros, está dispuesto en forma de trono y ocupa el centro del coro; columnas de jaspe de tono obscuro y brillante coronan esta prodigiosa obra de ebanistería, y sobre las cornisas se yerguen unas figuras de alabastro, también de Felipe de Borgoña y de Berruguete, pero en una manera más ligera y más libre, de un efecto y de una elegancia admirables. Enormes pupitres de bronce, cubiertos de misales gigantescos, grandes



esteras de esparto y dos órganos de dimensiones colosales, colocados uno frente a otro, a derecha e izquierda, completan el decorado.

Detrás del retablo se encuentra la capilla donde se hallan enterrados Don Alvaro de Luna y su mujer, en dos magníficos sepulcros de alabastro, colocados uno junto a otro; las paredes de esta capilla están historiadas con las armas del condestable y conchas de la orden de Santiago, de la que era gran maestre. Muy cerca de allí, en la bóveda de la parte de la nave que se llama *trascoro*, hay una piedra con una inscripción fúnebre; es de un noble toledano cuyo orgullo se revolvía ante la idea de que su tumba fuese pisoteada por gentes de poco más o menos y de clase sospechosa. "No quiero que pasen sobre mí villanos", dijo en su lecho de muerte; y como dejó muchos bienes a la iglesia, se le satisfizo aquel raro capricho alojando su cuerpo en la obra de la bóveda, donde seguramente nadie le pisará.

No intentaremos describir sucesivamente todas las capillas, pues para ello necesitaríamos un volumen; nos contentaremos con mencionar el sepulcro de un cardenal, ejecutado en estilo árabe con una delicadeza inconcebible—no se nos ocurre sino compararle con encaje de lo más fino—, y, sin más tardar, nos dirigimos a la capilla mozárabe o muzárabe—de las dos maneras se dice—, una de las más curiosas de la catedral.

Antes de describirla explicaremos lo que quieren decir las palabras *capilla mozárabe*.

En la época de la invasión de los moros, los habitantes de Toledo viéronse obligados a rendirse después de un sitio de dos años; trataron de conseguir la capitulación en las condiciones más favorables, y en el número de los artículos estipulados figuraba éste: que se reservarían seis iglesias para los cristianos que quisieran vivir con los bárbaros. Estas iglesias fueron las de San Marcos, San Lucas, San Sebastián, San Torcuarto, Santa Eulalia y Santa Justa. Por este medio conservaron la fe cristiana en esta ciudad durante los cuatrocientos años que duró la dominación morisca, y por esta razón los fieles toledanos fueron llamados mozárabes, es decir mezclados con los árabes. En el reinado de Alfonso VI, cuando Toledo volvió a poder de los cristianos, Ricardo, legatario del Papa, quiso abolir el rito mozárabe y substituirlo por el gregoriano, sostenido en esto por el rey y la reina doña Constanza, que preferían el rito de Roma. Todo el clero se alborotó y puso el grito en el cielo; los fieles se indignaron, y poco faltó para que hubiera motines y levantamientos populares. Asustado el rey por el giro que tomaban las cosas, y temiendo que se llegara a extremos peligrosos, calmó los ánimos como pudo, y propuso a los toledanos este *mezzo termine* extraño y muy dentro del espíritu del tiempo, que fué aceptado con entusiasmo por ambas partes: los partidarios del rito gregoriano y los del mozárabe elegirían dos campeones que lucharían para que Dios decidiera en qué idioma y en qué rito prefería ser alabado. En efecto, si en algo ha de aceptarse el juicio de Dios, debe ser en materia de liturgia.



El campeón de los mozárabes se llamaba Don Ruiz de La Matanza; se señaló día. Eligióse la Vega para lugar del combate. La victoria permaneció indecisa algún tiempo; pero, al fin, Don Ruiz tuvo ventaja y salió vencedor en la lid, en medio de los gritos y alegría de los toledanos, que, llorando de felicidad y tirando al aire sus gorros, dirigiéronse a las iglesias a dar gracias a Dios. El rey, la reina y la corte mostráronse muy contrariados de aquel triunfo. Dándose cuenta un poco tarde de que era una cosa impía, temeraria y cruel decidir una cuestión teológica por un combate sangriento, pretendieron que habían de acudir a un milagro, y propusieron una nueva prueba, que los toledanos, confiados en la excelencia de su rito, aceptaron de buen grado. La prueba consistía, después de un ayuno general y de preces en todas las iglesias, en echar sobre un leño ardiendo un ejemplar del oficio romano y otro del toledano; el que saliera de las llamas sin quemar sería considerado como el mejor y más agradable a Dios.

La cosa se ejecutó punto por punto. Colocóse un leño seco y llameante en la plaza de Zocodover—que desde que es plaza no vió jamás tal afluencia de espectadores—; se echaron los dos breviarios al fuego, y cada partido elevó los ojos y los brazos al cielo, rogando a Dios por el culto

de la liturgia en que prefería servirle. El ritual romano, rechazado por la violencia del fuego y con las hojas dispersas, salió de la prueba intacto, aunque un poco chamuscado. El toledano permaneció majestuosamente en medio de la llama, en el mismo sitio en que cayó, sin moverse y sin sufrir el menor daño. Algunos mozárabes entusiastas pretendían incluso que el misal romano fué completamente consumido por el fuego. El rey, la reina y el legatario, Ricardo, no quedaron muy satisfechos; pero no había medio de volver sobre el asunto. El rito mozárabe se conservó, pues, y siguióse con ardor durante largos años por los mozárabes, sus hijos y sus nietos; pero, al fin, se dejó de comprender el texto y no se encontró nadie capaz de decir ni de entender el oficio objeto de tan vivas discusiones. Don Francisco Ximénez, arzobispo de Toledo, no quiso dejar caer en desuso una costumbre tan memorable, y fundó una capilla mozárabe en la catedral, mandó traducir e imprimir en caracteres vulgares los rituales, que estaban en letra gótica, e instituyó sacerdotes especiales, encargados de decir este oficio.

La capilla mozárabe, que todavía se conserva, está adornada de frescos góticos interesantísimos: tienen por asunto combates entre los toledanos y los moros; su conservación es perfecta, los colores mantiénense vivos como si los hubieran terminado de pintar la víspera; el arqueólogo encontraría mil curiosidades en armas, trajes, equipos y arquitectura, pues el fresco principal representa una vista de la antigua Toledo, que debe de ser de una gran exactitud. En los frescos laterales aparecen, con muchos detalles, los barcos que trajeron a los árabes a España. Uno del oficio podría sacar datos muy útiles para la historia, tan poco clara, de la marina de la Edad Media. El blasón de Toledo, cinco estrellas negras en campo de plata, se repite con frecuencia en esta capilla de bóveda de medio punto, cerrada, según la moda española, con una verja de un trabajo primoroso.



La capilla de la Virgen, revestida completamente de pórfido y jaspe de vetas amarillo y violeta de un admirable pulimento, es de una riqueza que sobrepasa los esplendores de *Las mil y una noches;* en ella se conservan muchas reliquias, entre otras una urna donada por San Luis que encierra un trozo de la verdadera cruz.

Para tomar aliento, iremos, si os parece, a dar una vuelta por el claustro. Este encuadra, con sus arcos elegantes y severos, hermosas masas de verdura, que a la sombra de la iglesia se conservan frescas, a pesar del ardor calcinante de la estación; todos los muros de este claustro están cubiertos de inmensos frescos al estilo de Vanloo, obra de un pintor llamado Bayeu. Estas composiciones, sencillas y de color agradable, no están en armonía con el estilo del monumento y deben, sin duda alguna, de haber substituído a otras viejas pinturas, estropeadas por los siglos o consi-

deradas demasiado góticas por la gente de buen gusto de esta época. Un claustro está muy bien colocado junto a una iglesia, pues sirve de transición entre la tranquilidad del santuario y la agitación de la ciudad. Puede uno pasearse por él, soñar, reflexionar, sin verse obligado, no obstante, a seguir las plegarias y las ceremonias del culto; los católicos entran en el templo, los cristianos suelen quedarse en el claustro. Esta disposición de ánimo ha sido comprendida perfectamente por el catolicismo, tan hábil psicólogo. En los países religiosos, la catedral es el sitio más adornado, más rico, más dorado, más florido; es donde la sombra es más fresca y la paz más profunda; la música es allí mejor que en el teatro y la pompa del espectáculo no tiene rival. Es el punto central, el lugar atrayente, como la Opera en París. Nosotros, católicos del Norte, con nuestros templos volterianos, no tenemos idea del lujo, de la elegancia, de lo confortable de las iglesias españolas; estas iglesias están amobladas, vivas, y no tienen el aspecto desoladoramente desierto de las nuestras. En ellas, los fieles pueden convivir familiarmente con su Dios.

La sacristía y las salas capitulares de la catedral de Toledo son de una magnificencia más que regia; nada tan notable ni tan pintoreco como estas vastas salas, decoradas con ese lujo sólido y severo de que la Iglesia sola posee el secreto. Son todas labores de talla en nogal o roble negro, cortinas de tapicería o de damasco de las Indias, otras de brocatel de pliegues amplios y hondos; colgaduras historiadas, tapices de Persia, pinturas al fresco. No trataremos de describirlas una tras otra; solamente te hablaremos de una pieza adornada de admirables frescos de asuntos religiosos en estilo alemán—que los españoles han imitado tan bien—, y que atribuyen al sobrino de Berruguete, cuando no al mismo Berruguete; pues estos genios prodigiosos recorrían a la vez la triple carrera del arte. Citaremos también un enorme techo de Lucas Jordán, donde hormiguea un mundo de ángeles y de alegorías en los escorzos más extraños, que produce un efecto óptico de lo más raro. Del centro de la bóveda surge un rayo de luz, que, aunque pintado en una superficie plana, parece que cae perpendicularmente sobre las cabezas, mírese de donde se mire.



Allí es donde se guarda el tesoro, es decir, las hermosas capas de brocado, de tisú de oro y de plata, los encajes maravillosos, las urnas de plata sobredorada, las custodias de brillantes, los estandartes bordados: todo el material y los accesorios de la representación de ese sublime drama católico que se llama misa.

En los armarios de esta gran sala se conserva el guardarropa de la Santa Virgen, pues la piedad apasionada de los meridionales no se conforma con frías estatuas de mármol o de alabastro; en su entusiasmo devoto, amontonan sobre el objeto de su culto adornos de una riqueza extravagante; nada

es bastante bello, bastante brillante, bastante ruinoso; bajo aquel torrente de pedrería desaparecen el fondo y la forma, pero no se preocupan por ello. La gran cuestión es que sea materialmente imposible colgar una perla más en las orejas de mármol del ídolo, incrustar un brillante más gordo en el oro de su corona y bordar un ramo más de pedrería en el brocado de su vestido.

Nunca reina alguna de la antigüedad—ni la misma Cleopatra, que bebía perlas—, ni emperatriz del Bajo Imperio, ni duquesa de la Edad Media, ni cortesana veneciana de la época del Ticiano, tuvo un estuche más fulgurante, un equipo más rico que Nuestra Señora de Toledo. Nos enseñaron algunos de sus vestidos: uno de ellos está recubierto completamente—siendo imposible ver el fondo—de rameados y de arabescos de perlas finas, entre las cuales las hay de un tamaño y un precio incalculables, además de otras varias hileras de perlas negras extremadamente raras; soles y estrellas de pedrería constelan este traje prodigioso, cuyo brillo ciega, y que vale varios millones de francos.

Terminamos nuestra visita con una ascensión al campanario, a cuyo término se llega por una colección de escaleras superpuestas, bastante pinas y de un aspecto poco tranquilizador. A la mitad se encuentra una especie de almacén con una colección de maniquíes gigantescos, pintados y vestidos a la moda del siglo pasado, que sirven para no sé qué procesión al estilo de la tarasca.



La magnífica vista que se descubre desde lo alto de la torre es una compensación de las fatigas de la subida. Toda la ciudad se despliega ante nosotros con la claridad y la precisión de los planos tallados en corcho de míster Palet, que se admiraban en la última exposición de industrias. Esta comparación quizá parezca muy prosaica y poco pintoresca; pero, en realidad, no encuentro otra mejor ni más justa. Las rocas gibosas y atormentadas de granito azul que encajonan el Tajo y limitan un lado del horizonte de Toledo, añaden originalidad a este paisaje, inundado y acribillado de una luz cruda, cegadora, implacable, que ningún reflejo atempera y que aun aumenta la reverberación de un cielo sin nubes y sin vapor, que es blanco a fuerza de calor, como el hierro en la fragua.

Hacía un calor atroz, un calor de horno de cal, y se necesitaba, en verdad, una curiosidad enardecida para no renunciar a toda exploración de monumentos con aquella temperatura senegaliana; pero teníamos todo el ardor feroz de los turistas parisienses entusiastas del color local. Nada nos detenía; sólo hacíamos alto para beber, pues estábamos más sedientos que la reina del desierto y absorbíamos el agua como esponjas secas. No sé, ciertamente, cómo no nos convertimos en hidrópicos, pues, sin contar el vino y los helados, consumíamos siete u ocho jarros de agua diarios. ¡Agua, agua!, era nuestra exclamación constante, y una cadena de muchachos, pasándose las vasijas de

mano en mano, desde nuestro cuarto a la cocina, apenas daban abasto a extinguir el incendio. Sin esta inundación continua nos habríamos convertido en polvo, como los modelos de arcilla de los escultores cuando se olvidan de regarlos.

Visitada la catedral, decidimos, no obstante la sed, ir a la iglesia de *San Juan de los Reyes;* pero hasta después de mucha discusión no logramos que nos dieran las llaves, pues la tal iglesia está cerrada desde hace cinco o seis años, y el convento de que forma parte, abandonado y en ruinas.

*San Juan de los Reyes* está situado a la orilla del Tajo, cerca del puente de San Martín; sus muros tienen ese bello tono naranja que distingue a los monumentos antiguos en los climas donde no llueve. Una colección de estatuas de reyes en actitudes nobles, caballerescas y de gran prestancia decora el exterior; pero no es esto lo que hay de más característico en *San Juan de los Reyes*, ya que todas las iglesias de la Edad Media están llenas de estatuas. Una multitud de cadenas suspendidas de argollas guarnecen los muros de alto abajo. Son los hierros de los cautivos libertados por la conquista de Granada. Estas cadenas, colgadas a modo de adornos y de *exvotos*, dan a la iglesia un aspecto falso de cárcel muy extraño y antipático.

A propósito de esto nos contaron una anécdota, que incluiremos aquí porque es corta y característica. El sueño de todo *jefe político* en España es tener una *alameda*, como el de todo prefecto de Francia es una calle de Rívoli en su ciudad natal. El sueño del *jefe político* de Toledo era procurar a sus administrados el placer del paseo; eligióse el sitio; termináronse los terraplenes en poco tiempo, merced a la cooperación de los trabajadores del *Presidio;* no faltaban en el paseo sino árboles; pero los árboles no se improvisan, y el *jefe político* pensó cuerdamente substituirlos por mojones de piedra, unidos entre sí con cadenas de hierro. Como el dinero es muy raro en España, el ingenioso administrador, hombre de recursos si los hay, recordó las cadenas históricas de *San Juan de los Reyes*, y se dijo: "¡Pardiez! ¡Ya encontré lo que buscaba!" Y sujetaron a los mojones de la *alameda* las cadenas de los cautivos libertados por Fernando e Isabel la Católica. Los cerrajeros encargados de este menester recibieron unos cuantos metros de estos herrajes históricos: algunas personas inteligentes—en todas partes las hay—clamaron contra aquella barbarie, y las cadenas volvieron a la iglesia. Las que se habían dado como pago a los obreros no pudieron volver, pues ya se habían convertido en rejas, herraduras y otro utensilios. Quizás esta historia sea una invención, pero tiene muchas trazas de verosimilitud; nosotros la referimos como nos la han contado. Y ahora volvamos a la iglesia. La llave giró torpemente en la mohosa cerradura. Vencido este obstáculo, entramos en un claustro medio ruinoso, de una

elegancia admirable; columnas esbeltas y airosas sostenían en sus floridos capiteles arcos adornados con nervios y follajes de una extrema delicadeza; a lo largo de las paredes corrían prolijas inscripciones en alabanza de Fernando e Isabel, escritas en caracteres góticos, mezclados de flores, de arabescos y de ramajes: imitación cristiana de las sentencias y versículos del Corán, empleados por los moros como ornamento de arquitectura. ¡Qué lástima que un monumento tan precioso esté tan abandonado!

Dando puntapiés a puertas atascadas por tablas carcomidas u obstruídas con escombros, logramos penetrar en la iglesia, que es de un estilo encantador, y aparte algunas mutilaciones violentas, parece terminada ayer. El arte gótico no ha producido nada más suave, más elegante ni más fino. En torno circula una tribuna, calada y agujereada como una pala de pescado, que suspende sus balcones atrevidos en los haces de pilares, cuyas entrantes y salientes sigue con todo escrúpulo; guirnaldas gigantescas, águilas, quimeras, animales heráldicos, blasones, flámulas e inscripciones emblemáticas del estilo de las del claustro completan la decoración. El coro, colocado frente al *retablo*, al extremo opuesto de la iglesia, descansa sobre un arco rebajado de medio punto, de un efecto precioso y de un gran atrevimiento.

El altar, que sería, indudablemente, una obra maestra de pintura y escultura, ha sido impíamente destrozado. Estas devastaciones inútiles entristecen y hacen dudar de la inteligencia humana. ¿Qué daño hacen las piedras viejas a las ideas nuevas? ¿No se puede hacer una revolución sin destruir lo pasado? Es de suponer que la *constitución* no había perdido nada con que quedase en pie la iglesia de Fernando e Isabel la Católica, esta noble reina que creyó al genio bajo su palabra y dotó al universo de un Nuevo Mundo.



Arriesgándonos por una escalera medio hundida, penetramos en el interior del convento; el refectorio es bastante amplio y no tiene nada de particular, si no es una espantosa pintura colocada encima de la puerta; representa un cadáver medio descompuesto, con todos los horribles detalles en que se complacen los pintores españoles, y resulta aún más repugnante por la capa de grasa y de polvo que lo cubre. Una inscripción simbólica y fúnebre. Una de esas amenazadoras sentencias bíblicas que dan terribles avisos a la vanidad humana, se ve al pie de este cuadro sepulcral. extrañamente elegido para un refectorio. Yo no sé si todas las historias sobre la glotonería de los frailes serán verdad; pero, por mi parte, no sentiría gran apetito en un comedor así decorado.

Encima, a cada lado de una larga galería, están alineadas, como los alvéolos de una colmena, las celdas desiertas de los frailes desaparecidos; son exactamente iguales unas a otras y todas encaladas. Esta blancura disminuye en mucho la impresión poética, evitando a los terrores y a las quimeras que se refugien en los rincones obscuros. El in-

terior de la iglesia y el claustro están igualmente blanqueados, lo cual les da un aspecto de cosa nueva y reciente que contrasta con el estilo de la arquitectura y el estado del edificio. La ausencia de humedad y el ardor de la temperatura no han permitido a la mala hierba germinar en los intersticios de la piedra ni entre los escombros, y estas ruinas no tienen el manto de hiedra con que el tiempo suele cubrir las de los climas del Norte. Aun anduvimos mucho, errantes por el edificio abandonado, siguiendo galerías interminables, subiendo y bajando escaleras peligrosas, ni más ni menos que los héroes de Ana Radcliffe; pero sólo vimos, en calidad de fantasmas, algunos pobres lagartos que huyeron a toda prisa, ignorando, sin duda, en su calidad de españoles, el proverbio francés *Le lezard est l'ami de l'homme*. Por lo demás, este paseo entre las venas y miembros de una gran construcción, de la que la vida se ha retirado, es un placer de los más vivos que se pueden imaginar; siempre se espera encontrar, a la vuelta de un arco, un fraile viejo, de frente bruñida, con los ojos llenos de sombra, paseando gravemente, los brazos cruzados sobre el pecho, y dirigiéndose a algún oficio misterioso que se celebre en la iglesia profanada y desierta.

Nos retiramos porque no quedaba ya nada curioso que ver, ni siquiera las cocinas, a las que nuestro guía nos hizo bajar con una sonrisa volteriana digna de un suscriptor del *Constitutionel*. La iglesia y el claustro son de una rara



magnificencia; el resto es de la más austera sencillez: todo para el alma, nada para el cuerpo.

A poca distancia de *San Juan de los Reyes* se encuentra, o, mejor dicho, no se encuentra, la célebre mezquita sinagoga, pues, a menos de tener un guía, pasaríase veinte veces por delante de ella sin sospechar su existencia. Nuestro *cornaca* llamó a una puerta practicada en un muro de mampostería rojiza, de lo más insignificante del mundo; al cabo de un rato, pues los españoles jamás tienen prisa, vinieron a abrir y nos preguntaron si íbamos a ver la sinagoga; a nuestra respuesta afirmativa nos introdujeron en una especie de patio lleno de vegetación inculta, en medio del cual se abría una higuera de hojas cortadas, de un verde intenso y brillante, como si estuvieran barnizadas. En el fondo se elevaba una casa sin carácter, que más parecía una granja que otra cosa. Nos hicieron entrar en la casa. No puede haber sorpresa mayor: estábamos en pleno Oriente; las columnas delicadas de capiteles abiertos como turbantes, los arcos turcos, los versículos del Corán, el techo liso, de compartimientos de madera de cedro, los ventanales abiertos en lo alto; nada faltaba. Restos de pinturas antiguas, casi borradas, teñían las paredes de colores extraños y aumentaban la originalidad. Esta sinagoga, que los árabes convirtieron en mezquita y los cristianos en iglesia, sirve en el día de alojamiento y taller a un ebanista. El banco ocupa el sitio del altar; esta profanación es muy reciente. Aun se ven los ves-

tigios del retablo y la inscripción en mármol negro que demuestra la consagración de este edificio al culto católico.

A propósito de sinagoga, citaremos una anécdota muy curiosa. Los judíos de Toledo, probablemente para disminuir el horror que inspiraban a las poblaciones cristianas en su calidad de deicidas, pretendían no haber consentido la muerte de Jesucristo, y lo explicaban así: Cuando Jesús fué sometido a juicio, el consejo de sacerdotes, presidido por Caifás, envió a consultar a las tribus para saber si debía ser condenado a muerte o puesto en libertad; se propuso la cuestión a los judíos de España, y la sinagoga de Toledo abogó por la absolución. Esta tribu, pues, no se manchó con la sangre del Justo, y no merece la execración provocada por los judíos que votaron contra el Hijo de Dios. El original de la respuesta de los judíos de Toledo, con una traducción latina del texto hebreo, se conserva, según dicen, en los archivos del Vaticano. En recompensa, se les permitió edificar esta sinagoga, que es, a mi juicio, la única que se toleró en España.

Nos habían hablado de una casa de recreo mora, el palacio de Galiana; nos hicimos conducir a él desde la sinagoga, a pesar de estar muy cansados, pues el tiempo apremiaba y al día siguiente teníamos que volver a Madrid.

El palacio de Galiana está situado fuera de la ciudad, en la Vega, y para llegar hasta allí se pasa por el puente de Alcántara. Al cabo de un


cuarto de hora de camino a través de campos y sembrados, por donde corrían mil canalillos de riego, llegamos a un grupo de árboles de gran frescura, al pie de los cuales funcionaba una noria de la más antigua y egipcia sencillez. Cacharros de barro sujetos a los rayos de la rueda por cuerdecillas sacaban el agua y la vertían en un canal de tejas huecas, que conducía a un depósito, desde el cual la repartían, mediante regueras, a los sitios que querían irrigar. Un enorme montón de ladrillos rojizos erguía su silueta desmantelada tras del follaje de los árboles: era el palacio de Galiana.

Penetramos por una puerta baja en aquel montón de escombros, habitado por una familia de campesinos; es imposible imaginar nada más negro, más ahumado, más cavernoso y más sucio. Los trogloditas estaban alojados como príncipes, en comparación de estas gentes, y, sin embargo, la encantadora Galiana, la bella morisca de grandes ojos teñidos de *henné*, la de las vestiduras de brocado consteladas de perlas, había posado sus pequeñas babuchas en aquel suelo hundido y se había asomado a aquella ventana para mirar a lo lejos, en la Vega, a los caballeros moros ejercitarse en lanzar el *djerrid*.

Continuamos valientemente nuestra exploración, subiendo a los pisos superiores por escalas vacilantes y agarrándonos con pies y manos a los manojos de hierba seca que colgaban como barbas de las viejas y ceñudas murallas.

Conseguido nuestro propósito, nos dimos cuenta de un fenómeno extraño: habíamos entrado con pantalones blancos, salíamos con pantalones negros, pero de un negro que se movía, que hormigueaba; estábamos cubiertos de pulguitas imperceptibles que se habían precipitado sobre nosotros en enjambres compactos, atraídas por la frialdad de nuestra sangre septentrional. Nunca hubiera creído que en el mundo hubiese tantas pulgas.

Algunas tuberías para conducir el agua a los baños son los únicos vestigios de magnificencia que el tiempo ha respetado; los mosaicos de cristal y de azulejos esmaltados, las columnas de mármol con capiteles cubiertos de dorados, esculturas y versículos del Corán, los estanques de alabastro, las piedras caladas para filtrar los perfumes, todo ha desaparecido. No queda absolutamente nada más que el caparazón de las gruesas murallas y montones de ladrillos que se convierten en polvo, pues estos maravillosos edificios, que recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches*, no están construídos, por desgracia, más que de ladrillo y mampostería, y recubiertos con una capa de estuco o de cal. Todos estos encajes, estos arabescos, no están, como suele suponerse, labrados en mármol o piedra, sino moldeados en yeso, lo cual permite reproducirlos hasta el infinito sin gran dispendio. Se necesita de toda la sequedad conservadora del clima de España para que monumentos construídos con materiales tan livianos hayan llegado hasta nuestros días.



La leyenda de Galiana se ha conservado mejor que su palacio. Era hija del rey Galofre, que la quería más que a nada en el mundo, y le mandó construir en la Vega una casa de recreo con jardines deliciosos, quioscos, baños, fuentes y juegos de agua que subían y bajaban según el curso de la Luna, bien por arte de magia o por uno de esos artificios hidráulicos tan familiares a los árabes. La Galiana, idolatrada por su padre, vivía completamente dichosa en aquel retiro encantador, ocupada con la música, la poesía y la danza. Su trabajo más rudo era esquivar las galanterías y las adoraciones de sus perseguidores. El más importuno y encarnizado de todos era un reyezuelo de Guadalajara llamado Bradamante, moro gigantesco, valiente y feroz; Galiana no le podía soportar, y, como dice el cronista: "¿Qué importa que el caballero sea de fuego, si la dama es de hielo?" El moro, sin embargo, no se daba por vencido, y su pasión por Galiana y su deseo de verla y hablarle eran tan vivos, que hizo construir un camino subterráneo desde Guadalajara a Toledo, por el cual iba todos los días a visitarla.

En aquel tiempo, Carlos el Grande, hijo de Pepino, fué a Toledo, enviado por su padre, para llevar socorros a Galofre contra el rey de Córdoba, Abderramán. Galofre le alojó en el mismo palacio de Galiana, pues los moros no tienen inconveniente en que vean a sus hijas las personas ilustres y de consideración. Carlos el Grande albergaba un corazón tierno bajo su coraza de acero, y

no tardó mucho en enamorarse perdidamente de la princesa mora. Al principio soportó las asiduidades de Bradamante, pues no estaba seguro de haber impresionado el corazón de la hermosa; pero como Galiana, a pesar de su reserva y su modestia, no pudo ocultar mucho tiempo la secreta preferencia de su alma, comenzó a mostrarse celoso, y exigió la desaparición de su rival moruno. Galiana, que ya era francesa hasta los ojos—dice la crónica—, y que además odiaba al reyezuelo de Guadalajara, dió a entender al príncipe que ella y su padre sentíanse igualmente molestos con la persecución del moro, y que vería con mucho gusto que la libraran de él. Carlos no se lo hizo repetir; desafió a Bradamente en singular combate, y aunque éste era un coloso, lo venció, le cortó la cabeza y se la presentó a Galiana, que agradeció mucho la ofrenda. Aquella galantería hizo avanzar al príncipe francés en el corazón de la bella mora, y creciendo el amor en ambas partes, Galiana prometió convertirse al cristianismo para poder casarse con Carlos, lo cual se hizo sin dificultad alguna, pues Galofre estaba encantado de dar su hija a tan gran príncipe. Entre tanto, Pepino había muerto y Carlos volvió a Francia, llevando consigo a Galiana, que fué coronada reina y recibida con grandes festejos. De esta manera una mora consiguió convertirse en reina cristiana, "y el recuerdo de esta historia, aun cuando esté unida a un viejo edificio, merece ser conservada en Toledo", agrega el cronista a modo de reflexión final.



Lo que necesitábamos, ante todo, era librarnos de la población microscópica, que señalaba con sus picaduras los pliegues de nuestros ex pantalones blancos; felizmente, el Tajo no estaba lejos, y a él llevamos directamente las pulgas de Galiana, empleando el mismo sistema de las zorras, que se zambullen en el agua hasta las narices, llevando en la boca un pedazo de corteza, el cual abandonan al curso del río cuando comprenden que tienen carga suficiente, pues los infernales animalitos, al sentirse acometidos por el agua, se refugian en él y se apelotonan. Pedimos perdón a nuestros lectores por este detalle hormigueante y picaresco, que tendría lugar más apropiado en la vida del Lazarillo de Tormes o de Guzmán de Alfarache; pero un viaje por España no sería completo sin esto, y esperamos la absolución en gracia al color local.

La orilla del Tajo, por este lado está limitada de rocas cortadas a pico, de muy difícil acceso, y no poco trabajo nos costó descender al sitio en que habíamos de ejecutar la operación de ahogar a las pulgas. Me eché a nadar de costado, con la mayor precisión posible, a fin de ser digno de un río tan célebre y tan respetable como el Tajo, y a las pocas brazadas llegué a unas construcciones hundidas y restos de obra de fábrica que sobresalían del río unos cuantos pies. En la orilla, precisamente al mismo lado, se elevaba una torre alta, ruinosa, con un arco de medio punto, donde se secaban prosaicamente al sol algunas

prendas de ropa blanca que habían colgado las lavanderas.

Estaba sencillamente en el *Baño de la Cava*, para un francés, el baño de Florinda, y más claro la torre que veía junto a mí era la torre del rey Rodrigo. Desde aquella ventana, Rodrigo, oculto tras de una cortina, espiaba a las jóvenes en el baño, y vió a la bella Florinda medirse la pierna (1) y las de sus compañeras, para saber quién la tenía más redonda y mejor hecha.

¡Ved en lo que se fundan los grandes acontecimientos! Si Florinda hubiese tenido la pantorrilla deforme y la rodilla fea, los árabes no hubieran ido a España. Desgraciadamente, Florinda tenía el pie pequeño, los tobillos finos y la pierna más blanca y mejor formada del mundo. Rodrigo se enamoró de la imprudente bañista, y la sedujo. El conde Julián, padre de Florinda, enfurecido por aquel ultraje, traicionó a su país para vengarse y llamó a los moros en su ayuda. Rodrigo perdió aquella famosa batalla de que tanto se habla en los romanceros, y pereció tristemente en una caja llena de víboras, donde se había metido para hacer penitencia de su crimen. La pobre Florinda, afrentada con el nombre ignominioso de La Cava, cargó con la maldición de España entera; ¡pero también fué una idea extraña y absurda ir a colocar un baño de doncellas delante de la torre de un rey joven!

(1) El romance dice *los brazos*.



Y puesto que hablamos de Rodrigo, referiremos la leyenda de la gruta de Hércules, que va unida fatalmente a la historia del desgraciado príncipe godo. La gruta de Hércules es un subterráneo que se extiende, según dicen, tres leguas más allá de las murallas, y cuya puerta, cerrada con fuertes cadenas, está en la iglesia de San Ginés, uno de los puntos más altos de la ciudad. En aquel sitio se levantó en otros tiempos un palacio, fundado por Tubal; Hércules lo restauró, lo agrandó, estableciendo en él su laboratorio y escuela de magia, pues Hércules, de quien más tarde los griegos hicieron un héroe, fué primero un famoso cabalístico. Valiéndose de su arte construyó una torre encantada, con talismanes e inscripciones, en las que se decía que, cuando se penetrara en aquel recinto mágico, una nación bárbara y feroz invadiría España.

Temiendo ver realizada aquella funesta predicción, todos los reyes, sobre todo los godos, añadían cerraduras y cadenas a la puerta misteriosa, no porque tuviesen fe ciega en la profecía, sino que, como personas sensatas, no cuidaban de mezclarse en encantamientos y brujerías. Rodrigo, más curioso y más necesitado, pues sus locuras y prodigalidades habían consumido su dinero, quiso intentar la aventura, esperando hallar tesoros considerables en el subterráneo encantado; dirigióse a la gruta, a la cabeza de unos cuantos decididos, provistos de antorchas, de linternas y de cuerdas; llegó a la puerta practicada en la roca viva y ce-

rrada con una plancha de hierro llena de cadenas, con una tableta, en la que se leía en caracteres griegos: *El rey que abra este subterráneo y pueda descubrir las maravillas que encierra, verá muchos bienes y muchos males.* Los demás reyes, asustados, no se habían atrevido a pasar adelante; pero Rodrigo, arriesgándose al mal por la esperanza del bien, ordenó que se rompieran las cadenas, se forzasen las cerraduras y se levantase la plancha; los que presumían de más osados bajaron los primeros; pero pronto volvieron, con las antorchas apagadas, temblorosos, pálidos, despavoridos, y los que podían hablar contaron que les había espantado una visión horrible. Rodrigo no renunció por esto a romper el encanto; hizo preparar las antorchas a modo que el aire de la caverna no pudiese apagarlas, púsose a la cabeza del grupo y penetró resueltamente en la gruta; pronto llegó a una cámara cuadrada de rica arquitectura, en medio de la cual había una estatua de bronce de gran tamaño y de ún aspecto terrible. Aquella estatua tenía los pies sobre una columna de tres codos de alto, y en la mano sostenía una maza, con la que daba en el suelo grandes golpes, y a esto se debía el viento y el ruido que causara tanto pavor a los que entraron primero. Rodrigo, valiente como buen godo, decidido como cristiano que tiene confianza en Dios y no se asombra de los encantamientos de los paganos, se fué derecho hacia el coloso y le pidió permiso para visitar las maravillas que allí había.



El guerrero de bronce, en señal de asentimiento, dejó de golpear la tierra con la maza; pudieron reconocer todo lo que había en la cámara, y, a poco, tropezaron con un cofre en cuya tapa estaba escrito: *El que me abra verá maravillas.* Al ver la condescendencia de la estatua, los compañeros del rey, recobrados del susto y animados por aquella inscripción de buen agüero, aprestaban ya sus capas y sus bolsillos para llenarlos de oro y diamantes; pero sólo encontraron en el cofre un lienzo arrollado con pinturas de tropas árabes, unas a pie, otras a caballo, la cabeza tocada de turbantes, con sus escudos y sus lanzas y una inscripción cuyo sentido era: *El que llegue hasta aquí y abra el cofre perderá a España y será vencido por naciones semejantes a éstas.* El rey Rodrigo trató de disimular la impresión penosa que experimentaba para no aumentar la tristeza de los demás, y continuaron buscando para ver si encontraban alguna compensación a aquellas desastrosas profecías. Al levantar los ojos, Rodrigo vió en la pared, a la izquierda de la estatua, un cartón que decía: *¡Pobre rey! ¡Has entrado aquí para tu desgracia!*, y a la derecha otro en que se leía: *Serás despojado por naciones extranjeras y tu pueblo sufrirá duros castigos.* Detrás de la estatua estaba escrito: *Invoco a los árabes;* y delante: *Cumplo con mi deber.*

El rey y sus cortesanos retiráronse llenos de turbación y de fúnebres presentimientos. La misma noche hubo una tempestad furiosa, y las rui-

nas de la torre de Hércules se derrumbaron con enorme estrépito. Los acontecimientos no tardaron en justificar las predicciones de la gruta mágica; los árabes pintados en el lienzo arrollado del cofre dejaron ver su realidad, sus turbantes, sus lanzas y sus escudos de formas raras en la desgraciada tierra de España, y todo porque Rodrigo contempló la pierna de Florinda y bajó a una cueva.

Pero la sombra se echa encima, hay que volver a la *fonda*, cenar y acostarse, pues aun tenemos que ver el hospital del cardenal don Pedro González de Mendoza, la fábrica de armas, los restos del anfiteatro romano y mil curiosidades más, y nos marchamos mañana por la noche. Yo, por mi parte, estoy de tal modo fatigado por este pavimento tallado a punta de diamante, que me dan ganas de echarme al suelo y andar un rato sobre las manos, como los clowns, para que descansen mis pies doloridos. ¡Oh, coches de la civilización! ¡Omnibus del progreso!; os invocaba dolorosamente; pero ¿de qué me habríais servido en las calles de Toledo?

El hospital del Cardenal es un gran edificio, de proporciones amplias y severas, que sería muy largo de describir. Atravesamos rápidamente el patio, rodeado de columnas y arcos, que sólo tiene de notable dos pozos de mármol blanco, y entraremos en la iglesia para contemplar la tumba del cardenal (1), labrada en alabastro por aquel prodigioso Berruguete, que vivió más de ochenta años, inundando su patria de obras maestras de variado estilo, pero siempre perfectas. El cardenal aparece echado en la tumba con sus hábitos pontificales; la muerte le ha oprimido la nariz con sus dedos descarnados, y la contracción suprema de los músculos, que tratan de retener el alma a punto de escaparse, le sujeta la comisura de los labios y le afila la barbilla. No hay ninguna mascarilla de muerto más siniestramente fiel; y, sin embargo, la belleza del trabajo es tal, que se olvida lo que aquel espctáculo puede tener de repugnante. Niños en actitudes desoladas sostienen el plinto y las armas del cardenal; el barro más ligero y más maleable no tiene más libertad y blandura; aquello no parece esculpido, sino amasado.

(1) El sepulcro de que el autor habla es el del cardenal Tavera.



También hay en esta iglesia dos cuadros de Domenico Theotocupuli, llamado el Greco, pintor extravagante y extraño, que no es apenas conocido fuera de España. Su locura, como es sabido, consistía en el temor de pasar por imitador del Tiziano, de quien había sido discípulo; esta preocupación le llevó a los extremos y caprichos más barrocos.

Uno de estos cuadros—el que representa la *Sagrada Familia*—debió de hacer muy desgraciado al pobre Greco, pues a primera vista se le tomaría por un verdadero Tiziano. La cálida tonalidad del colorido, la viveza de las tintas de las telas, ese hermoso reflejo de ámbar amarillo que ca-

lienta hasta los matices más frescos del pintor veneciano, todo contribuye a engañar la vista más experta: solamente la pincelada es menos amplia y menos compacta.

La escasa razón que le quedaba al Greco debió de zozobrar en el sombrío océano de la locura después de acabar esta obra maestra; hoy no hay muchos pintores capaces de volverse locos por tales causas.

El otro cuadro, cuyo asunto es el *Bautismo de Cristo*, pertenece por completo a la segunda manera del Greco: hay en él abuso del blanco y negro, contrastes violentos, tintes raros, actitudes desacertadas, pliegues rotos y arrugados a placer; pero en todo ello campea una energía depravada, una pujanza enfermiza, que delata al gran pintor y al loco genial. Pocos cuadros me han interesado tanto como los del Greco, pues los peores tienen siempre algo inesperado y fuera de lo posible, que sorprende y hace pensar.

Del hospital fuimos a la fábrica de armas. Es un edificio grande, simétrico y de buen gusto, fundado por Carlos III, cuyo nombre figura siempre en todos los monumentos de utilidad pública; la fábrica se alza a orilla del Tajo, cuyas aguas sirven para templar las espadas y mueven las ruedas de las máquinas. Los talleres ocupan los lados de un gran patio circuido de arcos y pórticos, como casi todos los patios de España. Aquí se calienta el hierro, allá es sometido a la acción del martillo, más lejos lo templan; en esta



cámara están las muelas de afilar y de repasar; en la otra se fabrican las empuñaduras y las vainas. No llevaremos más lejos esta investigación, que nada de notable había de enseñar a nuestros lectores, y sólo diremos que en la fabricación de estas hojas, famosas con justicia, entran herraduras viejas de caballos y de mulas, recogidas con cuidado para este fin.

Para demostrarnos que las hojas toledanas merecían su reputación, nos condujeron a la sala de pruebas; un obrero de elevada estatura y de una fuerza colosal cogió un arma de las más vulgares—un sable recto de caballería—, le clavó en un lingote de plomo fijo en la pared, dobló la hoja en todos sentidos, como si fuera una fusta, de modo que el puño se unía casi con la punta, y el temple elástico del acero le permitió soportar aquella prueba sin romperse. En seguida el hombre se colocó delante de un yunque, y dió en él tal golpe, que la hoja penetró un milímetro; aquel alarde de fuerza me hizo pensar en la escena de una novela de Walter Scott, en la que Ricardo Corazón de León y el rey Saladino se ejercitan en cortar barras de hierro y almohadones.

Las hojas de Toledo de hoy son tan buenas como las antiguas; no se ha perdido el secreto del temple, pero sí el de la forma. Verdaderamente, a las obras modernas sólo les falta esta pequeña cosa — tan despreciada por las gentes progresivas—para sostener la comparación con las antiguas: una espada moderna sólo es un útil; una

espada del siglo XVI es, a la vez, un útil y una joya.

Esperábamos encontrar en Toledo algunas armas antiguas, dagas, puñales, mandobles, montantes, floretes y otras curiosidades a propósito para colocar como trofeos en la pared o en algún armario, y a este efecto nos sabíamos de memoria los nombres de los sesenta armeros de Toledo recogidos por Aquiles Jubinal; pero no se presentó la oportunidad de poner a prueba nuestra ciencia, pues en Toledo no hay más espadas que cuero en Córdoba, encajes en Malinas, ostras en Ostende y pasteles de *foie-gras* en Estrasburgo; en París es donde se hallan todas estas rarezas, y si se encuentra alguna en el extranjero es seguro que ha salido de la tienda de la señorita Delaunay en el muelle de *Voltaire.*

Nos enseñaron también los restos del anfiteatro romano y de la naumaquia, que tienen el aire de un campo labrado, como en general todas las ruinas romanas. No tengo imaginación bastante para extasiarme ante maravillas desaparecidas, tan problemáticas; es cuidado que dejo a los anticuarios, y prefiero hablaros de las murallas de Toledo, que son apreciables a simple vista y de un admirable efecto pintoresco. Las construcciones casan felizmente con las asperezas del terreno; muchas veces es difícil decir dónde termina la roca y dónde comienza la muralla; todas las civilizaciones han puesto su mano en la obra; este lienzo de muro es romano, aquella torre es gótica



y estas almenas son árabes. Toda la parte que va desde la puerta del Cambrón a la de Visagra —*vía sacra*—, donde probablemente desembocaba, la vía romana, fué construída por el rey Wamba. Cada una de las piedras tiene su historia, y si hubiéramos de contar todo necesitaríamos un volumen en vez de un capítulo; pero lo que no se sale de nuestras atribuciones de viajero es repetir, una vez más, el noble aspecto que ofrece Toledo, sentada sobre un trono de rocas, con su cinturón de torres y su diadema de iglesias; no se puede imaginar un perfil más firme y más severo, revestido de un color más rico, y donde se conserve con más fidelidad la fisonomía de la Edad Media. Permanecí más de una hora en contemplación, tratando de saciar mis ojos y de grabar en el fondo de mi memoria la silueta de aquella perspectiva admirable; por desgracia, la noche vino demasiado pronto, y nos fuimos a acostar, pues a la una de la madrugada teníamos que emprender la marcha, con el fin de evitar los grandes calores. Efectivamente, a media noche, nuestro calesero llegó con escrupulosa puntualidad, y medio dormidos, y en un estado franco de sonambulismo, nos acurrucamos sobre los pobres almohadones de nuestra calesa. Los traqueteos espantables causados por el empedrado de abrojos de Toledo nos despertaron con la rapidez precisa para que pudiéramos disfrutar del aspecto fantástico de nuestra caravana nocturna. El coche, de grandes ruedas escarlata, de caja extravagante, dijérase que hendía a su

paso los bloques de casas que se cerraban tras él: tan juntas están las paredes. Un *sereno* descalzo de pie y pierna, con el calzón flotante y el pañuelo abigarrado de los valencianos, marchaba delante de nosotros; llevaba una linterna en el extremo de su chuzo, y sus reflejos vacilantes producían toda suerte de juegos de sombra y de luz, los cuales no habría desdeñado Rembrandt para colocarlos en alguna de sus lindas aguasfuertes de rondas y patrullas de noche. El único ruido que se oía era la temblorosa vibración argentina de los cascabeles de nuestra mula y el rechinar de los ejes. Los toledanos dormían tan profundamente como las estatuas de la capilla de los *Reyes nuevos*. De cuando en cuando, nuestro *sereno* adelantaba su linterna hacia algún chusco dormido en medio de la calle, y le obligaba a apartarse con el mango del chuzo—en cualquier parte que el sueño sorprenda a un español, extiende éste su capa en el suelo y se acuesta, con una filosofía y una flema perfectas—. En la puerta, que aún estaba cerrada, y donde nos tuvieron dos horas esperando, el suelo hallábase abarrotado de durmientes que roncaban en todos los tonos, pues las calles es el único dormitorio en que no hay bichos, y para meterse en una alcoba hace falta la resignación de un fakir indio. Por fin, la maldita puerta giró sobre sus goznes y tomamos el mismo camino por donde habíamos venido.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## INDICE DEL TOMO I

## VOLÚMENES PUBLICADOS

1.—**Química General**, por el Dr. Luanco. Pts. 1,50.

2.—**Historia natural**, por el Dr. De Buen. Pts. 1,50.

3.—**Física**, por el Dr. Lozano. Pts. 1,50.

4.—**Geometría General**, por el Dr. Mundi. Pts. 1,50.

5.—**Química Orgánica**, por el Dr. Carracido. Pts. 1,50.

6.—**La Guerra Moderna**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.

7.—**Mineralogía**, por el Dr. S. Calderón. Pts. 1,50.

8.—**Ciencia Política**, por D. Adolfo Posada. Pts. 1,50.

9.—**Economía Política**, por el Dr. J. Piernas. Pts. 1,50.

10.—**Armas de Guerra**, por D. J. Génova. Pts. 1,50.

11. — **Hongos comestibles y venenosos**, por don Blas Lázaro. Pts. 1,50.

12.—**La ignorancia del Derecho**, por D. J. Costa. Pts. 1,50.

13.—**El sufragio**, por el Dr. A. Posada. Pts. 1,50.

14.—**Geología**, por D. José Macpherson. Pts. 1,50.

15.—**Pólvoras y explosivos**, por D. C. Banús. Pts. 1,50.

16.—**Armas de caza**, por D. J. Génova. Pts. 1,50.

17.—**La Guinea Española**, por D. R. Beltrán. Pts. 1,50.

18.—**Meteorología**, por D. A. Arcimis. Pts. 1,50.

19.—**Análisis químico**, por D. J. Casares. Pts. 1,50.

20.—**Abonos industriales**, por D. A. Maylín. Pts. 1,50.

21.—**Unidades**, por D. C. Banús. Pts. 1,50.

22.—**Química biológica**, por el Dr. Carracido. Pts. 1,50.

23.—**Bases para un nuevo Derecho penal**, por el Dr. Dorado. Pts. 1,50.

24.—**Fuerzas y motores**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.

25.—**Gusanos parásitos en el hombre**, por el doctor Marcelo Rivas. Pts. 1,50.

26.—**Fabricación del pan**, por D. N. Amorós. Pts. 2.

27.—**Aire atmosférico**, por D. E. Mascareñas. Pts. 1,50.

28.—**Hidrología médica**, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 1,50.

29.—**Historia de la civilización española**, por D. Rafael Altamira. Pts. 2.

30.—**Las epidemias**, por D. F. Montaldo. Pts. 1,50.

31.—**Cristalografía**, por L. Fernández. Pts. 2.

32.—**Artificios de fuego de guerra**, por D. José de Lossada y Canterac. Pts. 1,50.

33.—**Agronomía**, por don A. López. Pts. 1,50.

34.—**Bases del Derecho mercantil**, por D. L. Benito. Pts. 1,50.

35.—**Antropometría**, por D. T. de Aranzadi. Pts. 1,50.

36.—**Las provincias de España**, por D. M. Villaescusa. Pts. 2,50.

37.—**Formulario químico industrial**, por D. P. Trías. Pts. 1,50.

38.—**Valor social de leyes y autoridades**, por don Pedro Dorado. Pts. 1,50.

39.—**Canales de riego**, por D. J. Zulueta. Pts. 2.

40.—**Arte de estudiar**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.

41.—**Plantas medicinales**, por D. B. Lázaro. Pts. 2,50.

42.—**A, b, c del instalador y montador electricista.**— Tomo I.—*Instalaciones privadas*, por D. Ricardo Yesares. Pts. 2,50.

43.—**A, b, c del instalador y montador electricista.**—Tomo II.—*Estaciones centrales y canalizaciones*, por D. R. Yesares. Pts. 2,50.

44.—**Medicina doméstica**, por D. A. Opisso. Pts. 2.

45.—**Contabilidad comercial**, por D. J. Prats. Pts. 3.

46.—**Sociología contemporánea**, por D. A. Posada. Pts. 1,50.

47.—**Higiene de los alimentos y bebidas**, por D. J. Madrid. Pts. 1,50.

48.—**Operaciones de Bolsa**, por D. J. Bertrán. Pts. 1,50.

49.—**Higiene industrial**, por D. J. Eleizegui. Pts. 2,50.

50.—**Formulario de correspondencia francés-español**, por D. J. Meca. Pts. 2,50.

51.—**Motores de gas, petróleo y aire**, por R. Yesares. Pts. 2,50.

52.—**Las bebidas alcohólicas.—El alcoholismo**, por D. A. Piga y D. Aguado Marinoni. Pts. 1,50.

53.—**Formulario de correspondencia inglés-español**, por D. J. Meca. Pts. 2,50.

54.—**Carpintería práctica**, por D. E. Heras. Pts. 2.

55.—**Instituciones de Economía social**, por don J. Torrembó. Pts. 2.

56.—**Prontuario del idioma**, por D. E. Oliver. Pts. 3.

57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas**, por D. J. de Igual. Pts. 2,50.

58. — **Pedagogía universitaria**, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 2,50.

59.—**Gallinero práctico**, por D. C. de Torres. Pts. 3.

60.—**Dai Nipón (El Ja-**

pón), por D. A. García. Pts. 3.

61.—**Cultivo del algodonero,** por D. Diego de Rueda. Pts. 2.

62.—**Galvanoplastia y electrólisis,** por R. Yesares. Pts. 2,50.

63.—**Educación de los niños,** por F. Climent. Pts. 3.

64.—**El microscopio,** por D. Ernesto Caballero. Pts. 1,50.

65.—**Diccionario de argot español,** por L. Besses. Pts. 2,50.

66.—**Piedras preciosas,** por Marcos J. Bertrán. Pts. 2,50.

67 / 68 **Manual de Mecánica elemental,** por Forner Carratalá. Tomo I: "Mecánica general". Pts. 2. Tomo II: "Mecánica aplicada". Pts. 2.

69.—**Los remedios vegetales,** por Alfredo Opisso. Pts. 2.

70 / 71 **Las Repúblicas hispanoamericanas,** por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 5.

72.—**Vinificación moderna,** por D. Diego de Rueda. Pts. 2,50.

73.—**Plantas industriales,** por D. Alfredo Opisso. Pts. 2.

74. — **Cerrajería práctica,** por Eusebio Heras. Pts. 2.

75.—**El arte del periodista,** por D. Rafael Mainar. Pts. 2,50.

76.—**La electricidad en la agricultura,** por D. R. Yesares. Pts. 2.

77.—**Telegrafía eléctrica,** por F. Villaverde Navarro. Pts. 2.

78.—**Medicina social,** por A. Opisso. Pts. 2.

79.—**Geografía general,** por Emilio H. del Villar. Pts. 3,50.

80.—**La familia y los enfermos,** por D. J. I. Eleizegui. Pts. 2.

81 / 82 **Elementos de cálculo mercantil,** por L. de la Fuente. Dos tomos. Pts. 5.

83.—**Teoría de la literatura y de las artes,** por D. H. Giner de los Ríos. Pts. 2.

84.—**Manual del naturalista preparador,** por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 1,50.

85.—**Documentos mercantiles,** por Francisco Grau Granell. Pts. 3.

86.—**Pozos artesianos,** por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.

87.—**Investigación y alumbramiento de aguas,** por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.

88.—**Manual de Pirotecnia,** por J. B. Ferré. Pts. 2.

89.—**Elementos de arquitectura naval** (buques de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 2.

90.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3.

91.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnau. Tomo II. Pts. 3.

92.—**Ascensores hidráulicos y eléctricos,** por R. Yesares. Pts. 2.

93.—**Maravillas de la ciencia,** por D. J. Usunáriz. Pts. 1,50.

94.—**Derecho internacional,** por D. Aniceto Sela. Pts. 2.

95.—**El boxeo y la esgrima del bastón,** por A. Barba. Pts. 1,50.

96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis,** por A. Barba. Pts. 1,50.

97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción,** por M. R. y Bellvé. Pts. 2.

98.—**La abeja y sus productos.** (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 2.

99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 2.

100.—**Manual del pintor decorador,** por D. José Cuchy. Pts. 1,50.

101.—**El dibujo para todos,** por V. Masriera. Pts. 3.

102.—**América Sajona,** por Emilio H. del Villar. Pts. 3.

103.—**Agrimensura,** por J. Ferré. Pts. 3.

104.—**Estética,** por D. A. Opisso. Pts. 3.

105.—**Floricultura,** por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3,50.

106.—**Flores artificiales,** por Dolores Andreu. Pts. 3,50.

107.—**Formulario práctico de artes y oficios,** por F. Climent Terrer. Pts. 3.

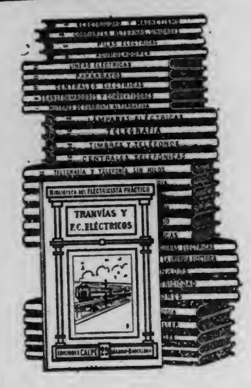
108 / 109 **Astronomía,** por J. Comas Solá. Pts. 7.

110.—**El arte de pensar,** por Alfredo Opisso. Pts. 3.

111.—**Máximas de Epicteto,** traducidas por Apeles Mestres. Pts. 2,50.

112.—**Manual del maquinista fogonero,** por Balbino Vázquez. Pts. 4,50.

113. — **Perspectiva,** por Francisco Arola Sala. Ptas. 5.




# BIBLIOTECA DEL ELECTRICISTA PRÁCTICO

## LA MEJOR ENCICLOPEDIA DE ELECTRICIDAD

Cuanto se sabe de la Electricidad; instalación de Centrales para la producción de fuerza y de luz; conducción de la energía; su aplicación a las industrias, a la Química, a la Metalurgia, a la Medicina y a la tracción, al telégrafo y al teléfono, a los servicios domésticos, etc., etc.,

**SE DOMINA PERFECTAMENTE**

estudiando los volúmenes de esta colección, genuinamente española, redactada por autores especialistas, bajo la dirección de

**D. RICARDO CARO Y ANCHIA**

Licenciado en Ciencias fisicomatemáticas, Oficial de Telégrafos y Profesor de Electrotecnia y Telegrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.

**30 tomos con más de 5.000 páginas en total, 1.800 figuras en el texto y láminas intercaladas en negro y en colores**

**90 PESETAS, A PLAZOS O AL CONTADO**

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

ENCOMIENDE USTED LA DEFENSA DE SUS INTERESES A LA NOTABILÍSIMA OBRA



# EL ABOGADO POPULAR

DEL CONOCIDO PUBLICISTA

**D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ**

## EL ABOGADO POPULAR

es una obra extensa, en la que su autor ha expuesto con claridad y concisión admirable todo cuanto se refiere a la vida legal del individuo y de la sociedad en España. Es una curiosa serie, de más de 8.000 consultas dialogadas, hechas por un cliente a su abogado y contestadas por éste, aclarando dudas y poniendo ejemplos sobre todos los casos de la vida, y ampliadas con nutridas secciones de modelos de escrituras, testamentos, recursos y escritos dirigidos a las autoridades, tarifas, aranceles, formulario jurídico, etc., etc.

Precio único de los seis tomos de que consta la sexta edición, a plazos o al contado, 73 pesetas.

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

| DATE BORROWED | DATE DUE | DATE BORROWED | DATE DUE |
|---|---|---|---|
| 20ct'42 | Oct 19 | | |
| 20Oct'42 | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |

# VOLUME 2



COLECCIÓN UNIVERSAL

Teófilo Gautier

# VIAJE POR ESPAÑA

TOMO II Y ULTIMO

MCMXX

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

TEOFILO GAUTIER

# Viaje por España

TOMO II Y ULTIMO

La traducción del francés ha sido hecha por Enrique de Mesa.




MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

# VIAJE POR ESPAÑA

TOMO II Y ULTIMO

## XI

**Procesión del Corpus en Madrid.—Aranjuez.—Un patio.—La campiña de Ocaña.—Tembleque y sus ligas.—Una noche en Manzanares.—Los cuchillos de Santa Cruz.—El puerto de los perros.—La colonia de La Carolina.—Bailén.—Jaén, su Catedral y sus majos.—Granada.—La Alameda.—La Alhambra.—El Generalife.—El Albaicín.—La vida de Granada.—Los gitanos.—La Cartuja.—Santo Domingo.—Ascensión al Mulhacen.**

Era preciso pasar de nuevo por Madrid para tomar la diligencia de Granada. Hubiéramos podido esperarla en Aranjuez, pero corríamos el riesgo de encontrarla llena, y nos decidimos por lo primero.

Nuestro guía había tenido la precaución de enviar por delante—la víspera por la tarde—una mula, para que nos esperase a mitad de camino y relevar a la que tiraba de nuestro vehículo. Sin

esta previsión, es dudoso que hubiéramos hecho el viaje de Madrid a Toledo en una sola jornada, en vista del gran calor de aquel camino, polvoriento y sin sombra, a través de interminables campos de trigo.

A eso de la una llegamos a Illescas, medio asados, por no decir asados del todo, y sin otro incidente. Teníamos prisa por acabar con aquel camino, que no ofrecía nada nuevo para nosotros, si no era el recorrerlo en sentido inverso.

Mi compañero prefirió dormir, y yo, más familiarizado ya con la cocina española, me dispuse a disputar mi comida a innumerables enjambres de moscas. La hija de la posadera, una chiquilla muy mona, de doce a trece años y ojos de mora, estaba de pie junto a mí, con un abanico en una mano y una escobilla en la otra, tratando de alejar a los insectos importunos, que volvían a la carga —siempre con más furia y más rezongantes— en cuanto se separaba o amenguaba su movimiento. Con aquella ayuda conseguí llevarme a la boca algunos bocados bastante libres de moscas, y cuando mi apetito se hubo calmado un tanto, entablé con mi cazadora de insectos un diálogo que mi desconocimiento del español tuvo que limitar mucho. Sin embargo, con ayuda de mi diccionario *diamante*, logré sostener una conversación bastante pasadera para un extranjero. La pequeña me dijo que sabía leer y escribir toda clase de letra, hasta el latín, y que tocaba el *pandero* bastante regularmente. Invitéla yo a que me mostrase esta habilidad, cosa que ella hizo de buen grado, en detrimento del sueño de mi compañero, a quien el ruido de las sonajas de cobre y el zumbido sordo de la piel de asno, tocada por el pulgar de la pequeña artista, concluyeron por despertar.



La mula de refresco estaba enganchada. Había que reemprender el camino, y verdaderamente se necesita un valor moral extraordinario para abandonar, con treinta grados de temperatura, una *posada* donde se tiene la perspectiva de varias hileras de jarras, botijos y *alcarrazas* cubiertos de perlada transpiración. Beber agua es una voluptuosidad que sólo he conocido en España; bien es cierto que es el agua allí ligera, límpida y de un sabor exquisito.

La prohibición de beber vino que hace el Corán a los mahometanos, es la cosa más fácil de obedecer en tales climas.

Gracias a los discursos elocuentes que nuestro *calesero* pronunciaba continuamente a su mula, y a las piedrecitas que con mucho tino le tiraba a las orejas, marchamos a buen paso. En los momentos difíciles la llamaba *vieja, revieja,* injuria especialmente sensible para las mulas, ya porque va siempre acompañada de algún golpe en el lomo con el palo del látigo, ya porque es muy humillante de suyo. El tal epíteto, aplicado muy oportunamente varias veces, hizo que llegásemos a las puertas de Madrid a las cinco de la tarde.

Ya conocíamos Madrid, y no vimos a nuestro retorno otra cosa de particular que la procesión

del Corpus, que ha perdido mucho de su antiguo esplendor con la supresión de los conventos y de las cofradías religiosas. Sin embargo, es una ceremonia no exenta de solemnidad. El sitio por donde pasa la procesión está espolvoreado de arena fina y cubierto con *tendidos* de lienzo, que van de una casa a otra, para mantener las calles en sombra y con cierta frescura; los balcones están colgados y enjoyados con lindas mujeres, muy vestidas; es el golpe de vista más encantador que se puede imaginar. El manejo perpetuo de los abanicos, que se abren, se cierran, palpitan y se agitan como mariposas que buscan donde posarse; los movimientos de brazos de las mujeres, arreglándose la mantilla y corrigiendo la colocación de un pliegue poco gracioso; las miradas que se cruzan de un balcón a otro entre la gente conocida; la linda inclinación de cabeza y el gesto gracioso que acompaña al *agur* con que las señoras responden a los caballeros que las saludan; la multitud pintoresca, entreverada, de *gallegos*, *pasiegos*, *valencianos*, *manolas* y aguadores, todo esto constituye un espectáculo de una animación y una alegría encantadoras. Los Niños de la Cuna, con sus uniformes azules, van a la cabeza de la procesión. En aquella larga fila de criaturas vimos muy pocas que tuviesen un lindo rostro, y al mismo Himeneo, en toda su indiferencia conyugal, hubiérale sido difícil producir nada más feo que aquellos hijos del amor. Luego van los estandartes de las parroquias, el clero, las urnas de plata, y, bajo



un dosel de tisú de oro, el *Corpus Dei*, en un sol de diamantes de un brillo cegador.

La devoción proverbial de los españoles parecióme un tanto enfriada, y en este aspecto podríamos habernos creído en París en el tiempo en que no arrodillarse ante el Santo Sacramento era una oposición de buen gusto. Apenas si, al aproximarse el dosel, los hombres se llevaban la mano al ala del sombrero. La España católica no existe. La península hállase entregada a las ideas volterianas y liberales sobre el *feudalismo*, la *inquisición* y el *fanatismo*. Derribar conventos le parece el colmo de la civilización. Estando una noche cerca de la Casa de Correos, en la esquina de la calle de Carretas, vi que la gente se esquivaba con precipitación al tiempo mismo que por la calle Mayor se acercaba una porción de luces brillantes: era el Santo Sacramento, que en su carroza se dirigía al lecho de algún moribundo, pues en Madrid, Dios no va a pie. La huída de la gente tenía por fin evitar el arrodillarse.

Puesto que estamos en plan de hablar de ceremonias religiosas, diremos que en España la cruz del paño de los muertos no es blanca como en Francia, sino de un amarillo azufre bastante lúgubre. Para transportarlos no emplean coche, sino unas angarillas.

Madrid nos resultaba insoportable, y los dos días que aun tuvimos que estar allí, nos parecieron dos siglos por lo menos. Soñábamos con naranjos, limoneros, cachuchas, castañuelas, basqui-

ñas y trajes pintorescos, pues todo el mundo nos contaba maravillas de Andalucía, con ese énfasis un poco fanfarrón de que los españoles no pueden prescindir, lo mismo que los gascones franceses.

El momento tan deseado llegó por fin, pues todo llega, hasta el día que uno desea, y partimos en una diligencia muy cómoda, tirada por un ejército de mulas esquiladas, lucias y vigorosas, que caminaban muy deprisa. La diligencia estaba tapizada de *nankin* y guarnecida de cortinas y persianas verdes. Nos pareció lo supremo de la elegancia, después de las abominables galeras, *sillas volantes* y calesas en que nos habíamos traqueteado hasta entonces; y, efectivamente, hubiera sido muy cómoda sin aquella temperatura de horno de yeso que nos calcinaba, a pesar de nuestros abanicos, siempre en movimiento, y de la extrema ligereza de nuestra ropa. En aquella sartén rodante oíase una letanía perpetua de ¡Jesús, qué calor! ¡Yo me ahogo! ¡Yo me derrito!, y otras exclamaciones por el estilo. Sin embargo, tomábamos la desgracia con paciencia y dejábamos, sin renegar demasiado, que el sudor nos corriese en cascada por la nariz y las mejillas, pues teníamos en perspectiva, al final del viaje, Granada y la Alhambra, el sueño de todo poeta. Granada, cuyo solo nombre hace prorrumpir en fórmulas admirativas y bailar en un pie al burgués más gordo, más electo y más jefe de la guardia cívica.

Los alrededores de Madrid son tristes, desnudos y abrasados, aunque menos pedregosos por esta parte que viniendo del Guadarrama; los terrenos, más trabajados que quebrados, se suceden uniformes, sin otra particularidad que algunos pueblos polvorientos y gredosos, arrojados acá y allá en medio de la aridez general, y en los que nadie se fijaría si la torre cuadrada de su iglesia no atrajera la atención. Las flechas agudas son raras en España, y la torre de cuatro lados es la forma corriente de los campanarios. En las encrucijadas de los caminos, cruces sospechosas extienden sus brazos siniestros; de tiempo en tiempo pasan carros de bueyes, con el boyero dormido bajo su capa, y campesinos a caballo, de cara fosca, y con la carabina en el arzón de la silla.



El cielo, en el centro del día, es color de plomo derretido; la tierra, de un gris de pólvora salpicada de luz, que azulea ligeramente en la lejanía. Ni un sólo grupo de árboles, ni un arbusto, ni una gota de agua en el lecho reseco de los torrentes; nada donde descansar la vista y reposar la imaginación. Para hallar un poco de abrigo contra los rayos devoradores del Sol, es preciso seguir la estrecha línea de sombra azul que proyectan las tapias. Bien es verdad que estábamos en pleno mes de julio, época que no es precisamente la más a propósito para tener fresco viajando por España; pero somos de opinión de visitar a los países en su estación más extremada: España, en verano; Rusia, en invierno.

Hasta el Real Sitio de Aranjuez no encontramos nada que merezca mención especial. Aranjuez es un palacio de ladrillo con esquinas de piedra, de un efecto blanco y rojo, con tejados de pizarra, pabellones y veletas, que recuerdan el género de construcciones en uso en tiempos de Enrique III y Luis XIII, el palacio de Fontainebleau o las casas de la plaza Real de París. El Tajo, que se cruza por un puente colgante, mantiene una frescura en la vegetación que causa el asombro de los españoles y permite que los árboles del norte se desarrollen allí con extraordinario vigor. En Aranjuez hay olmos, fresnos, abedules, tiemblos, tan raros allí como lo serían aquí, higueras de India, áloes y palmeras.

Se nos hizo notar una galería construída expresamente, por la que Godoy, el famoso príncipe de la Paz, se dirigía desde su casa al palacio. Al salir del pueblo se advierte, a la izquierda, la Plaza de Toros, que es de un aspecto bastante monumental.

Mientras cambiaban de tiro, corrimos al mercado a proveernos de naranjas y a tomar helado—mejor dicho, puré de nieve con limón—en uno de esos puestos de refrescos al aire libre, que son tan comunes en España como las tabernas en Francia. En vez de beber cañas de vino azul o vasitos de aguardiente, los campesinos y vendedoras de verduras del mercado toman una bebida helada, que no les cuesta más cara, y, por lo menos, no les perturba el cerebro ni los embrutece. La poca costum-



bre de la borrachera es causa de que la gente del pueblo sea muy superior a sus equivalentes de nuestros países, que presumen de civilizados.

El nombre de Aranjuez, que se forma con estas dos palabras: *Ara Jovis*, indica suficientemente que esta residencia se levanta en el emplazamiento de un antiguo templo de Júpiter. No tuvimos tiempo para visitar el interior, y no lo sentimos mucho, pues todos los palacios se parecen. Pasa lo mismo que con los cortesanos: la originalidad sólo se encuentra en el pueblo, y parece como que la canalla ha conservado el privilegio de la poesía.

De Aranjuez a Ocaña, el paisaje, sin ser notable, tiene trozos más pintorescos. Colinas de una ondulación bella, vivamente bañadas por la luz, quiebran la monotonía del camino, cuando la tolvanera en que la diligencia galopa—en ella envuelta como un dios—se disipa, arrastrada por un soplo favorable, y permite divisarlas. El camino, aunque mal cuidado, es bastante bueno, gracias a este maravilloso clima, en que no llueve casi nunca, y a los pocos coches que transitan, pues casi todos los transportes se hacen a lomos de acémilas.

Debíamos cenar y dormir en Ocaña para esperar al *correo real* y aprovechar su escolta uniéndonos a él, pues pronto nos internaríamos en la Mancha, infectada a la sazón por los Palillos, Polichinelas y otros honrados personajes, con los que no era agradable encontrarse. Paramos en una posada de buena aperiencia, con su patio de columnas cubierto de un soberbio tendido, cuyo lienzo, doble o sencillo,

formaba dibujos y simetrías por la mayor o menor transparencia. El nombre del fabricante y su dirección en Barcelona hallábanse inscritos en él, y se leían perfectamente. Mirtos, granados y jazmines, en tiestos de barro rojo, alegraban y perfumaban aquel patio interior, esclarecido por una media luz, tamizada y llena de misterio. El patio es una invención encantadora; en él se disfruta de frescura y de más espacio que en el cuarto; se puede pasear, leer, estar solo o con los demás. Es un terreno neutral donde se encuentran las gentes; donde, sin someterse al fastidio de las visitas de etiqueta y de las presentaciones, se acaba por conocer y entablar amistad; y cuando, como en Granada y Sevilla, se puede añadir el encanto de una fuente o un surtidor, no conozco nada más delicioso, sobre todo en una región en donde la temperatura alcanza elevaciones dignas del Senegal.

En espera de la comida, nos fuimos a dormir la siesta, costumbre precisa de adoptar en España, pues el calor, de dos á cinco de la tarde, es algo que un parisiense no puede imaginarse. El suelo arde; los aldabones de hierro de las puertas se ponen al rojo; parece que del cielo cae una lluvia de fuego; el trigo revienta en la espiga; la tierra se resquebraja como el esmalte de una estufa demasiado caliente; las cigarras hacen rechinar su caparazón con más viveza que nunca, y el poco aire que llega parece exhalado por la boca de bronce de un calorífero; las tiendas se cierran, y ni por todo el oro del mundo se decidiría un comerciante a venderos nada. Sólo se ve por las calles a los perros y a los franceses, según la frase popular, poco halagüeña para nosotros. Los guías, aunque se les dé un habano o una entrada para los toros—dos cosas eminentemente seductoras para un criado español—, se niegan a llevarnos a ninguna parte. El único recurso que os queda es dormir como los demás; y uno se resigna pronto, pues ¿qué hacer solo, despierto, en medio de una nación dormida?



Nuestras habitaciones, enjalbegadas, eran de una limpieza irreprochable. Los insectos, de que tan vivas y picantes descripciones nos hicieran, no aparecían aún, y nuestro sueño no se vió interrumpido por ninguna pesadilla de mil patas.

A las cinco de la tarde nos levantamos para dar una vuelta, en espera de la comida. Ocaña no es rica en monumentos, y su mayor derecho a la celebridad estriba en el ataque desesperado de las tropas españolas a un reducto francés durante la invasión. El reducto fué tomado; pero quedaron sobre el campo casi todas las tropas españolas. Se enterró a cada uno de aquellos héroes en el sitio en que había caído. Habíanse conservado las filas tan bien, a pesar del diluvio de metralla, que aun se pueden reconocer por la simetría de las fosas. Diamante escribió una obra titulada *El Hércules de Ocaña*, compuesta, sin duda, para algún atleta de fuerza prodigiosa, como el Goliath del Circo Olímpico. Nuestro paso por Ocaña nos la recordó.

Terminaban la siega en una época en que en nuestro país apenas comienza a amarillear el trigo, y trasladaban las gavillas a grandes eras de tierra apisonada, especie de picadero, donde los caballos y las mulas desgranan las espigas pataleando sobre ellas. Las bestias tiran de una especie de trineo, en el que va de pie, en una postura llena de gracia y altivez, el individuo que dirige la operación. Hace falta mucho aplomo y mucha seguridad para mantenerse en esta máquina liviana, arrastrada por tres o cuatro caballos, fustigados constantemente. Un pintor de la escuela de Leopoldo Robert sacaría gran partido de estas escenas, de una sencillez bíblica y primitiva. Aquí, como en Italia, no le faltarían las hermosas cabezas tostadas por los soles, los ojos brillantes, los rostros de *madona*, los trajes típicos, la luz dorada, el azul y el sol.

La tarde a que nos referimos estaba el cielo de un azul lechoso teñido de rosa; los campos, hasta donde alcanzaba la vista, parecían un inmenso mantel de oro pálido, en el que se divisaban, de cuando en cuando, como islotes en un océano de luz, los carros tirados por bueyes, que casi desaparecían bajo las gavillas. La quimera de un cuadro sin sombra, tan perseguida por los chinos, allí se lograba. Todo era luz y claridad; el tono más obscuro no pasaba de un gris perla.

Nos sirvieron, al fin, una comida regular—o, por lo menos, así le pareció a nuestro apetito—, en una sala baja, adornada con cuadritos de cristal



de un rococó veneciano muy extraño. Después de cenar, como medianos fumadores que éramos mi compañero y yo, y no pudiendo tomar parte muy activa en la conversación, por tenernos que constreñir a las doscientas o trescientas palabras que sabíamos para expresarlo todo, subimos a nuestras habitaciones, bastante apesadumbrados por varias historias de ladrones que habíamos oído referir en la mesa, y que, entendidas a medias, nos parecían aún más terribles.

Tuvimos que esperar hasta las dos de la tarde la llegada del *correo real*, pues no hubiera sido prudente reanudar la marcha sin él. Teníamos, además, una escolta especial de cuatro jinetes, armados con trabucos, pistolas y sables desmesurados. Eran hombres de alta estatura, de rostros característicos, encuadrados de enormes patillas negras, con amplios sombreros puntiagudos, anchas fajas rojas, calzones de pana y polainas de cuero. Más aire tenían de ladrones que de gendarmes, y, en realidad, era una muestra de ingenio llevarlos consigo, por miedo a encontrarse con ellos.

Veinte soldados, apiñados en una galera, seguían al *correo real*. Una galera es un carro sin ballestas, de dos o cuatro ruedas; una red de estera sirve de fondo. Esta somera descripción dará una idea de la postura de aquellos infelices, obligados a permanecer de pie y a cogerse a las estacas para no caerse unos sobre otros. Añádase a esto una velocidad de cuatro leguas por hora, un calor asfixiante, un sol perpendicular, y habremos

de convenir en que era necesario un fondo de buen humor heroico para encontrar divertida la situación. Y, sin embargo, aquellos soldados, cubiertos apenas con andrajos de uniforme, el estómago vacío, sin otra bebida que el agua caliente de su cantimplora, sacudidos como ratones en una ratonera, no hicieron más que reír a carcajadas y cantar todo el camino. La sobriedad de los españoles y su paciencia para soportar la fatiga tiene algo verdaderamente de prodigio. Son aún completamente árabes en este punto. No se puede llevar más lejos el olvido de la vida material. Pero aquellos soldados, a quienes les faltaba el pan y los zapatos, tenían una guitarra.

Toda la parte del reino de Toledo por donde cruzamos es de una aridez espantable, y se resiente de la proximidad de la Mancha, patria de Don Quijote, la provincia de España más desolada y más estéril.

No tardamos en dejar atrás La Guardia, pueblecillo insignificante y de un aspecto mísero. En Tembleque compramos, dedicándolas a algunas lindas piernas de París, unas cuantas docenas de ligas cereza, naranja, azul celeste, adornadas con hilo de oro y de plata, y letreros tejidos que avergonzarían a los más galantes confiteros de Saint-Cloud. Tembleque es notable por sus ligas, como en Francia lo es Chatellerault por los cortaplumas.

Mientras mercábamos las ligas, oímos a nuestro lado un gruñido ronco, áspero y amenazador, como el de un perro rabioso; nos volvimos bruscamente, no sin cierto resquemor, pues no sabíamos cómo se habla a los perros españoles, y vimos que aquel aullido no lo profería un animal, sino un hombre.



Jamás pesadilla alguna, hincada sobre el pecho de un enfermo delirante, ha producido un monstruo más abominable. Quasimodo es un Febo al lado de aquello. Una frente cuadrada, unos ojos hundidos de un brillo salvaje, una nariz tan aplastada que sólo se veían de ella las ventanillas, una mandíbula inferior dos pulgadas más saliente que la superior; este es, en pocas palabras, el retrato de aquel espantajo, cuyo perfil formaba arco, como los dibujos del creciente de la Luna en el almanaque de Lieja. La industria de aquel desgraciado era no tener nariz e imitar al perro, cosa que conseguía a maravilla, pues era más chato que la misma muerte y hacía más ruido él solo que todos los huéspedes de la barrera del Combate a la hora del almuerzo.

Puerto Lápiche consiste en algunas edificaciones medio en ruinas, acurrucadas y suspendidas en la pendiente de una ladera resquebrajada, grieteada, deleznable a fuerza de sequedad, y que se desmorona en desgarraduras extrañas. El colmo de la aridez y la desolación. Todo es color de corcho y de piedra pómez. Parece que ha pasado por allí el fuego del cielo; un polvo gris, fino como greda molida, enharina aún más el cuadro. Aquella miseria es tanto más desoladora, cuanto que el brillo de un cielo implacable hace resaltar

toda su pobreza. La melancolía nebulosa del norte no es nada junto a la tristeza luminosa de los países cálidos.

Al ver aquellas miserables casuchas se siente compasión hacia los pobres ladrones obligados a vivir merodeando en un país donde no se encuentra con qué hacer un huevo pasado por agua, en diez leguas a la redonda. El recurso de las diligencias y de los convoyes de galeras es, en realidad, insuficiente, y los pobres bandidos que cruzan la Mancha tendrán muchas veces que contentarse para cenar con un puñado de aquellas bellotas dulces que hacían las delicias de Sancho Panza. ¿Qué podrían quitar a gentes que no tienen un céntimo, ni bolsillo; que habitan casas con cuatro paredes por todo mobiliario y no poseen más chismes que una sartén y un cántaro? Saquear semejantes pueblos me parece una de las fantasías más lúgubres que pueden pasar por la imaginación de ladrones sin trabajo.

Un poco después de Puerto Lápiche se entra en la Mancha, donde divisamos, hacia la derecha, dos o tres molinos de viento—que tienen la pretensión de haber sostenido victoriosamente el choque de la lanza de Don Quijote—, y que de cuarto en cuarto de hora volteaban perezosamente sus flácidas alas al aliento de un aire flojo. La venta donde nos detuvimos para vaciar dos o tres jarras de agua fresca se vanagloria también de haber albergado al héroe inmortal de Cervantes.

No fatigaremos al lector con la descripción del



camino monótono a través de una región llana, pedregosa y polvorienta, salpicada de tarde en tarde con olivares de follaje de un verde glauco y enfermizo, donde no se encuentran más que campesinos cenceños, tostados, momificados, con sombreros rojizos, calzones cortos y polainas de paño negruzco, llevando al hombro chaquetillas desgarrapizadas y arreando a algún burro sarnoso, de pelo blanco por la edad, las orejas caídas y el aspecto lamentable; donde sólo se ve, a la entrada de los pueblos, chiquillos medio desnudos, morenos como mulatos, que os miran pasar con una cara asombrada y salvaje.

Llegamos a Manzanares a media noche, muertos de hambre. El correo que nos precedía, utilizando su derecho de prioridad en el arribo y sus relaciones en la posada, había agotado las provisiones, que consistían, bueno es decirlo, en tres o cuatro huevos y un trozo de jamón. Nos lamentamos a grandes voces y del modo más quejumbroso, declarando que prenderíamos fuego a la casa para asar a la misma posadera, a falta de otro alimento. Aquel alarde de energía nos valió, a eso de las dos de la madrugada, una cena, para la que debieron de despertar a medio pueblo. Tuvimos un cuarto de cabrito, huevos con tomate, jamón y un queso de cabra, con un vinillo blanco bastante pasadero. Comimos todos juntos en el patio, a la luz de tres o cuatro lámparas de cobre amarillo, muy semejantes a las antiguas lámparas funerarias, y cuya llama, agitada por el vien-

to de la noche, proyectaba sombras extrañas, dándonos el aire de monstruos que devorasen trozos de niño desenterrado. Para que la comida tuviera un aspecto completamente mágico, una muchacha ciega se acercó a la mesa, atraída por el ruido, y se puso a cantar canciones con tono quejumbroso y monótono, como una vaga aparición sibilina. Sabedora de que éramos extranjeros, improvisó en honor nuestro algunas estrofas religiosas, que recompensamos con unos cuantos reales.

Antes de volver a montar en el coche fuimos a dar una vuelta por el pueblo y a pasearnos—a tientas, desde luego—; pero siempre valía más que permanecer en el patio de la posada.

Llegamos a la plaza del mercado, no sin haber pisado en la obscuridad a algún durmiente al sereno. En verano, la gente se acuesta, por lo general, en la calle, unos sobre su capa, otros sobre una manta de mula, éstos sobre un saco relleno de paja menuda—los sibaritas—, aquéllos sencillamente sobre el seno desnudo de la madre Cibeles, con un canto por cabecera.

Los campesinos llegados por la noche dormían revueltos con verduras raras y géneros silvestres, entre las patas de sus burros y sus mulos, esperando el día, que no había de tardar en alborear.

Un débil rayo de Luna iluminaba vagamente en la obscuridad una especie de edificio almenado, antiguo, en el que se reconocía, por la blancura del yeso, trabajos de defensa hechos durante la última guerra civil y que los años aun no habían



tenido tiempo de armonizar con el resto. Como viajeros concienzudos, esto es lo único que podemos decir de Manzanares.

Nuevamente montamos en el coche: el sueño nos invadió, y cuando volvimos a abrir los ojos, estábamos en los alrededores de Valdepeñas, pueblo notable por su vino; la tierra y las colinas, sembradas de piedras, eran de un tono rojizo, de una crudeza singular, y comenzábase a distinguir en el horizonte líneas de montañas dentadas como sierras y de un perfil muy preciso, a pesar de la gran distancia a que se veían.

Valdepeñas es un pueblo vulgar, y debe su reputación únicamente a sus viñedos. Su nombre de valle de piedras está plenamente justificado. Allí nos detuvimos para desayunar, y, por una inspiración divina, tuve la idea de ingerir, desde luego, mi chocolate y el de mi compañero, que no estaba despierto aún; y, previendo hambres futuras, acumulé en mi taza tantos buñuelos como cupieron, de modo que formé una especie de sopa bastante sustanciosa, pues no había llegado a la sobriedad del camello, a la que llegué más tarde, después de largos ejercicios de abstinencia dignos de un anacoreta de los tiempos primitivos. Aun no me había aclimatado, y traía de Francia un apetito inverosímil, que inspiraba un asombro respetuoso a los naturales del país.

Al cabo de unos minutos emprendimos la marcha a toda prisa, pues había que seguir de cerca al *correo real* para no perder el beneficio de su

escolta. Al sacar la cabeza fuera del coche para echar una última ojeada sobre Valdepeñas, dejé caer mi gorra en el camino; un muchacho de doce o quince años percatóse de ello, y, para ganarse unos cuartos, la recogió y echó a correr detrás de la diligencia, que ya estaba muy lejos; la alcanzó, sin embargo, aunque iba descalzo y por un camino empedrado de guijarros puntiagudos y cortantes. Le tiré un puñado de cobre, que debió de convertirle súbitamente en el pillete más opulento de toda la comarca. Refiero esta circunstancia insignificante, porque es característica de la ligereza de los españoles, los primeros andarines del mundo y los corredores más ágiles que puede verse. Ya hemos tenido ocasión de hablar de los postillones a pie, que se llaman *zagales*, y que siguen a los coches al galope durante leguas enteras, sin cansarse aparentemente y sin romper a sudar.

En Santa Cruz nos ofrecieron toda clase de cuchillos y navajas: Santa Cruz y Albacete son notables por esta cuchillería de fantasía. Las navajas, de un estilo árabe y bárbaro muy característico, tienen mango de cobre recortado, cuyos calados dejan al descubierto lentejuelas grandes, rojas, verdes o azules; cincelados groseros, pero ejecutados con soltura, adornan la hoja, de forma de pescado y siempre muy afilada; la mayoría llevan letreros como los siguientes: *Soy de uno solo* o *Cuando esta víbora pica no hay remedio en la botica.* Algunas veces la hoja está rayada de



tres líneas paralelas, cuyo hueco va pintado de rojo, lo cual le da un aspecto verdaderamente formidable. El tamaño de estas navajas varía desde tres pulgadas a tres pies; algunos *majos*—campesinos de buen ver—tienen unas que, abiertas, son más largas que un sable; un muelle articulado o un anillo al que se da vuelta, asegura y sostiene el hierro. La navaja es el arma favorita de los españoles, sobre todo de la gente del pueblo; la manejan con una destreza increíble y se hacen un escudo con la capa arrollada al brazo izquierdo. Es un arte que tiene sus reglas como la esgrima, y los maestros del cuchillo son tan numerosos en Andalucía como los de armas en París. Todo esgrimidor de la navaja tiene sus ataques secretos y sus golpes especiales; los inteligentes, según dicen, en cuanto ven una herida, conocen al *artista* que ha ejecutado el trabajo, como se puede reconocer a un pintor en la pincelada.

Las ondulaciones del terreno comenzaban a ser más acentuadas y frecuentes; no hacíamos sino subir y bajar. Nos aproximábamos a Sierra Morena, que es el límite del reino de Andalucía. Detrás de aquella cadena de montañas violeta se ocultaba el paraíso de nuestros sueños. Ya las piedras se cambiaban en rocas; las colinas, en macizos escalonados; cardos de seis a siete pies de alto erizábanse al borde del camino como alabardas de soldados invisibles. Aunque tengo la pretensión de no ser un asno, me gustan mucho los cardos—gusto que comparto con las maripo-

sas—, y aquéllos me sorprendieron: es una planta maravillosa y de la que pueden sacarse muchos motivos de ornamentación. La arquitectura gótica no tiene arabescos ni follajes más limpiamente labrados ni dibujados con más finura. De tiempo en tiempo divisábamos en los campos vecinos grandes manchas amarillentas, como si hubieran vertido sacos de paja picada. Sin embargo, aquella paja, al acercarnos, se levantaba en torbellinos y revoloteaba con ruido; eran bandos de saltamontes en reposo; debía de haber millones; aquello olía a Egipto.

En aquel sitio, aproximadamente, es donde por primera vez en mi vida he padecido verdadera hambre; Ugolino, en su torre, no debió de sentirse más hambriento que yo, pues yo no tenía, como él, cuatro hijos a quienes comerme. El lector, que me ha visto ingurgitar en Valdepeñas dos tazas de chocolate, quizá se asombre de este apetito prematuro; pero las tazas españolas son tan grandes como un dedal, y contienen, a lo sumo, dos o tres cucharadas. Mi tristeza aumentó, sobre todo en la venta donde dejamos nuestra escolta, al contemplar, a la luz de un rayo de Sol que entraba por la chimenea, cómo se doraba una magnífica tortilla destinada a la comida de la tropa; anduve rondándola como un lobo hambriento, pero estaba muy bien guardada para poder arrebatarla. Felizmente, una señora de Granada, que iba en la diligencia con nosotros, compadecióse de mi martirio y me dió unas lonchas de jamón de la Mancha, cocido con azúcar, y un pedazo de pan que llevaba de reserva en una de las bolsas del coche. ¡Que aquel jamón le sea centuplicado en el otro mundo!



No lejos de aquella venta, a la derecha del camino, alzábanse unos pilares, donde estaban expuestas tres o cuatro cabezas de malhechores: espectáculo siempre tranquilizador y que demuestra que se está en país civilizado.

El camino subía haciendo infinitos zigzags. Íbamos a pasar por el *Puerto de los Perros*, una garganta estrecha, una abertura practicada en la montaña por un torrente que deja el sitio justo para el camino que le orilla. El *Puerto de los Perros* se llama así porque por él salieron de Andalucía los moros vencidos, llevándose consigo la dicha y la civilización de España. España, que está tocando con Africa, como Grecia con Asia, no está hecha para las costumbres europeas. El genio de Oriente asoma en mil formas distintas, y quizá es una lástima que no haya continuado siendo morisca o mahometana.

No es posible imaginarse nada más pintoresco ni más grandioso que esta puerta de Andalucía. La garganta está tallada en inmensas rocas de mármol rojo, cuyas series gigantescas se superponen con una especie de regularidad arquitectónica; aquellos bloques enormes, de anchas hendeduras transversales—venas de mármol de la montaña, especie de descortezamiento terrrestre donde se puede estudiar la anatomía del globo—,

alcanzan unas proporciones que reducen al estado microscópico los mayores granitos egipcios. En los intersticios se enraizan encinas verdes, alcornoques gigantescos, que no parecen mayores que un manojo de hierba en una muralla corriente. Conforme se va ganando el fondo de la garganta, la vegetación se espesa hasta formar una maraña impenetrable, a través de la cual se ve, de tiempo en tiempo, relucir el agua diamantina del torrente. Los escarpes son tan abruptos por la parte del camino, que han juzgado prudente proveerle de un parapeto, sin el cual el coche, siempre lanzado al galope, y tan difícil de guiar a causa de las revueltas, podría perfectamente dar un salto peligroso de quinientos o seiscientos pies por lo menos.

En Sierra Morena es donde el Caballero de la Triste Figura, a imitación de Amadís en la Peña Pobre, cumplió la célebre penitencia, que consistía en hacer piruetas en camisa sobre las rocas más puntiagudas, y donde Sancho Panza, el hombre positivo, la razón vulgar junto a la noble locura, encontró el equipaje de Cardenio, tan bien provisto de ducados y camisas finas. En España no se puede dar un paso sin tropezar con el recuerdo de Don Quijote: tan nacional es la obra de Cervantes. Sus dos figuras son el resumen de todo el carácter español: la exaltación caballeresca, el espíritu aventurero unido a un gran sentido práctico y a una bondad jovial llena de finura y de causticidad.



En Venta de Cárdenas, donde se cambió de tiro, vi, acostado en su cuna, a un niñito de una blancura sorprendente y que parecía un niño Jesús de cera en el pesebre. Los españoles, cuando aun no están curtidos por el sol, son de una blancura extrema.

Franqueada Sierra Morena, el aspecto del país cambia totalmente; es como si de pronto se pasara de Europa a Africa; las víboras, refugiándose en su agujero, rayan con rastros oblicuos la arena fina del camino; las chumberas empiezan a blandir sus grandes hojas espinosas en el borde de los fosos. Aquellos grandes abanicos de hojas carnosas, espesas, de un gris azulesco, dan de súbito una fisonomía distinta al paisaje. Se siente uno en otra parte; se comprende que se ha dejado París de un modo definitivo; la diferencia de clima, de arquitectura, de trajes, no le hace a uno creerse tan fuera de su país como la presencia de esas grandes vegetaciones de zona tórrida que no tenemos costumbre de ver más que en invernaderos. Los laureles, las encinas, los alcornoques, las higueras de hojas barnizadas y metálicas, tienen algo de libre, de robusto y de salvaje, que indica un clima donde la Naturaleza es más fuerte que el hombre y puede prescindir de él.

Ante nosotros extendíase, como en un inmenso panorama, el hermoso reino de Andalucía. Aquella vista tenía la grandeza y el aspecto del mar; cadenas de montañas, sobre las que la distancia pasaba su nivel, desarrollábanse con ondulaciones de

infinita suavidad, como grandes olas de azur. Calinas amarillentas y rastreras bañaban las cortaduras; aquí y allá, los vivos rayos del Sol doraban algún montículo más cercano, y lo tornasolaban polícromamente como la garganta de un pichón. Otras cimas, extrañamente jironadas, asemejábanse a esas telas de los cuadros antiguos, amarillas por un lado y azules por el otro. Todo estaba inundado de una luz fulgurante, espléndida, como debía ser la que iluminase el paraíso terrenal. La luz rielaba en aquel océano de montañas como oro y plata líquidos, rompiéndose en áurea espuma fosforescente al tropezar con los obstáculos. Aquello era más grande que las más amplias perspectivas del inglés Martywny; mil veces más hermoso. El infinito en claro es mucho más sublime y prodigioso que el infinito en obscuro.

Mirando siempre aquel cuadro maravilloso, que variaba y ofrecía nuevas magnificencias a cada rodada, vimos perfilarse en el horizonte los tejados puntiagudos de los pabellones simétricos de La Carolina, especie de pueblo modelo, de falansterio agrícola, levantado en otro tiempo por el conde de Floridablanca y poblado por él de alemanes y suizos traídos a todo coste. Este pueblo, edificado de una vez, nacido al soplo de una voluntad, tiene esa regularidad molesta que no poseen los caseríos agrupados poco a poco por el capricho del azar y del tiempo. Todo está tirado a cordel; desde el medio de la plaza se ve el pueblo entero; aquí, el mercado y la plaza de toros; allá, la iglesia y



la casa del alcalde. No hay que decir que prefiero el villorrio más mísero, edificado a la ventura. Esta colonia no dió resultado; los suizos enfermaron de nostalgia y murieron como chinches, sólo con oír las campanas, y hubo necesidad de quitarlas. Sin embargo, no murieron todos, y la población de La Carolina conserva aún las huellas de su origen germánico. En La Carolina hicimos una comida seria, regada de un vino excelente, sin necesidad de comer bocados dobles, pues ya no íbamos detrás del correo; los caminos eran perfectamente seguros en aquella parte.

Chumberas de un tamaño cada vez más africano continuaban apareciendo a las orillas del camino, y, hacia la izquierda, una gran guirnalda de flores del rosa más vivo, detonando en un follaje esmeralda, marcaba todas las sinuosidades del lecho de un arroyo seco. Aprovechando un relevo, mi compañero corrió donde estaban las flores, y volvió con un ramo: eran adelfas de una frescura y un brillo incomparables. Podría dirigirse a este arroyo, cuyo nombre ignoro, la pregunta de Casimiro Delavigne al río griego.

"Eurotas, Eurotas, ¿qué hacen tus adelfas?"

A estas flores sucedieron—como una reflexión melancólica a un áureo relámpago de risa—grandes olivares, cuyo follaje pálido recuerda la cabellera enharinada de los sauces del norte y armoniza admirablemente con el tono ceniciento

del terreno. Este follaje, de tono sombrío, austero y suave, fué elegido muy cuerdamente por los antiguos, tan hábiles apreciadores de las relaciones naturales, como símbolo de la paz y de la sabiduría.

Serían cerca de las cuatro cuando llegamos a Bailén, célebre por la capitulación desastrosa que lleva su nombre. Allí debíamos pasar la noche, y, en espera de la cena, fuimos a pasear por el pueblo y sus alrededores con la señora de Granada y una joven muy bonita que iba a tomar los baños de mar a Málaga, en compañía de su padre y su madre. Es de advertir que la reserva habitual de los españoles cede su puesto en seguida a una honesta y cordial familiaridad, en cuanto tiene la seguridad de que no tratan con viajantes de comercio, con titiriteros o vendedores de pomada.

La iglesia de Bailén, cuya construcción no se remonta más allá del siglo XVI, sorprendióme por su color extraño. La piedra y el mármol, tostados por el sol de España, en vez de ennegrecerse como bajo nuestro cielo húmedo, habían tomado tonos rojos de una calidez y una fuerza extraordinarias, que llegaban hasta el azafrán y el púrpura; tonos de hoja de viñedo al fin del otoño. Junto a la iglesia, emergiendo de una tapia dorada con los reflejos más cálidos, se abría bruscamente sobre el cielo azul una palmera, la primera que he visto en mi vida en pleno campo. Aquella inesperada palmera, súbita revelación de Oriente, a la vuelta de una esquina, me produjo



un efecto singular. Me hacía la ilusión de que iba a ver perfilarse, a los reflejos del Sol poniente, el cuello larguirucho de los camellos, y flotar los blancos albornoces de los árabes de una caravana.

Ruinas muy pintorescas de antiguas fortificaciones conservaban en muy buen estado una torre, a la que se podía subir agarrándose con los pies y las manos a los salientes de las piedras. Nos vimos recompensados del trabajo que nos tomáramos, con una vista magnífica. La villa de Bailén, con sus techumbres de tejas, su iglesia roja y sus casas blancas acurrucadas al pie de la torre como un rebaño de cabras, constituía un primer término admirable; más lejos, los campos de trigo ondulando en olas de oro, y en el fondo, por encima de varias cordilleras, veíanse brillar, como una silueta de plata, las crestas lejanas de Sierra Nevada. Los neveros, sorprendidos por la luz, fulgían y refractaban resplandores prismáticos, y el Sol, semejante a una gran rueda de oro, de la cual su disco era el cubo, expandía como radios sus rayos inflamados en un cielo matizado con todos los matices del ágata y la venturina.

La posada en que habíamos de dormir era un gran edificio de un solo cuerpo, con una enorme chimenea a cada extremo, un techo de vigas ennegrecidas y barnizadas por el humo, y pesebreras a los lados para las mulas, los caballos y los burros. Para los viajeros había algunas habitacioncitas laterales, con una cama compuesta de tres

tablones sobre unos banquillos y recubiertas de estas películas de lienzo, entre las que flotan algunos vellones de lana, que los posaderos pretenden hacer pasar por colchones, con la desvergüenza mezclada de sangre fría que los caracteriza; lo cual, sin embargo, no nos impidió dormir como Epimenidas y los siete durmientes reunidos.

Salimos muy de mañana, para evitar el calor, y volvimos a ver las hermosas adelfas, brillantes como la gloria y frescas como el amor, que tanto nos encantaron la víspera. A poco, el Guadalquivir, de aguas turbias y amarillentas, nos cortó el paso; lo cruzamos en barcaza y tomamos el camino de Jaén. A la izquierda se nos hizo notar la torre de Torrequebradilla, iluminada por un rayo de Sol, y no tardamos mucho en divisar la extraña silueta de Jaén, capital del reino de este nombre.

Una enorme montaña color ocre, amarillenta como una piel de león, pulverulenta de luz, dorada por el sol, elévase bruscamente en medio de la ciudad; torres macizas y largos zigzags de fortificaciones antiguas atigran sus costados descarnados con líneas raras y pintorescas. La catedral, inmenso amontonamiento de arquitectura, que de lejos parece más grande que la misma ciudad, se alza orgullosa, como montaña fingida junto a la natural. Esta catedral—en el género de arquitectura del Renacimiento, y que se vanagloria de poseer el lienzo auténtico en que La Verónica recogió la huella de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo—fué edificada por los duques de



Medinaceli. Es bella sin duda alguna, pero de lejos la veíamos más antigua, y sobre todo, más interesante.

Al ir del parador a la catedral, vi unos anuncios de teatro; la víspera habían dado *Meropea*, y aquella noche representarían el *Campanero de San Pablo, por el ilustrísimo señor don José Bouchardy*. Este ilustrísimo señor es ni más ni menos que mi camarada Bouchardy. Ser representado en Jaén, ciudad salvaje, donde no se sale sin la navaja en la faja y la carabina al hombro, es una cosa muy halagadora sin duda alguna, y pocos de nuestros grandes genios contemporáneos podrán vanagloriarse de tal suceso. Si en algún tiempo nos apoderamos de algunas obras maestras del antiguo teatro español, hoy se las devolvemos en buena moneda, en zarzuelas y melodramas.

Visitada la catedral, volvimos, como los demás viajeros, al *parador*, cuyo aspecto parecía prometernos una excelente comida; había contiguo un café que tenía toda la traza de un establecimiento europeo y civilizado. Pero alguien notó, al sentarse a la mesa, que el pan estaba duro como una piedra, y pidió otro. El posadero no consintió por nada en cambiarle. Durante la discusión, otra persona advirtió que los platos estaban recalentados y debían de haber sido servidos ya en tiempos remotos. Todo el mundo puso el grito en el cielo y pidió otra comida nueva y enteramente inédita.

La explicación de aquel enigma era la siguiente: la diligencia que nos precedía había sido detenida

por los bandidos de la Mancha, de suerte que los viajeros, conducidos al monte, no pudieron consumir los manjares preparados para ellos en la posada de Jaén. El posadero, por no perder el gasto hecho, los guardó y nos los sirvió a nosotros; pero salióle mal la cuenta, pues todos nos levantamos y nos fuimos a comer a otra parte. Aquella desdichada comida sería presentada por tercera vez a los viajeros siguientes.

Nos refugiamos en una posada lóbrega, donde, después de una larga espera, nos sirvieron unas chuletas, huevos y ensalada, en unos platos desportillados, con cubiertos y vasos desiguales. El regalo no fué cosa mayor; pero estuvo sazonado con tales carcajadas y bromas acerca del furor cómico del hostelero viendo salir a su gente en procesión, y sobre la suerte de los desgraciados a quienes presentara los pollos tísicos, recalentados por tercera vez, que nos compensaron con creces de lo pobre del banquete. Una vez que se rompe el hielo, los españoles son de una alegría infantil y sencilla, encantadora en extremo. La menor cosa les hace reír hasta llorar.

En Jaén es donde he visto más trajes nacionales y pintorescos: los hombres, en su mayoría, llevan calzones de pana azul, adornados con botones de filigrana de plata, y polainas de Ronda, historiadas con mil calados, agujetas y arabescos, de un cuero más obscuro. La suprema elegancia consiste en no abrocharse más que los botones de arriba y los de abajo, de modo que se vea la pantorrilla.



Completan el atavío, que se parece mucho al de los antiguos bandidos italianos, anchas fajas de seda roja o amarilla, una chaquetilla de paño con alamares, un manta azul o café y un sombrero puntiagudo de anchas alas, adornado de terciopelo y madroños de seda. Otros llevaban lo que se llama *vestido de cazador*, todo de piel de gamo color avellana y pana verde.

Algunas mujeres del pueblo llevaban capas coloradas, salpicadas con lentejuelas escarlata, que eran una nota viva entre la multitud. El traje extraño, el cutis tostado, los ojos brillantes, la energía de las fisonomías, la actitud impasible y calmosa de aquellos majos—más numerosos allí que en ninguna otra parte—, dan a la población de Jaén un aspecto más africano que europeo; ilusión a la que contribuye el clima abrasador, la blancura deslumbradora de las casas—todas ellas enjalbegadas con cal, a la moda árabe—, el tono leonado de la tierra y el azul inalterable del cielo. En España hay un dicho sobre Jaén: "Ciudad fea, mala gente", que ningún pintor encontrará justo. Allí como aquí, para la mayoría de las personas, una ciudad bonita es una ciudad tirada a cordel, provista de un buen número de reverberos y de burgueses.

Al salir de Jaén se entra en un valle que se prolonga hasta la vega de Granada. Al principio es árido; montañas descarnadas, desmoronándose con la sequedad, os queman como espejos ardientes, con su reverberación blanquecina. No hay más huellas de vegetación que algunas descoloridas matas de

hinojo. Pero, a poco, el valle se estrecha y se ahonda, comienzan a relucir los regatos, la vegetación renace, la sombra y la frescura reaparecen. El río de Jaén ocupa el fondo del valle, por donde corre rápido, entre las piedras y las rocas, que a cada paso estorban su carrera y le obligan a desviarse. El camino le orilla, le sigue en sus sinuosidades, pues en estos países montañosos los torrentes son aún los ingenieros más hábiles para trazar caminos, y lo mejor que puede hacerse es seguir sus indicaciones.

Una casa de labriegos, en la que nos detuvimos para beber, estaba rodeada de dos o tres regatos de agua corriente, que iban luego a regar un macizo de mirtos, pistachos, granados y árboles de todas clases, de una pujanza extraordinaria de vegetación. Hacía tanto tiempo que no veíamos verde legítimo, que aquel jardín, inculto y silvestre en sus tres cuartas partes, nos pareció un pequeño paraíso terrenal.

La muchacha que nos dió de beber, en uno de esos encantadores cacharros de barro poroso que hacen tan fresca el agua, era muy linda, con sus ojos rasgados hasta las sienes, su tez tostada y su boca africana, abierta y roja, como un hermoso clavel, su falda de franjas y sus zapatos de terciopelo, de los que parecía muy orgullosa y muy preocupada. Este tipo, que se encuentra muy frecuentemente en Granada, es sin duda alguna morisco.

Al llegar a cierto paraje, el valle se estrecha



y las rocas se unen hasta el punto de no dejar más que el sitio preciso para el río. Antes, los coches se veían obligados a penetrar en él y marchar por el mismo lecho, lo cual no dejaba de tener sus inconvenientes, a causa de los agujeros, las piedras y la altura del agua, que en invierno debe de subir considerablemente. Para resolver esta dificultad, se ha perforado de parte a parte una de las rocas, practicándose un túnel bastante largo, del género de los viaductos de los caminos de hierro. Esta obra, de bastante importancia, sólo tenía unos cuantos años de fecha.

A partir de allí, se ensancha el valle y el camino no vuelve a obstruírse. Aquí hay en mis recuerdos una laguna de varias leguas. Rendido por el calor, que el tiempo tormentoso hacía en aquellos momentos verdaderamente sofocante, concluí por dormirme. Cuando desperté, la noche, que con tanta rapidez se echa encima en los países meridionales, había cerrado por completo; un viento espantoso levantaba torbellinos de polvo ardiendo; aquel viento debía de ser pariente cercano del *siroco* de Africa, y no sé cómo no nos asfixiamos. Las formas de los objetos desaparecían en aquella niebla polvorienta; el cielo, de ordinario tan espléndido en las noches de verano, parecía la bóveda de un horno; era imposible distinguir a dos pasos. Entramos en Granada a eso de las dos de la madrugada y paramos en la *Fonda del Comercio*, con pretensiones de hotel a la francesa, en la que no había sábanas en las

camas, y donde tuvimos que dormir vestidos sobre las tablas; pero todas estas tribulaciones nos preocupaban poco; estábamos en Granada, y ya tardaríamos pocas horas en ver la Alhambra y el Generalife.

Nuestro primer cuidado fué averiguar, por conducto del fámulo que tomamos, dónde había una casa de pupilos, esto es, una casa particular donde admiten huéspedes, pues, pensando permanecer en Granada algún tiempo, la hospitalidad de la *Fonda del Comercio* no nos convenía de ninguna manera. Este criado, llamado Luis, era francés, de Farmontieres, en Brie. Desertó en tiempo de la invasión de los franceses, bajo Napoleón, y vivía en Granada hacía veinte años. Era la figura más grotesca que puede imaginarse; su estatura, de cinco pies y ocho pulgadas, contrastaba por modo extraño con su cabecita, arrugada como una manzana y del tamaño del puño. Privado de toda comunicación con Francia, conservaba su jerga briarda en toda su pureza, hablaba como un *Jeannot* de ópera cómica y parecía recitar constantemente frases de M. Etienne. A pesar de residir tanto tiempo en España, su dura mollera habíase negado a adquirir la carga de un nuevo idioma, y no sabía otras frases que las más indispensables. No tenía de España otra cosa que las alpargatas y el sombrero de alas vueltas. Tales concesiones le molestaban mucho, y se vengaba de ellas abrumando de injurias a todos los naturales del país que encontraba a su paso; claro



está que en briardo, pues el señor Luis temía, sobre todo, a los golpes, y cuidaba su pellejo como si valiera algo.

Nos llevó a una casa muy decente en la *calle de Parragas*, cerca de la plazuela de San Antonio, a dos pasos de la *carrera del Darro*. La dueña de aquella casa de huéspedes había vivido mucho tiempo en Marsella, y hablaba francés, razón que nos decidió, desde luego, pues nuestro vocabulario era aún muy limitado.

Instaláronnos en una habitación del piso bajo, encalada y con un rosetón de varios colores en el techo por único adorno; pero aquella habitación tenía la ventaja de dar a un patio rodeado de columnas de mármol blanco, coronadas de capiteles morunos, que indudablemente procedían de la demolición de algún palacio árabe. Un estanquito con su surtidor, colocado en medio del patio, conservaba una agradable frescura; una gran estera de esparto, que hacía las veces de *tendido*, tamizaba los rayos del sol y sembraba de estrellas luminosas el suelo de guijarros, dividido en compartimientos.

Allí comíamos, allí leíamos, allí vivíamos. No entrábamos en el cuarto más que para vestirnos y dormir. Sin el patio, disolución arquitectónica que recuerda el antiguo *cavædium* romano, las casas de Andalucía no serían habitables. La especie de vestíbulo que los precede suele estar empedrado con guijarros de varios colores, que forman dibujos de mosaico basto y representan,

unas veces, macetas; otras, soldados o cruces de Malta, o indican, sencillamente, la fecha de la construcción.

Desde lo alto de nuestra casa, coronada por una especie de *mirador*, divisábanse sobre la cresta de una colina, netamente perfilada en el azul del cielo, a través de un grupo de árboles, las torres macizas de la fortaleza de la Alhambra, revestidas por el sol de tonos rojizos, de una calidez y de una intensidad extremas. Completaban la silueta dos grandes cipreses yuxtapuestos, cuyas cimas negras se afilaban en el azul por encima de la murallas rojas. Estos cipreses no se pierden nunca de vista; lo mismo que se encarame uno por las laderas recamadas de nieve del Mulhacén, que se pasee por la Vega o por *Sierra Elvira*, siempre se los encuentra en el horizonte, sombríos, inmóviles, en el raudal de vapores azulencos o dorados con que la lejanía colora los tejados de la ciudad.

Granada está construída sobre tres colinas, al extremo de la Vega. Las Torres Bermejas, así llamadas por su color, y cuyo origen se pretende que sea romano, y hasta fenicio, ocupan la primera y menos elevada de estas alturas; la Alhambra, que es una verdadera ciudad, cubre la segunda y más alta de las colinas con sus torres cuadradas, unidas entre sí por altas murallas e inmensas construcciones subterráneas, que encierran en su cintura jardines, bosques, casas y plazas; el Albaicín está situado en el tercer montículo, separado



de los otros por un barranco profundo, cubierto de vegetación: cactus, tueras, pistachos, granados, adelfas y matas floridas, en el fondo de las cuales corre el Darro con la rapidez de un torrente alpino. El Darro, que arrastra en sus arenas oro, atraviesa la ciudad, ya a cielo descubierto, ya bajo puentes tan prolongados, que más bien merecen el nombre de bóvedas, yendo a reunirse en la Vega, a poca distancia del paseo, con el Genil, que, más modesto, se contenta con acarrear plata. Este curso del torrente a través de la ciudad, se llama *Carrera del Darro*, y desde los balcones de las casas que la bordean se disfruta de una vista magnífica. El Darro daña mucho a sus orillas, a causa de sus frecuentes desbordamientos, y hay una antigua canción, que cantan los chicos, alusiva a esta manía de arrastrar todo, dándole una explicación grotesca. He aquí la poesía en cuestión:

> Darro tiene prometido
> el casarse con Genil,
> y le ha de llevar en dote
> Plaza Nueva y Zacatín.

Los jardines llamados Cármenes del Darro, de los que tan hermosas descripciones se han escrito en las poesías españolas y moriscas, están a la orilla de la Carrera, subiendo por el lado de la fuente de los Avellanos.

La ciudad se divide, pues, en cuatro barrios: La Antequeruela, que ocupa el lomo de la colina, o mejor dicho, de la montaña, coronada,

por la Alhambra y su apéndice, el Generalife; el Albaicín, inmensa fortaleza en otro tiempo y hoy barrio en ruinas y despoblado, y Granada propiamente dicha, que se extiende en la llanura, alrededor de la catedral y de la plaza de *Bibarrambla*, y forma un barrio aparte.

Tal es, poco más o menos, el aspecto topográfico de Granada; atravesada en toda su anchura por el Darro, flanqueada por el Genil, que riega la Alameda, y abrigada por la Sierra Nevada, que se entrevé desde todas las esquinas, tan cercana por la transparencia del aire, que parece se la podría tocar con la mano desde los balcones y miradores.

El aspecto general de Granada defrauda todas las previsiones formadas previamente. A pesar de todo, a pesar de las muchas decepcions sufridas, no puede uno darse cuenta de que han pasado trescientos o cuatrocientos años y multitudes de burgueses por aquel teatro de tantas acciones románticas y caballerescas. Os figuráis una ciudad mitad morisca, mitad gótica, en la que los campanarios calados se mezclasen con los minaretes, y en la que los hastiales alternasen con las terrazas; se espera encontrar casas con relieves, historiadas con escudos y divisas heroicas, construcciones raras de pisos superpuestos, de vigas salientes, de ventanas adornadas con tapices de Persia y tiestos azules y blancos; en fin, una decoración de ópera en la realidad, que representara alguna maravillosa perspectiva de la Edad Media.



Las personas que os encontráis con traje moderno, con sombrero hongo, con levitas de propietario, producen involuntariamente un efecto desagradable, y parecen más ridículas de lo que son en realidad; pues, ciertamente, no pueden pasearse, para gloria del color local, con el albornoz moro de tiempos de Boabdíl o la armadura de hierro de la época de Fernando e Isabel la Católica. Tienen a gala, como casi todos los burgueses de las ciudades españolas, demostrar que no son nada pintorescos, y dar pruebas de civilización llevando pantalones de trabilla. Esta es la idea que les preocupa; temen pasar por bárbaros, por atrasados, y cuando se alaba la belleza salvaje de su país, se disculpan humildemente de no tener ferrocarriles y de carecer de fábricas de vapor. Uno de estos honrados ciudadanos, ante quien yo cantaba los encantos de Granada, me respondió: "Es la ciudad mejor alumbrada de Andalucía. Fíjese usted en la cantidad de faroles; pero ¡qué lástima que no sean de gas!"

Granada es alegre, riente, animada, aunque desprovista de su antiguo esplendor. Los habitantes se multiplican y representan a maravilla una gran población; los coches son más bonitos y más numerosos que en Madrid. La petulancia andaluza expande por las calles un movimiento y una vida desconocidos de los graves paseantes castellanos, que no hacen más ruido que su misma sombra; lo que aquí decimos puede aplicarse, sobre todo, a la Carrera del Darro, al Zacatín, a la

plaza Nueva, a la calle de los Gomeles que conduce a la Alhambra, a la plaza del Teatro, o los alrededores del paseo y a las principales arterias de la ciudad. El resto de ella está surcado, en todos sentidos, de callejas intrincadas de tres o cuatro pies de ancho, por las que no pueden pasar coches, y recuerdan en todo a las calles morunas de Argel. El único ruido que se oye en ellas es la herradura de algún burro o mulo que arranca chispas de los guijarros relucientes, o el *ron ron* monótono de una guitarra que bordonea en el fondo del patio.

Los balcones, adornados con cortinas, con tiestos de flores y arbustos, las ramitas de parra que se aventuran de una ventana a otra, las adelfas que desbordan sus ramas brillantes por encima de las tapias de los jardines, los juegos extraños de luz y sombra que recuerdan los cuadros de Decamps representando pueblos turcos, las mujeres sentadas en el umbral de la puerta, los niños medio desnudos que juegan y se derriban, los asnos que van y vienen cargados de plumeros y de madroños, dan a estas callejas, casi siempre empinadas y muchas veces cortadas por escalones, una fisonomía especial, que no deja de tener su encanto, y en ellas lo imprevisto compensa con creces de la falta de regularidad.

Víctor Hugo, en su preciosa oriental, dice de Granada:

Pinta sus casas con los más ricos colores.



Este detalle es de una gran exactitud. Las casas un poco ricas están pintadas por defuera del modo más raro, con arquitecturas simuladas, adornos grises y bajorrelieves imitados. Todo se vuelve cuadros, cartones, entrepaños, tiestos, volutas, medallones floridos de rosas, óvalos, escarolados, amores tripudos que sostienen toda clase de utensilios alegóricos, en fondos verde, manzana, tórtola, panza de burra: o el género rococó llevado a su última expresión. Al pronto cuesta trabajo tomar tales cromos por habitaciones serias. Parece que marcha uno siempre por entre decoraciones de teatro. Ya habíamos visto en Toledo fachadas pintarrajeadas por este estilo; pero se quedan a cien leguas de las de Granada, por la locura de los adornos y la rareza de los colores. Yo confieso que no encuentro del todo mal esta moda, que alegra la vista y contrasta por manera feliz con el tono blanco de las paredes encaladas.

Hemos hablado antes de los burgueses vestidos a la francesa; pero el pueblo, felizmente, no sigue las modas de París; conserva el sombrero puntiagudo de alas de terciopelo, adornado con borlas de seda, o el de forma, truncada con un ancho borde, a manera de turbante; la chaqueta, con bordados y aplicaciones de paño de todos colores en los codos, en las bocamangas y en el cuello, que recuerda vagamente las chaquetillas turcas; la faja encarnada o amarilla; el pantalón de vueltas, sujeto por botones de filigrana o realitos soldados a un gancho; las polainas de cuero, abiertas por un cos-

tado, dejando ver la pierna; pero todo esto, más deslumbrador, más florido, más rameado, más frondoso, más cargado de oropel y de fruslerías que en las demás provincias. Vense, asimismo, muchos trajes que se designan con el nombre de *vestido de cazador*, de cuero de Córdoba y pana verde o azul, adornado de agujetas. Lo elegante es llevar en la mano una vara o bastón blanco, bifurcado en un extremo, de cuatro pies de alto, sobre el que se apoyan negligentemente cuando se detienen para hablar. Todo majo que se respete no se atrevería a presentarse en público sin *vara*. El colmo de la elegancia para estos presumidos populares, es llevar dos pañuelos de seda, cuyos extremos asoman por los bolsillos de la chaqueta, y una gran navaja atravesada en la faja, no por delante, sino en medio de la espalda.

Este traje me sedujo a tal extremo, que mi primer cuidado fué encargarme uno. Me llevaron a casa de don Juan Zapata, hombre de gran reputación en trajes nacionales y que profesaba un odio a las levitas y a los gabanes por lo menos igual al mío. Viendo en mí una persona partícipe de sus antipatías, dió rienda suelta a sus amarguras, y depositó en mi pecho sus elegías sobre la decadencia del arte. Recordó, con un dolor que encontraba eco en mí, el tiempo dichoso en que un extranjero vestido a la francesa hubiera sido abucheado por las calles y acribillado con cortezas de naranja; cuando los toreros llevaban chaquetillas bordadas en fino, que valían más de quinientas pesetas, y los



jóvenes de buena familia usaban adornos y agujetas de un precio exorbitante. "¡Ay señor! Ya no compran trajes españoles mas que los ingleses", dijo, concluyendo de tomarme medida.

Este señor Zapata era para sus trajes lo que Cardillac para sus alhajas. Le dolía mucho entregarlos a sus oficiales. Cuando fué a probarme el traje se mostró tan admirado del tiesto de flores que bordara en la espalda, sobre el fondo pardo del paño, que le entró una alegría loca y empezó a hacer mil extravagancias. Luego, de pronto, la idea de dejar entre mis manos aquella obra maestra, apagó su hilaridad y lo ensombreció repentinamente con el pretexto de no sé qué arreglo que debiera hacer, envolvió la chaqueta en un pañuelo, entregándosela al aprendiz—pues un sastre español se creería deshonrado si llevase él mismo el lío de la ropa—, y salió corriendo, como llevado de los demonios, lanzándome una mirada irónica y salvaje. Al día siguiente volvió solo, y, sacando de su bolsillo de cuero el dinero que yo le diera, me dijo que sentía mucho separarse de aquella chaqueta, y que prefería devolverme mis duros. Unicamente consintió en deshacerse de ella ante la reflexión que le hice de aquel traje daría una idea muy elevada de su talento y le crearía una reputación en París.

Las mujeres tienen el buen gusto de no abandonar la mantilla, el tocado más delicioso que puede encuadrar su rostro de española; van por la calle y a paseo a pelo, con un clavel rojo en cada sien, en-

vueltas en sus encajes negros, y se deslizan, a lo largo de las paredes, manejando el abanico con una gracia y una presteza incomparables. Un sombrero de mujer es una rareza en Granada. Claro es que las elegantes tienen en el fondo de su armario algún adefesio de junquillo y floripondios rojos, que reservan para las grandes ocasiones; pero éstas, gracias a Dios, son muy raras, y los horribles sombreros no ven la luz más que el día del santo de la reina o en las sesiones solemnes del Liceo. Dios quiera que nuestras modas no invadan nunca la ciudad de los califas y no sea una realidad la terrible amenaza encerrada en dos palabras, pintadas en negro, a la entrada de una calle: "Modista francesa". Los llamados espíritus serios nos encontrarán excesivamente frívolos y se burlarán de nuestras lamentaciones pintorescas; pero somos de aquellos que creen que las botas de charol y los impermeables contribuyen muy poco a la civilización, y aun más, que consideran a esta misma civilización como una cosa poco apetecible. Es un espectáculo doloroso para el poeta, el artista y el filósofo, ver cómo desaparecen del mundo las formas y los colores, cómo se pierden las líneas y se confunden los tonos, y cómo la uniformidad más desesperante invade el universo, so pretexto de no sé qué progreso. Cuando todo sea parejo, los viajes serán inútiles, y entonces, ¡oh feliz coincidencia!, será precisamente cuando estén en plena actividad los ferrocarriles. ¿Para qué ir muy lejos, a diez leguas por hora, a ver calles de la



Paz, iluminadas con gas y llenas de burgueses comodones? Yo creo que no debieron de ser esos los designios de Dios, cuando modeló cada país por modo diverso, les dió vegetación característica y los pobló de razas distintas de conformación, de tez y de idioma.

Es comprender mal el sentido de la Creación, ese afán de imponer la misma librea a los individuos de todos los climas, y ello constituye uno de los errores de la civilización europea; con un traje de cola de pichón se está mucho más feo, pero se sigue igual de bárbaro. ¡A fe que los pobres turcos del sultán Mahmoud tienen una linda facha desde la reforma del antiguo traje asiático, y que las luces han llevado a su país progresos infinitos!

Para ir al paseo se sigue la Carrera del Darro y se atraviesa la plaza del Teatro, donde se eleva una columna fúnebre, erigida en memoria de Joaquín Máiquez, por Julián Romea, Matilde Díez y otros artistas dramáticos, y a la que da la fachada del Arsenal, edificio rococó, pintarrajeado de amarillo y coronado de estatuas de granaderos, pintados de color gris ratón.

La Alameda de Granada es seguramente uno de los sitios más agradables del mundo: se llama el *Salón*, nombre extraño para un paseo. Figuraos una larga avenida con varias filas de árboles de un verde único en España, terminada en cada extremo por una fuente monumental, cuyas tazas pesan sobre los hombros de dioses acuáticos, de una deformidad curiosa y una barbarie de lo más

divertido. Tales fuentes, por excepción en esta clase de construcciones, vierten el agua en anchas láminas, que se evaporan en lluvia fina y en niebla húmeda y esparcen una frescura deliciosa. En las avenidas laterales, encauzados por lechos de guijarros de color, corren arroyos de una transparencia cristalina. Un gran jardín, adornado con surtidores, lleno de flores y arbustos, mirtos, rosales, jazmines; toda la flora granadina ocupa el espacio entre el Salón y el Genil, y se extiende hasta el puente construído por el general Sebastiani en tiempo de la invasión francesa. El Genil llega de Sierra Nevada en su lecho de mármol, a través de bosques de laureles de una belleza incomparable. El vidrio, el cristal, son comparaciones demasiado opacas, son demasiado densas para dar una idea de la pureza de este agua, que la víspera aun se extendía en sábanas de plata en los hombros blancos de Sierra Nevada. Es un torrente de diamantes en fusión.

Por la noche, entre siete y ocho, se reunen en el Salón las petimetras y los elegantes granadinos; los coches siguen la calzada, vacíos la mayor parte del tiempo, pues los españoles son aficionados a andar, y, a pesar de su orgullo, se dignan pasear a pie. Nada más encantador que contemplar ir y venir, en grupitos, a las señoras jóvenes y a las muchachas con mantilla—los brazos al aire, flores naturales en la cabeza, calzadas con zapatos de raso, el abanico en la mano—, seguidas a cierta distancia por sus amigos y sus pretendientes, pues



en España no es costumbre dar el brazo a las mujeres, como ya observamos al hablar del Prado de Madrid. Esta costumbre de ir solas les da una soltura, una elegancia y una libertad de movimientos que no tienen nuestras mujeres, siempre colgadas de algún brazo. Como dicen los pintores, se tienen admirablemente. Esta constante separación del hombre y la mujer, a lo menos en público, huele a Oriente.

Un espectáculo del que no pueden formar idea los pueblos del norte, es la Alameda de Granada a la puesta del Sol. La Sierra Nevada, cuyas dentelladas cumbres señorean la ciudad por aquel lado, adquiere matices incomparables. Todas las escarpas, todas las cimas, heridas de la luz, se tornan color de rosa, pero de un rosa deslumbrador, ideal, fabuloso, nevado de plata, con reflejos de iris y de ópalo, que haría parecer fangosos los tonos más frescos de la paleta; tonos de nácar, transparencias de rubí, venas de ágata y de venturina, capaces de desafiar a todas las joyas mágicas de *Las mil y una noches*. Los vallecillos, las quebraduras, las fragosidades, todos los rincones adonde no llegan los rayos del Sol poniente, son de un azul que puede luchar con el del cielo y el del mar, el del lapislázuli y del zafiro. Este contraste de tono entre la luz y la sombra es de un efecto maravilloso; parece como si la montaña se hubiera cubierto de un inmenso hábito de seda tornasolada, bordado y constelado de plata; poco a poco, los colores vi-

vos se esfuman y se funden en medias tintas violeta; la sombra invade las lomas inferiores; la luz se retira hacia las cimas más altas, y cuando ya la llanura lleva mucho tiempo sumida en plena obscuridad, aun la diadema de plata de la Sierra brilla en la serenidad del cielo, bajo el beso de despedida del Sol.

Los paseantes dan unas vueltas más y se dispersan; unos, para ir a tomar sorbetes o agraz al café de don Pedro Hurtado, el mejor sorbetero de Granada; otros, para dirigirse a la *tertulia* a casas de sus amigos y conocidos.

Esta hora es la más alegre y la más viva de Granada. Las tiendas de los aguadores y horchateros al aire libre se iluminan con una porción de lámparas y farolillos; los fanales encendidos ante las imágenes de la Virgen, luchan en brillo y en número con las estrellas—lo que no es poco decir—; y si hay Luna se puede leer perfectamente la letra más menuda. Su luz es azul en vez de ser dorada, ésta es la diferencia.

Gracias a la señora que evitó me muriera de hambre en la diligencia, y que nos presentó a varios amigos suyos, fuimos conocidos en Granada y llevamos allí una vida muy agradable.

Es imposible obtener una acogida más cordial, más franca y más amable; al cabo de cinco o seis días, éramos ya íntimos amigos, y siguiendo la costumbre española, nos llamaban por nuestro nombre de pila: yo era en Granada don Teófilo; mi compañero, don Eugenio, y teníamos libertad



para llamar por sus nombres—Carmen, Teresa, Gala, etc.—a las mujeres y a las hijas de las casas donde éramos recibidos. Esta familiaridad va acompañada de los modales más corteses y de las atenciones más respetuosas.

Ibamos, pues, de *tertulia* todas las noches, bien a una casa, bien a otra, desde las ocho hasta las doce.

La tertulia se reune en el patio, rodeado de columnas de alabastro y ornado con un surtidor; la taza de la fuente está circuída de tiestos de flores y cubas con arbustos, sobre cuyas hojas caen las gotas menudas. Seis u ocho quinqués hállanse colgados a lo largo de las paredes; sofás y sillas de paja o de mimbre amueblan las galerías; las guitarras van de una mano a otra; el piano ocupa un rincón, y en el otro se colocan las mesas de juego.

Al entrar, todo el mundo saluda a la dueña y al dueño de la casa, quienes, después de los cumplidos corrientes, no dejan de ofrecer una jícara de chocolate, que es de buen tono rehusar, y un cigarrillo, que se acepta alguna vez. Cumplido este deber, se puede uno ir al rincón del patio donde esté el grupo que tenga más atractivo. Los padres y las personas de edad juegan al tresillo; los jóvenes hablan con las muchachas, recitan las octavas o las décimas hechas en el día, son reñidos y castigados por los crímenes que hayan podido cometer la víspera, como haber bailado demasiado con una prima bonita o haber mirado

con mucha viveza a un balcón prohibido, y otros pecadillos por el estilo. Si han sido buenos, en cambio de la rosa que han llevado, les dan un clavel que ha estado prendido en el pecho o en la cabeza, y responden con una miradita y una ligera presión de dedos a su apretón de manos cuando se sube al balcón para escuchar la música de la retreta. El amor parece ser la ocupación única en Granada. Apenas se habla dos o tres veces con una muchacha, todo el mundo os declara novios, y se burla con mil burlas inocentes de vuestra supuesta pasión; pero a tal punto, que os llegan a inquietar al poneros ante los ojos visiones conyugales. Esta galantería es más aparente que real; a pesar de las ojeadas lánguidas, las miradas abrasadoras, las conversaciones tiernas o apasionadas, los diminutivos mimosos y el *querido* de que preceden vuestro nombre, no hay que hacerse muchas ilusiones. Un francés a quien una mujer mundana dijera la cuarta parte de lo que una muchacha granadina dice, sin consecuencias, a uno de sus innumerables novios, creería que aquella misma noche había de sonar para él la hora propicia; en lo cual se engañaría por completo; si se aventurase un poco, pronto sería llamado al orden y conminado con formular sus intenciones matrimoniales ante los padres. Esta honesta libertad de lenguaje, tan alejada de las costumbres estiradas y fingidas de las naciones del norte, es preferible a nuestra hipocresía de palabras, que oculta en el fondo una gran grosería de actos.



En Granada, el asedio de una mujer casada es algo verdaderamente extraordinario, y parece la cosa más natural del mundo cortejar a una muchacha. En Francia ocurre lo contrario; nadie dirige una palabra a las señoritas, y quizá por esto los matrimonios son a menudo tan desgraciados. En España, un novio ve a su novia dos o tres veces al día, habla con ella sin que nadie los oiga, la acompaña a paseo y vuelve a conversar de noche por el balcón o por la reja del piso bajo. Tiene tiempo de conocerla, de estudiar su carácter, y no se lleva, como vulgarmente se dice, gato por liebre.

Cuando la conversación languidece, uno de los galanes descuelga una guitarra, y, rasgueando las cuerdas con las uñas y marcando el compás con la palma de la mano en la caja del instrumento, comienza a cantar alguna canción andaluza o algunas coplas graciosas, entreveradas de *¡ay!* y de *¡ole!*, modulados de un modo original y de un efecto extraño. Una señora se sienta al piano y toca un trozo de Bellini—que parece ser el maestro favorito de los españoles—o canta una romanza de Bretón de los Herreros, el gran libretista de Madrid. La reunión termina por un baile improvisado, donde no se baila, ¡ay!, ni jota, ni fandango, ni bolero, pues estos bailes están relegados a los campesinos, los criados y los gitanos, sino la contradanza, el rigodón y, a veces, el vals. Sin embargo, una noche, y a instancias nuestras, dos señoritas de la casa accedieron a bailar el bolero; pero

antes mandaron cerrar la puerta del patio y las ventanas, que ordinariamente estaban abiertas, por miedo de ser acusadas de mal gusto y de color local. Los españoles suelen molestarse cuando se les habla de cachucha, de castañuelas, de majos, de manolas, de frailes, de contrabandistas y de corridas de toros, aunque en el fondo sientan una gran inclinación hacia estas cosas, verdaderamente nacionales y tan características. Os preguntan, con aire visiblemente contrariado, si creéis que no están tan adelantados en civilización como las demás naciones. ¡Tanto ha penetrado en todas partes la deplorable manía de imitación francesa e inglesa! España está hoy en Voltaire, Fouquet y el *Constitucional* de 1825; es decir, hostil a todo lo que signifique poesía. Ni que decir tiene que nos referimos a la clase que presume de ilustrada y habita las ciudades.

Terminadas las contradanzas, los contertulios se despiden, diciendo a la señora: *A los pies de usted;* al marido: *Beso a usted la mano*; a lo que ellos responden: *Buenas noches, y beso a usted la suya;* y, ya en la puerta, dicen, como último adiós, un *Hasta mañana*, que os compromete a volver. Aun teniendo mucha confianza, la misma gente del pueblo, los campesinos y los descamisados, son entre sí de una urbanidad exquisita, muy distinta de la grosería de nuestra canalla; bien es verdad que a una frase molesta puede seguir una puñalada, lo cual da una gran circunspección a los interlocutores. Es de notar que la cortesía francesa, pro-



verbial en un tiempo, ha desaparecido desde que ha dejado de usarse la espada. Las leyes contra el duelo acabaron de convertirnos en el pueblo más grosero del mundo.

Al volver a casa, os encontráis, bajo las ventanas y los balcones, con los jóvenes enamorados, embozados en sus capas y ocupados en *pelar la pava;* es decir, charlando con sus novias a través de las rejas. Estas conversaciones nocturnas suelen durar hasta las dos o las tres de la madrugada, lo cual no tiene nada de extraño, pues los españoles pasan durmiendo una gran parte del día. También suele ocurrir el tropezarse con una serenata compuesta de tres o cuatro músicos; pero más generalmente del enamorado solo, que canta acompañándose de la guitarra, con el sombrero echado sobre los ojos y el pie encima de una piedra o de un poste. En otro tiempo no se habrían consentido dos serenatas en la misma calle; el primer ocupante pretendía ser solo, y prohibía a otra guitarra que no fuese la suya el bordonear en el silencio de la noche. Y tales pretensiones se sostenían con la punta de la espada o de la navaja, a menos, sin embargo, que pasase la ronda. Entonces, los dos rivales se unían para atacar a la patrulla, sin perjuicio de ventilar después su querella particular. Las suspicacias de la serenata se han suavizado mucho; cada cual puede *rascar el jamón* bajo el muro de su dama completamente tranquilo.

Si la noche es obscura, es preciso andar cuidadosamente para no poner el pie sobre el vientre

de algún honrado hidalgo, envuelto en su capa, que le sirve de traje, de cama y de casa. En las noches de verano, las escaleras de granito del teatro están llenas de una porción de pilluelos, que no tienen otro asilo. Cada cual tiene un escalón, que es su vivienda, y allí puede encontrársele con seguridad. Allí duermen, bajo el dosel del cielo, alumbrados por las estrellas, al abrigo de las chinche, y desafiando las picaduras de los mosquitos por la dureza de su piel curtida, bronceada con el fuego del sol de Andalucía, y tan negra, seguramente, como la de los mulatos más obscuros.

He aquí, sin grandes variantes, la vida que hacíamos: dedicábamos la mañana a corretear por la ciudad, pasear por la Alhambra o el Generalife, y, en seguida, la visita obligada a las señoras en cuya casa habíamos pasado la velada anterior. Cuando sólo íbamos dos veces al día, nos llamaban ingratos, y nos recibían con tal cariño, que, efectivamente, nos considerábamos como salvajes, ariscos y de una negligencia extrema.

Sentíamos tal pasión por la Alhambra, que, no contentos con ir todos los días, quisimos vivir del todo en ella, no en las casas vecinas, que se alquilan muy caras a los ingleses, sino en el mismo palacio; y, gracias a nuestros amigos de Granada, sin llegar a darnos un permiso formal, nos prometieron hacer la vista gorda. Permanecimos allí cuatro días y cuatro noches, que fueron los instantes más deliciosos de mi vida, sin ningún género de duda.



Para ir a la Alhambra pasaremos, si os parece, por la plaza de Bibarrambla, donde el valiente moro Gazul corría los toros en su tiempo, y cuyas casas, con sus balcones y sus miradores de madera, tienen una vaga apariencia de cajas de gallinas. El mercado de pescado ocupa un ángulo de la plaza, cuyo centro forma un terraplén, circuído de bancos de piedra, poblado de cambiantes y de vendedores de alcarrazas, de pucheros, de sandías, de quincalla, de romances, de cuchillos, de rosarios y otras industrias pequeñas al aire libre. El Zacatín, que conserva su nombre morisco, une la Bibarrambla con la Plaza Nueva. En esta calle, henchida de calles laterales, cubierta de toldos de lona, se agita y rumorea todo el comercio de Granada; los sombrereros, los sastres, los zapateros, los pasamaneros y los vendedores de telas ocupan casi todas las tiendas, en las que aún se desconocen los refinamientos del lujo moderno, y que recuerdan los antiguos pilares de los mercados de París. En el Zacatín hay siempre una gran aglomeración de gente. Ya es un grupo de estudiantes de Salamanca, en excursión, que tocan la guitarra, el tambor, las castañuelas y los hierros, cantando canciones llenas de gracia y donosura; ya es una horda de gitanas con sus faldas de franjas azules, sembradas de estrellas, su gran pañuelo amarillo, sus cabellos en desorden, el cuello rodeado de gruesos collares de ámbar o de coral; o bien una fila de burros cargados de cántaros enormes, arreados por un

campesino de la vega, quemado como un africano.

El Zacatín desemboca en la Plaza Nueva, un lado de la cual está ocupado por el soberbio palacio de la Cancillería, notable por sus columnas de orden rústico y la riqueza severa de su arquitectura. Atravesada la plaza, se comienza a subir la calle de los Gomeles, a cuyo extremo hállase el límite de la jurisdicción de la Alhambra, junto a la puerta de las Granadas—llamada Bib Lenxar por los moros—, que tiene a su derecha las Torres Bermejas, edificadas, según pretenden los eruditos, sobre construcciones fenicias, y habitadas en la actualidad por cesteros y alfareros.

Antes de ir más lejos, hemos de advertir a nuestros lectores que podrían encontrar nuestras descripciones, aunque de una escrupulosa exactitud, por bajo de la idea que ellos se hayan formado, que la Alhambra, ese palacio-fortaleza de los antiguos reyes moros, no tiene, ni con mucho, el aspecto que la imaginación le presta. Se espera ver una superposición de terrazas, minaretes, calados, perspectivas de columnatas infinitas. En la realidad no hay nada de esto; por fuera no se ven más que grandes torres macizas, color ladrillo o pan tostado, edificadas en distintas épocas por los príncipes árabes; por dentro, una serie de salas y galerías, decoradas con una gran delicadeza, pero sin grandiosidad alguna. Hecha esta salvedad, continuemos nuestro camino.

Pasada la puerta de las Granadas, se entra en



el recinto de la fortaleza bajo la jurisdicción de un gobernador particular. Hay dos caminos trazados en un bosque de árboles. Tomemos el de la derecha, que conduce a la fuente de Carlos V; es el más intrincado, pero el más corto y pintoresco. Algunos arroyos corren rápidamente en regueras de guijarros menudos, y mantienen la frescura al pie de los árboles, que pertenecen a todas las especies del Norte, y cuya verdura muestra una vivacidad deliciosa a dos pasos de Africa. El ruido del agua que murmura se mezcla con el bordoneo ronco de cien mil cigarras o grillos, cuya música no cesa jamás, y que forzosamente os recuerdan, a pesar de la frescura del lugar, las ideas meridionales y tórridas. El agua brota por todas partes, bajo el tronco de los árboles, a través de las grietas de los viejos muros. Cuanto más calor hace, más abundante son los manantiales alimentados por la nieve. Esta mezcla de fuego, nieve y agua hace del de Granada un clima sin igual en el mundo, un verdadero paraíso terrenal, y, sin ser moros, cuando tengamos el aire melancólico y absorto, puede aplicársenos el dicho árabe: *Piensa en Granada.*

Al final del camino, que no cesa de subir, se encuentra una gran fuente monumental, que forma espaldón, dedicada al emperador Carlos V, con muchos lemas, blasones, victorias, águilas imperiales, medallones mitológicos del gusto romano alemán y de una riqueza pesada y abrumadora. Dos escudos con las armas de la casa de Mondéjar, in-

dican que don Luis de Mendoza, marqués de aquel título, fué quien elevó este monumento en honor del César de la barba roja. Esta fuente, sólidamente construída, sostiene las tierras de la rampa que conduce a la puerta del Juicio, por la que se entra en la Alhambra propiamente dicha.

La puerta del Juicio fué edificada por el rey Jusef Abul Hagiag, hacia el año 1348 de Jesucristo: el nombre le viene de la costumbre de los musulmanes de hacer justicia en la puerta de sus palacios; lo cual tiene la ventaja de ser muy majestuoso y de no dejar pasar a nadie a los patios interiores, pues la máxima de Royer Collard: "La vida privada debe estar entre muros", había sido inventada muchos siglos antes por el Oriente, esa tierra del Sol, de donde proviene toda luz y toda sabiduría.

El nombre de torre correspondería mejor que el de puerta a la construcción del rey moro Jusef Abul Hagiag, pues, en realidad, es una ancha torre cuadrada, bastante alta y con un gran arco abierto en forma de corazón, a la que dan un aspecto huraño y cabalístico los jeroglíficos de la llave y la mano, grabados en dos piedras separadas. La llave es un símbolo de gran veneración entre los árabes, a causa de un versículo del Korán, que comienza por las palabras *Ha abierto*, y otras significaciones ocultas; la mano está destinada a conjurar el mal de ojo, la *jettatura*, como las manecitas de coral que se llevan en Nápoles, a modo de alfiler o de dije, para librarse de las miradas torcidas. Había una antigua predicción según la cual Granada no


sería tomada mientras la mano no cogiera la llave; es preciso confesar, en desdoro del profeta, que los dos jeroglíficos están en su sitio, y que Boabdil, el *Rey chico*, como le llamaban a causa de su pequeña estatura, lanzó fuera de Granada conquistada aquella lamentación histórica, *suspiro del rey moro*, que bautizó a una roca de Sierra Elvira.

Esta torre almenada, maciza, teñida de naranja y rojo sobre un fondo de cielo crudo, que tiene detrás de sí un abismo de vegetación, la ciudad como en un precipicio, y más lejos grandes líneas de montañas veteadas de mil matices, como pórfidos africanos, es una entrada al palacio árabe, verdaderamente majestuosa y espléndida. En la puerta hállase instalado un cuerpo de guardia, y los pobres soldados, andrajosos, duermen la siesta en el mismo sitio en que los califas, sentados en divanes de brocado de oro, los ojos negros inmóviles en el rostro de mármol, los dedos hundidos en las ondas de la barba sedosa, escuchaban con aire soñador y solemne las peticiones de los creyentes. Un altar con una imagen de la Virgen, adosado a la pared, parece puesto allí como para santificar desde la entrada aquella antigua residencia de los adoradores de Mahoma.

Franqueada la puerta, se desemboca en una amplia plaza, llamada *de los Aljibes;* en el centro de ella hay un pozo, cuyo brocal está rodeado de una especie de cobertizo de madera, guarnecido de esteras, bajo el cual, por un *cuarto*, se beben grandes vasos de agua clara como el dia-

mante, fría como el hielo y de un sabor exquisito. Rodean la plaza, por un lado, la torre Quebrada, la del Homenaje, la de la Armería y la de la Vela—cuya campana anuncia las horas de la distribución del agua—y parapetos de piedra, donde puede uno acordarse para contemplar el maravilloso espectáculo que se ofrece a la vista; el otro lado lo ocupa el palacio de Carlos V, gran monumento del Renacimiento, que se admiraría en cualquier parte, pero que aquí se maldice cuando se piensa que ocupa una extensión tan grande como la misma Alhambra, destruída expresamente en aquel trozo para encajar su pesada masa. Y, sin embargo, este alcázar fué dibujado por Alonso Berruguete; los trofeos, los bajorrelieves, los medallones de la fachada, están labrados por un cincel atrevido, seguro, paciente; el patio circular, de columnas de mármol, donde debían de celebrarse corridas de toros, es, seguramente, un magnífico trozo de arquitectura; pero *non erat hic locus.*

Se penetra en la Alhambra por una galería situada en el ángulo del palacio de Carlos V, y después de unos cuantos rodeos se llega a un gran patio, conocido indistintamente con los nombres de *Patio de los Arrayanes*, de la *Alberca* o del *Mezouar*, palabra árabe, que significa baño de las mujeres.

Al desembocar en este amplio recinto, lleno de luz, después de las galerías obscuras, se experimenta un efecto parecido al del Diorama. Dijérase que la varita de virtud de un mago os ha trasladado a pleno Oriente cuatro o cinco siglos atrás. El tiempo, que en su marcha lo cambia todo, no ha variado nada del aspecto de estos lugares, en los que no causaría la menor sorpresa la aparición de la sultana Cadena de corazones o del moro Tarfe.



En medio del patio se ahonda un gran estanque, de tres o cuatro pies de profundidad, en forma de paralelógramo, rodeado de dos acirates de mirtos y de arbustos y terminado en cada extremo por una especie de galería de columnas esbeltas, que sostienen arcos moriscos de una gran delicadeza. En las galerías hay unos estanquitos con surtidor, que vierten el agua en el estanque grande por una reguera de mármol, contribuyendo a la simetría de la decoración. A la izquierda hállanse los archivos y la estancia, donde, entre restos de todas clases, está relegado—hay que decirlo para vergüenza de los granadinos—el magnífico vaso de la Alhambra, de unos cuatro pies de altura, todo cubierto de adornos e inscripciones, monumento de una rareza inestimable, que sería la joya de un museo, y que la incuria española está dejando estropearse en un rincón innoble. Una de las alas que forman las asas se ha roto recientemente. Hacia este lado se encuentran también los pasadizos que conducen a la antigua mezquita, convertida en iglesia cuando la conquista bajo la advocación de Santa María de la Alhambra. A la derecha están los departa-

mentos de la gente de servicio, en donde la cabeza de alguna criada andaluza morena, encuadrada por una estrecha ventana morisca, produce un efecto oriental bastante satisfactorio. En el fondo, por encima del miserable tejado de tejas redondas, que ha sustituído a las vigas de cedro y a las tejas doradas de la techumbre árabe, se eleva majestuosamente la torre de Comares, cuyas almenas bermejas se recortan en la admirable limpidez del cielo. En esta torre hállase la sala de los Embajadores, y comunica con el patio de los Arrayanes por una especie de antecámara, llamada la *Barca* a causa de su forma.

La antecámara del salón de Embajadores es digna de su destino; el atrevimiento de sus arcos, la variedad, el enlace de sus arabescos, los mosaicos de las paredes, el trabajo de la bóveda de estuco, socavada como el techo de una gruta de estalactitas, pintado de azul, de verde y de rojo, cuyas huellas son visibles aún, forman un conjunto de una originalidad y de una rareza encantadora.

A cada lado de la puerta que conduce al salón de Embajadores, en las mismas jambas del arco, encima del revestimiento de azulejos, cuyos triángulos de colores vivos guarnecen la parte baja de las paredes, hay labradas, en forma de capillitas, dos hornacinas de mármol blanco, esculpidas con una delicadeza extrema. Allí era donde los antiguos moros dejaban las babuchas antes de entrar, en señal de deferencia, ni más ni menos



que nosotros nos quitamos el sombrero en los sitios respetables.

El salón de Embajadores, uno de los más grandes de la Alhambra, ocupa todo el interior de la torre de Comares. El techo, de madera de cedro, presenta las combinaciones matemáticas tan familiares a los arquitectos árabes: todos los trozos están ajustados de modo que sus ángulos entrantes o salientes forman una variedad infinita de dibujos; las paredes desaparecen bajo una red de adornos, tan apiñados, tan inextricablemente enlazados, que sólo pueden compararse con varios encajes puestos uno sobre otro. La arquitectura gótica, con sus encajes de piedra y sus rosetones calados, no es nada junto a esto; las paletas del pescado, los calados de papel con que los confiteros tapan sus grajeas, son las únicas cosas que pueden dar una idea aproximada. Una de las características del estilo árabe es la de carecer casi de salientes y perfiles. Toda la ornamentación se desarrolla en planos lisos y no tiene más de cuatro o cinco pulgadas de relieve: es como una especie de tapicería ejecutada en la misma pared. Un elemento particular la distingue: el empleo de la escritura como motivo de decoración; bien es cierto que los caracteres árabes, con sus formas complicadas y misteriosas, se prestan para ello maravillosamente. Las inscripciones, que casi siempre son *suras* del Corán o elogios a los diferentes príncipes que han edificado y decorado los salones, se desarrollan a lo largo de los frisos, en

las jambas de las puertas, en los arcos de las ventanas, mezcladas con flores, guirnaldas, lazos y todas las riquezas de la caligrafía árabe. Las del salón de Embajadores dicen: *Gloria a Dios, pujanza y riqueza a los creyentes;* o son alabanzas a Abú Nazar, que *si hubiese sido transportado vivo al cielo, hubiera obscurecido el brillo de las estrellas y de los planetas;* afirmación hiperbólica que nos parece un poco demasiado oriental.. Otros trozos están cargados con elogios a Abu Abd Allah, sultán que cuidó de aquella parte del palacio. Los adornos de las ventanas son versos cantando la limpidez de las aguas del estanque, la frescura de los arbustos y el perfume de las flores que embellecen el patio del *Mezouar*, el cual se ve, efectivamente, desde el salón de Embajadores a través de las puertas y de las columnatas de la galería.

Las troneras del balcón interior, abiertas a gran altura del suelo, y el techo de madera, sin más adorno que los zigzags y los enlaces formados por las junturas de las piezas, dan al salón de Embajadores un aspecto más severo que el de los demás salones del palacio, y más en armonía con su misión. Desde la ventana del fondo se goza de una vista maravillosa sobre el barranco del Darro.

Terminada esta descripción, tenemos que destruir una ilusión más: todas estas magnificencias ni son ni de mármol ni de alabastro, sino buenamente de yeso. Esto contraría muchas las ideas de



lujo fantástico que la sola enunciación del nombre Alhambra despierta en las imaginaciones más positivistas; pero nada más cierto, excepción de algunas columnas de una pieza, y cuya altura no suele pasar de seis a ocho pies, algunas losas del suelo, fuentes y capillitas para dejar las babuchas, no hay un solo trozo de mármol en la construcción interior de la Alhambra. Lo mismo ocurre en el Generalife. No hay pueblo que haya llevado más lejos que el árabe el arte de moldear, endurecer y cincelar el yeso, que en sus manos adquiere la dureza del estuco, sin tener su brillo desagradable.

La mayoría de los adornos están hechos con moldes, y repetidos sin gran trabajo cuantas veces lo exige la simetría. Nada más fácil que reproducir exactamente una sala de la Alhambra; para ello bastaría sacar un molde de todos los motivos de ornamentación. Dos arcos de la sala del Tribunal, que se hundieron, se han rehecho por obreros de Granada, con una perfección que no deja nada que desear. Si fuéramos millonarios, uno de nuestros caprichos sería reproducir el patio de los Leones en algunos de nuestros parques.

Del salón de Embajadores se va, por una galería relativamente moderna, al tocador de la Reina, que es un pabelloncito situado en lo alto de una torre, desde donde se goza de un panorama admirable, y que servía de oratorio a las sultanas. A la entrada, adviértese una losa de már-

mol blanco, agujereado, por donde pasaba el humo de los perfumes que se quemaban bajo el suelo. En las paredes aún hay frescos fantásticos, ejecutados por Bartolomé de Ragis, Alonso Pérez y Juan de la Fuente. En el friso se entrelazan, con grupos de amores, las cifras de Isabel y Carlos V. Difícil es soñar una cosa más coqueta y más encantadora que este gabinete de pequeñas columnas árabes, de arcos de medio punto, colgado sobre un abismo azulino, cuyo fondo escaman los tejados de Granada, y al que la brisa lleva los perfumes del Generalife—enorme fronda de adelfas que se extiende frente a la próxima colina—y el graznido quejumbroso de los pavos reales que se pasean por las murallas desmanteladas. ¡Cuántas horas he pasado allí, en aquella melancolía serena, tan distinta de la melancolía del norte, con una pierna colgando sobre el abismo, procurando que mis ojos no perdieran ninguna forma, ningún contorno del admirable cuadro que se desplegaba ante ellos, y que seguramente no volverán a ver! Ninguna descripción, ninguna pintura podrán nunca acercarse a aquel brillo, a aquella luz, a aquella viveza de matices. Los tonos más vulgares adquieren el valor de pedrería, y todo se sostiene en esta gama. A la caída de la tarde, con el Sol de soslayo, se producen efectos inconcebibles; las montañas fulgen como montones de rubíes, de topacios, de granates; un polvo de oro recubre los intersticios, y si, como es frecuente en verano, los labriegos que-



man los rastrojos en la llanura, las nubes de humo que suben lentamente hacia el cielo adquieren reflejos mágicos con la luz del poniente. Me asombra que los pintores españoles, por lo general, hayan hecho sus cuadros tan ennegrecidos y se hayan lanzado casi exclusivamente a imitar al Caravagio y otros maestros tétricos. Los cuadros de Decamps y de Marilhat, que sólo pintaron paisajes de Asia o de Africa, dan una idea más exacta de España que todos los cuadros traídos de la Península a todo coste.

Atravesaremos, sin detenernos, el jardín de Lindaraja, que sólo es un terreno inculto, sembrado de escombros, erizado de maleza, y entraremos un momento en los baños de la Sultana, revestidos de mosaicos y de azulejos, y bordados de filigranas que avergonzarían a las madréporas más complicadas. Una fuente ocupa el centro de la estancia; en el muro hay practicadas dos especies de alcobas; allí era donde *Cadena de corazones* y Zobeida iban a reposar sobre tapices de brocado de oro, después de haber saboreado las delicias y los refinamientos de un baño oriental. Aún se ven, a cosa de unos quince pies del suelo, las tribunas o balcones donde se colocaban los músicos y los cantores. Los baños son grandes recipientes de mármol de una pieza, colocados en pequeñas cámaras abovedadas, alumbradas por rosetones calados. No hablaremos, por no caer en repeticiones enojosas, de la sala de los Secretos, donde se observa un extraño fenómeno de acústica, y

cuyos ángulos están renegridos por las narices de los curiosos que van allí a farfullar una tontería en voz baja, para que les oigan en el otro rincón; de la sala de las Ninfas, sobre cuya puerta se ve un curioso bajorrelieve que representa a Júpiter convertido en cisne, acariciando a Leda, de una libertad de composición y de una audacia de cincel extraordinarias; de las habitaciones de Carlos V, asoladas de manera ultrajante, y que no tiene de curioso mas que sus techos, recargados con la ambiciosa inscripción: *Non plus ultra,* y nos trasladaremos al patio de los Leones, la parte más curiosa y mejor conservada de la Alhambra.

Los grabados ingleses y los numerosos dibujos que se han publicado del patio de los Leones sólo dan una idea muy incompleta y bastante falsa; casi todos carecen de proporciones, y con el recargamiento necesario para reproducir los infinitos detalles de la arquitectura árabe, hacen pensar en un monumento de mucha más importancia.

El patio de los Leones tiene ciento veinte pies de largo, setenta y tres de ancho, y las galerías que lo rodean no pasan de veinte pies de alto. Están formadas por ciento veintiocho columnas de mármol blanco, agrupadas en desorden simétrico, de cuatro en cuatro y de tres en tres; estas columnas, cuyos capiteles, muy trabajados, conservan trozos de oro y de pintura, sostienen unos arcos de una elegancia extraordinaria y de un corte especial.



Al entrar se encuentra enfrente, formando el fondo del paralelogramo, la sala del Tribunal, cuya bóveda encierra un monumento artístico de una rareza y un precio incalculables. Son pinturas árabes, las únicas quizá que hayan llegado hasta nuestros días. Una de ellas representa el mismo patio de los Leones, con la fuente bastante semejante, pero dorada; algunos personajes, a los que la vetustez de la pintura no permite distinguir claramente, parecen ocupados en una justa o lucha de armas. Otra tiene por asunto una especie de diván, donde están reunidos los reyes moros de Granada, de los cuales aún se distinguen los albornoces blancos, las cabezas verdosas, la boca roja y las misteriosas pupilas negras. Estas pinturas, según dicen, están hechas sobre cuero preparado, pegado a los tableros de cedro, y son una demostración de que el precepto del Korán que prohibe la representación de seres animados, no era siempre observado escrupulosamente por los moros, cuando los doce leones de la fuente no fueran suficiente para confirmar esta aseveración.

A la izquierda, en medio de la galería, en el sentido de la longitud, está la sala de las Dos Hermanas, que hace par con la de los Abencerrajes. Este nombre de las Dos Hermanas le viene de dos enormes cajas de mármol blanco de Machaël, de igual tamaño y exactamente parejas, que hay en el pavimento. La bóveda o cúpula, que los españoles llaman muy gráficamente *media naranja*, es un

milagro de trabajo y de paciencia. Es algo como los panales de una colmena, como las estalactitas de una gruta, como las pompas de jabón que los niños producen soplando con una paja. Aquellos millares de millares de bóvedas, de cúpulas de tres o cuatro pies, que nacen unas de otras, entrecruzando y rompiendo a cada paso sus aristas, más que obra de la mano del hombre parecen el producto de una cristalización fortuita; en los huecos de las molduras brillan aún, con brillo reciente, el azul, el verde y el rojo. Las paredes están cubiertas, lo mismo que las del salón de Embajadores, desde el piso hasta la altura de un hombre, con alicatados de estuco de una delicadeza y una complicación increíbles. La parte baja está revestida de azulejos, en los que los ángulos negros, verdes y amarillos forman mosaico con el fondo blanco. El centro de la estancia, según la costumbre inveterada de los árabes, cuyas habitaciones parece que son siempre fuentes adornadas, está ocupado por un estanquito con surtidor. Hay cuatro en el pórtico del tribunal, otros tantos en el pórtico de entrada, otro en la sala de Abencerrajes, sin contar la taza de los Leones, que, no contenta con verter el agua por las doce bocas de los monstruos, lanza hacia el cielo un torrente por el platillo que la corona. Toda esta agua va a parar al pie de la fuente de los Leones, recorriendo regatas abiertas en el enlosado de los salones y del patio, y allí desaparece por un conducto subterráneo. He aquí un sistema de habitaciones en el que no puede mo-



lestar el polvo, y lo raro es cómo podían ser habitadas en invierno. Indudablemente, entonces se cerrarían las enormes puertas de cedro, se cubriría el suelo de mármol con espesos tapices, se encendería en los braseros fuego de nogal y de maderas olorosas, y así se esperaría la vuelta de la primavera, que en Granada no se hace esperar mucho.

No describimos el salón de Abencerrajes, que es casi lo mismo que el de las Dos Hermanas, y que no tiene más de particular que su antigua puerta de madera en rombos, que data del tiempo de los moros. En el Alcázar de Sevilla hay otra del mismo estilo.

La taza de los Leones goza en las poesías árabes de una reputación maravillosa, y no hay elogio que no se aplique a estos soberbios animales; debo confesar que no hay nada que se parezca menos a un león que estos productos de la fantasía africana: las patas son, sencillamente, estacas semejantes a esos trozos de madera sin desbastar que se meten en el vientre de los perros de cartón para que se tengan en equilibrio; las bocas, rayadas transversalmente—sin duda para figurar los bigotes—, parecen hocicos de hipopótamo; los ojos son de un dibujo enteramente primitivo, que recuerda los de los niños. Sin embargo, estos doce monstruos, aceptados, no como leones, sino como quimeras, como capricho ornamental, hacen, con la taza que sostienen, un efecto pintoresco y lleno de elegancia, que ayuda a comprender su reputación y los

elogios contenidos en esta inscripción árabe, de veinticuatro versos de veintidós sílabas, grabados en las paredes del recipiente donde vierten las aguas de la taza superior. Pedimos perdón a nuestros lectores por la fidelidad un poco bárbara de la traducción:

"¡Oh, tú, que miras los leones fijos en su sitio! Repara que sólo les falta la vida para ser perfectos. Y tú, a quien vaya en herencia este Alcázar y este reino, recíbelo de las nobles manos que lo han gobernado sin disgusto y sin resistencia. ¡Que Dios te salve por la obra que has terminado, y te libre para siempre de la venganza de tu enemigo! ¡Honor y gloria a ti, oh, Mahomed, nuestro rey, adornado de altas virtudes, con cuya ayuda lo has conquistado todo! ¡Que Dios no permita nunca que este hermoso jardín, imagen de tus virtudes, tenga un rival que le sobrepuje! La materia que matiza el pilón de la fuente es como nácar de perla bajo el agua clara que brilla; la superficie semeja plata en fusión; la claridad del agua y la blancura de la piedra no tienen igual; diríase que son una gota de esencia en un rostro de alabastro. Sería difícil seguir su curso. Mira el agua y mira la taza, y no podrás distinguir si es el agua la que está inmóvil y el mármol el que corre. Como el prisionero de amor, cuyo rostro se cubre de enojo y de inquietud bajo la mirada del envidioso, así el agua, celosa, indígnase contra la piedra, y la piedra siente envidia hacia el agua. A este caudal inagotable puede compararse la mano de nuestro rey, que es tan liberal y generoso como valiente y fuerte es el león."



En el pilón de la fuente de los Leones fué donde cayeron las cabezas de los treinta y seis Abencerrajes, atraídos a una celada por los Zegríes. Los demás Abencerrajes habrían corrido la misma suerte a no ser por la abnegación de un pajecillo que, a riesgo de su vida, corrió a prevenir a los supervivientes, impidiendo que entraran en el patio fatal. En el fondo del pilón se observan unas manchas rojizas, acusación indeleble dejada por las víctimas contra la crueldad de sus verdugos. Desgraciadamente, los eruditos afirman que no han existido jamás los Abencerrajes y los Zegríes. En esto yo me atengo exclusivamente a los romances, a las tradiciones populares y a la novela de Chateaubriand, y creo, sin dudarlo, que las manchas rojizas son de sangre y no de moho.

Habíamos establecido nuestro cuartel general en el patio de los Leones; nuestro mobiliario consistía en dos colchones—que de día se arrollaban en cualquier rincón—, un cántaro de barro y algunas botellas de vino de Jerez, que poníamos a refrescar en el agua de la fuente. Dormíamos en el salón de las Dos Hermanas o en el de los Abencerrajes, y no dejaba de sentir cierta aprensión cuando, echado sobre mi capa, veía, por la abertura la bóveda, cómo caían sobre el estanque y sobre el suelo reluciente los rayos blancos de la Luna, asombrados de cruzarse con la llama amarillenta y oscilante de una lámpara.

Recordaba las tradiciones populares reunidas por Wáshington Irving en sus *Cuentos de la Alhambra;* las historias del *Caballo sin cabeza* y el *Fantasma velludo,* relatadas gravemente por el padre Echevarría, parecíanme en extremo probables, sobre todo después de apagada la luz. La verosimitud de las leyendas parece mayor por las noches, en estas tinieblas atravesadas por reflejos inciertos, que prestan a todas las cosas cierta apariencia fantástica; la duda es hija de la luz, la fe es hija de la noche, y lo que a mí me choca es que Santo Tomás creyera en Cristo después de haber puesto el dedo en su llaga. No estoy seguro de no haber visto a los Abencerrajes paseándose por las galerías, a la luz de la Luna, y llevando su cabeza debajo del brazo; lo cierto es que las sombras de las columnas tomaban formas endiabladamente sospechosas, y la brisa, al pasar por los arcos, podría haberse confundido con la respiración humana.

Una mañana—era domingo—, a eso de las cinco, cuando aún estábamos en nuestros colchones, nos sentimos inundados por una lluvia menuda y penetrante. Habían abierto las llaves de los juegos de agua más temprano que de costumbre, en honor de un príncipe de Sajonia-Coburgo, que fué a visitar la Alhambra, y que, según decían, se casaría con la joven reina cuando estuviera ésta en edad.

Apenas levantados y vestidos, llegó el príncipe con dos o tres personas de su séquito. Estaba furioso. Los guardas, para obsequiarle, habían ajustado a las fuentes mecanismos y juegos de agua de



lo más ridículo del mundo. Uno de ellos pretendía figurar el viaje de la reina a Valencia, valiéndose para ello de una carretela de zinc y soldados de plomo, a los que la fuerza del agua hacía girar. Puede imaginarse la satisfacción del príncipe ante aquel refinamiento ingenioso y constitucional. El *Fray Gerundio,* semanario satírico de Madrid, perseguía a aquel pobre príncipe con la mayor dureza. Le reprochaba, entre otros crímenes, el discutir con demasiada viveza las cuentas de las posadas y haberse presentado en el teatro vestido de majo, con sombrero puntiagudo.

Un grupo de granadinos y granadinas fué a pasar el día en la Alhambra; eran siete u ocho mujeres jóvenes y bonitas y cinco o seis caballeros. Bailaron al son de la guitarra, jugaron a muchos juegos y cantaron a coro, con un aire delicioso, la canción de Fray Luis de León, que tiene un gran éxito popular en Andalucía. Como el agua se había agotado—por haber empezado los surtidores a lanzar su dardo de plata tan de mañana—, y las fuentes estaban secas, las locuelas se sentaron a la redonda en el borde del pilón de la sala de las Dos Hermanas, formando ramilletes; y echando atrás sus lindas cabezas, continuaron el estribillo de la canción.

El Generalife está situado a poca distancia de la Alhambra, en un altozano de la misma montaña. Se va por una especie de camino hondo que cruza el barranco de los Molinos, orillado de higueras de hojas relucientes, encinas, alfóncigos,

laureles y jaras de una fuerza de vegetación increíble. El piso por el cual se marcha compónese de arena amarilla impregnada de agua, de una fecundidad extraordinaria. Nada más encantador que seguir este camino, que parece trazado en un bosque virgen de América: tal es la cantidad de hojas y flores que lo obstruyen, tal es el perfume mareante de plantas aromáticas que en él se aspira. Las parras brotan en las hendeduras de los muros grieteados, y cuelgan de todas las ramas sus pámpanos y sus hojas, cortadas como un adorno árabe; el áloe abre sus abanicos azulados, el naranjo contuerce su tronco nudoso y se afianza con sus tentáculos de raíces en las desgarraduras de los escarpes. Todo florece; todo se abre en un desorden frondoso, lleno de detalles imprevistos. Una rama rebelde de jazmín mezcla su estrella blanca con las flores rojas del granado; de un lado a otro del camino, un laurel abraza a un cactus, a pesar de sus espinas. La Naturaleza, abandonada a sí misma, parece cómo si se sintiera coqueta y quisiera demostrar que el arte, por muy exquisito y refinado que sea, se queda muy lejos de ella.

Al cuarto de hora de marcha se llega al Generalife, que es una especie de *casa de campo* de la Alhambra. El exterior, como en todas las construcciones orientales, es muy sencillo: grandes muros sin ventanas, coronados de una terraza con una galería de arcos; todo ello cubierto por un mirador moderno. Del Generalife no queda más



que algunos arcos y grandes lienzos de arabescos, cubiertos, desgraciadamente, por capas de cal, renovadas con una manía de limpieza desesperante. Poco a poco, las esculturas delicadas, los dibujos maravillosos de esta arquitectura de hadas, se embotan, se borran y desaparecen. Lo que hoy sólo es una muralla con líneas vagas, era en su tiempo un encaje tan fino como esas hojas de marfil que la paciencia de los chinos cala para varillas de abanico. El escobón del enjalbegador ha hecho desaparecer más obras maestras que la guadaña del tiempo—si se nos permite emplear esta expresión mitológica y pasada de moda—. En un salón bastante bien conservado se ven unos cuantos retratos ahumados de reyes de España, los cuales no tienen más mérito que el cronológico.

El verdadero encanto del Generalife son sus jardines y el agua.

A lo largo de todo el recinto se extiende un canal revestido de mármol, que rueda sus aguas abundantes y rápidas bajo una serie de arcos de follaje formados por tejos podados y recortados de una manera extraña. En las orillas hay naranjos y cipreses; al pie de uno de éstos, de un tamaño enorme, y que es de tiempo de los moros, la favorita de Boabdil, según cuenta la leyenda, demostró frecuentemente que las rejas y los cerrojos son poca garantía de la virtud de las sultanas. Lo que hay de cierto es que el árbol es muy corpulento y muy viejo.

La perspectiva termina por una galería-pórtico, con surtidores y columnas de mármol, como el patio de los Arrayanes, de la Alhambra. El canal hace un recodo y penetra en otros recintos, adornados con estanques, y cuyos muros conservan huellas de frescos del siglo XVI, representando motivos de arquitectura rústica y paisajes. En el centro de uno de estos estanques se expande, como un inmenso canastillo, una gigantesca adelfa de esplendor y belleza incomparables. En el momento en que la vi aparecía como una explosión de flores, como un haz de fuegos de artificio vegetales, como una frescura espléndida y pujante, casi ruidosa—si esta palabra puede aplicarse a los colores—, que haría aparecer marchito el matiz de la rosa más bermeja. Sus hermosas flores brotaban, con todo el ardor del deseo, hacia la luz pura del cielo; sus nobles hojas, cortadas expresamente por la Naturaleza para coronar la gloria, lavadas por el rocío de los surtidores, centelleaban como esmeraldas a la luz del Sol. Nada me ha hecho experimentar una sensación más clara de la belleza que aquella adelfa del Generalife.

Las aguas llegan a los jardines por una especie de rampa muy pendiente, orillada de pequeñas tapias a modo de pretiles, que sostienen canales de tejas huecas, por los que los arroyos se precipitan a cielo abierto con un murmullo agradable y de lo más alegre del mundo. En las mesetas y del centro de estanquillos brotan surtidores que lanzan su airón de cristal hasta el espeso follaje del bosque de laureles, cuyas ramas se cruzan por encima de ellos. La montaña brilla por todas partes; a cada paso brota un manantial, y siempre se oye murmurar en torno alguna onda separada de su curso, que va a alimentar una fuente o a llevar su frescura al pie de un árbol. Los árabes llevaron a su más alto grado el arte del riego; sus trabajos hidráulicos son dignos de la civilización más avanzada; hoy subsisten aún, y a ellos debe Granada ser el paraíso de España y disfrutar de una primavera eterna con una temperatura africana. Los árabes desviaron un brazo del Darro, llevándolo desde más de dos leguas sobre las colinas de la Alhambra.



Desde la azotea del Generalife se ve perfectamente la configuración de la Alhambra, con su recinto de torres rojizas, medio en ruinas, y sus lienzos de muralla, que suben y bajan, siguiendo las ondulaciones de la montaña. El palacio de Carlos V, que no se ve desde la ciudad, dibuja su masa fuerte y cuadrada, rubia de sol, sobre las laderas adamascadas de Sierra Nevada, cuya blanca cumbre se recorta valientemente en el fondo del cielo. El campanario de Santa María perfila su silueta cristiana por encima de las almenas árabes. Algunos cipreses lanzan, a través de las grietas de las murallas, sus negros suspiros de follaje, en medio de toda aquella luz y aquel azul, como un pensamiento triste en la alegría de una fiesta. Las pendientes de la colina que bajan al

Darro y a la barranca de Los Molinos desaparecen bajo un océano de verdura. Es uno de los más hermosos puntos de vista que se pueden imaginar.

Al otro lado, como para contrastar con tanta frescura, se eleva una montaña inculta, abrasada, hosca, de tonos de ocre y tierra de siena, que se llama *la silla del Moro*, a causa de los restos de construcciones que se conservan en su cima. Desde allí el rey Boabdil contemplaba a sus caballeros justando en la Vega contra los caballeros cristianos. El recuerdo de los moros perdura vivo en Granada. Dijérase que acaban de abandonar la ciudad, y a juzgar por lo que de ellos queda, es lástima que así haya ocurrido.

La España meridional necesita la civilización árabe y no la europea, que no está en relación con el ardor del crimen ni con las pasiones que inspira. El mecanismo constitucional no conviene mas que a las zonas templadas; con más de treinta grados de temperatura, las constituciones se funden o estallan.

Ahora que hemos terminado con la Alhambra y el Generalife, atravesemos el barranco del Darro, y vamos a visitar, en el Sacro Monte, las cuevas de los gitanos, que son muy numerosas en Granada. Este camino está practicado en la ladera de la colina del Albaicín, al que domina por un lado. Piteras gigantescas, chumberas monstruosas erizan aquellas pendientes descarnadas y blanquecinas, con sus palas y sus lanzas de un



verdor gríseo; bajo las raíces de estas grandes plantas, que parecen servirles de amparo y defensa, están abiertas, en la roca viva, las cuevas de los gitanos. La entrada de estas cavernas suele estar blanqueada con cal; de puerta les sirve un trozo de tapicería roto, pendiente de una cuerda tendida. En el interior pulula y bulle la familia salvaje; los chicos, con la piel más obscura que un cigarro habano, juegan sin distinción de sexos, desnudos, en el umbral, y se revuelcan en el polvo, lanzando gritos agudos y guturales. Los gitanos son, por lo general, herreros, esquiladores, veterinarios y, sobre todo, chalanes. Son poseedores de mil recetas para dar animación y fuego a las caballerías más asmáticas y más cansadas; un gitano habría hecho galopar a Rocinante y caracolear al rucio de Sancho; pero, en el fondo, su verdadero oficio es el de ladrón.

Las gitanas venden amuletos, dicen la buenaventura y practican las industrias sospechosas habituales a las mujeres de su raza; he visto pocas guapas, aunque sus caras fuesen muy típicas y de mucho carácter. Su tez curtida hace resaltar la limpidez de los ojos orientales, cuyo ardor está templado por un no sé qué de tristeza misteriosa; algo de la nostalgia de su patria ausente y de su grandeza desaparecida. Su boca, de labios gruesos, muy encarnados, recuerda las bocas africanas; la frente pequeña, la forma de la nariz, acusa su origen común con los tziganos de la Valaquia y de la Bohemia, y con todos los hijos de este

pueblo extraño que, con el nombre genérico de Egipto, atravesó la sociedad de la Edad Media, y al cual tantos siglos no han conseguido interrumpir su filiación enigmática. Casi todas tienen un porte natural tan majestuoso, tal soltura en su aire, están sus bustos tan bien colocados sobre las caderas, que, a pesar de sus andrajos, su suciedad y su miseria, parecen tener conciencia de la pureza de su raza, virgen de toda mezcla; pues los gitanos sólo se casan entre sí, y los hijos que procediesen de las uniones pasajeras serían arrojados sin piedad de la tribu. Una de las pretensiones de los gitanos es ser buenos castellanos y buenos católicos; pero yo creo que, en el fondo, tienen más de árabes y de mahometanos, cosa que ellos niegan cuanto pueden, por un resto de temor a la Inquisición desaparecida. Algunas calles desiertas y medio en ruinas del Albaicín están también habitadas por gitanos más ricos o menos nómadas. En una de estas callejas vimos una muchachita de ocho años, completamente desnuda, que ensayaba el baile del *zorongo* en el empedrado de punta. Su hermana, escurrida, flaca, con unos ojos de ascua en un rostro de limón, estaba acurrucada junto a ella, en el suelo, con una guitarra en las rodillas, a la que arrancaba, con el pulgar, un sonido muy semejante al estridor ronco de las cigarras. La madre, ricamente vestida, el cuello cargado de collares de cristal, llevaba el compás con el pie, calzado de una pantufla de terciopelo azul, que sus ojos acariciaban con complacencia. Lo salvaje de la actitud, lo extraño del atavío y el color extraordinario del grupo, habrían proporcionado asunto muy a propósito para un cuadro de Callot o de Salvador Rosa.



El Sacro Monte, que encierra las grutas de los mártires, encontradas milagrosamente, no ofrece nada curioso. Es un convento con una iglesia vulgar, bajo la cual se hallan las criptas. Estas no tienen nada que pueda causar una viva impresión Se compone de una serie complicada de galerías estrechas, de siete u ocho pies de altura y enjalbegadas. En huecos preparados "ad hoc" se han erigido altares, adornados con más devoción que gusto. Allí, detrás de las verjas, están encerradas las urnas y las osamentas de los santos. Yo esperaba encontrar una iglesia subterránea, obscura, misteriosa, casi espantable, con columnas rechonchas, de bóveda de medio punto, iluminada por el reflejo vacilante de una lámpara lejana; algo como las antiguas catacumbas. Y no fué pequeña mi sorpresa ante el aspecto limpio y coquetón de aquella cripta pintarrajeada, iluminada por claraboyas, como una bodega. Nosotros, católicos un poco superficiales, necesitamos de lo pintoresco para llegar al sentimiento religioso. El devoto no piensa en los contrastes de la luz y la sombra, en las proporciones más o menos armoniosas de la arquitectura; sabe que en aquel altar de forma insignificante están guardados los huesos de los santos muertos por la fe que profesa; esto le basta.

La Cartuja, viuda actualmente de sus frailes.

como todos los conventos de España, es un edificio admirable, y nunca se lamentará bastante el que no sirva para lo que fué destinado. No hemos comprendido aún qué daño hacían los cenobitas encerrados en una prisión voluntaria y viviendo en la austeridad y la religión; sobre todo, en un país como España, donde no falta el terreno precisamente.

Se sube al pórtico de la iglesia por una doble escalinata, coronada con una estatua de San Bruno en mármol blanco, de un efecto bastante agradable. La decoración de la iglesia es original; consiste en arabescos de yeso moldeado, de una variedad y una fecundidad de motivos verdaderamente prodigiosos. Al parecer, la intención del arquitecto ha sido competir, en un gusto diferente de ligereza y complicación, con los encajes de la Alhambra. En aquella inmensa nave no hay un espacio de un palmo que no esté florido, adamascado, adornado, calado, frondoso, como un cogollo de col; sería para hacer perder la cabeza al que quisiera sacar un edificio exacto. El coro está revestido de pórfido y mármoles preciosos. Se ven colgados aquí y acullá, a lo largo de los muros, algunos cuadros mediocres, que hacen pensar con lástima en el trozo de pared que ocupan. El cementerio está junto a la iglesia; según costumbre en las cartujas, no hay ninguna tumba, ni siquiera una cruz, que indique el sitio en que reposan los hermanos muertos; las celdas rodean el cementerio, y cada una tiene su jardinillo. En un terreno plantado de árboles, que sin



duda serviría de paseo a los religiosos, me hicieron notar una especie de vivero, de márgenes de piedras inclinadas, donde se arrastraban torpemente unas cuantas docenas de tortugas que tomaban el Sol, sintiéndose muy felices al verse al abrigo de la olla. La regla de los cartujos les impone no comer carne nunca, y la tortuga es considerada como pescado por los casuístas. Aquéllas estaban destinadas a servir de alimento a los frailes; la revolución las salvó.

Puesto que estamos en plan de visitar conventos, entraremos, si os place, en el Monasterio de San Juan de Dios. Su claustro es de los más raros y de un mal gusto prodigioso; los muros, pintados al fresco, representan hechos salientes de la vida de San Juan de Dios, encuadrados por adornos fantásticos y grotescos que sobrepujan a los monstruos del Japón y a los más deformes y extravagantes mamarrachos chinos. Son sirenas tocando el violín, monas en el tocador, pescados quiméricos en mares imposibles, flores que parecen pájaros, pájaros que parecen flores, cuadrados de espejo, azulejos, lazos de amor, un revoltijo incomprensible. La iglesia, felizmente de otra época, es casi toda dorada. El retablo, sostenido por columnas salomónicas, produce un efecto rico y majestuoso. El sacristán que nos servía de guía, al ver que éramos franceses, nos empezó a hablar de nuestro país, preguntándonos si era cierto, como se decía en Granada, que el emperador de Rusia, Nicolás, había invadido Francia,

apoderándose de París; aquellas eran las noticias más recientes. Tales absurdos eran propalados entre el pueblo por los partidarios de don Carlos, para hacer creer en una reacción absolutista de parte de las potencias europeas, y reanimar con la esperanza de una próxima ayuda el valor vacilante de las partidas desorganizadas.

En esta iglesia vi un espectáculo que me chocó: una anciana que se arrastraba sobre las rodillas, desde la puerta hasta el altar, llevaba los brazos en cruz, derechos como estacas, la cabeza echada hacia atrás, los ojos en blanco, los labios apretados contra los dientes, el rostro lustroso y plomizo; era el éxtasis llevado casi hasta la catalepsia. El mismo Zurbarán no ha hecho nada de aspecto más ascético ni de un ardor más febril. Cumplía una penitencia impuesta por su confesor, y aún le quedaba para cuatro días.

El convento de San Jerónimo, convertido ahora en cuartel, tiene un claustro gótico de dos series de arcos, de un carácter y de una belleza extraordinarios. Los capiteles de las columnas están adornados de hojarasca y de animales fantásticos, caprichosos y encantadores. La iglesia, profanada y desierta, ofrece la particularidad de que todos los adornos y relieves de arquitectura están pintados, como los de la bóveda de la Bolsa, en un solo color, en vez de ser de realce; allí está enterrado Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán. También se conservaba su espada, que han robado hace poco tiempo, para venderla en dos o tres



duros, que es lo que valdría la plata del puño. De este modo han desaparecido muchos objetos de gran valor artístico o histórico, sin más provecho para los ladrones que la satisfacción de hacer daño. Me parece que ya podrían haber imitado nuestra revolución en otra cosa y no en su estúpido vandalismo. Este es el sentimiento que se experimenta siempre que se visita un convento abandonado, ante el aspecto de tanta ruina y devastación inútiles, de tantas obras maestras de todas clases desaparecidas para siempre, del largo trabajo de muchos siglos arrebatado y barrido en un momento. Nadie puede juzgar el porvenir; por mi parte, dudo que nos devuelva lo que nos legara el pasado y que se destruyó, como si hubiera algo que ocupase su puesto. Además de que se podría poner lo que hubiera a *su lado*, pues el mundo no está tan cubierto de monumentos que haya necesidad de levantar los edificios nuevos sobre los escombros de los antiguos. Estas reflexiones me preocupaban al recorrer la Antequeruela, el antiguo convento de Santo Domingo. La capilla está decorada con una superabundancia incomprensible de adornos inútiles, ringorrangos y dorados. Sólo se ven columnas torneadas, volutas, escarolados, incrustaciones de colorines, mosaicos de cristal, espejos biselados, transparentes, etc.; todo lo que el gusto atormentado del siglo XVIII y el horror de la línea recta pueden inspirar de más desordenado, más artificial, más retorcido y más barroco. La biblioteca, que se conserva bien,

consta casi exclusivamente de volúmenes en cuarto y de infolios encuadernados en pergamino, con el título escrito a mano, con tinta negra o roja. En general, son tratados de Teología, disertaciones de casuístas y otras producciones escolásticas de poco interés para simples literatos. En el convento de Santo Domingo se ha formado una colección de cuadros procedentes de otros conventos, suprimidos o arruinados, que, excepción hecha de algunas cabezas ascéticas y algunas escenas de martirio, que parecen pintadas por verdugos—tal es el lujo de erudición en suplicios que brilla en ellos—, no presenta nada de particular, y demuestra que los devastadores son muy entendidos en pintura, pues saben quedarse con lo bueno. Los patios y los claustros son bellísimos, adornados con fuentes, naranjos y flores. ¡Qué bien está dispuesto todo para la meditación, el ensueño y el estudio! Y ¡qué lástima que los conventos hayan estado habitados por frailes y no por poetas! Los jardines, abandonados a sí mismos, han tomado un carácter agreste y salvaje. Una vegetación viciosa invade los viales; por todas partes la Naturaleza entra en posesión de sus derechos; en el lugar de cada piedra caída coloca una planta o una flor. Lo más notable en aquellos jardines es una calle de laureles enormes, que forman bóveda, enlosada de mármol blanco y con un largo asiento de la misma materia a cada lado que tiene el respaldo hacia atrás. Surtidores espaciados mantienen la frescura bajo aquella bóveda de verdor,



a cuyo extremo se disfuta de una esplénlida vista sobre Sierra Nevada, a través de un mirador árabe, que forma parte de los restos de un antiguo palacio enclavado en el convento. Según dicen, este pabellón comunicaba con la Alhambra, de la que está bastante lejos, por medio de galerías subterráneas. La idea está muy arraigada en Granada, donde a la más insignificante ruina árabe se le propinan cinco o seis leguas de subterráneos y un tesoro oculto, guardado por algún encanto cualquiera.

Muchas veces íbamos a Santo Domingo a sentarnos a la sombra de los laureles y a bañarnos en una piscina, donde los frailes, según las canciones satíricas, se holgaban con las muchachas que atraían o hacían raptar. Es de notar que en los países más católicos es donde las cosas santas, los curas y los frailes son tratados con menos respeto; las canciones y los cuentos españoles sobre los religiosos no tienen nada que envidiar, en cuanto a licencia, a las sátiras de Rabelais y de Beroalde de Verville, y al ver la manera cómo se parodian las ceremonias de la iglesia en las antiguas obras de teatro, no se imagina nadie que haya existido la Inquisición.

A propósito de baño, incluiremos un detalle probatorio de que el arte termal, llevado a tan gran altura por los árabes, ha perdido mucho de su antiguo esplendor en Granada. Nuestro guía nos condujo a un establecimiento de baños bastante bien arreglado, con cuartos dispuestos alrede-

dor de un patio sombreado por un techo de pámpanos y ocupado en gran parte por un depósito de agua clara. Hasta aquí todo iba bien; pero ¿de qué os imagináis que eran las bañeras? ¿De cobre, de cinc, de piedra, de madera?... Nada de eso; os lo diremos, pues no lo adivinaríais jamás. Eran enormes tinajas de barro, como las que se emplean para conservar el aceite. Estas bañeras de nuevo estilo estaban enterradas hasta los dos tercios de su altura. Antes de meternos en aquellas cántaras las hicimos forrar con una sábana blanca, precaución de limpieza que le pareció muy rara al bañero, y que tuvimos que repetirle varias veces para que lo hiciera: tanto lo extrañaba. Se explicó el capricho a sí mismo encogiéndose compasivamente de hombros y diciendo a media voz esta sola palabra: *¡Ingleses!* Allí nos acurrucamos en las ollas, con la cabeza fuera, poco más o menos, como las perdices en un barreño, haciendo una figura bastante grotesca. Entonces comprendí el cuento de *Alí-Baba o Los cuarenta ladrones*, que siempre me había parecido muy inverosímil, haciéndome dudar de la veracidad de *Las mil y una noches.*

En el Albaicín aún quedan baños árabes—una piscina cubierta de una bóveda, agujereada con respiraderos en forma de estrella—; pero no están preparados, y sólo podían tener agua fría.

Esto es todo lo que se puede, poco más o menos, ver en Granada en una estancia de unas cuantas semanas. Las distracciones son raras; el



teatro está cerrado en verano; la plaza de toros no está servida con regularidad; no hay casinos ni establecimientos públicos, y no se encuentran periódicos franceses y extranjeros más que en el Liceo, cuyos miembros celebran en ciertos días sesiones, en las que se leen discursos, poesías o se cantan o se representan comedias, compuestas generalmente por algún poeta joven de la buena sociedad.

Cada uno se ocupa escrupulosamente de no hacer nada; el galanteo, el cigarrillo, la composición de cuartetas y de octavas, y, sobre todo, las cartas, bastan para ocupar agradablemente la existencia. Allí no se ve la inquietud furiosa, la necesidad de obrar y de cambiar de sitio, que atormenta a las gentes del Norte. Los españoles, a mi ver, son muy filósofos; no conceden casi ninguna importancia a la vida material, y las comodidades les son completamente indiferentes. Las mil necesidades ficticias creadas por las civilizaciones septentrionales se les antojan refinamientos pueriles y molestos. En efecto: como no tiene que defenderse continuamente contra el clima, los goces del *home* inglés no les inspiran la menor envidia. ¿Qué importa que las ventanas no cierren bien a gentes que pagarían una corriente de aire, un aire colado, si pudieran procurárselo? Favorecido por un hermoso cielo, han reducido la existencia a su más mínima expresión; esta sobriedad y esta moderación en todas las cosas les procuran una gran libertad, una independencia extrema; tienen tiempo de vivir, y

los demás no podemos decir otro tanto. Los españoles no conciben que se trabaje para después descansar. Prefieren hacerlo a la inversa, lo cual, después de todo, me parece más sensato. Un obrero que ha ganado unos cuantos reales deja el trabajo, se echa al hombro su chaquetilla bordada, coge la guitarra y se va a bailar o a cortejar a las *mozas*, sus amigas, hasta que no le queda un cuarto; entonces vuelve a comenzar. Con tres o cuatro perrillas diarias, un andaluz puede vivir espléndidamente; con esta cantidad comprará pan blanco, una raja enorme de sandía y un vasito de aguardiente; su alojamiento no le costará más que el trabajo de extender la capa en el suelo bajo un pórtico o un arco de puente. En general, a los españoles el trabajo les parece cosa humillante e indigna de un hombre libre, idea muy natural y muy razonable, en mi opinión, puesto que Dios, queriendo castigar al hombre por su desobediencia, no supo infligirle mayor suplicio que el ganar el pan con el sudor de su frente. Placeres conquistados como los nuestros, a fuerza de trabajo, de fatigas, de tensión de espíritu y de ansiedad, les parecerían muy caros. Como los pueblos sencillos y más cerca de la Naturaleza, tienen una rectitud de juicio que les hace despreciar las satisfacciones con condición. Para quien llegue de París o de Londres, esos dos torbellinos de actividad devoradora, de existencia febril y sobreexcitada, es un espectáculo original la vida que se hace en Granada, vida toda tranquilidad y ocio,



ocupada con la conversación, la visita, el paseo, la música y el baile. Sorprende ver la tranquilidad feliz de aquellos rostros, la dignidad serena de aquellas fisonomías. Nadie tiene el aire atareado que se observa en los transeuntes de las calles de París. Todos van a gusto, eligiendo el lado de la sombra, deteniéndose para hablar con sus amigos y sin demostrar prisa alguna por llegar. La certeza de no poder ganar dinero apacigua toda ambición: los jóvenes no tienen porvenir en ninguna carrera. Los más aventureros se van a Manila, a la Habana o se alistan en el ejército; pero, por ese estado lamentable de la Hacienda, pasan a veces años enteros sin oír hablar de sueldo. Convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, no tratan de alcanzar fortunas imposibles, y pasan el tiempo en una ociosidad encantadora, que favorecen la belleza del país y el ardor del clima.

No me he dado apenas cuenta de la seriedad de los españoles; no hay nada más engañador que las reputaciones que se hacen a los individuos y a los pueblos. Por el contrario, los he encontrado sencillos y de una bondad extrema; España es el verdadero país de la igualdad, si no en palabras, por lo menos en hechos. El último mendigo enciende su *papelito* en el *puro* del gran señor, quien le deja hacer sin la menor afectación de condescendencia; la marquesa pasa sonriendo por encima del cuerpo andrajoso de los vagabundos que duermen atravesados en el umbral de su puerta, y cuando va de viaje no hace ningún asco de beber

en el mismo vaso que el *mayoral*, el *zagal* y el escopetero que la conducen. Los extranjeros se acomodan difícilmente a esta familiaridad; los ingleses sobre todo, que se hacen servir en bandejas las cartas, que cogen con tenacillas. Uno de estos estimables insulares, que iba de Sevilla a Jerez, envió a su *calesero* a que comiera en la cocina. El hombre, que, en el fondo de su alma, pensaba hacer un gran honor a un hereje sentándose a su mesa, no hizo la menor observación, y disimuló su enojo con tanto cuidado como un traidor de melodrama; pero en medio del camino, a tres o cuatro leguas de Jerez, en un desierto temeroso, lleno de barrancos y malezas, nuestro hombre hizo apearse al inglés y le gritó, fustigando al caballo: "Milord, usted no me ha creído digno de sentarme a su mesa; yo, don José Balbino Bustamante y Orozco, le juzgo a usted mala compañía para ir sentado en esta banqueta. Buenas tardes."

A los criados y demás servidores se les trata con una dulzura familiar, muy diferente a nuestra cortesía afectada, que, a cada palabra, parece recordarles la inferioridad de su posición. Un ejemplo probará nuestro aserto: Habíamos ido de excursión a la casa de campo de la señora X***. Por la noche se quiso bailar; pero había muchas más mujeres que hombres. La señora X*** llamó al jardinero y a otro criado, los cuales bailaron durante toda la velada, sin azoramiento, sin falsa vergüenza, sin servilismo, como si en realidad formasen parte de la sociedad. Invitaron, una por una, a



las muchachas más bonitas y más linajudas, que aceptaron su demanda con toda la amabilidad posible. Nuestros demócratas están aún muy lejos de esta igualdad práctica, y nuestros republicanos más hoscos se rebelarían ante la idea de figurar en un rigodón enfrente de un labriego o de un lacayo.

Claro está que éstas, como todas las reglas, sufren muchas excepciones. Hay, sin duda alguna, muchos españoles activos, laboriosos, sensibles a todos los refinamientos de la vida; pero la citada es la impresión general que recibe un viajero después de permanecer allí una temporada, impresión muchas veces más justa que la de un natural del país, al que choca menos y emociona menos la novedad de las cosas.

Satisfecha nuestra curiosidad respecto de Granada y sus monumentos, a fuerza de encontrarnos a cada vuelta de calle con la perspectiva de Sierra Nevada, decidimos entablar conocimiento más íntimo con ella, intentando una excursión al Mulhacén, el pico más alto de la cordillera. Nuestros amigos trataron de disuadirnos de este propósito, que no dejaba de ofrecer algún peligro; pero cuando nos vieron decididos, nos indicaron un cazador, llamado Alejandro Romero, que conocía muy bien la montaña y podía servirnos de guía. Fué a vernos a nuestra *casa de pupilos*, y su fisonomía varonil y franca nos previno en su favor al instante; llevaba un chaleco viejo de terciopelo, una faja de lana roja, polainas de lienzo

blanco como las de los valencianos, que dejaban al descubierto sus piernas secas, nerviosas, curtidas como cuero de Córdoba. Calzaba alpargatas de cuerda trenzada, y completaban su indumento un sombrerillo andaluz, rojo a fuerza de sol, una carabina y una calabaza con pólvora. Encargóse de los preparativos de la expedición, y nos prometió que al día siguiente, a las tres, nos llevaría los cuatro caballos que necesitábamos: uno para mi compañero de viaje, otro para mí, el tercero para un alemán que se había unido a nuestra caravana y el cuarto para nuestro criado, que llevaba el encargo de la parte culinaria de la expedición. En cuanto a Romero, iría a pie. Nuestras provisiones consistían en jamón, pollos asados, chocolate, pan, limones, azúcar, y, principalmente, una gran bolsa de cuero, que se llama *bota*, llena de excelente vino de Valdepeñas.

A la hora indicada estaban los caballos delante de nuestra casa, y Romero daba culatazos con su carabina a la puerta de nuestro cuarto. Montamos a caballo medio dormidos aún, y partió el cortejo; nuestro guía nos precedía como correo para indicar el camino. Aun cuando ya era de día, no había salido el Sol, y las ondulaciones de las colinas inferiores, que ya habíamos traspuesto, se extendían en derredor nuestro, frescas, límpidas y azuladas como las ondas de un océano inmóvil. Granada se esfumaba a lo lejos en la bruma de la atmósfera. Cuando el globo de llama apareció en el horizonte, todas las cimas se tor-



naron rosa, como jovenzuelas a la vista de un amante, y dijérase como que mostraban un rubor púdico al ser sorprendidas en su desaliño de la mañana. Hasta entonces no habíamos subido más que pendientes suaves, que se encadenaban unas a otras, sin ofrecer dificultad alguna. Las cimas de la montaña se unen a la llanura por medio de ondulaciones hábilmente dispuestas, fácilmente asequibles, que forman una meseta. El guía decidió que era preciso dar un descanso a las cabalgaduras para que comieran, y nosotros podríamos desayunar mientras tanto. Nos acomodamos al pie de una roca, cerca de un manantial, cuya agua diamantina brillaba bajo la hierba esmeralda. Romero, tan hábil como un salvaje de América, improvisó una hoguera con unos cuantos matojos, y Luis hizo el chocolate, que, acompañado con una loncha de jamón y un trago de vino, constituyó nuestra primera comida en el monte. Mientras se hacía el desayuno, pasó a nuestro lado una magnífica víbora, que no se mostró muy satisfecha, al parecer, de nuestra instalación en sus dominios, pues lanzó un silbido descortés, que le valió un pinchazo en el vientre. Un pajarillo que observaba atento la escena, apenas vió a la víbora fuera de combate, acudió con las plumas del cuello erizadas, agitando las alas, chispeantes los ojos, gritando y piando, en un estado extraño de exaltación; reculando cada vez que uno de los trozos del animal venenoso se retorcía convulsivamente y volviendo a la carga y dándole algu-

nos picotazos, después de los cuales se elevaba cuatro o cinco pies en el aire. Yo no sé lo que aquella serpiente podría haber hecho en vida al pájaro y qué rencores vengaríamos al matarla; pero nunca he visto una alegría mayor.

Reanudamos la marcha. De tiempo en tiempo nos encontrábamos hileras de borriquillos que descendían de las alturas, cargados de nieve, con destino a Granada para el consumo diario. Los arrieros nos saludaban al pasar con el sacramental *Vayan ustedes con Dios*, y nuestro guía los lanzaba algún chiste acerca de la mercancía, que no llegaría a la ciudad y que se verían obligados a vender con destino al riego.

Romero nos precedía siempre; saltaba de piedra en piedra con la ligereza de un gamo, exclamando: *Buen camino*. Tendría curiosidad de saber lo que aquel buen hombre entendía por mal camino, pues allí no había ni señales de vereda. A derecha e izquierda se abrían precipicios enormes, muy azulados, muy vaporosos, variando entre mil quinientos y dos mil pies de profundidad, diferencia que, en resumen, nos inquietaba poco, pues unas docenas más de toesas no quitaban ni ponían nada. Recuerdo con estremecimiento cierto paso de tres o cuatro tiros de fusil de largo y dos pies de anchura, paso natural entre dos abismos. Como mi caballo iba a la cabeza de la fila, tuve que pasar el primero por aquella especie de cuerda tendida, que hubiera dado que pensar a los acróbatas más intrépidos. En algunos pasajes, el sendero era tan



estrecho, que mi cabalgadura tenía el espacio justo para posar su pesuña, y cada una de mis piernas caía sobre un abismo diferente; me tenía inmóvil en la silla, derecho como si llevara alguna cosa en equilibrio en la punta de la nariz. Aquel trayecto, de pocos minutos, me pareció larguísimo.

Cuando reflexiono fríamente en aquella ascensión increíble, me asombro como ante el recuerdo de un sueño incoherente. Habíamos pasado por senderos en los que las cabras habrían dudado si aventurarse, subido pendientes tan escarpadas, que las orejas de los caballos tocaban con nuestras barbas, a través de roquedales, de piedras que rodaban a lo largo de precipicios espantosos, describiendo zigzags, aprovechando los menores accidentes del terreno, avanzando poco, pero siempre, y subiendo gradualmente hacia la cima objeto de nuestra ambición, y que habíamos perdido de vista desde que nos internamos en el monte, porque cada meseta oculta a la vista la meseta superior. Cada vez que las caballerías se paraban para tomar aliento, nos volvíamos en las sillas para contemplar el inmenso panorama formado por el telón circular del horizonte. Las crestas superadas se dibujaban como un gran mapa. La vega de Granada y toda Andalucía se desplegaban bajo el aspecto de un mar azulado, en el cual algunos puntos blancos, heridos por el sol, figuraban las velas. Las cimas vecinas, calvas, resquebrajadas, agrietadas de alto abajo, tenían en la sombra matices de ceniza verde, azul de Egipto, lila y gris perla, y a

la luz, tonos de corteza de naranja, piel de león, oro bruñido, los más calientes y los más admirables del mundo. No hay nada que dé la idea de un caos, de un universo, aun en manos del Creador, como una cadena de montañas vistas desde arriba. Diríase que un pueblo de titanes ha tratado de edificar una de sus inmensas torres, uno de aquellos prodigiosos *Sylags* que alarman a Dios; que han acumulado materiales, comenzado terrazas gigantescas, y que un soplo desconocido ha derribado y revuelto como una tempestad sus proyectos de templos y palacios. Creeríase uno entre los escombros de una Babilonia antediluviana, en las ruinas de una ciudad preadamita. Aquellos bloques enormes, aquellos amontonamientos faraónicos suscitan la idea de una raza de gigantes desaparecidos; tan clara y legible está escrita la vejez del mundo, con arrugas profundas en la frente cana y en la fisonomía ceñuda de aquellas montañas milenarias.

Habíamos alcanzado la región de las águilas. De tarde en tarde divisábamos uno de estos nobles pájaros parado en una roca solitaria, con la mirada hacia el Sol, y en ese estado de éxtasis contemplativo que sustituye al pensamiento en los animales. Una de ellas planeaba a gran altura y parecía inmóvil en medio de un océano de luz. Romero no pudo resistir a la tentación de enviarle una bala a manera de tarjeta de visita. El plomo arrebató una de las plumas del ala, y el águila, con majestad indecible, continuó



su vuelo, como si nada hubiese ocurrido. La pluma revoloteó mucho tiempo antes de caer en tierra, donde fué recogida por Romero, que adornó con ella su sombrero.

Las nieves comenzaban a mostrarse en hilillos delgados, en manchas diseminadas, a la sombra de las rocas; el aire se enrarecía; las escarpas tornábanse cada vez más abruptas; a poco comenzaron las manchas enormes de nieve, y los rayos del Sol no tenían fuerza para derretirla. Habíamos remontado las fuentes del Genil, al que divisábamos, como una cinta azul plateada, precipitarse apresuradamente hacia su ciudad querida. La meseta en que nos encontrábamos está a nueve mil pies sobre el nivel del mar, y sólo la dominan el Pico Veleta y el Mulhacén, que se eleva un millar de pies más hacia el abismo insondable del cielo. Romero decidió que pasáramos allí la noche. Se desenjaezaron los caballos, que no podían más. Luis y el guía cortaron matas, raíces y enebros para sostener el fuego, pues aunque en el llano habría de treinta a treinta y cinco grados de temperatura, en aquella altura hacía un fresquito que a la puesta del Sol se convertiría seguramente en frío intenso. Serían las cinco; mi compañero y el joven alemán quisieron aprovechar el fin del día para trepar, a pie y solos, la última altura. Por mi parte preferí quedarme, y, con el ánimo emocionado ante aquel espectáculo grandioso y sublime, me puse a escriborrear algunos versos, si no bien hechos, con

el mérito, por lo menos, de ser los únicos alejandrinos compuestos a aquella altura.

Terminadas mis estrofas, fabriqué para postre excelentes sorbetes con nieve, azúcar, limón y aguardiente. Nuestro campamento era muy pintoresco; las sillas de los caballos servíannos de asiento; nuestros abrigos, de tapiz; un gran montón de nieve nos resguardaba del viento. En medio brillaba un fuego de retama, que alimentábamos echando de cuando en cuando una rama, que se retorcía y silbaba, arrojando la savia en surtidores de todos colores por encima de nosotros; los caballos alargaban sus cabezas escuálidas, de mirada dulce y triste, y pescaban alguna bocanada de calor.

La noche se acercaba a pasos agigantados. Las montañas menos elevadas se habían borrado gradualmente y, como un pescador que huye de la marea que sube, la luz saltaba de cima en cima, retirándose hacia las más altas, para escapar a la sombra que ascendía desde el fondo de los valles, inundándolo todo con sus oleadas azulencas. El último rayo, que se detuvo sobre el Mulhacén, vaciló un instante; luego, abriendo sus alas doradas, elevóse como un pájaro de llama en las profundidades del cielo y desapareció. La obscuridad era completa, y la agrandada reverberación de nuestra hoguera proyectaba sombras movibles y extrañas en las paredes de las rocas. Eugenio y el alemán no volvían, y yo comenzaba a inquietarme; podrían haberse caído en algún precipicio



o hundido en un ventisquero. Romero y Luis ya hablaban de que les hiciera un documento en el que constara que ellos no habían matado ni robado a aquellos dos caballeros, y que si habían muerto era por su culpa.

En la espera, nos desgañitamos lanzando los gritos más agudos y más salvajes para indicarles la dirección de nuestro *wigwam*, en el caso de que no alcanzaran a ver la llama. Finalmente, un tiro, repetido por todos los ecos de la montaña, nos hizo comprender que nos habían oído y que nuestros compañeros estaban a poca distancia. En efecto, a los pocos momentos reaparecieron, rendidos de cansancio y pretendiendo haber visto Africa al otro lado del mar, cosa que es muy posible, pues la limpieza del aire es tal en aquel clima, que la vista puede alcanzar a treinta o cuarenta leguas. Cenamos alegremente, y a fuerza de tocar la gaita con el odre del vino, le dejamos tan escurrido como la *burjaca* de un mendigo de Castilla. Convinimos en velar por turno para mantener el fuego, y así se hizo. Pero el circuito, que al principio era bastante ancho, se fué cerrando poco a poco. De hora en hora, el frío hacíase más intenso, y concluímos por meternos literalmente dentro de la hoguera, hasta el punto de quemarnos los zapatos y los pantalones. Luis estalló en lamentaciones; echaba de menos su gazpacho, su casa, su cama y hasta a su mujer; prometíase a sí mismo, por lo más sagrado, que no volvería a caer en la red de otra excursión, pues las montañas son más interesantes

desde abajo que desde arriba, y se necesitaba estar loco para exponerse cien veces a romperse un hueso y a que se le helaran las narices y las orejas en pleno agosto, en Andalucía y mirando a Africa.

Toda la noche la pasó quejándose y gruñendo, sin que lográramos conseguir hacerle callar. Romero, que no decía nada, llevaba un traje de hilo, y sólo tenía para arroparse una pequeña bufanda.

Al fin rayó la aurora; estábamos encapuchados por una nube, y Romero nos aconsejó que empezáramos la bajada si queríamos llegar a Granada antes de anochecer. Cuando hubo bastante luz para distinguir los objetos, observé que Eugenio estaba rojo como una langosta cocida, y al mismo tiempo él hizo la misma observación respecto de mí, sin ocultármelo. El joven alemán y Luis también estaban cardenalicios; únicamente Romero conservaba su tono de revés de bota, y sus piernas de bronce, desnudas, no habían sufrido la menor alteración. La viveza del frío y la rarificación del aire era lo que nos coloreó de aquella manera. Subir no es nada, porque se mira hacia arriba; pero bajar, con la perspectiva del abismo, es otra cosa completamente distinta. De primera intención parecíonos impracticable, y Luis empezó a chillar como un grajo al que desplumaran vivo. Pero no podíamos quedarnos eternamente en el Mulhacén, lugar poco habitable si los hay, y, con Romero a la cabeza, comenzamos a bajar. Pintar los caminos o, mejor dicho, la ausencia de camino por donde aquel demonio de hombre nos hizo pasar, sería



imposible sin que se nos tachara de exagerados; nunca se han utilizado para un *steeple-chasse* tantos sitios peligrosos, y dudo que los más atrevidos *gentlemen riders* hayan hecho más proezas que nosotros en el Mulhacén. Las montañas rusas son pendientes suavísimas en comparación. Casi todo el tiempo íbamos de pie en los estribos y echados sobre la grupa de los caballos, para no describir continuas parábolas por encima de sus cabezas. Todas las líneas de la perspectiva se confundían a nuestra vista; dijéramos que los arroyos subían hacia las fuentes, que las rocas vacilaban sobre sus bases; los objetos más lejanos nos parecían a dos pasos, y teníamos perdida la idea de la proporción, efecto que se produce en las montañas, donde la enormidad de las masas y la verticalidad de los planos no permiten apreciar las distancias por los medios ordinarios.

A pesar de todas las dificultades, llegamos a Granada sin que nuestras cabalgaduras diesen un paso en falso; eso sí, entre todas sólo llevaban una herradura. Los caballos andaluces—aunque aquellos eran verdaderos matalones—no tienen igual para la montaña. Son tan dóciles, tan pacientes, tan inteligentes, que lo mejor es dejarles la brida suelta.

Esperaban nuestro retorno con impaciencia, pues desde la ciudad habían divisado la hoguera que hacía de faro desde la meseta de Mulhacén. Quería ir a contar nuestra peligrosa ascensión a las señoras de B***; pero estaba tan cansado, que me

quedé dormido en una silla con una media en la mano, y en la misma postura me desperté al día siguiente a las diez. Pocos días después dejamos Granada, lanzando un suspiro tan profundo, por lo menos, como el del rey Boabdil.

---

# XII

**Los ladrones y los cosarios de Andalucía.—Alhama.—Málaga.—Estudiantes de excursión.—Una corrida de toros.—Montes.—El teatro.**

Una noticia, muy a propósito para poner en conmoción a una ciudad española, había corrido por Granada, con gran satisfacción de los *aficionados*. La plaza nueva de Málaga se había terminado por fin, después de costar cinco millones de reales al empresario. Para inaugurarla solemnemente con un acontecimiento digno de las buenas épocas del arte, se había contratado, con su cuadrilla, al gran Montes, de Chiclana, que torearía tres días seguidos; Montes, el primer espada de España, el brillante sucesor de Romero y Pepe-Hillo. Ya habíamos asistido a varias corridas de toros, pero no habíamos tenido la suerte de ver a Montes, a quien sus opiniones políticas vedaban presentarse en la plaza de Madrid; y marcharse de España sin ver a Montes es algo tan salvaje y bárbaro como marcharse de París sin ver a mademoiselle Rachel. Aunque para seguir nuestro itinerario debíamos ir a Córdoba, no pudimos resistir a la tentación, y nos decidimos a alargarnos hasta Málaga, a pesar de

la dificultad del camino y el poco tiempo de que disponíamos.

De Granada a Málaga no hay diligencias; los únicos medios de comunicación son las galeras y las mulas; elegimos éstas como más seguras y más rápidas, pues teníamos que atravesar la Alpujarra para llegar el mismo día de la corrida, por la mañana.

Nuestros amigos de Granada nos indicaron un *cosario*—jefe de convoy—, llamado Lanza, mozo de buen aspecto, hombre honrado y en relaciones de amistad con los bandidos. Esto en Francia parecería una recomendación poco segura, pero no ocurre lo mismo al otro lado de los montes. Los arrieros y los conductores de galeras conocen a los ladrones, hacen tratos con ellos, y, mediante una cantidad por viajero o por convoy, según las condiciones, consiguen paso libre y no son detenidos. Estos tratos cúmplense por ambas partes con escrupulosa probidad, si se puede aplicar esta palabra en tales transacciones. Cuando el jefe de la banda que está en el camino se acoge *a indulto* (1), o por cualquier motivo cede a otro sus fondos y su clientela, cuida de presentar oficialmente a su sucesor a los *cosarios*, que le pagan la *contribución negra*, para que no les molesten por equivocación; de este modo los viajeros están seguros de no ser desvalijados, y los ladrones evitan los riesgos de un ataque y una lucha a veces

(1) Que se acoge a indulto se dice de un bandido que se entrega voluntariamente y se le perdona.



peligrosa. Así, todos salen ganando. Una noche, entre Alhama y Vélez, nuestro *cosario* iba dormitando sobre el cuello de la mula, a la cola de la recua, cuando, de repente, le despiertan unos gritos agudos; ve brillar los trabucos al borde del camino. No había duda: atacaban al convoy. Sorprendido a más no poder, echa pie a tierra, detiene con la mano la boca de las armas y dice su nombre. "¡Ah! Perdón, señor Lanza—contestan los bandoleros, confusos por su error—; no le habíamos reconocido; somos gente honrada, incapaz de tal indelicadeza, y tenemos demasiado honor para quitarle ni un cigarro."

Si no se va con una persona conocida en el camino, hay que llevar consigo una gran escolta, armada hasta los dientes, que cuesta muy cara y es menos segura, pues, por lo general, los escopeteros son ladrones retirados.

Es costumbre en Andalucía, cuando se viaja a caballo y se va a los toros, vestirse con el traje nacional. Nuestra caravana, por lo tanto, era muy pintoresca, y hacía muy buen efecto cuando salimos de Granada. Aprovechando con alegría aquella ocasión de disfrazarme sin ser carnaval, y encantado de abandonar durante algunos días los trajes franceses, me puse mi traje de *majo:* sombrero puntiagudo, chaquetilla bordada, chaleco de terciopelo con botones de filigrana, faja de seda roja, calzón de tricot, polainas abiertas en la pantorrilla. Mi compañero de camino llevaba un traje de terciopelo verde y cuero de Córdoba. Otros lle-

vaban la *montera*, la chaquetilla y el calzón negros, con agremanes de seda del mismo color, y corbata y faja amarillas. Lanza llamaba la atención por el lujo de sus botones de plata, hechos con realitos columnarios soldados a un gancho, y los bordados de seda lisa de su chaquetón, que llevaba al hombro como el *dolman* de los húsares.

La mula que me asignaron para cabalgadura estaba esquilada hasta la mitad del cuerpo, lo cual permitía estudiar su musculatura tan cómodamente como si estuviera desollada. La silla se componía de dos mantas de colorines dobladas dos veces, para atenuar en lo posible lo saliente de las vértebras y el corte afilado de la espina dorsal. A cada uno de los lados pendía, a manera de estribo, una especie de cuenco de madera muy parecido a una ratonera. Los arreos de la cabeza estaban tan cargados de pompones, madroños y otros arrequives, que apenas se podía distinguir, a través de ellos, el perfil arrugado y rudo del fantástico animal.

Cuando van de viaje, los españoles recobran su antigua originalidad y se despojan de toda imitación extranjera; el carácter nacional reaparece por entero en esos convoyes que atraviesan las montañas, los cuales no deben de ofrecer gran diferencia con las caravanas en el desierto. Lo áspero de los caminos, apenas trazados; lo salvaje y grandioso de los lugares, el traje pintoresco de los *arrieros*, los arreos extraños de las mulas, los caballos y burros marchando en reata, todo ello os



traslada a mis leguas de la civilización. El viaje se convierte en una cosa real, un acto en que tomáis parte. En una diligencia, el hombre deja de ser hombre para convertirse en un objeto inerte, en un paquete que no se diferencia gran cosa de su maleta. Os llevan de un lado a otro, y eso es todo. Tanto vale quedarse en casa. Lo que constituye el placer del viajero es el obstáculo, la fatiga, hasta el peligro. ¿Qué encanto puede ofrecer una excursión cuando se tiene la seguridad de llegar, de encontrar caballos preparados, una cama blanda, una buena cena y todas las comodidades que disfruta uno en su casa? Una de las grandes desgracias de la vida moderna es la falta de lo imprevisto, la ausencia de aventuras. Todo está tan bien reglamentado, tan bien engranado, tan bien clasificado, que no se deja nada a la casualidad; un siglo más de perfeccionamiento, y cada individuo podrá prever lo que ha de ocurrirle desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte. La voluntad humana será anulada. No habrá crímenes, ni virtudes, ni fisonomías, ni originalidades. Será imposible distinguir a un ruso de un español, a un inglés de un chino, a un francés de un americano. Ni siquiera se podrán las gentes reconocer entre sí, pues todo el mundo será igual. Entonces se apoderará del universo un aburrimiento inmenso, y el suicidio diezmará la población del globo, pues habrá desaparecido el móvil principal de la vida: la curiosidad.

Un viaje por España es aún empresa peligrosa

y romántica; hay que contribuir con la persona, tener valor, paciencia y fuerza. A cada paso se arriesga la piel, y los menores inconvenientes con que se tropieza son las privaciones de todo género, la carencia de las cosas más indispensables para la vida, el peligro de los caminos, verdaderamente impracticables para quienes no sean arrieros andaluces; un calor infernal, un sol capaz de derretir el cráneo; hay, además, que habérselas con los *facciosos*, los ladrones y los posaderos, gente bribona, cuya honradez se acomoda al número de carabinas que lleva uno consigo. El peligro os rodea, os sigue, os precede; sólo oís cuchichear historias terribles y misteriosas. Ayer comieron los bandoleros en esta posada. Una caravana fué detenida y conducida al monte por los facinerosos, para pedir rescate. Palillos está emboscado en tal sitio, por donde tienen ustedes que pasar. Indudablemente, en todo esto existe mucha exageración; pero, por muy incrédulo que uno sea, es preciso convencerse de que hay algo de cierto, cuando en cada encrucijada se ven cruces de madera con inscripciones de este género: "Aquí mataron a un hombre." "Aquí murió de mano airada..."

Habíamos salido de Granada a la caída de la tarde, y teníamos que andar toda la noche. La Luna no tardó en salir, inundando con sus rayos de plata los resaltes de las montañas. Las sombras de los roquedos se alargaban y se recortaban, afectando formas extrañas, en el camino que



seguíamos, y producían efectos de óptica originales. Oíamos tintinear a lo lejos, como notas musicales, las campanillas de los burros, que salieron antes que nosotros con el equipaje, o a algún mozo de mulas, que cantaba canciones amorosas con ese tono gutural y esas inflexiones de voz tan poéticas siempre de noche y en las montañas. Era una cosa encantadora, y vamos a tener el gusto de reproducir dos estrofas, improvisadas probablemente, que quedaron impresas en nuestra memoria, por su graciosa originalidad:

Son tus labios dos cortinas
de terciopelo carmesí,
entre cortina y cortina,
niña, dime que sí.

Atame con un cabello
a los bancos de tu cama,
aunque el cabello se rompa
segura está que me vaya.

Pronto pasamos de Cacín, donde vadeamos un torrente de algunas pulgadas de profundidad, cuyas aguas cristalinas mariposeaban en la arena como las escamas de los pececillos, precipitándose, a modo de un alud de lentejuelas de plata, por la pendiente rápida de la montaña.

A partir de Cacín, el camino era malísimo. Las piedras les llegaban a las mulas hasta el vientre, y a cada paso brotaban multitud de chispas. Subíamos, bajábamos, bordeábamos precipicios, trazando curvas y diagonales, pues estábamos en las Alpujarras, soledades inaccesibles, cadenas escar-

padas y ásperas, de donde, según dicen, los moros no lograron ser expulsados del todo y donde viven ocultos algunos millones de descendientes moros.

En una curva tuvimos un instante de miedo. Advertimos, a la luz de la Luna, siete mozallones envueltos en sus capas, tocados con el sombrero de medio queso y el trabuco al hombro, que estaban parados en medio del camino. La aventura perseguida durante tanto tiempo se presentaba con todo el romanticismo posible. Desgraciadamente, los bandidos nos saludaron muy cortésmente con un respetuoso *Vayan ustedes con Dios.* Eran todo lo contrario de los ladrones: eran miqueletes, es decir, gendarmes. ¡Oh decepción amarga para dos jóvenes viajeros entusiastas, que habrían dado por una aventura todo su equipaje!

Debíamos dormir en un pueblecillo llamado Alhama, colgado de una roca o pico, como un nido de águila. Nada más pintoresco que las revueltas obligadas del camino, siguiendo las sinuosidades del terreno, para alcanzar aquel nido de halcones. Llegamos a cosa de las dos de la madrugada, sedientos, hambrientos y rendidos de cansancio. Apagamos la sed mediante tres o cuatro jarras de agua y matamos el hambre con una tortilla de tomate, donde no había demasiadas plumas para una tortilla a la española. Un colchón bastante duro y parecido a un saco de nueces, tendido en el suelo, nos sirvió para descansar. A los dos minutos estaba dormido, y mi compañero me



imitaba, con ese sueño que se atribuye al justo. El día nos sorprendió en la misma actitud, inmóviles como lingotes de plomo.

Bajé a la cocina, para pedir por favor algún alimento, y, gracias a mi elocuencia, conseguí unas chuletas, un pollo frito con aceite, media sandía, y para postre, higos chumbos, a los que la posadera les quitó el pellejo espinoso con gran destreza. La sandía nos sentó muy bien; la pulpa rosa en la corteza verde tiene algo fresco y calmante que es encanto de los ojos. Apenas se lleva uno un pedazo a la boca se siente inundado de un agua ligeramente azucarada, de sabor muy agradable, y que no se parece en nada a nuestros meloncillos. Necesitábamos de aquellas rajas refrescantes para moderar el ardor de los pimientos y las especias de que están sazonados los platos españoles. Abrasados por dentro, tostados por fuera, tal era nuestra situación. Hacía un calor terrible. Echados sobre los ladrillos de nuestro cuarto, dejábamos marcada nuestra silueta en manchas de sudor—el único modo de procurarse algo de fresco es cerrar herméticamente puertas y ventanas y mantenerse en la más completa obscuridad—.

Sin embargo, a pesar de aquella temperatura tórrida, me eché al hombro mi chaqueta valientemente y me fuí a dar una vuelta por las calles de Alhama. El cielo estaba blanco, como metal fundido; los guijarros de la calle brillaban como si estuvieran encerados y lustrados; las paredes, blanqueadas con cal, chispeaban como si tuvieran

mica; una luz cruda, cegadora, penetraba hasta en los más ocultos rincones. Las puertas y las contraventanas crujían con la sequedad; la tierra, ansiosa, se resquebrajaba; las ramas de las parras se retorcían como la madera verde en el fuego. Añádase a esto la reverberación de las rocas vecinas, especie de espejos ardientes que devolvían los rayos del sol más abrasadores aún. Para colmo de tortura, yo llevaba zapatos con suela fina, a través de la cual el suelo me tostaba las plantas de los pies. Ni un soplo de aire, ni una bocanada de viento que pudiera mover una pluma. No es posible imaginarse nada más triste, más melancólico, más salvaje.

Errando al azar por aquellas calles solitarias, de tapias color de yeso, agujereadas con alguna ventana rara, tapada con contraventanas de madera de un aspecto completamente africano, llegué sin encontrar, no diré un alma, sino ni un cuerpo, a la plaza del pueblo, que es de una originalidad pintoresca. Un acueducto la encabalga con sus arcos de piedra. Una meseta, practicada en la cima de la montaña, forma el suelo, que no tiene otro pavimento que la misma roca, cincelada con ranura, para evitar que los pies resbalen. Un lado de ella está cortado a pico y da sobre abismos en cuyo fondo se ven, entre macizos de árboles, algunos molinos movidos de un torrente que parece de agua de jabón, por la espuma que forma.

Se acercaba la hora señalada para la partida, y volví a la posada, empapado de sudor, como si



me hubiera caído un chaparrón, pero satisfecho de haber cumplido con mi deber de viajero bajo una temperatura capaz de cocer un huevo.

La caravana reanudó su marcha por caminos abominables, pero muy pintorescos, en los cuales únicamente las mulas pueden sostenerse; yo solté la brida de la mía, considerándola más capaz de guiarse que yo, y entregándome por completo a ella para franquear los pasos difíciles. Varias discusiones, bastante vivas, que sostuve con ella, con el fin de obligarla a que marchara al lado de la de mi compañero, habíanme convencido de la inutilidad de mis esfuerzos. El dicho *terco como una mula* es de una veracidad que reconozco humildemente. Si se da un espolazo a una mula, se para; si se le tira de la rienda, arranca al galope; si se le pega con una vara, se tumba: en el monte una mula es verdaderamente intratable; se da cuenta de su importancia, y abusa. A veces, en medio del camino, se para súbitamente levanta la cabeza, estira el cuello, contrae los labios, dejando al descubierto los dientes y las encías, lanza sonidos inarticulados, sollozos convulsivos, relinchos espantosos, horribles de escuchar, semejantes a los que lanzaría una criatura a quien se degollase. Se la podría matar durante estos ejercicios de vocalización, sin lograr que diera un paso.

Marchábamos a través de un verdadero camposanto. Las cruces conmemorativas de asesinatos menudeaban con horrible frecuencia; en algunos sitios se contaban tres o cuatro, en un espacio de me-

nos de cien pasos; aquello no era un camino: era un cementerio. Preciso es confesar, sin embargo, que si en Francia hubiese la costumbre de perpetuar, por medio de cruces, el recuerdo de muertes violentas, algunas calles de París no tendrían nada que envidiar al camino de Vélez-Málaga. Algunos de estos monumentos siniestros muestran fechas lejanas; pero lo cierto es que tienen despierta la imaginación del viajero, le obligan a estar atento al menor ruido, ojo avizor a cualquier cosa inesperada, y evitan que se aburra un solo instante; a cada recodo del camino apenas se divisa una roca de forma sospechosa, un grupo caprichoso de árboles, se dice uno: Quizá ahí se esconde un bribón que me está acechando, y me va a convertir en la causa de una nueva cruz, para edificación de los transeuntes y viajeros futuros.

Franqueados los desfiladeros, las cruces comenzaron a escasear. Caminábamos por entre montañas de un aspecto grandioso y severo, cortadas en las cimas por grandes archipiélagos de vapor, a través de una comarca absolutamente desierta, donde no se encontraba más vivienda que la choza de juncos de un aguador o de un vendedor de aguardiente. Esta bebida es incolora, y se bebe en vasos alargados, que se llenan de agua, a la cual blanquea, como pudiera hacerlo el agua de Colonia.

El tiempo estaba pesado, tormentoso, de un calor sofocante; algunas gotas gruesas, las únicas que cayeran hacía cuatro meses de aquel cielo implacable de lapislázuli, manchaban el suelo sediento, haciéndole asemejarse a una piel de pantera; pero la lluvia no se decidió, y la bóveda celeste recobró su inmutable serenidad.



Durante mi permanencia en España el tiempo fué tan claro, que en mi cuaderno hay una nota que dice: "Vimos una nube", como cosa extraordinaria. Nosotros, hombres del Norte, cuyo horizonte, lleno de bruma, ofrece siempre un espectáculo variado de formas y colores, en donde el viento, con las nubes de las montañas, construye islas y palacios, que derriba para reconstruirlos más allá, no podemos hacernos una idea de la profunda melancolía que produce este azul uniforme, como la Eternidad, que se ve siempre suspendida encima de la cabeza. En un pueblecito de los que atravesamos, todo el mundo había salido a las puertas para disfrutar de la lluvia, lo mismo que en nuestro país se meten en las casas para librarse de ella.

La noche se echó encima sin crepúsculo, casi de repente, como llega en los países cálidos, y aun debíamos de estar bastante lejos de Vélez-Málaga, lugar donde habríamos de dormir. Las montañas se suavizaban con pendientes menos abruptas, para morir en pequeñas llanuras llenas de guijarros, atravesadas por arroyos de quince o veinte pies de ancho y de uno de profundidad, orillados de cañaverales gigantescos. Las cruces fúnebres comenzaban a menudear más que nunca, y su blancura las hacía destacarse en la bruma azulina de la noche. Contamos tres en una distancia de veinte pasos. Claro está que el sitio,

completamente desierto, es de lo más a propósito para una emboscada.

Eran las once cuando entramos en Vélez-Málaga, cuyas ventanas resplandecían, alegremente iluminadas, oyéndose a través de ellas ruido de cantos y de guitarras. Las muchachas, sentadas en los balcones, cantaban coplas, que los novios acompañaban desde abajo; a cada estrofa estallaban carcajadas, gritos, aplausos interminables. Otros grupos bailaban en un rincón de la calle la cachucha, el fandango, el jaleo. Las guitarras bordoneaban sordamente, como abejas; las castañuelas repiqueteaban; todo era alegría y música. Diríase que la única ocupación seria de los españoles es el placer; se entregan a él con una franqueza, un abandono y un entusiasmo admirables. No hay pueblo que tenga menos aspecto de desgraciado; el extranjero no puede creer, al atravesar la Península, en la gravedad de los sucesos políticos, y no acierta a imaginarse que aquél sea un país desolado y devastado por diez años de guerra civil. Nuestros campesinos están muy lejos de la indolencia feliz, del aire jovial y de la elegancia de traje de los majos andaluces. En cuanto a instrucción, les son muy inferiores. Casi todos los campesinos españoles saben leer; tienen la memoria llena de poesías, que recitan o cantan sin variar la medida; montan a caballo admirablemente; son muy hábiles en el manejo del cuchillo y de la carabina. Bien es cierto que la admirable fertilidad de la tierra y la hermosura del clima les dispensan de ese trabajo embrutecedor que en comarcas menos favorecidas reduce al hombre al estado de bestia de carga o de máquina y le priva de los dones de Dios: la fuerza y la belleza.



No dejé de experimentar una satisfacción intensa al atar mi mula a los barrotes de la posada.

Nuestra cena fué de las más sencillas; todos los criados y criadas de la posada estaban de baile, y tuvimos que conformarnos con un simple gazpacho. El gazpacho merece una descripción particular, y vamos a dar la receta, que hubiese hecho poner los pelos de punta en la cabeza de fuego de Brillat Savarin. Se echa agua en una sopera; a ella se agrega un chorro de vinagre, ajos, cebollas cortadas en cuatro pedazos, rajas de pepino, algunos trozos de pimiento, una pulgarada de sal; luego se corta pan, que se moja en esta agradable mezcla, y se sirve frío. En nuestro país, los perros un poco refinados se negarían a meter el hocico en semejante mixtura. Es el plato favorito de los andaluces, y las más lindas mujeres no temen ingerir por la noche grandes platos de esta sopa infernal. El gazpacho pasa por muy refrescante, opinión que nos parece un poco atrevida, y, por raro que parezca la primera vez que se prueba, concluye uno por acostumbrarse a él y hasta por buscarlo con gusto. Como compensación providencial, para riego de tan austera comida tuvimos un botellón de

un excelente vino blanco de Málaga, seco, del que vaciamos hasta la última gota, y que reparó nuestras fuerzas, agotadas en una jornada de nueve horas por caminos inverosímiles y con una temperatura de horno de yeso.

A las tres reanudó la marcha el convoy; el tiempo estaba obscuro; una bruma cálida ocultaba el horizonte, un aire húmedo indicaba la proximidad del mar, que no tardó mucho en dibujar en la fimbria del cielo una línea de un azul duro. Algunos copos de espuma rizábanse aquí y allá, y las olas iban a morir con grandes volutas regulares en una arena fina como el aserrín de boj. Grandes acantilados se elevaban a nuestra derecha. Tan pronto las rocas nos dejaban el paso libre, como cerraban el camino y teníamos que rodearlas para eludirlas. En los caminos españoles no se suele emplear el trazado directo; sería tan difícil hacer desaparecer los obstáculos, que vale más rodearlos. El famoso lema: *Línea recta brevísima,* resultaría aquí completamente falso.

El sol, al salir, disipó los vapores, como si fuera humo; el cielo y el mar recomenzaron esa lucha de azul en la que no se puede decir quién lleva la ventaja; los acantilados recobraron su tono bronceado, cuello de pichón, amatista y topacio quemado; la arena comenzó a levantarse en nubes de polvo y el agua a cabrillear bajo la intensidad de la luz. Lejos, muy lejos, casi en la línea del horizonte, cinco velas de barcos pesqueros palpitaban al viento como alas de paloma.



De trecho en trecho, en las pendientes menos rápidas, aparecían casitas blancas como de azúcar, con tejados planos y una especie de peristilo formado con una parra, sostenida en cada extremo por un pilar cuadrado, y en el centro por un pilón macizo de aspecto completamente egipcio. Las tiendas de aguardiente se multiplicaban, siempre de juncos, pero ya más coquetonas, con mostradores enjalbegados y pintarrajeados de rayas encarnadas. El camino, ya de trazado fijo, comenzaba a orillarse con hileras de cactus y áloes, interrumpidas de cuando en cuando por jardines y casas ante las cuales las mujeres componían las redes y los chiquillos jugaban desnudos y gritaban al vernos pasar en nuestras mulas: *¡Toro, toro!* A causa de los trajes que llevábamos, nos tomaban por ganaderos o toreros de la cuadrilla de Montes.

Las carretas tiradas por bueyes, las recuas de burros, se sucedían con más frecuencia. El movimiento que se nota siempre en los alrededores de una gran ciudad comenzaba a advertirse. De todas partes acudían convoyes de mulas con espectadores para la inauguración de la plaza; en la sierra nos habíamos encontrado a muchos que venían de treinta y cuarenta leguas a la redonda. Los aficionados están, en cuanto a vehemencia y entusiasmo, tan por encima de los *dilettanti,* como superior es, en interés, una corrida de toros a una representación de la ópera; nada les detiene: ni el calor, ni las dificultades, ni los peligros del viaje; con tal de llegar y tener su localidad cerca de la ba-

rrera, a fin de tocar las ancas del toro, se dan por bien pagados de todas sus fatigas. ¿Qué autor trágico o cómico puede vanagloriarse de tal atractivo? Esto no quita para que los moralistas dulzones y sentimentales pretendan que el gusto de esta *diversión bárbara*, como la llaman, decae visiblemente en España.

No se puede imaginar nada tan pintoresco y tan original como los alrededores de Málaga. Parece que se encuentra uno en Africa; la blancura resplandeciente de las casas, el tono índigo obscuro del mar, la intensidad deslumbrante de la luz, todo contribuye a la ilusión. A ambos lados de la calzada surgen áloes inmensos que agitan sus cuchillas, cactus gigantescos de palas verde gris, de troncos deformes, se retuercen horrorosamente, como serpientes monstruosas, como lomos de cetáceos varados; aquí y allá, una palmera se yergue esbelta como una columna, abriendo su capitel de follaje junto a un árbol europeo, asombrado de aquella vecindad, y que parece inquieto al ver a sus pies las formidables vegetaciones africanas.

Una elegante torre blanca se dibujó sobre el azul del cielo: era el faro de Málaga; habíamos llegado. Serían las ocho de la mañana, poco más o menos; la población estaba en plena actividad; los marineros iban y venían, cargando y descargando los navíos anclados en el puerto, con una animación rara en una ciudad española; las mujeres, envueltas hasta la cabeza en sendos chales escarlata, que encuadraban a maravilla sus ros-



tros árabes, marchaban presurosas, llevando de la mano algún chiquillo desnudo o en camisa. Los hombres, embozados en sus capas o con la chaquetilla al hombro, apresuraban el paso, y, detalle curioso, toda aquella multitud llevaba la misma dirección, es decir, la de la plaza de toros. Pero lo que más me chocó en aquella baraúnda abigarrada fué encontrarme con seis negros presidiarios, que arrastraba una carreta. Eran de estatura gigantesca, con rostros monstruosos, tan salvajes, tan poco humanos, con tal sello de brutalidad feroz, que quedé mudo de espanto ante su aspecto, ni más ni menos que si hubiera visto un tiro de tigres. Una especie de vestidura de lienzo, con la que se arreaban, les daba un aire más diabólico y fantástico. No sé qué motivo les llevaría a galeras, pero yo les habría condenado a ellas sólo por el crimen de tener aquellas caras.

Nos albergamos en el parador de *Los tres reyes*, casa relativamente muy confortable, sombreada por una hermosa parra, cuyos pámpanos se enredaban en los hierros del balcón; adornada con una hermosa sala, que presidía la hostelera detrás de un mostrador recargado de porcelanas, poco más o menos como en un café de París. Una criada muy linda, encantadora muestra de la belleza de las mujeres malagueñas—célebre en España—, nos condujo a nuestras habitaciones, y nos hizo experimentar un momento de ansiedad diciéndonos que todas las localidades para las corridas estaban vendidas, y que nos sería muy difícil con-

seguir alguna. Felizmente, nuestro cosario, Lanza, encontró dos *asientos de preferencia*—sitios numerados—, aunque de sol; pero esto nos era igual: hacía mucho tiempo que habíamos sacrificado nuestra frescura, y una capa más o menos de sol sobre nuestro cutis, tostado y amarillento, nos importaba poco. Las corridas debían durar tres días consecutivos. Los billetes del primero eran color carmesí; los del segundo, verdes, y los del tercero, azules, para evitar confusiones y que los aficionados se presentaran dos veces con la misma entrada.

Mientras desayunábamos, se presentó un grupo de estudiantes en excursión; eran cuatro, y más parecían modelos de Ribera o de Murillo que alumnos de Teología: tan andrajosos, mal calzados y sucios iban. Cantaban canciones bufas, acompañándose con panderetas, triángulos y castañuelas. El que tocaba el *pandero* era un virtuoso en su género; hacía sonar la piel con las rodillas, los codos, los pies, y cuando no le bastaban estos medios de percusión, daba con el disco, adornado de sonajas, en la cabeza de algún muchacho o de alguna vieja. Uno de ellos, el orador de la compañía, hacía la colecta, brindando con extremada volubilidad toda clase de gracias, para excitar la generosidad de la reunión. "*¡Un realito!* —exclamaba, adoptando las posturas más suplicantes—. Para que pueda terminar mis estudios, hacerme cura y vivir sin hacer nada." Cuando conseguía la moneda de plata, se la pegaba en la



frente junto a otras obtenidas anteriormente, lo mismo que las almeas, que, después de la danza, cubren su rostro sudoroso con los cequíes y piastras que les han dado los ormanlíes en éxtasis.

La corrida estaba anunciada para las cinco; pero nos aconsejaron que fuéramos a la plaza a eso de la una, porque, si no, se llenarían las galerías y no podríamos llegar a nuestras localidades, aunque estaban numeradas y reservadas. Almorzamos, pues, a toda prisa, y nos dirigimos a la plaza de toros, precedidos por nuestro guía, Antonio, mozo cuya extremada delgadez—que él de guasa atribuía a penas amorosas—acentuaba una faja roja ceñida exageradamente a la cintura.

Las calles rebosaban de un gentío que acrecía al acercarse a la plaza; los aguadores, los vendedores de *cebada* helada, de abanicos y quitasoles de papel, y de cigarros, los conductores de las calesas, armaban un alboroto horrible; sobre la ciudad se cernía un rumor confuso, como una nube de ruido.

Después de muchas vueltas por las calles estrechas y complicadas de Málaga, llegamos por fin a la dichosa plaza, que exteriormente no tiene nada notable. Un pelotón de soldados contenía a duras penas a la multitud, que quería invadir el circo; aunque era la una escasa, todas las graderías estaban llenas de arriba abajo, y sólo a fuerza de codazos y de cambio de invectivas logramos llegar a nuestras localidades.

La plaza de Málaga es de un tamaño verdade-

ramente antiguo, y puede contener doce o quince mil espectadores en su vasto embudo, cuyo fondo está formado por el ruedo y cuya acrotera se eleva a la altura de una casa de cinco pisos. Aquello da una idea de lo que pudieron ser los circos romanos y del atractivo de aquellos juegos terribles en los que los hombres luchaban cuerpo a cuerpo con bestias feroces a la vista de un pueblo entero.

No puede imaginarse un golpe de vista más extraño y más espléndido que el que ofrecían aquellas graderías inmensas, cubiertas por una multitud impaciente, que trataba de engañar las horas de espera con toda clase de chistes y andaluzadas de la más viva originalidad. Los trajes modernos estaban en minoría, y los que los llevaban eran acogidos con risas, rechiflas y silbidos; el espectáculo, por lo tanto, ganaba mucho con ello; los colores vivos de las chaquetillas y las fajas, los chales escarlata de las mujeres, los abanicos abigarrados de cañas y colorines, quitaban a la multitud ese aspecto lúgubre y negro que tiene siempre en nuestro país, donde dominan los tonos obscuros.

Las mujeres abundaban, y pude advertir que había muchas bonitas. La malagueña se distingue por la palidez dorada de su tez, de un tono único —pues las mejillas no tiene más color que la frente—, por el óvalo alargado de su rostro, el rojo vivo de su boca, la finura de su nariz y el brillo de sus ojos árabes, que podían suponerse teñidos de *henné:* tan finos y prolongados hacia las sienes



tienen los párpados. No sé si a causa de los pliegues severos del chal rojo que encuadra sus rostros, tienen estas mujeres un aire serio y apasionado, propio de Oriente, que no se advierte en las madrileñas, las granadinas y las sevillanas, más monas, más graciosas, más coquetas y siempre un poco preocupadas del efecto que producen. Allí vi cabezas admirables, tipos soberbios que no han aprovechado bastante los pintores de la escuela española, y que ofrecerían a un artista de talento una serie de estudios preciosos y enteramente nuevos. Para nosotros resulta raro que las mujeres puedan asistir a un espectáculo en el que la vida del hombre está en peligro a cada momento, en el que la sangre corre a mares, donde los infelices caballos destripados se enredan las patas en sus mismas entrañas; nos las imaginaríamos como furias de mirada aviesa, de gesto iracundo, y sería una equivocación; nunca se han visto inclinados sobre la cuna de un niño Jesús un rostro más dulce de *madona,* una sonrisa más tierna, unos párpados más aterciopelados. Las diversas fases de la agonía del toro son seguidas atentamente por criaturas pálidas y encantadoras, de lo más a propósito para que un poeta elegíaco se sintiera feliz haciendo una Elvira. El mérito de los lances es discutido por bocas tan lindas, que no se querría oírlas hablar más que de amor. De que vean con los ojos secos escenas de carnicería, que harían desmayarse a nuestras sensibles parisienses, sería error deducir que son crueles y carecen de ternu-

ra. Ello no les impide ser buenas, sencillas de corazón y compasivas con los desgraciados; pero la costumbre lo es todo, y el aspecto sangriento de las corridas—lo que más impresiona a los extranjeros—, es el que menos preocupa a los españoles, atentos al mérito de los lances y a la destreza desplegada por los toreros, que no corren tan gran riesgo como se supone de primera intención.

No eran más que las dos, y el sol inundaba de un diluvio de fuego la parte del tendido en que nos encontrábamos. ¡Qué envidia nos producían los privilegiados que se refrescaban en el baño de sombra proyectado por los palcos de arriba! Después de treinta leguas a caballo por el monte, permanecer un día entero bajo un sol africano, con treinta y ocho grados de calor, es una cosa muy hermosa para un crítico que por esta vez había pagado su localidad, y que no estaba dispuesto a perderla.

Los *asientos de sombra* nos dirigían todo género de sarcasmos; nos enviaban a los vendedores de agua para que no ardiéramos; nos pedían que encendiésemos sus cigarros en las ascuas de nuestras narices, y nos ofrecían un poco de aceite para terminar la fritura. Respondíamos como se nos ocurría, y cuando la sombra, que daba la vuelta con la hora, entregaba a uno de ellos a la mordedura del sol, entonces no tenían fin los bravos y las carcajadas.

Gracias a algunos jarros de agua, a varias docenas de naranjas y a dos abanicos en movimiento



constante, nos libramos del incendio; y aun no estábamos cocidos del todo, ni atacados de apoplejía, cuando los músicos aparecieron en su tribuna y el piquete de caballería se puso en movimiento para despejar el ruedo, hormigueante de muchachos y mozos, que se fundieron, no sé cómo, con la masa general, aunque parecía que no era posible, matemáticamente, colocar una persona más; pero la multitud, en ocasiones, es de una elasticidad asombrosa.

Un inmenso suspiro de satisfacción se exhaló de aquellos quince mil pechos, aliviados del peso de la espera. Los miembros del Ayuntamiento fueron recibidos con aplausos frenéticos, y una vez que estuvieron en su palco, la banda empezó a tocar aires nacionales: *Yo, que soy contrabandista*, y el *Himno de Riego*, coreado por toda la reunión, que cantaba y llevaba el compás batiendo palmas y golpeando con los pies.

No pretendemos aquí contar todos los detalles de una corrida de toros. Ya tuvimos ocasión de hacerlo a conciencia durante nuestra estancia en Madrid; sólo relataremos los hechos más salientes, los lances notables ocurridos en estas corridas, en las que torearon los mismos lidiadores tres días seguidos, en las que se mataron veinticuatro toros, en las que quedaron en el ruedo noventa y seis caballos, sin que ocurriera más percance que una cornada que recibió un *capeador* en un brazo, herida tan insignificante, que no le privó de reaparecer en la plaza al día siguiente.

A las cinco en punto abriéronse las puertas, y la cuadrilla que había de lidiar dió la vuelta al ruedo procesionalmente. A la cabeza marchaban los tres *picadores*: Antonio Sánchez, José Trigo, sevillanos los dos, y Francisco Briones, de Puerto Real; el puño en la cadera, la pica apoyada en el pie, con una gravedad de triunfadores romanos que subieran al Capitolio. Las sillas de los caballos llevaban escrito, en clavos dorados, el nombre del dueño de la plaza: *Antonio María Alvarez.* Los *capeadores* o *chulos*, con su montera, envueltos en sus capas de colores vivos, les seguían; luego iban los banderilleros, con traje a lo Fígaro. A la cola del cortejo avanzaban, aislados en su majestad, los dos *matadores*, los *espadas*, como se dice en España: Montes, de Chiclana, y José Parra, de Madrid. Montes llevaba su fiel cuadrilla, cosa muy importante para la seguridad de la corrida, pues en estos tiempos de discusiones políticas suele ocurrir que los toreros cristinos no ayudan a los toreros carlistas que están peligro, y viceversa. La procesión terminaba significativamente por el tiro de mulas, destinado a arrastrar a los toros y a los caballos muertos.

Iba a comenzar la lucha. El alguacil, vestido de paisano, que debía llevar al mozo de faena las llaves del toril, y que montaba muy torpemente un caballo fogoso, hizo que a la tragedia precediera una escena bastante divertida: perdió el sombrero primeramente, y después, los estribos. El pantalón, sin trabillas, se le subió hasta las cor-



vas de la manera más graciosa; y como quiera que, con mala intención, abrieran la puerta al toro antes de que él hubiese tenido tiempo de retirarse del ruedo, su pavor, llevado al colmo, le hacía resultar aún más ridículo, por las contorsiones a que se entregaba sobre el animal. Sin embargo, no se cayó, con gran desilusión de la canalla; el toro, deslumbrado por el torrente de luz que inundaba la arena, no lo vió y le dejó marchar sin cornearlo. La corrida comenzó en medio de una carcajada inmensa, homérica, olímpica; pero tardó poco en restablecerse el silencio, pues el toro partió en dos el caballo del primer picador y desarzonó al segundo.

No teníamos ojos más que para Montes, cuyo nombre es popular en todas las Españas, y cuyas proezas son el asunto de mil relatos maravillosos. Montes es natural de Chiclana, pueblo de los alrededores de Cádiz. Es un hombre de cuarenta a cuarenta y tres años, de estatura un poco más que mediana, aire serio, andar mesurado, tez pálida verdosa, y sin otra nota característica que la movilidad de sus ojos, que dijérase lo único vivo en su máscara impasible; parece más ligero que robusto, y debe su éxito más bien a su sangre fría, a la seguridad de su golpe de vista, a su conocimiento del arte, que a su fuerza muscular. Desde los primeros pasos que el toro da en la plaza, Montes sabe si es corto o largo de vista, si es *claro* u *obscuro*, es decir, si ataca francamente o recurre a la astucia; si es de *muchas piernas* o

*aplomado*, ligero o pesado, si cerrará los ojos al dar la *cogida* o si los tendrá abiertos. Merced a estas observaciones, hechas con la rapidez del pensamiento, está siempre preparado para la defensa. Sin embargo, como lleva al extremo la temeridad fría, ha recibido en su carrera buen número de cornadas—así lo atestigua la cicatriz que le cruza la mejilla—y muchas veces ha salido de la plaza gravemente herido.

El día a que nos referimos llevaba un traje de seda verde manzana, bordado de plata, de una elegancia y un lujo extremos, pues Montes es rico, y si continúa toreando es por amor al arte y afán de emoción, ya que su fortuna asciende a más de cincuenta mil duros, suma considerable si se tiene en cuenta los gastos en trajes a que un matador está obligado, pues cada uno le cuesta de mil quinientos a dos mil francos, además de los viajes que continuamente hacen de ciudad en ciudad acompañados de su cuadrilla.

Montes no se conforma, como los demás toreros, con matar el toro cuando dan la señal. Vigila la plaza, dirige la lidia, acude en ayuda de los *picadores* o de los *chulos* cuando se hallan en peligro. Más de un torero debe la vida a su intervención. Un toro, no dejándose distraer por las capas que se agitan ante sus ojos, metía la cabeza en el vientre de un caballo, que derribara, y trataba de hacer otro tanto con el jinete, que se amparaba bajo el cadáver de su cabalgadura. Montes agarró por la cola a la bestia enfurecida,



y le hizo dar dos o tres vueltas de vals, con gran contento suyo, y entre los aplausos frenéticos del pueblo entero, lo cual dió tiempo al picador para levantarse. Algunas veces se planta de pie delante del toro, con los brazos cruzados, la mirada fija, y el monstruo se detiene súbito, subyugado por aquella mirada clara, aguda y fría, como la hoja de una espada. Entonces son los gritos, los aullidos, los clamores, el pataleo, las explosiones de bravos, de que no se puede formar idea; el delirio se apodera de todas las cabezas, un vértigo general agita en sus asientos a los quince mil espectadores, ebrios de *aguardiente*, de sol y de sangre; se agitan los pañuelos, los sombreros van por el aire, y Montes, el único tranquilo entre la multitud, saborea en silencio su alegría profunda y contenida, y saluda ligeramente, como un hombre capaz de mayores proezas. Por tales aplausos concibo que se arriesgue la vida a cada momento; no se pagan demasiado caros. ¡Oh cantantes de garganta de oro, bailarinas de pies de hadas, comediantes de todo género, emperadores y poetas que imagináis haber excitado el entusiasmo, no habéis oído aplaudir a Montes!

Algunas veces, los mismos espectadores le piden que se digne ejecutar alguna de estas habilidades de que siempre sale vencedor. Una linda muchacha le grita, echándole un beso: "Vamos, señor Montes; vamos, *Paquiro*—su apodo—; usted que es tan galante, haga alguna cosita por una dama." Y Montes salta por encima del toro apo-

yando el pie en la cabeza, o bien le sacude la capa delante del morro, y, por un movimiento brusco, se envuelve en ella de una manera elegante, formando pliegues irreprochables; luego da un salto de lado y deja pasar a la fiera, lanzada demasiado de prisa para poderse detener.

El modo de matar de Montes es notable, por la precisión, la seguridad y la soltura de sus ataques; con él se disipa toda idea de peligro; tiene tanta sangre fría, es tan dueño de sí, parece tan seguro de su triunfo, que la lucha resulta un juego; acaso hasta pierda emoción. Es imposible temer por su vida; herirá al toro donde quiera y como quiera. Los azares del duelo son muy desiguales; un matador menos hábil produce, a veces, un efecto más emocionante, por los riesgos que corre. Esto quizá parezca de una barbarie refinada; pero los aficionados, todos aquellos que hayan visto corridas y se hayan apasionado por un toro franco y bravo, nos comprenderán seguramente. Un hecho que ocurrió el último día de corrida demostrará la verdad de nuestro aserto: hizo ver un poco duramente a Montes hasta qué punto el público español lleva su espíritu de imparcialidad hacia los hombres y los animales.

Había saltado a la arena un magnífico toro negro. En la manera brusca de salir del toril, los entendidos se formaron de él la más elevada opinión. Reunía todas las condiciones de un toro de lidia: sus cuernos eran largos, afilados; las puntas, buídas; las piernas, secas, finas y nerviosas,



prometían una gran ligereza; su gran papada, sus lomos desarrollados, indicaban una gran fuerza. En la manada llevaba el nombre de "Napoleón", como el único que pudiera calificar su superioridad indiscutible. Sin vacilar un punto, lanzóse sobre el picador apostado cerca de las tablas, y le derribó con su caballo, que quedó muerto en el acto; luego se lanzó sobre el segundo, que no tuvo más suerte que el otro, y al cual apenas tuvieron tiempo de hacerle pasar por encima de la barrera, todo molido y maltrecho, a causa de su caída. En menos de un cuarto de hora yacían destripados en la arena siete caballos; los chulos agitaban sus capas a respetable distancia, y no perdían de vista la barrera, saltando al otro lado en cuanto "Napoleón" hacía ademán de acercarse. El mismo Montes parecía azorado, y hasta una vez puso el pie en el estribo de la barrera, dispuesto a saltarla en caso de alarma y de persecución un poco viva, cosa que no había hecho en las corridas precedentes. La alegría de los espectadores se traducía en exclamaciones ruidosas, y de todas las bocas salían alabanzas entusiastas para el toro. Una nueva proeza del animal llevó el entusiasmo al más alto grado.

Un *sobresaliente*—reserva—de picador, pues los dos primeros hallábanse ya fuera de combate, esperaba, pronta la pica, el asalto del terrible "Napoleón", el cual, sin inquietarse de su herida en la paletilla, alcanzó al caballo por el vientre, de

la primera embestida le hizo caer con las patas delanteras en el reborde de las tablas, y de la segunda, y levantándole por la grupa, le envió por encima de la barrera, con su jinete, al callejón de refugio que da la vuelta en torno a la plaza.

Esta hermosa hazaña provocó una tempestad de bravos. El toro era dueño absoluto de la plaza, la cual recorría vencedor, entreteniéndose, a falta de enemigos, en cornear, romaneándolos y echándolos por el aire, los cadáveres de los caballos que había destripado. La provisión de víctimas habíase agotado, y en las cuadras del circo no quedaban ya más caballos para los picadores. Los banderilleros manteníanse ahorcajados en las tablas, sin atreverse a bajar para asestar sus flechas, adornadas de papel, a aquel luchador formidable, cuya furia no necesitaba ciertamente excitación alguna. Los espectadores, impacientes con aquella especie de entreacto, exclamaban: "¡Las banderillas! ¡Las banderillas! ¡Fuego al alcalde!" Gritaban contra el alcalde, que no daba la señal de banderillas. Finalmente, dióse la señal, y un banderillero se destacó del grupo, plantando un par de dardos en el cuello de la bestia enfurecida, y escapando a toda velocidad, pero no con la suficiente, pues el cuerno le rozó el brazo, rasgándole la manga. Entonces, a pesar de los gritos y los alaridos del pueblo, el alcalde dió la señal de matar, e indicó a Montes que cogiera la espada y la muleta, a despecho de todas las reglas de la tauromaquia, que exigen que un toro reciba lo



menos cuatro pares de banderillas antes de ser entregado al estoque del matador.

Montes, en vez de adelantarse, como de costumbre, al centro de la plaza, se colocó a unos veinte pasos de la barrera, para tener refugio en caso de un accidente; estaba muy pálido, y sin entregarse a ninguna de sus gallardías—coqueterías del valor que le han valido la admiración de España—, desplegó la muleta roja, y citó al toro, que no se hizo rogar. Montes le dió tres o cuatro pases con la muleta, teniendo la espada horizontal, a la altura de los ojos del monstruo, que, de repente, cayó como herido por el rayo, expirando después de un estremecimiento convulsivo. La espada le había entrado por el testuz, pinchándole el cerebro: golpe prohibido por la ley de la tauromaquia, pues lo correcto es que el matador pase el brazo entre los cuernos del animal y le dé la estocada entre la nuca y las paletillas, lo cual aumenta el peligro del hombre y da alguna ventaja a la bestia enemiga.

Cuando se dieron cuenta de la estocada, pues la cosa ocurrió con la celeridad del pensamiento, un grito de indignación subió desde los tendidos a los palcos, estallando un huracán de injurias y silbidos, con un ruido y un alboroto inauditos. "¡Carnicero, asesino, bandido, ladrón, presidiario, verdugo!", eran los términos más suaves. "¡A Ceuta Montes! ¡Al fuego Montes! ¡Los perros a Montes! ¡Muera el alcalde!", tales eran los gritos que resonaban por todas partes. Nunca he visto un

furor semejante, y confieso, avergonzado, que participaba de él. Los gritos no bastaban ya; comenzaban a llover sobre el pobre diablo abanicos, sombreros, bastones, jarras llenas de agua y trozos de banqueta. Aun quedaba por matar un toro; pero su muerte pasó inadvertida para aquella horrible bacanal. y José Parra, el segundo espada, lo despachó de dos estocadas bastante bien puestas. Montes estaba lívido; su rostro verdeaba de coraje; sus dientes hacían saltar sangre de sus labios blancos, aun cuando aparentaba gran calma y se apoyaba con gracia fingida en el puño de su espada, cuya punta, enrojecida contra reglamento, había limpiado en el suelo.

¿En qué estriba la popularidad? Nadie habría podido imaginar la víspera y la antevíspera que un artista tan seguro de su público como Montes pudiera ser tan duramente castigado por una infracción, impuesta, sin duda alguna, por la más imperiosa necesidad, en vista de la agilidad, el vigor y la furia extraordinarias del animal. Terminada la corrida, el torero montó en una calesa, seguido por su cuadrilla, y partió, jurando y perjurando que no volvería a poner los pies en Málaga. No sé si habrá cumplido su palabra y si se habrá acordado más de los insultos del último día que de los triunfos y ovaciones de los otros. Ahora, creo que el público de Málaga estuvo injusto con el gran Montes, de Chiclana, cuyas estocadas habían sido magníficas todas, y que había hecho alarde, en las ocasiones peligrosas, de una sangre fría heroica y



de una admirable habilidad; tanto, que el pueblo le había concedido todos los toros muertos por él, permitiéndole cortarles la oreja, en señal de propiedad, para que no pudieran ser reclamados por el hospital ni por el empresario.

Aturdidos, ebrios, saturados de emociones violentas, volvimos a nuestro parador, sin oír otra cosa por las calles que recorrimos que alabanzas al toro e imprecaciones contra Montes.

A pesar del cansancio, aquella misma noche me hice llevar al teatro, pues quería pasar, sin transición, del sangriento realismo del circo a las emociones intelectuales de la escena. El contraste fué impresionante; allí, todo ruido, multitud; aquí, abandono y silencio. La sala estaba casi vacía; algunos raros espectadores salpicaban aquí y allá las banquetas desiertas. Daban, sin embargo, *Los amantes de Teruel*, drama de don Juan Eugenio Hartzenbusch, una de las producciones más notables de la escena moderna española. Es una historia conmovedora y poética de amantes, que se guardan fidelidad invencible a través de mil seducciones y mil obstáculos. Este asunto, a pesar de los esfuerzos—en su mayoría felices—del autor a fin de dar variedad a una situación que siempre es la misma, resultaría demasiado inocente para espectadores franceses; los trozos de pasión están tratados con mucho calor y entusiasmo, aun cuando en ocasiones pierden su mérito, por cierta exageración melodramática a que el autor se abandona con demasiada facili-

dad. El amor de la sultana de Valencia por el amante de Isabel—Juan Diego Martínez Garcés de Marsilla—, al que hace conducir al harén dormido por un narcótico; la venganza de la misma sultana al verse despreciada; las cartas comprometedoras de la madre de Isabel, halladas por Rodrigo Azagra, que las utiliza como medio para casarse con la hija, amenazando con enseñárselas al marido engañado, son resortes un poco forzados, pero que conducen a escenas emocionantes y dramáticas. La obra está escrita en prosa y en verso. En lo que un extranjero puede juzgar del estilo de una lengua que no sabe con todos sus matices, los versos de Hartzenbusch me parecen superiores a la prosa. Son libres, sueltos, animados, de corte vario y bastante sobrios de esas amplificaciones poéticas a que la facilidad de su prosodia suele arrastrar con demasiada frecuencia a los meridionales. Su diálogo en prosa parece una imitación de los melodramas franceses modernos, y peca de pesadez y énfasis. *Los amantes de Teruel*, con todos sus defectos, es una obra literaria muy superior a esas traducciones arregladas o desarregladas de muchas obras del bulevar que inundan hoy los teatros de la Península. En ella se advierte el estudio de viejos romances y de los maestros de la escena española, y sería de desear que los jóvenes poetas del otro lado de los montes entrasen por este camino, mejor que perder el tiempo poniendo en castellano, más o menos puro, horribles melodramas. A la


obra seria seguía un sainete bastante cómico. Tratábase de un solterón que tomaba una criada guapa "para todo", como dirían los anuncios de París. La muy pícara recibía, primero, a título de hermano, a un valencianote de seis pies de estatura, con grandes patillas y una navaja enorme, y dotado de un hambre insaciable y una sed inextinguible; luego, llegaba su primo, no menos hosco, erizado materialmente de trabucos, pistolas y otras armas destructivas, y a éste le seguía un tío contrabandista, portador de un arsenal completo y un aspecto equivalente, todo ello con gran terror del pobre viejo, que se arrepentía de sus veleidades despiertas. Esta variedad de charlatanes estaba representada por los actores con una veracidad y una facundia admirables. Finalmente, se presentaba un sobrino, militar y sensato, que libraba al tuno de su tío de aquella partida de bandidos instalados en su morada, que acariciaban a su criada mientras se bebían su vino, fumaban sus cigarros y robaban cuanto había en la casa. El tío concluía prometiendo que en lo sucesivo se haría servir por criados viejos y varones. Los sainetes tienen alguna semejanza con nuestros *vaudevilles;* pero la intriga suele ser menos complicada, y a veces sólo constan de algunas escenas sueltas, como los intermedios de las comedias italianas.

El espectáculo terminó con un *baile nacional*, ejecutado bastante bien por parejas de bailarines y bailarinas. Las bailarinas españolas, aunque no

tienen lo acabado, la corrección precisa y la elevación de las francesas, son, a mi juicio, muy superiores a ellas en gracia y encanto. Como trabajan poco y no se someten a esos ejercicios de ligereza que convierten una clase de baile en una sala de tormento, evitan esa delgadez de caballo entrenado, que da a muchos bailes algo de macabro y anatómico en demasía; conservan los contornos y las redondeces de su sexo; tienen aspecto de mujeres que bailan, y no de bailarinas, lo cual es completamente distinto. Su manera de bailar no tiene la menor semejanza con la de la escuela francesa. En ésta se recomiendan expresamente la inmovilidad y la perpendicularidad del busto; el cuerpo apenas participa del movimiento de las piernas. En España, los pies apenas se levantan del suelo; nada de vueltas con la pierna, nada de movimientos que hacen parecer a una mujer un compás forzado, y que allí se considera como de una indecencia irritante. Los españoles bailan sólo con el cuerpo, cimbrean los riñones, pliegan los costados, retuercen la cintura con una elasticidad de almea o de culebra. En las posturas hacia atrás, los hombros de la bailarina llegan casi hasta el suelo; los brazos, desfallecidos y muertos, tienen la flexibilidad y la blandura de un chal desatado; diríase que las manos apenas pueden levantar y hacer repiquetear las castañuelas de marfil. con cordones trenzados de oro; y, sin embargo, llegado el momento, a esta languidez voluptuosa suceden saltos de juglar, y demuestran que aquellos cuer-



pos, suaves como la seda, encierran músculos de acero. Las almeas árabes siguen hoy el mismo sistema; su danza consiste en ondulaciones armoniosamente lascivas del torso, las caderas y los riñones, echando los brazos por encima de la cabeza. Las tradiciones árabes se han conservado en los pasos nacionales, sobre todo en Andalucía.

Los bailarines españoles, aunque son medianos, tienen un aire caballeroso, galante y atrevido, que prefiero con mucho a las gracias equívocas e incoloras de los nuestros. No aparentan ocuparse de sí mismos ni del público; sólo tienen miradas, sonrisas para su bailarina. de la que siempre parece que están profundamente enamorados y dispuestos a defenderla contra todos. Poseen cierta gracia feroz, cierta actitud insolente, peculiar. Limpiándose el colorete, podrían hacer excelentes banderilleros y saltar de las tablas del escenario a la arena de la plaza.

La *malagueña*, danza local de Málaga, es de una poesía encantadora. El caballero aparece primeramente con el sombrero sobre los ojos, embozado en su capa roja, como un hidalgo que se pasea en busca de aventuras. La dama entra rebozada en su mantilla, el abanico en la mano, con el aspecto de una mujer que se va a dar una vuelta por la *Alameda*. El galán intenta ver la cara a aquella misteriosa sirena, pero la coqueta maniobra tan bien con el abanico, lo abre y lo cierra tan a tiempo, lo vuelve y lo revuelve con tal presteza a la altura de su rostro, que el galán, descora-

zonado, retrocede algunos pasos y recurre a otra estratagema. Hace sonar las castañuelas debajo de su capa. Al ruido que producen, la dama presta atención, sonríe, su seno palpita, marca el compás a pesar suyo con la punta del piececito; tira el abanico, la mantilla, y aparece en traje de bailarina, deslumbrante de lentejuelas y de oropeles, una rosa en los cabellos y una gran peineta de concha en la cabeza. El caballero se despoja de su antifaz y de su capa, y los dos ejecutan un baile de una originalidad deliciosa.

Al volver a casa, por la orilla del mar, que reflejaba en su espejo de acero bruñido el pálido rostro de la Luna, iba pensando en el contraste tan extraño entre la aglomeración de la plaza y la soledad del teatro, entre aquel afán de la multitud por el hecho brutal y su indiferencia ante las producciones del ingenio. Como poeta, sentí envidia del gladiador, deplorando haber abandonado la acción por el sueño. La víspera se dió en el mismo teatro una obra de Lope de Vega, que no atrajo más público que la del joven escritor; ¡el genio antiguo y el talento moderno no valían lo que una estocada de Montes!

Los restantes teatros de España no están más concurridos que los de Málaga, ni aun el mismo del *Príncipe*, de Madrid, donde actúan dos grandes actores, Julián Romea y Matilde Díez. La antigua vena dramática española parece haberse agotado para siempre, y, sin embargo, no hay río que haya corrido en torrentes más abundosos, en un lecho más amplio; nunca hubo fecundidad más prodigiosa, más inagotable. Nuestros autores de *vaudevilles* más fértiles están muy lejos de Lope de Vega, que no tenía colaboradores, y cuyas obras son tan numerosas, que no se sabe la cifra exacta y apenas si existe una edición completa de ellas. Calderón de la Barca hizo—sin contar las comedias de capa y espada, en que no tiene rival—multitud de *autos sacramentales*, especie de misterios católicos, en los que la extraña profundidad del pensamiento, la singularidad del concepto, se unen a una poesía encantadora y de la más florida elegancia. Harían falta catálogos sin folio para designar, sólo por sus nombres, las obras de Lope de Rueda, Montalbán, Guevara, Quevedo, Tirso, Rojas, Moreto, Guillén de Castro, Diamante y tantos otros. Lo que se escribió en España de teatro en los siglos XVI y XVII no es imaginable; valdría tanto querer contar las hojas de un bosque o las arenas del mar; casi todas las obras están en versos de ocho pies, mezclados de asonancias, impresas a dos columnas, en cuarto, en papel basto, con un grabado tosco a la cabeza, y forman cuadernos de seis a ocho hojas. Las librerías están abarrotadas de ellas; se ven millares, mezcladas con romances y leyendas en verso, en los puestos al aire libre; a la mayoría de los autores españoles podría aplicárseles, sin exageración, el epigrama hecho sobre un poeta romano, demasiado fecundo, al que quemaron después de muerto en una hoguera alimentada con sus propias obras. Es una

fertilidad de invención, una abundancia de sucesos, una complicación de intrigas de que no se tiene idea. Los españoles inventaron el drama mucho antes que Shakespeare; su teatro es romántico, en toda la acepción de la palabra; aparte algunas puerilidades de erudición, sus obras no proceden de los griegos ni de los latinos, y, como dice Lope de Vega en su *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo:*

> ... Cuando he de escribir una comedia
> encierro los preceptos con seis llaves.

Los autores dramáticos españoles no se han preocupado mucho, al parecer, de la pintura de los caracteres, aun cuando en todas las escenas se encuentran detalles de observación muy vivos y muy finos; no estudian al hombre filosóficamente, y no se hallan en sus dramas esas figuras episódicas tan frecuentes en el trágico inglés, siluetas recortadas al vivo, que concurren a la acción indirectamente y no tienen otro objeto que representar una faceta del alma humana, una individualidad original, o reflejar el pensamiento del poeta. En las obras españolas, el autor rara vez deja entrever su personalidad, excepto al final del drama, cuando pide perdón al público por sus faltas.

El asunto principal de las obras españolas es el punto de honor:

> Los casos de la honra son mejores
> porque mueven con fuerza a toda gente,
> con ellos las acciones virtuosas,
> que la virtud es dondequiera amada



añade Lope de Vega, que conocía bien el asunto y que no dejó de seguir su precepto. El punto de honor representaba en las comedias españolas el mismo papel que la fatalidad en las tragedias griegas. Sus leyes inflexibles, sus necesidades crueles, daban origen fácilmente a escenas dramáticas de gran interés. El *pundonor*, especie de religión caballeresca con su jurisprudencia, sus sutilidades y sus refinamientos, es muy superior a la fatalidad antigua, cuyos golpes ciegos caen lo mismo sobre los culpables que sobre los inocentes. Leyendo los trágicos griegos, se subleva el alma algunas veces ante la situación del héroe, que es igualmente culpable si obra como si no obra; el punto de honor castellano es siempre perfectamente lógico, y está de acuerdo consigo mismo. Además, sólo es la exageración de las virtudes humanas, llevada a su más alto grado de suspicacia. En sus más horribles furores, en sus venganzas más atroces, el protagonista conserva una actitud noble y digna. Siempre desenvaina su espada en nombre de la lealtad, de la fe conyugal, del respeto a los antepasados, de la integridad de los blasones, a veces en contra de los que ama profundamente, y que una necesidad imperiosa le obliga a sacrificar. De la lucha de las pasiones con el punto de honor nace el interés de la mayoría de las obras del antiguo teatro español, interés profundo, simpático, vivamente sentido por todos los espectadores, que, en la misma situación, no hubieran obrado de modo distinto que

el personaje. Con tal abundancia de asunto, tan entrañado en las costumbres de la época, no es de extrañar la facilidad prodigiosa de los antiguos dramaturgos de la Península. Otra fuente no menos abundante de interés son las acciones virtuosas, la abnegación caballeresca, las renunciaciones sublimes, la fidelidad inalterable, las pasiones sobrehumanas, las delicadezas ideales, que resisten a las intrigas mejor urdidas, a las emboscadas de mayor complicación. En este caso, parece que el poeta se propone presentar al público un modelo acabado de perfección humana. Amontona sobre la cabeza de su príncipe o de su princesa todas las cualidades que encuentra a mano; los presenta más cuidadosos de su pureza que el armiño, que prefiere morir antes que tener una mancha en su piel de nieve.

Este teatro, verdaderamente nacional de origen, de forma y de fondo, respira un profundo sentimiento del catolicismo y de las costumbres feudales. La división en tres jornadas, que siguen los autores españoles, es seguramente la más razonable y más lógica. La exposición, el nudo y el desenlace: tal es la estructura de toda obra dramática bien entendida, y haríamos perfectamente en adoptarla en vez de la antigua división en cinco actos, de los cuales dos—el segundo y el cuarto—suelen ser inútiles.

No es preciso, sin embargo, suponer que las antiguas obras españolas sean todas sublimes. Lo grotesco ese elemento indispensable al arte de la



Edad Media, se desliza en ellas en la forma del gracioso y del bobo, los cuales alegran lo serio de la acción con gracias y juegos de palabras más o menos aventurados, y producen, al lado del protagonista, el efecto de esos enanos deformes, de justillo de colorines, que juegan con lebreles más grandes que ellos, y que se ven al lado de un rey o una princesa en los retratos antiguos de las galerías.

Moratín, el autor de *El sí de las niñas* y de *El café*, cuya tumba puede verse en el Père Lachaise, de París, es el último destello del arte dramático español, como el viejo pintor Goya, muerto en Burdeos en 1828, fué el último descendiente legítimo del gran Velázquez.

Ahora no se representan en los teatros de España más que traducciones de melodramas y *vaudevilles* franceses. En Jaén, en el corazón de Andalucía, se da *El campanero de San Pablo;* en Cádiz, a dos pasos de Africa, *El pilluelo de París.* Los sainetes, un tiempo tan alegres, tan originales, de tan marcado sabor local, no son ya más que imitaciones tomadas del repertorio de *variétés.* Sin hablar de Martínez de la Rosa, de D. Antonio Gil y Zárate—que pertenecen a una época menos reciente—, la Península cuenta con una porción de jóvenes de talento y porvenir; pero en España, como en Francia, la atención pública está acaparada por la gravedad de los sucesos. Hartzenbusch, autor de *Los amantes de Teruel;* Castro y Orozco, a quien se debe *Fray Luis de*

*León o El siglo y el mundo;* Zorrilla, que ha estrenado con buen éxito *El zapatero y el rey;* Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, Larra, que se suicidó por amor; Espronceda, cuya muerte anuncian los periódicos, y que imprime a sus composiciones una energía apasionada y violenta, digna a veces de lord Byron, su modelo, son—desgraciadamente, de los dos últimos hay que decir eran—literatos de gran mérito, poetas ingeniosos, elegantes y fáciles, que podrían colocarse junto a los maestros antiguos, si no les faltase lo que nos falta a todos: la seguridad, un punto de partida firme, un fondo de ideas comunes con el público. El punto de honor y el heroísmo de las comedias antiguas no se comprende ya o resulta ridículo, y el gusto moderno no está bastante definido para que los poetas puedan interpretarlo.

Por lo tanto, no hay que censurar demasiado a la multitud, que en el ínterin invade la plaza y va a buscar emociones donde las encuentra; después de todo, no es culpa del pueblo si los teatros no son atrayentes; tanto peor para nosotros los poetas si nos dejamos vencer por los gladiadores. En suma: es más sano para el entendimiento y el corazón ver a un hombre valiente matar a una fiera a la luz del Sol, que oír a un histrión sin talento cantar un *vaudeville* obsceno o recitar literatura mal interpretada ante una batería luminosa.

# XIII

**Ecija.—Córdoba.—El Arcángel Rafael.—La mezquita.**

Sólo conocíamos la galera de varas, nos faltaba saborear la galera de cuatro ruedas. Precisamente salía para Córdoba uno de estos amables vehículos, ya casi lleno por una familia española; nosotros completábamos la carga. Figuraos un carrito bastante bajo, con adrales claros y sin más fondo que un enrejado de estera, en el que se amontonan los baúles y los paquetes, sin preocuparse mucho de los ángulos entrantes o salientes. Encima echan dos o tres colchones, o, hablado con más propiedad, dos sacos de tela, donde flotan algunos vellones de lana mal cardada; sobre estos colchones se extienden, atravesados, los pobres viajeros, en una postura bastante parecida—perdonadme lo vulgar de la comparación—a la de las terneras que conducen al mercado. No llevan atados los pies; pero, por lo demás, su situación no es mucho mejor. Todo el artefacto va cubierto por una tela gruesa tendida sobre arcos, guiado por un mayoral y arrastrado por cuatro mulas.

La familia con la que hacíamos aquel viaje era la de un ingeniero muy instruído y que hablaba muy bien francés; iba acompañada por un gran sinvergüenza, de cara extraordinaria, que había sido bandido con José María y a la sazón era vigilante de minas. Este individuo seguía a la galera a caballo, con el puñal en la faja y la carabina en el arzón de la silla. El ingeniero le atendía mucho; elogiaba su honradez, sobre la cual no le inspiraba inquietud alguna el resabio del antiguo oficio; bien es cierto que, hablando de José María, me dijo varias veces que era un hombre honrado y valiente. Esta opinión, que nos parecería ligeramente paradójica tratándose de un salteador de caminos, es muy corriente en Andalucía entre las gentes más respetables. España continúa siendo árabe en este respecto, y los bandidos pasan fácilmente por héroes, semejanza que es menos rara de lo que parece a primera vista, sobre todo en las comarcas del Mediodía, donde la imaginación es tan impresionable; el desprecio a la muerte, la audacia, la sangre fría, la decisión pronta y atrevida, la destreza y la fuerza, esa especie de aureola que envuelve al hombre que se revela contra la sociedad, todas estas cualidades que influyen tan poderosamente sobre los espíritus poco civilizados, ¿no son las que forman los grandes caracteres? ¿Y está el pueblo tan equivocado al admirarlas en esas naturalezas enérgicas, aunque el empleo que hagan de ellas sea condenable?



El camino de herradura que seguíamos subía y bajaba de una manera bastante abrupta a través de una región jibosa de colinas y surcada de estrechos valles, en cuyo fondo se veían los lechos secos de los torrentes, erizados de piedras enormes, que nos causaban grandes sobresaltos y arrancaban gritos agudos a las mujeres y a los niños. En el camino observamos algunos efectos del Sol poniente de una poesía y un color admirables. Las montañas adquirían a lo lejos tonos púrpura y violeta, salpicados de oro, de un calor y de una intensidad extraordinarios; la ausencia absoluta de vegetación imprimía a aquel paisaje, compuesto únicamente de tierra y cielo, un cráter de desnudez grandiosa y de aspereza salvaje, cuyo equivalente no se encuentra en parte alguna, y que los pintores no han reproducido jamás. Se hizo un alto de varias horas, al anochecer, en un caserío de tres o cuatro casas, para que las mulas descansaran y tomar nosotros algún refrigerio. Poco previsores, como viajeros franceses—aunque una permanencia de cinco meses en España debía habernos tornado más precavidos—no sacamos de Málaga provisión alguna; por lo tanto, tuvimos que cenar pan seco y vino blanco, que una mujer de la posada fué a buscar, pues las despensas y las bodegas españolas no participan del horror que, según dicen, siente la Naturaleza por el vacío y alojan la nada con toda tranquilidad de conciencia.

A cosa de la una de la madrugada reanuda-

mos la marcha, y, a pesar de los vaivenes horribles, de los chicos del empleado de las minas, que rodaban sobre nosotros, y de los coscorrones que nuestras cabezas vacilantes recibían al tropezar con los adrales, no tardamos en dormirnos. Cuando el Sol comenzó a hacernos cosquillas en las narices con sus rayos, como una espiga de oro, estábamos cerca de Carratraca, pueblo insignificante, que no figura en el mapa, y que no tiene de notable más que unos manantiales de agua sulfurosa, muy eficaz para las enfermedades de la piel, lo cual lleva a aquellos contornos extraviados una población algo sospechosa y de comercio malsano. Allí se juega a todo trapo, y, aun cuando era muy temprano, las cartas y las onzas de oro andaban de mano en mano. Era algo horrible ver aquellos enfermos, de fisonomías terrosas y verdes, más feas aún por la rapacidad, alargando con lentitud sus dedos convulsos para apoderarse de su presa. Las casas de Carratraca, como todas las de los pueblos de Andalucía, están enjalbegadas con cal; lo cual, unido al color vivo de las tejas, a las guirnaldas de pámpanos y a los arbustos que las rodean, les da un aire de fiesta y de bienestar muy diferente de la idea que existe en el resto de Europa de la suciedad española, idea falsa, generalmente, y que sólo puede proceder de algunos caseríos de Castilla, que se asemejan mucho a los nuestros de Bretaña y Colonia.

En el patio de la posada atrajeron mi aten-



ción unos frescos muy toscos, que representaban corridas de toros con una sencillez primitiva; rodeando las pinturas, se leían coplas en honor de Paquiro Montes y de su cuadrilla. El nombre de Montes es popularísimo en Andalucía, como en nuestro país lo es el de Napoleón; su retrato adorna las paredes, los abanicos, las petacas; y los ingleses, grandes explotadores de lo que esté en boga, sea lo que sea, reparten desde Gibraltar millares de pañuelos de seda rojos, violeta, amarillos, en los que va estampada la efigie del célebre matador, acompañada de leyendas encomiásticas.

Aleccionados por el hambre de la víspera, compramos algunas provisiones al hostelero, entre ellas un jamón, que nos hizo pagar a un precio exorbitante. Se habla mucho de los salteadores de caminos: no es en el camino donde está el peligro, sino al borde de él, en la posada; allí os acogotan, os despojan a mansalva, sin que tengáis el derecho de recurrir a las armas defensivas y pegar un tiro al camarero que os presenta la cuenta. Compadezco de todo corazón a los bandidos; los hosteleros no les dejan casi nada, pues les entregan a los viajeros como limones exprimidos. En otros países se pagan las cosas que le dan a uno; en España se paga a peso de oro la ausencia de todo.

Terminada nuestra siesta, se engancharon las mulas a la galera; cada cual ocupó su puesto en el colchón; el mayoral proveyóse de piedrecitas

para tirárselas a las orejas a las caballerías, y nos pusimos en marcha. La comarca que atravesábamos era salvaje, sin ser pintoresca; colinas peladas, rugosas, descarnadas hasta los huesos; lechos de torrentes pedregosos, especie de cicatrices impresas en el suelo por los destrozos de las lluvias invernales; olivares cuyo follaje pálido, enharinado con el polvo, no daba la menor idea de verdor ni de frescura; aquí y acullá, en las laderas desgarradas de los barrancos de yeso y de toba, alguna mata de hinojo blanqueada por el calor; en el polvo del camino, las huellas de las culebras y las víboras, y, sobre todo esto, un cielo abrasador como bóveda de horno, y ni un soplo de aire ni asomo de viento. La arena gris, levantada por las herraduras de las mulas, volvía a caer lentamente. Un sol capaz de poner el hierro al rojo blanco azotaba sobre el toldo de nuestra galera, donde nos madurábamos como melones bajo una campana. De cuando en cuando nos apeábamos y caminábamos un trecho a pie, procurando ir a la sombra del caballo o del carro, y volvíamos a engarabitar las piernas desentumecidas en nuestro sitio, aplastando algo a los chicos o a la madre, pues no podíamos llegar a nuestro rincón sino arrastrándonos a cuatro pies bajo la bóveda formada por los arcos de la galera. A fuerza de franquear barrancos y hondonadas, de acortar a campo traviesa para abreviar, perdimos el camino. Nuestro mayoral, esperando encontrarlo, continuó como si supiera perfectamente por dónde iba, pues los cosarios y guías no confiesan que se han extraviado sino en último extremo y cuando ya han andado cinco o seis leguas fuera de camino. Justo es decir que no había nada más fácil que perderse en aquel camino fabuloso, apenas trillado, y cuyo trazo se interrumpía a cada paso por barrancos profundos. Nos hallábamos en pleno campo, sembrado de trecho en trecho de olivos de troncos retorcidos y achaparrados, de actitudes horribles, sin huella de habitación humana, sin rastro de seres vivientes; desde por la mañana sólo habíamos encontrado un muchacho, medio desnudo, que guiaba una media docena de cerdos negros entre una nube de polvo. Llegó la noche. Para colmo de desgracias, no había Luna, y sólo teníamos para guiarnos el resplandor tembloroso de las estrellas.



A cada instante, el mayoral dejaba su asiento y se bajaba a palpar el suelo, para ver si encontraba alguna rodada que pudiese ponerle de nuevo en camino; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y, muy contra su gusto, vióse obligado a decirnos que se había extraviado y no sabía dónde estaba; no lo comprendía, pues había recorrido aquel camino veinte veces y había ido a Córdoba con los ojos cerrados. Todo aquello nos parecía un poco obscuro, y se nos ocurrió la idea de si habíamos caído en alguna emboscada. La situación no era nada agradable; nos hallábamos en plena noche perdidos, lejos de todo socorro humano, en medio de una comarca reputada por la de más ladrones

de toda España. Estas reflexiones debían de ocurrírsele lo mismo al ingeniero de minas y a su amigo, el antiguo socio de José María, que seguramente sabía a qué atenerse en aquella materia, pues, silenciosamente, cargaron con balas sus carabinas, hicieron otro tanto con otras dos que había en la galera y nos entregaron una a cada uno de nosotros, sin pronunciar palabra, lo cual era por demás elocuente. De este modo, el mayoral se quedaba sin armas, y, aunque estuviera en inteligencia con los bandidos, se encontraba reducido a la impotencia. Después de errar al acaso durante dos o tres horas, divisamos a lo lejos una luz, que brillaba entre las ramas como una luciérnaga; la tomamos por nuestra estrella polar, dirigiéndonos a ella con la mayor rapidez posible, a riesgo de volcar a cada paso. A veces, alguna quiebra del terreno la ocultaba a nuestra vista; entonces todo parecía muerto en la Naturaleza; luego reaparecía la luz, y con ella nuestras esperanzas. Finalmente, llegamos a cierta distancia de un cortijo y distinguimos la ventana, que era el cielo donde brillaba nuestra estrella, en forma de una lámpara de cobre. Carretas de bueyes e instrumentos de labranza, diseminados por allí, nos tranquilizamos por completo, pues habríamos podido meternos en la boca del lobo, cayendo en alguna *posada de barateros.* Los perros olfatearon nuestra presencia y comenzaron a ladrar con toda su alma, de modo que todo el cortijo se puso en conmoción. Los campesinos



salieron con el fusil en la mano para averiguar la causa de aquel alboroto nocturno, y, viendo que éramos honrados viajeros extraviados, nos propusieron cortésmente que entrásemos a descansar en la granja. Era la hora de la cena de aquellas buenas gentes. Una vieja arrugada, curtida, casi momificada, y cuya piel hacía más pliegues que una bota de montar, preparaba, en un lebrillo de barro, un gazpacho gigantesco. Cinco o seis enormes lebreles, delgados de lomo, anchos de pecho, de hermosas cabezas, dignos de la jauría de un rey, seguían los movimientos de la vieja con la más sostenida atención y el aire más melancólicamente admirativo que se puede imaginar. Pero aquel delicioso regalo no era para ellos; en Andalucía son los hombres, y no los perros, los que comen la sopa de cortezas de pan mojadas en agua. Algunos gatos, a los cuales la falta de orejas y de rabo—pues en España les cortan estas superfluidades ornamentales—hacía parecer quimeras japonesas, miraban también, pero desde más lejos, aquellos apetitosos preparativos. Una escudilla del susodicho gazpacho, dos lonjas de nuestro jamón y unos racimos de uvas de un rubio de ámbar, nos compusieron una cena, que hubimos de disputar a las familiaridades invasoras de los lebreles, los cuales, como queriendo lamernos, nos arrancaban literalmente el bocado de la boca. Nos levantamos y comimos de pie, con el plato en la mano; pero los demonios de los bichos se ponían sobre las patas traseras y nos echaban a los hom-

bros las delanteras, encontrándose así a la altura del trozo deseado. Si no lograban llevárselo, le daban, por lo menos, dos o tres lametones, aprovechándose así de las primicias. Aquellos lebreles debían de descender directamente de un perro famoso, del que Cervantes nos escribió la historia. Aquel ilustre animal ejercía en una fonda española el empleo de fregatriz de vajilla, y, como le dijeran a la criada que los platos no estaban limpios, ella juró y perjuró que habían sido lavados por *Siete aguas*. *Siete aguas* era el nombre del perro, designado así porque lamía los platos tan a conciencia, que parecía que los habían fregado siete veces con agua; sin duda aquel día se descuidó. Los lebreles del cortijo eran seguramente de la misma raza.

Nos dieron por guía a un muchacho, diestro conocedor de los caminos, el cual nos condujo sin dificultad a Ecija, donde llegamos a las diez de la mañana. La entrada de Ecija es muy pintoresca; se llega por un puente, a cuyo extremo se levanta una puerta de arco, de un efecto triunfal. Este puente atraviesa un río, que no es otro que el Genil, de Granada, y que está obstruído por ruinas de arcos antiguos y presas para los molinos; después de cruzarlo, se desemboca en una plaza plantada de árboles y adornada con dos monumentos de estilo barroco. Uno de ellos consiste en una estatua de la Santa Virgen, dorada y colocada sobre una columna, cuyo pedestal, tallado, forma una especie de capilla, ornada con



tiestos de flores artificiales, *exvotos*, coronas de medula de junco, y todos los ringorrangos de la devoción meridional. El otro es un San Cristóbal gigantesco, también de metal dorado, con la mano apoyada en una palmera—bastón proporcionado a su tamaño—que lleva al hombro, con las más extrañas contracciones de músculos y con esfuerzos capaces de levantar una casa; un niño Jesús muy pequeño, de una delicadeza y una monada encantadoras. Este coloso, atribuído al escultor florentino Torregiani, que aplastó de un puñetazo la nariz a Miguel Angel, se asienta sobre una columna salomónica—así llaman aquí a las columnas torneadas—de granito rosa claro, cuya espiral termina a la mitad en volutas y florones extravagantes. A mí me gustan mucho las estatuas colocadas así; producen más efecto y se ven mejor y de más lejos. Los pedestales ordinarios tienen algo macizo y chato que quita ligereza a las figuras que sostienen.

Ecija, que está fuera del itinerario de los turistas, y por lo tanto, poco conocida, es, sin embargo, una ciudad muy interesante, de una fisonomía original y rara. Los campanarios, que forman los ángulos más agudos de su silueta, no son bizantinos, ni góticos, ni del Renacimiento; son chinos, o más bien japoneses; se les podría tomar por torrecillas de algún *miao* dedicado a Kong-fu-Tzee, Budha o Jo, pues están completamente revestidos de azulejos de colores vivos y cubiertos de tejas barnizadas, verdes y blancas, a cua-

dros, y de un aspecto de lo más extraño. El resto de la arquitectura no es menos quimérico, y la afición a lo retorcido se lleva al límite. No se ven más que dorados, incrustaciones, aberturas y mármoles de color, arrugados como telas; guirnaldas de flores, lazos de amor, ángeles gordinflones, todo ello pintarrajeado, de una riqueza inusitada y de un mal gusto sublime.

La calle de *Los Caballeros*, donde vive la nobleza y están los mejores hoteles, es verdaderamente algo maravilloso en su género; cuesta trabajo creer que se está en una calle, entre casas habitadas por personas. Ni los balcones, ni las rejas, ni los frisos son derechos; todo se retuerce, se estira, se abre en florones, en volutas, en escarolados. No se encuentra una pulgada de superficie que no esté calada, festoneada, dorada o pintada; todo lo que el género conocido entre nosotros por *rococó* tiene de más intrincado y desordenado, con un amontonamiento y recargamiento de lujo que el buen gusto francés ha sabido evitar aun en las peores épocas. Aquel estilo *pompadour-holando-chino* divierte y sorprende en Andalucía. Las casas corrientes están encaladas—tienen una blancura deslumbradora que se destaca admirablemente en el azul profundo del cielo—y nos hacían pensar en Africa con sus tejados planos, sus ventanitas y sus miradores, idea a la que contribuía un calor de treinta y siete grados Reaumur, temperatura habitual en los veranos frescos. Ecija se llama la sartén de Andalucía, y nunca se



habrá encontrado un apodo más merecido; situada en una hondonada, hállase rodeada de colinas arenosas, que la resguardan del viento y le envían los rayos del Sol reflejados como espejos concéntricos. Allí se vive en estado de fritura, lo cual no nos impidió recorrer el pueblo valientemente en todos sentidos, en espera del almuerzo. La *Plaza Mayor* ofrece un golpe de vista muy original, con sus casas de columnas, sus hileras de ventanas, sus arcos y sus balcones volados.

Nuestro *parador* era bastante cómodo, y nos sirvieron una comida casi humana, que saboreamos con una sensualidad bien legítima después de tantas privaciones. Una larga siesta en un cuarto grande, muy cerrado, muy obscuro, muy regado, acabó de reponernos; y cuando, a eso de las tres, montamos de nuevo en la galera, teníamos un aspecto sereno y completamente resignado.

El camino de Ecija a La Carlota, donde habíamos de dormir, atraviesa una comarca muy poco interesante, de aspecto árido y polvoriento, o, por lo menos, que así lo parece en el verano, y que no dejó huella alguna en nuestra memoria. De cuando en cuando aparecían algunos olivares y grupos de encinas, y las piteras mostraban sus hojas azuladas, de un efecto siempre tan característico. La perra del empleado de minas —pues llevábamos cuadrúpedos en nuestra *ménagerie*, sin contar los niños—levantó algunas perdices, de las cuales cobró dos o tres mi compa-

ñero de viaje. Este fué el incidente más notable de aquella etapa.

La Carlota, donde nos detuvimos para pasar la noche, es un caserío sin importancia. La posada ocupa un antiguo convento, metamorfoseado primero en cuartel, como ha ocurrido casi siempre en tiempos de revolución, por ser la vida militar la que encaja y se acomoda más fácilmente en los edificios dispuestos para la vida monacal. Largos claustros de arcos formaban galería cubierta en los cuatro lados de los patios. En medio de uno de ellos se abría la boca negra de un enorme pozo, muy profundo, que nos prometía el regalo de un agua clara y fresca. Asomándome al brocal, vi que el interior estaba tapizado de plantas de un verde bellísimo, que crecían en los intersticios de las piedras. Para encontrar algo de verdura y de fresco había que asomarse al pozo, pues el calor era tal, que parecía producido por la vecindad de un incendio. Sólo puede dar una idea de él la temperatura de los invernaderos donde se cultivan plantas tropicales. El aire abrasaba, y las bocanadas de viento parecía que arrastraban moléculas ígneas. Traté de salir a dar una vuelta por el pueblo; pero el vapor de olla que me recibió en la puerta me hizo desistir. Nuestra cena consistió en pollos descuartizados, colocados sin orden sobre una capa de arroz, con tanto azafrán como un *pilaf* turco, y una ensalada de hojas verdes nadando en un diluvio de agua avinagrada y estrellada aquí y allá con algunas



gotas de aceite, tomado, sin duda, de la lámpara. Terminada aquella suntuosa comida, nos condujeron a nuestros cuartos, ya de tal modo habitados, que nos fuimos a terminar la noche en medio del patio, sobre la manta y con una silla vuelta por almohada. Allí, por lo menos, no estábamos expuestos más que a los mosquitos; poniéndonos los guantes y un pañuelo de seda por la cara, logramos despachar con cinco o seis picotazos. Era doloroso, pero no asqueroso.

Los hosteleros tenían unos rostros ligeramente patibularios; pero hacía algún tiempo que no dábamos importancia a esto, puesto estábamos acostumbrados a fisonomías más o menos repelentes. Un trozo de conversación, que sorprendimos, nos demostró que sus sentimientos eran parejos de su físico. Preguntaban al escopetero, creyendo que no entendíamos español, si no sería ocasión de dar un golpe, yendo a esperarnos unas cuantas leguas más allá. El antiguo socio de José María les respondió, con un aire digno y majestuoso: "No lo toleraría yo, pues estos jóvenes van en mi compañía; además, como temían ser robados, no llevan encima sino el dinero estrictamente necesario para el viaje, pues todo lo restante lo tienen en letras contra Sevilla. Por añadidura, los dos son altos y fuertes. En cuanto al empleado de minas, es mi amigo, y llevamos escopetas en la galera." Este razonamiento contundente convenció a nuestro hostelero y sus acólitos, que, por aquella vez, se conformaron con emplear los me-

dios corrientes de desvalijamiento, permitidos a todos los posaderos del mundo.

A pesar de todas las historias terroríficas sobre bandidos, contadas por viajeros y por naturales del país, nuestras aventuras se limitaron a lo relatado, y aquél fué el incidente más dramático de nuestra larga peregrinación a través de las regiones consideradas como las más peligrosas de España, en una época favorable a esta clase de encuentros; el bandido español ha sido para nosotros un ser puramente quimérico, una abstracción, una simple poesía. Nunca vimos la sombra de un trabuco, y en cuanto a los ladrones, resultamos de una incredulidad por lo menos igual a la del joven hidalgo inglés de quien Merimée cuenta la historia, el cual, caído entre las manos de una partida que le desvalijó, se empeñaba en no ver más que comparsas de melodrama apostados para darle una broma.

Salimos de La Carlota a eso de las tres de la tarde, y por la noche hicimos alto en una miserable choza de gitanos, cuyo techo estaba formado simplemente por ramas cortadas y tiradas sobre pértigas transversales, como una cabaña primitiva. Después de beber algunos vasos de agua me instalé tranquilamente a la puerta, sobre la madre común; y contemplando el abismo azul del cielo, donde parecía que revoloteaban, como enjambres de abejas de oro, grandes estrellas, cuyos destellos formaban un torbellino luminoso—semejante al que producen en derredor del cuerpo de



las libélulas sus alas invisibles, en fuerza de moverse con rapidez—, no tardé en dormirme profundamente, como si hubiera estado en la cama más blanda del mundo. Y, sin embargo, tenía por almohada una piedra envuelta en mi capa, y en mis riñones se incrustaban algunos guijarros de muy respetable tamaño. Jamás envolvió al globo en su manto de terciopelo azul una noche más hermosa y más serena. Al filo de la media noche, la galera se puso en marcha, y cuando quebró la aurora estábamos a una media legua de Córdoba.

Por la descripción de estos altos y de estas etapas podrá suponerse que Córdoba y Málaga están muy lejos una de otra, y que habíamos andado una gran distancia en aquel viaje, que duró cuatro días y medio. La distancia recorrida es de una veintena de leguas de España—unas treinta de Francia—; pero el coche iba muy cargado, y el camino era abominable, sin relevos dispuestos para el cambio de mulas. Únase a esto un calor intolerable, capaz de asfixiar a los animales y a las personas si se hubieran arriesgado a salir con la fuerza del Sol. Y, sin embargo, aquel viaje tan lento y tan penoso nos dejó un buen recuerdo; la rapidez excesiva de los medios de transporte quita todo el encanto a la ruta: va uno arrastrado como en un torbellino, sin tiempo para ver nada. Para llegar en seguida, más vale quedarse en casa. Para mí, el placer del viaje consiste en ir, no en llegar.

Un puente sobre el Guadalquivir, bastante ancho en aquella parte, sirve de entrada a Córdoba, por el lado de Ecija. Junto a él se observan las ruinas de un antiguo acueducto árabe. La entrada del puente está defendida por una gran torre cuadrada, almenada y sostenida por casamatas de construcción más reciente. Las puertas de la ciudad no estaban abiertas; una baraúnda de carretas de bueyes, tocados majestuosamente con tiaras de estera amarilla y roja; mulos y asnos blancos, cargados de paja trillada; campesinos con sombreros de forma de pilón de azúcar, cubiertos con capotes de lana parda—que caen por delante y por detrás como una casulla, y que se ponen metiendo la cabeza por un agujero practicado en medio de la tela—, esperaban la hora con la flema y la paciencia propia de los españoles, de quien se dijera que nunca tienen prisa. Una reunión parecida en una barrera de París, hubiera armado un alboroto enorme, que se habría exteriorizado en insultos e injurias; allí no se oía más ruido que el tintineo de un cascabel de la collera de una mula, o el argentino de una campanilla de un asno-coronel, que cambiaba de postura o descansaba la cabeza sobre el cuello de otro compadre orejudo.

Aprovechamos aquella detención para examinar a nuestro placer el aspecto interior de Córdoba. Una hermosa puerta, a manera de arco de triunfo, de orden jónico, y de tan buen estilo que podría habérsela tomado por romana, daba en-



trada majestuosa a la ciudad de los Califas, aunque yo hubiera preferido uno de esos arcos árabes abiertos en forma de corazón, como se ven en Granada. La mezquita-catedral se elevaba por encima de la muralla y de los tejados de la población, más bien como una ciudadela que como un templo, con sus altos muros dentados de almenas árabes, y la pesada cúpula católica asentada sobre la plataforma oriental. Es preciso confesar que aquellos muros están pintados de un amarillo bastante antipático. Sin ser de aquellas personas aficionadas a los edificios enmohecidos, leprosos y negros, sentimos un horror especial por ese infame color de calabaza que encanta por tal manera a los curas, a la administración y a los capítulos de todos los países, puesto que en seguida cubren con él las maravillosas catedrales confiadas a su custodia. Los edificios deben pintarse, y siempre se han pintado, aun en las épocas más puras; pero es preciso elegir mejor el color y la clase del revoco.

Por fin se abrieron las puertas, y tuvimos la satisfacción de ser visitados por la aduana con toda minuciosidad; después de este requisito, nos dejaron en libertad de dirigirnos con nuestro equipaje al *parador* más próximo.

Córdoba tiene un aspecto más africano que las demás poblaciones de Andalucía; sus calles, mejor dicho, sus callejas, cuyo pavimento, desigual, tumultuoso, parece el lecho de un torrente en seco; regadas de paja, que se cae de la carga de

los asnos, no tienen nada que recuerde los usos y costumbres de Europa. Allí se anda por entre interminables paredes color de yeso, con raras ventanas de rejas y barrotes, y sólo se encuentra algún mendigo de cara repulsiva, alguna devota enlutada o algún *majo*, que pasa con la rapidez del relámpago sobre su caballo alazán, enjaezado de blanco, arrancando millares de chispas a las piedras del pavimento. Si pudieran volver los moros, no tendrían que hacer gran cosa para instalarse de nuevo. La idea que uno ha podido formarse, pensando en Córdoba, de una ciudad de casas góticas, con flechas caladas, es completamente falsa. La costumbre universalizada del enlucido con cal da un tinte uniforme a todos los monumentos, llena los huecos de la arquitectura, borra sus labras y encajes y no permite leer su edad. Gracias a la cal, el muro hecho hace cien años no se distingue del terminado ayer. Córdoba, antaño centro de la civilización árabe, sólo es hoy un conjunto de casitas blancas, por encima de las cuales se yergue alguna higuera de verdor metálico, alguna palmera extendida como un cangrejo de follaje, y que dividen en islotes estrechos pasadizos por donde apenas podrían pasar dos mulas de frente. Parece como si la vida se hubiera retirado de aquel gran cuerpo, animado un día por la activa circulación de la sangre árabe, y del cual no queda hoy más que el esqueleto blanqueado y calcinado. Pero Córdoba tiene su Mezquita, monumento único en el



mundo y completamente nuevo, incluso para los viajeros que han tenido ocasión de admirar en Granada y en Sevilla las maravillas de la arquitectura árabe.

A pesar de sus aires moriscos, Córdoba es buena cristiana, y está colocada bajo la protección especial del Arcángel Rafael. Desde el balcón de nuestro parador divisábamos un monumento muy extraño, erigido en honra de este patrón celestial, y tuvimos curiosidad de examinarlo de más cerca. El Arcángel, desde lo alto de su columna, la espada en la mano, las alas desplegadas, resplandeciente de dorados, parece un centinela que velase eternamente sobre la ciudad confiada a su custodia. La columna es de granito gris, con un capitel corintio de bronce dorado, y descansa sobre una torrecilla o linterna de granito rosa, en cuyo basamento de rocalla aparecen agrupados un caballo, una palmera, un león y un monstruo marino de lo más fantástico; cuatro estatuas alegóricas completan la decoración. En el zócalo está encajado el sepulcro del obispo Pascal, personaje célebre por su piedad y su devoción al Santo Arcángel.

En una cartela se lee la inscripción siguiente:

*Yo te juro por Jesu-Cristo cruzificado*
*Que soy Rafael ángel, a quien Dios tiene puesto*
*Por guarda de esta ciudad.*

Quizá digáis: ¿Cómo han sabido que precisa-

mente era el Arcángel Rafael, y no otro, el patrón de la vieja ciudad de Abderramán? Contestaremos con un romance o canción impreso con licencia en Córdoba, en casa de D. Rafael García Rodríguez, calle de la Librería. Este precioso documento va encabezado con una viñeta en madera representando al Arcángel con las alas abiertas, la aureola en torno de la cabeza, su báculo de caminante y su pez en la mano, colocado majestuosamente entre dos gloriosos tiestos de jacintos y de peonias, y todo ello acompañado de una inscripción concebida en estos términos: *Relación verídica y curiosa leyenda del señor San Rafael, Arcángel, abogado de la peste y Patrón de la ciudad de Córdoba.*

En ella se cuenta cómo el bienaventurado Arcángel se apareció a D. Andrés Roelas, hidalgo y sacerdote de Córdoba, y le pronunció un discurso, cuya primera frase es precisamente la que está grabada en la columna. Aquel discurso, que conservaron los que lo cuentan, duró más de hora y media, estando el Arcángel y el sacerdote sentados frente a frente, cada uno en una silla. Esta aparición ocurrió el 7 de mayo del año de Cristo 1578, y para conservar su recuerdo erigióse este monumento.

En torno de esta construcción hay una explanada rodeada de verjas, que permite contemplarla por todos lados. Las estatuas así colocadas tienen una elegancia y una esbeltez que me gusta mucho, y disimula admirablemente la desnudez de



una terraza, de una plaza pública o de un patio demasiado grande. La estatuilla asentada en una columna de pórfido en el patio del Palacio de Bellas Artes, de París, puede dar una ligera idea del partido que podría sacarse para la ornamentación de esta manera de ajustar las figuras, que adquieren así un aspecto monumental que no tendrían de otro modo. Ya se nos había ocurrido esta reflexión ante la Santa Virgen y el San Cristóbal de Ecija.

El exterior de la Catedral nos sedujo poco, y temíamos sufrir un desencanto. Los versos de Víctor Hugo

Cordoue aux maisons vieilles
A sa mosquée, où l'oeil se perd dans les merveilles (1).

nos parecían demasiado exagerados; pero poco tardamos en convencernos de que eran exactísimos.

El califa Abderramán I fué quien zanjeó los cimientos de la Mezquita de Córdoba, hacia fines del siglo VIII; lleváronse los trabajos con tal actividad, que la construcción quedó terminada a principios del IX. ¡Veintiún años bastaron para hacer tan gigantesco edificio! Cuando se piensa que hace mil años se ejecutaba en tan poco tiempo una obra tan admirable y de proporciones tan colosales por un pueblo caído después en la barbarie más salvaje, el espíritu se asombra y se

(1) Córdoba la de las casas viejas.—La de la mezquita en cuyas maravillas se pierde la mirada.

niega a creer en las pretendidas doctrinas de progreso que corren hoy día; es más: casi se le ocurre a uno sumarse a la opinión contraria al visitar las comarcas ocupadas antaño por las civilizaciones desaparecidas. Por mi parte, siempre he lamentado mucho que los moros no hayan continuado siendo los dueños de España, la cual, ciertamente, no ha hecho más que perder con su expulsión. En su tiempo, si hemos de dar crédito a las exageraciones populares, tan seriamente recogidas por los historiadores, Córdoba contaba doscientas mil casas, ochenta mil palacios y novecientos baños, teniendo como arrabales doce mil pueblos. Ahora apenas tiene cuarenta mil habitantes, y parece casi desierta.

Abderramán quería hacer de la Mezquita de Córdoba un lugar de peregrinación, una Meca occidental, el primer templo del islamismo después de aquél en que descansa el cuerpo del profeta. Yo no he visto aún la *casbah* de la Meca; pero dudo que iguale en magnificencia y tamaño a la Mezquita española. En ella se conserva uno de los originales del Corán y una reliquia más preciosa aún: un hueso del brazo de Mahoma.

La gente del pueblo pretende incluso que el sultán de Constantinopla paga todavía un tributo al rey de España para que no se diga misa en el sitio consagrado especialmente al profeta. Esta capilla es llamada irónicamente por los devotos el *Zancarrón*, término despreciativo, que significa "mandíbula de burro, hueso despreciable".



La Mezquita de Córdoba tiene siete puertas, que no son nada monumentales, pues la arquitectura misma no consiente las portadas majestuosas que demandan imperiosamente las catedrales católicas, y exteriormente, no ofrece nada que os prepare para el admirable golpe de vista que os espera. Pasaremos, si os parece, por el *patio de los Naranjos*, inmenso y magnífico, plantado de naranjos monstruosos, contemporáneos de los moros, rodeado de largas galerías de arcos, enlosadas de mármol, y que tiene a un lado un campanario de estilo poco lucido, imitación desgraciada de la Giralda de Sevilla, como pudimos ver después en esta ciudad. Bajo el suelo de este patio existe, según dicen, una inmensa cisterna. En el tiempo de los ommíadas se entraba derecho del patio de los Naranjos a la Mezquita, pues el horrible muro que corta la perspectiva por aquel lado se construyó con posterioridad.

La idea más exacta que puede darse de este extraño edificio, es decir que semeja una gran explanada cercada de muros y plantada de columnas a tresbolillo. La explanada tiene cuatrocientos veinte pies de ancho y cuatrocientos cuarenta de largo. El número de columnas es de ochocientas sesenta, y, según dicen, no es más que la mitad de la Mezquita primitiva.

La impresión que se experimenta al entrar en aquel antiguo santuario del islamismo es indefinible, y no tiene relación alguna con la emoción que ordinariamente produce la arquitectura; pa-

rece que vais por un bosque techado más bien que por un edificio; de cualquier lado que uno se vuelva, la vista se pierde a través de las hiladas de columnas, que crecen y se alargan hasta perderse de vista, como una vegetación de mármol que hubiese brotado espontáneamente del suelo; la misteriosa semiobscuridad que reina en aquel bosque contribuye a la ilusión. Se cuentan diez y nueve naves en sentido latitudinal y treinta y seis en el otro sentido; pero la abertura de los arcos transversales es mucho menor. Forman cada nave dos hileras de arcos superpuestos, de los cuales algunos se cruzan y entrelazan como cintas, y producen el efecto más extraño. Las columnas—de una pieza todas—no tienen más de diez a doce pies hasta el capitel, de un corintio árabe lleno de fuerza y de elegancia, que recuerda más bien la palmera de Africa que el acanto de Grecia. Son de mármoles raros, de pórfido, de jaspe de vetas verde y violeta. y de otras materias preciosas; hay algunas antiguas, que proceden, según dicen, de las ruinas de un viejo templo de Jano. Si es cierto, en aquel mismo sitio han celebrado sus ceremonias tres religiones. De ellas, una desapareció para siempre en el abismo de lo pasado con la civilización que representaba; la otra ha sido rechazada fuera de Europa, donde sólo le queda un pie, hasta el fondo de la barbarie oriental; la tercera, después de llegar a su apogeo, minada por el espíritu de investigación, se debilita de día en día, hasta en los mis-



mos países en que reinaba como reina absoluta; y quizá la vieja Mezquita de Abderramán dure lo bastante para ver una cuarta creencia que se instale bajo sus arcos y celebre con otras formas y otros cánticos al nuevo Dios, o, mejor dicho, al nuevo profeta, pues Dios no cambia nunca.

En tiempo de los califas, ochocientas lámparas de plata, llenas de aceites aromáticos, esclarecían aquellas largas naves, hacían espejear el pórfido y el jaspe pulimentado de las columnas, colgaban una lentejuela de luz en las estrellas doradas de los techos y delataban en la sombra los mosaicos de cristal y los versículos del Corán, entrelazados de arabescos y de flores. Entre aquellas lámparas hallábanse las campanas de Santiago de Compostela, conquistadas por los moros; vueltas del revés y suspendidas de la bóveda con cadenas de plata, iluminaban el templo de Alá y de su profeta, muy asombradas de haberse convertido, de campanas católicas que eran, en lámparas musulmanas. La mirada podía entonces dirigirse con toda libertad por las largas hileras de columnas, y descubrir, desde el fondo del templo, los naranjos en flor y las fuentes, emergiendo del patio en un torrente de luz que la semiobscuridad del interior hacía aún más deslumbradora por el contraste. Desgraciadamente, esta magnífica perspectiva está hoy obstruída por la iglesia católica, masa enorme incrustada pesadamente en el corazón de la Mezquita árabe. Retablos, capillas, sacristías, estorban y destruyen la simetría general. Esta iglesia parási-

ta, monstruosa seta de piedra, verruga arquitectónica crecida en la espalda del edificio árabe, fué construída según los planos de Hernán Ruiz, y no deja de tener mérito; en cualquiera otra parte se la admiraría, pero es una lástima que ocupe aquel sitio. Fué levantada por el capítulo, a pesar de la resistencia del Ayuntamiento, arrancando una orden a Carlos V, que no había visto la Mezquita Al visitarla años más tarde, dijo: "Si yo hubiera sabido esto, no habría permitido nunca que se tocara a la obra antigua; habéis puesto lo que se ve en todas partes, en lugar de lo que no se ve en parte alguna." Estos justos reproches hicieron bajar la cabeza al cabildo; pero el mal estaba hecho. En el coro se admira una enorme labor de ebanistería, en madera de caoba, representando asuntos del Antiguo Testamento, debida a D. Pedro Duque Cornejo, que cumplió diez años de su existencia en aquel prodigioso trabajo, como puede verse en la tumba del pobre artista, enterrado bajo una losa a pocos pasos de su obra. Y a propósito de tumba: enclavada en el muro, vimos una muy original: tenía forma de baúl y estaba cerrada con tres cadenas. ¿Cómo se las arreglará el cadáver, tan cuidadosamente allí encerrado, el día del juicio, para abrir las cerraduras de piedra de su féretro, y cómo encontrará las llaves en medio del desorden general?

Hasta mediados del siglo XVIII, se había conservado el primitivo techo de Abderramán, de madera de cedro y de alerce, con sus artesonados y



molduras y losanjes, y todas sus magnificencias orientales. Lo han sustituído con bóvedas y medias cúpulas de un gusto dudoso. El antiguo solado ha desaparecido bajo un pavimento de ladrillo que ha levantado el suelo, ocultando los fustes de los pilares y acentuando el defecto general del edificio, muy bajo para su extensión.

A pesar de todas estas profanaciones, la Mezquita de Córdoba es hoy aún uno de los edificios más maravillosos del mundo, y como para hacernos sentir más amargamente las mutilaciones del resto, una parte que se llama el *Mirah* se ha conservado, como por milagro, en una integridad escrupulosa.

El techo de madera tallada y dorada, con su media naranja constelada de estrellas; las ventanas cortadas y guarnecidas de rejas que tamizan suavemente la luz, la galería de columnitas de tréboles, las planchas de mosaico en vidrios de color, los versículos del Corán en letras de cristal dorado, que serpentean a través de los adornos y de los arabescos más graciosamente complicados, forman un conjunto de una riqueza, de una belleza, de una elegancia mágica, cuyo equivalente sólo puede hallarse en los cuentos de *Las mil y una noches*, y que no tienen nada que envidiar a ningún arte. Nunca se eligieron mejor las líneas ni se combinaron mejor los colores; los mismos góticos. en sus más finos caprichos, en sus orfebrerías más preciosas, tienen algo de pobre, descuidado, débil, en que se advierte la barbarie y la

infancia del arte. La arquitectura del *Mirah* revela, por el contrario, una civilización llevada a su mayor desarrollo, un arte en su período culminante: más allá no hay sino la decadencia. Allí no falta nada: ni la proporción, ni la armonía, ni la riqueza, ni la gracia. De esta capilla se pasa a un pequeño santuario, excesivamente adornado, cuyo techo es de un solo trozo de mármol, vaciado en forma de concha y trabajado con una delicadeza infinita. Aquél sería probablemente el *sancta sanctorum*, el lugar formidable y sagrado, donde la presencia de Dios es más sensible que en otra parte.

Otra capilla, llamada *Capilla de los reyes moros*, donde los califas hacían sus oraciones apartados de la multitud de los creyentes, presenta también detalles curiosos y encantadores; pero no ha tenido la suerte del *Mirah*, y sus colores han desaparecido bajo una innoble camisa de cal.

Las sacristías rebosan de tesoros: relicarios resplandecientes de pedrería, cofrecillos de plata de un peso enorme, de un trabajo inaudito, y como pequeñas catedrales de grandes; candelabros, crucifijos de oro, capas bordadas de perlas; un lujo más que real y completamente asiático.

Nos disponíamos a salir, cuando el bedel que nos guiaba condújonos misteriosamente a un rincón obscuro, y nos enseñó, como curiosidad suprema, un crucifijo que, según pretenden, fué labrado con las uñas por un prisionero cristiano en una columna de pórfido a la que estaba encadena-



do. Para comprobar la autenticidad de la historia, nos enseñó la estatua del pobre cautivo, colocada a pocos pasos de allí. Sin ser más volteriano de lo debido en cuestión de leyendas, no pude por menos de pensar que en aquellos tiempos se tenían las uñas endiabladamente duras, o el pórfido era muy blando. Este crucifijo no es el único; hay otro en otra columna, pero mucho peor dibujado. El bedel nos enseñó también un enorme colmillo de marfil colgado del centro de una cúpula con cadena de hierro, y que parecía la trompa de caza de algún gigante sarraceno, de algún Nemrod de un mundo desaparecido; según dicen, perteneció a uno de los elefantes empleados en acarrear materiales durante la construcción de la Mezquita. Satisfechos de sus explicaciones y de su amabilidad, le dimos algunos realillos, generosidad que molestó mucho al antiguo amigo de José María, que nos acompañaba, y le sugirió esta frase, un poco herética: "¿No valdría más haber dado ese dinero a un bandido valiente que no a un mal sacristán?"

Al salir de la Catedral nos detuvimos unos instantes ante una linda portada gótica que sirve de fachada al hospicio. En cualquier otra parte se la admiraría, pero aquella vecindad formidable la aplasta.

Visitada la Catedral, nada nos detenía en Córdoba, que no es de lo más agradable para vivir. La única distracción que puede tener un extranjero es ir a bañarse al Guadalquivir, o hacerse

afeitar en una de las innumerables barberías situadas alrededor de la Mezquita, operación que ejecuta con gran destreza y con la ayuda de una navaja enorme, un mancebo encaramado en el respaldo de un gran sillón, en el que se coloca la víctima.

El calor era intolerable, pues se complicaba con un incendio. Acababa de terminar la recolección, y en Andalucía es costumbre quemar los rastrojos después de acarrear las gavillas, para que las cenizas fertilicen la tierra. El campo ardía en tres o cuatro leguas a la redonda, y el viento, que se tostaba las alas al pasar por aquel océano de llama, nos traía bocanadas de aire caliente como el que sale por la boca de las estufas. Estábamos en la misma situación de esos escorpiones que los chicos rodean de virutas, a las que prenden fuego, y que se ven obligados a hacer una salida desesperada o a suicidarse con su mismo aguijón. Nosotros elegimos el primer sistema.

La galera en que habíamos ido nos volvió por el mismo camino hasta Ecija. donde pedimos una calesa para ir a Sevilla. El conductor, al vernos a mi compañero y a mí, nos encontró demasiado altos, demasiado gordos y demasiado pesados para conducirnos, y puso todo género de dificultades. Decía que nuestros baúles pesaban tanto, que hacían falta cuatro hombres para moverlos, y que romperían su coche. Destruímos esta objeción colocando los baúles calumniados nosotros mismos, solos, sin la menor dificultad, en la parte trasera



de la calesa. Como ya no tenía inconveniente que oponer, el bribón se decidió a partir.

Durante varias leguas, únicamente se ofrecen a nuestros ojos terrenos llanos o ligeramente ondulados, con plantaciones de olivares cuyo color gris aun más el polvo empalidece; estepas arenosas, en las que se redondean de tarde en tarde, como verrugas vegetales, macizos negruzcos de verdura.

En la Luisiana, toda la población estaba tumbada delante de las puertas, roncando a la intemperie. Nuestro coche obligaba a levantarse a hileras de durmientes, que se arrimaban a la pared refunfuñando y obsequiándonos con toda la riqueza del vocabulario andaluz. Cenamos en una posada de bastante mala traza, más provista de fusiles y de trabucos que de utensilios de servicio. La posadera mostrábase muy sorprendida de la tranquila voracidad con que despachábamos nuestra tortilla de tomates. Sin embargo, a pesar de la apariencia siniestra del lugar, no nos estrangularon, y fueron tan compasivos que nos permitieron seguir nuestro viaje.

El terreno era cada vez más arenoso, y las ruedas de la calesa se hundían hasta los cubos en el suelo movedizo. Entonces comprendimos por qué al calesero le inquietaba tanto nuestro peso específico. Para aliviar al caballo echamos pie a tierra, y a eso de media noche, después de seguir un camino que escalaba en zigzags los planos escarpados de una montaña, llegamos a Carmona, donde habíamos de dormir. Hornos donde se quemaba

cal arrojaban sobre aquella rampa de rocas grandes reflejos rojizos, que producían efectos a lo Rembrandt, de una pujanza admirable y por todo extremo pintorescos.

La habitación que nos dieron estaba adornada con unas malas litografías iluminadas que representaban varios episodios de la revolución de julio, la toma del *Hotel de Ville*, etc. Aquello hubo de causarnos cierta satisfacción, y casi nos enterneció; era como un trocito de Francia recortado y colgado en la pared. Carmona, que apenas tuvimos tiempo de ver al montar de nuevo en el coche, es una pequeña ciudad, blanca como la leche, a la cual dan un aspecto muy pintoresco los campanarios y las torres de un antiguo convento de monjas carmelitas; esto es todo lo que podemos decir de él.

A partir de Carmona, las plantas carnosas, las chumberas y las piteras, que nos habían abandonado, reaparecieron, más erizadas y más feroces que nunca. El paisaje era menos desnudo, menos árido, más quebrado; el calor había perdido algo de su intensidad. No tardamos en llegar a Alcalá de los Panaderos, célebre por la calidad de su pan—como lo indica su nombre—y sus corridas de novillos, donde van los aficionados de Sevilla mientras duran las vacaciones de la plaza. Alcalá de los Panaderos está muy bien situada en el fondo de un vallecito, por el que serpentea un río; la abriga un ribazo, donde aún se alzan las ruinas de un palacio árabe. Nos acercábamos a Sevilla.


En efecto, poco tardó en aparecer en el horizonte la Giralda; primero, la linterna calada; luego, la torre cuadrada; pocas horas después pasábamos por la puerta de Carmona, cuyo arco encuadraba un fondo de luz polvorienta, en el que se cruzaban, en nubes de vapor dorado, galeras, burros, mulas y carretas de bueyes, unos que iban y otros que venían. Un soberbio acueducto, de fisonomía romana, elevaba a la izquierda del camino sus arcos de piedra; al otro lado se alineaban casas cada vez más juntas; estábamos en Sevilla.

---

Sev

# XIV

**Sevilla.—La Cristina.—La Torre del Oro.—Itálica.—La Catedral.—La Giralda.—El polvo sevillano.—La Caridad y Don Juan de Mañara.**

Existe sobre Sevilla un proverbio español muy repetido:

Quien no ha visto Sevilla
no ha visto maravilla.

Confesamos humildemente que el tal proverbio nos parecería más justo aplicado a Toledo o a Granada que a Sevilla, donde no encontramos nada particularmente maravilloso, si no es su Catedral.

Sevilla está situada a orillas del Guadalquivir, en una ancha llanura, y de ahí le viene su nombre de *Hispalis*, que quiere decir, en cartaginés, tierra llana, según el testimonio de Arias Montano y Samuel Bochart. Es una ciudad grande, esparcida, muy moderna, alegre, riente, animada y que debe, en efecto, parecer encantadora a los españoles. No puede haber un contraste mayor que el que existe entre ella y Córdoba. Córdoba es una ciudad muerta, un osario de casas, una catacumba a cielo descubierto, sobre la cual el abandono ha tamizado su polvo blanquecino; los escasos habitan-

tes que se encuentran en los recodos de las callejas dijéranse apariciones que se han equivocado de hora. Sevilla, por el contrario, tiene toda la petulancia y el bordoneo de la vida; un alocado rumor se cierne sobre ella durante todos los instantes del día; apenas si pierde el tiempo en dormir la siesta. El ayer la ocupa poco; el mañana, menos; toda ella es presente; el recuerdo y la esperanza son la felicidad de los pueblos desgraciados, y Sevilla es dichosa; goza, mientras su hermana Córdoba, en el silencio y en la soledad, parece como que sueña gravemente con Abderramán, el Gran Capitán, y todos sus esplendores desvanecidos, faros brillantes en la noche del pasado, y de los que no le queda más que la ceniza.

El estuco reina como soberano en Sevilla, con gran descontento de los viajeros y de los anticuarios; las casas se enjalbegan tres y cuatro veces al año, lo cual les da un aire de cuidadas y de limpias; pero oculta a las investigaciones todos los restos de molduras árabes y góticas que las adornaron antes. Nada menos variado que aquella red de calles en las que no se ven más que dos tonos: el índigo del cielo y el blanco de las paredes, sobre las que se recortan las sombras azuladas de los edificios vecinos, pues en los países cálidos las sombras son azules en vez de ser grises, de modo que los objetos parecen iluminados, de un lado, por el sol, y de otro, por la luna; la ausencia de todo tinte sombrío produce, sin embargo, un conjunto lleno de vida y alegría.



Puertas cerradas con verjas dejan ver en el interior los patios adornados de columnas, de pavimentos de mosaicos, fuentes, tiestos, arbustos y cuadros. La arquitectura exterior no tiene nada de notable; la altura de las construcciones no pasa generalmente de dos o tres pisos, y apenas si se encontrará una docena de fachadas artísticas. El pavimento es de guijarros pequeños, como en casi todas las ciudades de España; pero tiene unas tiras de piedra lisa, a modo de acera, bastante anchas, donde la gente marcha en fila; cuando se cruza con mujeres, siempre se les cede el paso, con una exquisita cortesía, natural en los españoles, aun en los de clase baja. Las mujeres de Sevilla justifican su fama de belleza; se parecen casi todas, como suele ocurrir en las razas puras y de un tipo marcado; sus ojos, rasgados hasta las sienes, rodeados de negras pestañas, producen un efecto de blanco y negro desconocido en Francia. Cuando una mujer o una muchacha pasa a vuestro lado, baja lentamente sus párpados, luego los levanta súbitamente, os lanza a la cara una mirada de un brillo insostenible, mueve las pupilas y vuelve a bajar las pestañas. La bayadera Amany, cuando bailaba "el paso de las palomas", es la única que puede dar una idea de las miradas incendiarias que el Oriente ha legado a las mujeres de España; no tenemos términos para expresar el manejo de pupilas; *ojear* falta en nuestro vocabulario. Esas miradas, de una luz tan viva y tan brusca, que casi azo-

ran a los extranjeros, no tienen, sin embargo, nada precisamente significativo, y se dirigen con indiferencia sobre el primer objeto que se presenta. Una joven andaluza mira con ojos apasionados a una carreta que pasa, a un perro que da vueltas tras de su rabo, a los chicos que juegan al toro. Los ojos de los pueblos del Norte son apagados y vacíos al lado de éstos; el sol no ha dejado en ellos sus reflejos.

Dientes blanquísimos y colmillos muy puntiagudos, que por el brillo se asemejan a los de los perros de Terranova, dan a la sonrisa de las mujeres jóvenes de Sevilla algo árabe y salvaje, de una extrema originalidad. Tienen la frente alta, abombada, limpia; la nariz fina, tendiendo a aguileña; la boca muy roja. Desgraciadamente, la barbilla termina muchas veces con una curva demasiado brusca, un óvalo divinamente comenzado. Hombros y brazos un poco delgados, son las únicas imperfecciones que el artista más exigente encontraría en las sevillanas. La finura de los contornos, la pequeñez de las manos y de los pies no dejan nada que desear. Sin ninguna exageración poética, en Sevilla se encontrarían muchos pies de mujer que cupiesen en la mano de un niño. Las andaluzas están muy orgullosas con esta cualidad, y se calzan en consecuencia; de sus zapatos al brodequín chino no hay mucha distancia.

Con primor se calza el pie,
digno de regio tapiz,



es un elogio tan frecuente en sus romances, como la tez de rosa y azucena en los nuestros.

Los zapatos, ordinariamente de raso, cubren los dedos apenas, y parece que no tienen talón, pues llevan en él una cinta del color de la media. En nuestro país, una niña de siete u ocho años no se podría poner unos zapatos de una andaluza de veinte. Así se explayan en burlas sobre los pies y el calzado de las mujeres del Norte; con los zapatos de baile de una alemana han hecho una barca de seis remos para pasear por el Guadalquivir; los estribos de madera de los picadores podrán servir de zapatillas a las *ladies*, y otras mil andaluzadas por el estilo. Yo he defendido cuanto he podido los pies de las parisienses, pero sólo he encontrado incrédulos. Desgraciadamente, las sevillanas no se han conservado españolas sino en los pies y en la cabeza; por el zapato y por la mantilla; los trajes de colores a la francesa comienzan a estar en mayoría. Los hombres van vestidos como figurines de modas. Algunas veces, sin embargo, llevan chaquetillas blancas, con el pantalón parejo, la faja encarnada y el sombrero andaluz; pero esto es raro, y, por otra parte, el tal traje es poco pintoresco.

Durante los intermedios del teatro se va a tomar el aire a la *Alameda del Duque*, que está muy cerca, y, sobre todo, a la *Cristina*, que es donde da gusto ver, entre siete y ocho de la noche, ir y venir a las lindas sevillanas en grupos de tres o cuatro, acompañadas por sus galanes, en ejerci-

cio o en expectativa. Tienen un aire vivo, alegre, ágil, y saltan más que andan. La presteza con que el abanico se abre y se cierra en sus manos, el brillo de su mirada, la seguridad de sus movimientos, la flexibilidad ondulante de su talle, les da una fisonomía particular. En Inglaterra, en Francia, en Italia, puede haber mujeres de belleza más perfecta, más regular; pero seguramente no las hay más bonitas, ni más picantes, ni graciosas. Poseen en alto grado lo que los españoles llaman *la sal.* Esto es algo muy difícil de explicar en Francia: una mezcla de abandono y viveza, de respuestas atrevidas y de modales infantiles; una gracia picante, una *salsa,* como dicen los pintores, que puede encontrarse fuera de la belleza, y que muchas veces se prefiere a ésta. Así, en España se le dice a una mujer: "¡Qué *salada* es usted!", y es la flor más expresiva.

La Cristina es un paseo magnífico, a orillas del Guadalquivir, con un salón enlosado, circuído de un inmenso banco de mármol blanco con un respaldo de hierro, sombreado de plátanos de Oriente, además de un laberinto, un pabellón chino y toda clase de árboles del Norte—fresnos, cipreses, álamos, sauces—, que son la admiración de los andaluces, como lo serían para los parisienses las palmeras y los áloes.

En las cercanías de la Cristina, cordelitos azufrados y arrollados a postes tienen, a disposición de los fumadores, fuego siempre encendido, viéndose uno libre de la obsesión de los pilletes portadores de un ascua, que os persiguen gritando: *¡Fuego!,* y que hacen insoportable el Prado de Madrid.



Aunque aquel paseo es muy agradable, yo prefiero, sin embargo, la ribera del río, que ofrece siempre un espectáculo animado y renovado sin cesar. En medio de la corriente, en el sitio donde es más profunda el agua, están anclados los *briks* y las goletas del comercio, de esbeltos mástiles, de cordaje aéreo, cuyos rasgos se dibujan en negro con tanta limpieza sobre el fondo azul del cielo. Embarcaciones ligeras cruzan el río en todas direcciones. A veces, una barca lleva un grupo de jóvenes de ambos sexos, que van río abajo tocando la guitarra y cantando coplas, cuyas rimas dispersa la brisa loca, y que los espectadores aplauden desde la orilla. La *Torre del Oro,* torre octogonal de tres pisos, los de arriba menos salientes que los de abajo, almenada a estilo árabe, cuya base se baña en el Guadalquivir, cerca del embarcadero, y que se eleva, recostándose en el azul del cielo, entre un bosque de mástiles y de cordaje, termina felizmente la perspectiva por aquel lado. Esta torre, que los sabios pretenden sea de construcción romana, se unía en tiempos al Alcázar por medio de lienzos de muralla, demolidos para hacer sitio a la Cristina, y en la época de los moros sostenía uno de los extremos de la cadena de hierro que obstruía el río, estando el otro extremo sujeto a unos contrafuertes de mampostería levantados enfrente. Según dicen, el

nombre de *Torre del Oro* le viene de que allí se encerraba el oro que los galeones aportaban de América.

Allí íbamos a pasearnos todas las tardes, para ver ponerse el Sol detrás del barrio de Triana, situado a la orilla opuesta del río. Una palmera de un porte nobilísimo elevaba al aire su disco de hojas, como para saludar al astro en su ocaso. Siempre me han gustado mucho las palmeras, y no he podido verlas sin sentirme transportado a un mundo poético y patriarcal, entre las maravillas de Oriente y las magnificencias de la Biblia.

Por la noche, y como para retrotraernos al sentimiento de la realidad, en la calle de las Sierpes, donde vivía don César Bustamante, nuestro huésped, cuya esposa, nacida en Jerez, tenía los ojos más hermosos y el pelo más largo del mundo, nos abordaban mozalbetes muy bien puestos, de un aire muy elegante, con su lente y su cadena de reloj, que nos rogaban que fuésemos a descansar y a tomar algún refresco en casa de personas *muy finas, muy decentes*, que les encargaban de invitarnos. Aquellas gentes honradas mostráronse al principio muy sorprendidas de nuestra negativa, y suponiendo que no habíamos entendido su ofrecimiento, entraron en los explícitos detalles; luego, viendo que perdían el tiempo, se contentaron con ofrecernos pitillos y Murillos, pues, hay que decirlo, el honor y la plaga de Sevilla es Murillo. No se oye más que este nombre. El burgués más modesto, el abate más insignificante, posee,


por lo menos, trescientos Murillos de la mejor época. ¿Qué es este lienzo? Murillo del género vaporoso. ¿Y ese otro? Un Murillo del género cálido. ¿Y ese tercero? Un Murillo género frío. Murillo, como Rafael, tiene tres maneras, lo cual hace que se le puedan atribuir toda clase de cuadros, y deja una admirable amplitud a los aficionados que forman galerías. A cada vuelta de esquina se tropieza con un cuadro: es un Murillo de treinta francos, por el que siempre un inglés quiere pagar treinta mil. "Mire, señor, ¡qué dibujo!, ¡qué colorido! Es la perla, la perlita." ¡Cuántas perlas me han enseñado que no valían ni lo que el marco! ¡Cuántos originales que no eran siquiera copias! Esto no impide que Murillo sea uno de los más admirables pintores de España y del mundo. Pero nos hemos alejado de las orillas del Guadalquivir; volvamos allá.

Un puente de barcas une las dos orillas y pone en comunicación los arrabales con la ciudad. Por él se pasa para ir a visitar, cerca de Santiponce, las ruinas de Itálica, patria del poeta Silio Itálico y de los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio. Aun se ve un circo en ruinas, y, sin embargo, de una forma perfectamente apreciable. Las cuevas donde se encerraban a las fieras, los departamentos de los gladiadores, se reconocen perfectamente, y lo mismo las galerías y las gradas. Todo está construído de cemento, con guijarros incrustados en la masa. Los revestimientos de piedra quizá hayan sido arrancados para utilizarlos en

las construcciones modernas, pues Itálica ha sido durante mucho tiempo la cantera de Sevilla. Algunos recintos han sido desescombrados, y sirven de refugio, durante las horas de calor achicharrante, a piaras de cerdos grises, que se evaden, gruñendo, por entre las piernas de los visitantes, y son hoy la única población de la antigua ciudad romana. El vestigio más completo y más interesante de todo aquel esplendor desaparecido es un mosaico de grandes dimensiones, que han rodeado de paredes, y que representa Musas y Nereidas. Mojándolo con agua, reviven los colores, que son muy brillantes, aun cuando la codicia ha arrancado las más preciosas piedras. También se han encontrado entre los escombros algunos fragmentos de estatuas de muy buen estilo, y nadie duda de que, practicando excavaciones, hábilmente dirigidas, se lleguen a obtener descubrimientos interesantes. Itálica está a cosa de legua y media de Sevilla, y con una calesa puede hacerse muy a gusto la excursión en una tarde, a menos que se sea un anticuario decidido y se quieran ver, una por una, todas las piedras en que se supone hay inscripciones.

La *Puerta de Triana* tiene, asimismo, pretensiones romanas, y debe su nombre al emperador Trajano. Su aspecto es muy monumental: es de orden dórico, de columnas pareadas, adornadas con armas reales y coronada con pirámides. Tiene su alcaide particular, y sirve de prisión a los caballeros. Las puertas del *Carbón* y del *Aceite* valen



la pena de ser estudiadas. Sobre la puerta de Jerez se lee la inscripción siguiente:

> **Hércules me edificó,**
> **Julio César me cercó**
> **de muros y torres altas;**
> **el rey santo me ganó**
> **con Garci Pérez de Vargas.**

Sevilla está rodeada de un cinta de murallas almenadas, reforzadas de cuando en cuando por grandes torres, la mayor parte en ruinas hoy, y de fosos cegados casi por completo. Estas murallas, que no servirían de defensa para la artillería moderna, producen un efecto pintoresco con sus almenas cortadas en sierra. Su construcción, como la de todas las murallas y campamentos posibles, se atribuye a Julio César.

En una plaza vecina a la *Puerta de Triana* vi un espectáculo muy original. Una familia de gitanos acampada al aire libre, formando un grupo que habría hecho las delicias de Callot. Tres estacas, ajustadas en triángulo, formaban una especie de llar rústico, que, sobre un fuego esparcido por el viento en lenguas de llama y espirales de humo, sostenía una marmita llena de manjares sospechosos y extraños, como los que Goya sabe arrojar en las calderas de las brujas de Barahona. Junto a este hogar improvisado se sentaba una gitana de perfil afilado, curtida, cobriza, desnuda hasta la cintura, lo cual demostraba en ella una ausencia total de coquetería; sus largos cabellos negros caían encrespados sobre su es-

palda flaca y amarilla y sobre su frente color de hollín. A través de sus mechones enmarañados brillaban esos ojos orientales hechos de nácar y azabache, tan misteriosos y tan contemplativos, que estilizan la fisonomía más bestial y degradada. Alrededor de ella se revolcaban, chillando, tres o cuatro chiquillos, en el estado más primitivo, negros como mulatos, con grandes vientres y miembros flacos, que les hacían asemejarse más a cuadrumanos que a bípedos. Dudo que los chicos hotentotes sean más repugnantes y más sucios. Aquel estado de desnudez no es raro y no choca a nadie. A menudo se encuentran mendigos que sólo llevan por traje un andrajo, un fragmento de calzoncillo muy relativo; en Granada y en Málaga he visto pulular por las plazas mozalbetes de doce a catorce años menos vestidos que Adán a la salida del Paraíso terrenal. En el barrio de Triana son frecuentes los encuentros de este género, pues hay en él muchos gitanos, gente que tiene la opinión más avanzada en cuanto a despreocupación; las mujeres hacen sus frituras al aire libre, y los hombres se dedican al contrabando, al esquileo de caballerías, al chalaneo, cuando no a cosas peores.

La Cristina, el Guadalquivir, la Alameda del Duque, Itálica, el Alcázar moro, son, indudablemente, cosas muy curiosas; pero la verdadera maravilla de Sevilla es su Catedral, desde luego un edificio sorprendente, incluso comparándole con la Catedral de Burgos, la de Toledo y la Mezquita



de Córdoba. El Capítulo que ordenó su construcción, resumió su plan en esta frase: "Elevemos un monumento que haga pensar a la posteridad que estábamos locos." Enhorabuena, este es un programa amplio y bien entendido; con carta blanca, los artistas hicieron prodigios, y los canónigos, para apresurar la terminación del edificio, cedieron todas sus rentas, no reservándose más que lo estrictamente necesario para vivir. ¡Oh tres veces santos canónigos! ¡Dormid tranquilamente bajo vuestras losas, a la sombra de vuestra querida Catedral, mientras vuestras almas se pavonean en el paraíso, en un sitial probablemente peor esculpido que los de vuestros coros!

Las pagodas indias más desenfrenadas y más monstruosamente prodigiosas, no le llegan a la Catedral de Sevilla. Es una montaña hueca, un valle invertido; Nuestra Señora de París podría pasearse con la cabeza alta por la nave central, que es de una elevación aterradora; pilares gruesos como torres, y que parecen frágiles, al punto de temblar, se alzan del suelo o caen en las bóvedas como las estalactitas de una gruta de gigantes. Las cuatro naves laterales, aunque menos altas, podrían abrigar iglesias con campanario y todo. El retablo, o altar mayor, con sus escaleras, sus superposiciones de arquitecturas, sus hileras de estatuas agrupadas por pisos, es por sí sólo un edificio inmenso; sube casi hasta la bóveda. El cirio Pascual, del grueso de un mástil de barco, pesa dos mil cincuenta libras. El candelabro de

bronce que lo sostiene es una especie de columna de la plaza de Vendôme; es una copia del candelabro del templo de Jerusalén, como se ve en los bajorrelieves del arco de Tito; todo se halla en esta proporción grandiosa. En la Catedral se consumen anualmente veinte mil libras de cera y otro tanto de aceite; el vino que se emplea en la comunión del Santo Sacrificio se eleva a la cantidad aterradora de diez y ocho mil setecientos cincuenta litros. Bien es cierto que, diariamente, se dicen quinientas misas en los ochenta altares. El catafalco que se utiliza en Semana Santa, y que se llama el *Monumento*, tiene cerca de cien pies de altura. Los órganos, de proporciones gigantescas, ofrecen el aspecto de las columnas de basalto de la caverna de Fingal, y, sin embargo, los huracanes y los truenos que se escapan de sus tubos, gruesos como cañones de sitio, parecen, bajo aquellas ojivas colosales, murmullos melodiosos, gorjeos de pájaros y de serafines. Hay ochenta y tres ventanales de vidrios de color, pintados de cartones de Miguel Angel, de Rafael, de Durero, de Peregrino, de Tibaldi y de Lucas Cambiaso; los más antiguos y más bellos están ejecutados por Arnaldo de Flandes, célebre pintor en cristal. Los últimos, que datan de 1819, demuestran lo que ha degenerado el arte desde aquel glorioso siglo XVI, época climatérica del mundo, en que la planta hombre dió sus más hermosas flores y sus más sabrosos frutos. El coro, de estilo gótico, está adornado con torrecillas, flechas, hornacinas caladas,



figulinas, hojarascas, trabajo inmenso y minucioso que confunde la imaginación y no puede comprenderse en nuestros días. Ante tales obras, quédase uno verdaderamente aterrado, y se pregunta con inquietud si la vitalidad se retira por días del mundo que envejece. Este prodigio de talento, de paciencia y de genio lleva, al menos, el nombre de su autor, y la admiración encuentra en quien fijarse. En uno de los lienzos del lado del Evangelio está trazada la siguiente inscripción: *Este coro fizo Nufro Sanchez entallador que Dios haya año 1475.*

Tratar de describir una por una todas las riquezas de la catedral, sería una insigne locura; necesitaríase un año entero para visitarla a fondo, y aun no se habría visto todo; volúmenes enteros no bastarían solamente para hacer el catálogo. Las esculturas de piedra, de madera, de plata, de Juan de Arfe, de Juan Millán, de Montañés, de Roldán; las pinturas de Murillo, de Zurbarán, de Pedro Campana, de Roelas, de San Luis de Villegas, de los Herreras—viejo y joven—, de Juan Valdés, de Goya, se amontonan en las capillas, las sacristías, las salas capitulares. Se siente uno aplastado por magnificencias, satisfecho y harto de obras maestras; no se sabe dónde volver la cabeza; el deseo y la imposibilidad de verlo todo os causan vértigos febriles; no se quiere olvidar nada, y a cada momento sentís que un nombre se os escapa, que un alineamiento se borra de vuestro cerebro, que un cuadro reemplaza a

otro. Se hacen llamamientos desesperados a la memoria, se recomienda a los ojos que no pierdan una mirada; el menor descanso, las horas dedicadas al sueño y a las comidas, os parecen robos que hacéis, pues la imperiosa necesidad os arrastra; y es preciso marcharse pronto; el fuego arde ya en la caldera del barco de vapor, el agua se calienta y silba, las chimeneas vomitan un humo blanco; mañana abandonaréis todas estas maravillas, para no volverlas a ver más sin duda.

No pudiendo hablar de todo, limitaréme a mencionar el *San Antonio de Padua*, de Murillo, que adorna la capilla del baptisterio. Nunca ha sido llevada más lejos la magia de la pintura. El santo, en éxtasis, está de rodillas en el centro de la celda, cuyos detalles pobres hállanse representados con esa realidad vigorosa que caracteriza a la escuela española. A través de la puerta entornada se ve uno de esos largos claustros blancos de arcos, tan favorables al ensueño. La parte alta del cuadro, inundada de una luz rubia, transparente, vaporosa, está ocupada por grupos de ángeles de una belleza verdaderamente ideal. Atraído por la fuerza de la plegaria, el Niño Jesús desciende de nube en nube y va a colocarse entre los brazos del santo, cuya cabeza está bañada de efluvios radiantes y se echa hacia atrás en un espasmo de voluptuosidad celestial. Yo coloco este cuadro divino por encima de la *Santa Isabel de Hungría curando a los leprosos*, que se ve en la Academia de Madrid; por encima de



*Moisés*, por encima de todas las Vírgenes y Niños del maestro, por hermosos y puros que sean. Quien no haya visto el *San Antonio de Padua* no conoce la última palabra del pintor de Sevilla; es como los que se imaginan conocer a Rubens y no han visto la *Magdalena*, de Amberes.

En la Catedral de Sevilla hállanse reunidos todos los géneros de arquitectura. El gótico severo, el estilo del renacimiento, el que los españoles llaman plateresco o de orfebrería, y que se distingue por una locura de adornos y de arabescos increíbles, el rococó, el griego y el romano, nada falta, pues cada siglo ha edificado su capilla, su retablo, con el gusto que le era peculiar, y el edificio aún no está terminado del todo. Varias de las estatuas que ocupan las hornacinas de las puertas, y que representan patriarcas, apóstoles, santos, arcángeles, son de barro cocido y están colocadas allí provisionalmente. Al lado del *patio de los Naranjos*, coronando un pórtico sin terminar, se levanta la grúa de hierro, símbolo que indica que el edificio no está terminado y que seguirán las obras más tarde. Este artefacto figura también en la techumbre de la iglesia de Beauvais; pero, ¿qué día será aquel en que el peso de una piedra de sillería, izada lentamente por los obreros, haga rechinar la rueda, enmohecida durante siglos? Nunca quizá; pues el movimiento ascendente del catolicismo se ha detenido, y la savia que hacía brotar este florecimiento de catedrales no sube ya del tronco a las ramas. La

fe, que no duda de nada, había escrito las primeras estrofas de todos estos grandes poemas de piedra y de granito; la razón, que duda de todo, no se ha atrevido a terminarlos. Los arquitectos de la Edad Media son una especie de Titanes que amontonan Pelión sobre Ossa, no para destronar al Dios tonante, sino para admirar más de cerca el dulce rostro de la Virgen Madre sonriendo al Niño Jesús. En nuestro tiempo, donde todo se sacrifica a no sé qué bienestar grosero y estúpido, no se comprenden estos sublimes anhelos del alma hacia lo infinito traducidos en agujas, flechas, campanarios, ojivas, que tienden al cielo sus brazos de piedra y se unen, por encima de la cabeza del pueblo prosternado, como manos gigantescas que suplican. Todos estos tesoros, enterrados sin producir nada, hacen encogerse de hombros compasivamente a los economistas. El pueblo también comienza a calcular cuánto vale el oro de las custodias; el que en otros tiempos no se atrevía a levantar los ojos hasta el blanco sol de la hostia, se dice que cualquier trozo de cristal podría sustituir a los diamantes y las pedrerías del viril; la iglesia no es frecuentada más que por los viajeros, los mendigos y las viejas horribles, atroces, dueñas vestidas de negro, de mirada de lechuza, de sonrisa de calavera, de manos de araña, que se mueven con un crujido de huesos enmohecidos y un ruido de medallas y de rosarios, y, so pretexto de pedir limosna, os murmuran no sé qué horribles proposiciones de cabellos



negros, de tintas bermejas, de miradas abrasadoras y de sonrisas siempre en flor. ¡España no es ya católica!

La Giralda, que sirve de campanario a la Catedral y domina a todos los de la ciudad, es una antigua torre árabe, elevada por un arquitecto llamado Geber o Guever, inventor del Algebra, a la que dió su nombre. Su efecto es encantador y de gran originalidad; el color rosa del ladrillo, la blancura de la piedra con que está edificada, le dan un aire de alegría y de juventud que contrasta con la fecha de la construcción, que se remonta al año 1000, edad muy respetable, a la cual una torre bien puede permitirse el tener alguna arruga y prescindir de su tono fresco. La Giralda, tal y conforme está hoy, no tiene menos de trescientos cincuenta pies de altura y cincuenta de ancho en cada fachada; los muros son lisos hasta cierta altura, en la que comienzan pisos de ventanas árabes con balcones, tréboles y columnitas de mármol blanco, encuadradas en grandes lienzos de ladrillos en rombo; la torre se terminaba en tiempos por un tejado de azulejos de diferentes colores, rodeado de una barra de hierro adornada con cuatro bolas de metal dorado de un tamaño prodigioso. Este coronamiento fué destruído, en 1568, por el arquitecto Francisco Ruiz, que levantó cien pies más en la pura luz del cielo a la hija del moro Guevez, para que su estatua de bronce pudiera mirar por encima de las sierras y hablar mano a mano con los ángeles que pasan. Edificar

un campanario sobre una torre era conformarse en todo con las intenciones del admirable Capítulo de que hemos hablado, y que deseaba pasar por loco a los ojos de la posteridad. La obra de Francisco Ruiz se compone de tres pisos, de los cuales el primero está trepado de ventanas en cuyos huecos hállanse colocadas las campanas; el segundo, rodeado de una balaustrada calada, que lleva en cada uno de los lados de su cornisa estas palabras: *Turris fortissima nomen Domini*; el tercero, es una especie de cúpula o linterna, sobre la que gira una figura gigantesca de la Fe, de bronce dorado, que tiene una palma en una mano y un estandarte en la otra, la cual sirve de veleta y justifica el nombre de Giralda que lleva la torre. Esta estatua es de Bartolomé Morel. Se la ve desde gran distancia, y, cuando brilla recortándose en el azul del cielo, con los rayos del Sol, parece verdaderamente un serafín que flamea en el aire.

Se sube a la Giralda por una serie de rampas sin escalones, tan suaves y tan fáciles, que, sin dificultad alguna, dos hombres a caballo podrían llegar de frente hasta lo alto, desde donde se disfruta de una vista admirable. Sevilla queda a vuestros pies, resplandeciente de blancura, con sus campanarios y sus torres, que hacen esfuerzos inútiles para llegar hasta el cinturón de ladrillos rosa de la Giralda. Más lejos se extiende la llanura en que el Guadalquivir pasea el moaré de su curso, y se divisan Santi-Ponce, Algaba y otros



pueblos. En último término aparece la cadena de Sierra Morena, de picos cortados netamente, a pesar de su alejamiento; tan grande es la transparencia del aire en aquel admirable país. Al otro lado se yerguen las sierras de Gibraín, de Zaara y de Morón, matizadas con los más ricos tonos del lapislázuli y de la amatista, admirable panorama acribillado de luz, inundado de sol y de un esplendor deslumbrante.

Una gran cantidad de trozos de columnas, talladas a manera de límites y reunidas entre sí por cadenas, a excepción de algunos espacios que quedan libres para circular, rodean la Catedral. Algunas de estas columnas son antiguas y proceden de las ruinas de Itálica o de los restos de la antigua Mezquita, cuyo lugar ocupa la iglesia actual, y de la que sólo queda la Giralda, algunos lienzos de muralla y uno o dos arcos, entre los que figura el que sirve de puerta al patio de los Naranjos. *La Lonja* del comercio, gran edificio cuadrado, de una regularidad perfecta, construído por aquel pesado y abrumador Herrera—arquitecto del aburrimiento, al que se debe El Escorial, el monumento más triste del mundo—, está también rodeado de mojones semejantes. Aislada por todos lados, y con cuatro fachadas parejas, la Lonja está situada entre la Catedral y el Alcázar. En ella se conservan los archivos de América, las correspondencias de Cristóbal Colón, de Pizarro y de Hernán Cortés; pero todos estos tesoros están guardados por dragones tan hoscos, que nos ha sido preciso

contentarnos con el exterior de los cartones y legajos, alineados en los armarios de caoba como paquetes de mercería. Sería, sin embargo, bien fácil colocar entre cristales cinco o seis de los autógrafos más preciosos, para ofrecerlos a la curiosidad legítima de los viajeros.

El Alcázar, o antiguo palacio de los reyes moros, aunque muy bello y digno de su fama, no tiene nada de sorprendente para el que ha visto la Alhambra de Granada. Son siempre las columnitas de mármol blanco, los capiteles pintados y dorados, los arcos apuntados, los lienzos de arabescos mezclados con versículos del Corán, las puertas de cedro y de alerce, las cúpulas de estalactitas, las fuentes bordadas de esculturas, que pueden ser distintas a la vista, pero cuya delicadeza minuciosa y profusión de detalles es imposible dar en una descripción. La sala de Embajadores, cuyas magníficas puertas se conservan íntegras, es quizá más bella y más rica que la de Granada; desgraciadamente, han tenido la ocurrencia de aprovechar los intervalos, las columnitas que sostienen el techo. para colocar una colección de retratos de los reyes de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. No hay en el mundo nada más ridículo. Los reyes antiguos, con sus corazas y sus coronas de oro, aun hacen un papel regular; pero los últimos, empolvados, de uniforme moderno, producen un efecto de lo más grotesco; no olvidaré nunca cierta reina con unos lentes sobre la nariz y un perrito en las rodillas, que debe de encon-



trarse allí fuera de su ambiente. Los baños llamados de María de Padilla, amante del rey don Pedro, que habitó el Alcázar, están aún como estaban en tiempos de los árabes. Las bóvedas del salón de baños no han sufrido la menor alteración; Carlos V ha dejado en el Alcázar de Sevilla, lo mismo que en la Alhambra de Granada, profundas huellas de su paso. Esa manía de edificar un palacio sobre otro es de lo más común y de lo más funesto, y ha destruído muchos monumentos históricos para substituirlos con construcciones insignificantes. El recinto del Alcázar encierra jardines trazados en el viejo estilo francés, con bojes podados en las formas más extrañas y complicadas.

Puesto que estamos en vena de visitar monumentos, entremos un instante en la Fábrica de Tabacos, que está a dos pasos. Este vasto edificio, muy a propósito para su uso, encierra una gran cantidad de máquinas de raspar, picar y triturar tabaco, que producen el mismo ruido que una multitud de molinos, y se ponen en movimiento por doscientas o trescientas mulas. Allí se fabrica el *polvo sevillano*, impalpable, penetrante, de color amarillo de oro, del que los marqueses de la Regencia gustaban espolvorear sus corbatas de encaje; la fuerza y la volatilidad de este tabaco son tales, que se empieza a estornudar apenas se pisa el umbral de los salones en donde se prepara. Se vende por libras y medias libras en cajas de hoja de lata. Nos condujeron a los talleres donde se lían los cigarros en hojas. Quinientas o seis-

cientas mujeres hállanse empleadas en esta tarea. Cuando pusimos el pie en la sala fuimos asaltados por un huracán de ruidos: hablaban, cantaban y disputaban todas a la vez. Nunca he visto un alboroto parecido. La mayoría eran jóvenes, y las había muy bonitas. El abandono de su atavío permitía apreciar sus encantos con toda libertad. Algunas mantenían valientemente una colilla en el ángulo de la boca, con el mismo aplomo que lo llevaría un oficial de húsares; otras, ¡oh musa, ven en mi ayuda!, otras... mascaban como marineros viejos, pues se las permite tomar todo el tabaco que quieran consumir allí dentro. Ganan de cuatro a seis reales diarios. La *cigarrera* de Sevilla es un tipo como la *manola* de Madrid. Hay que verla el domingo o los días de corrida de toros, con su basquiña de inmensos volantes, sus mangas adornadas de botones de azabache y el *puro*, cuyo humo aspira, y que de cuando en cuando pasa a su galán.

Para acabar con las arquitecturas, vamos a hacer una visita al célebre Hospicio de la Caridad, fundado por el famoso Don Juan de Mañara, que no es, en modo alguno, un ser fabuloso, como podría creerse. ¡Un hospicio fundado por Don Juan! ¡Dios mío! ¡Pues sí! He aquí cómo ocurrió la cosa: Una noche, Don Juan, al salir de una orgía, se encontró con un convoy que se encaminaba a la iglesia de San Isidoro; penitentes negros enmascarados, cirios de cera amarilla, algo más lúgubre y más siniestro que un entierro corriente.



"¿Quién es el muerto? ¿Es un marido muerto en duelo por el amante de su muejer, un padre honrado que tardaba demasiado en abandonar su herencia?"—dijo el Don Juan, con la cabeza caliente por el vino—. "Este muerto—le respondió uno de los portadores del féretro—no es otro que el señor Don Juan de Mañara, cuyo entierro vamos a celebrar; venid y rogad por él con nosotros." Don Juan, acercándose, reconoció, al resplandor de las antorchas—pues en España se lleva a los cadáveres descubiertos—que el cadáver se parecía a él, y que no era otro que el suyo mismo. Siguió a su propio féretro a la iglesia, recitó las plegarias con los monjes misteriosos, y al día siguiente encontráronle desvanecido sobre las losas del coro. Aquel suceso le produjo tal impresión, que renunció a su vida endiablada, tomó un hábito religioso y fundó el hospital en cuestión, donde murió casi en olor de santidad. La Caridad contiene Murillos de los más hermosos: *Moisés golpeando la roca*, la *Multiplicación de los panes*, inmensas composiciones del orden más rico; el *San Juan de Dios* llevando a un muerto y sostenido por un ángel, obra maestra de color y de claroscuro. Allí se encuentra también el cuadro de Juan Valdés, conocido con el nombre de los *Dos cadáveres*, pintura extraña y terrible, junto a la cual las más negras concepciones de Young pueden pasar por burlas joviales.

La plaza de toros estaba cerrada, con gran sentimiento nuestro, pues las corridas de Sevilla, se-

gún pretenden los aficionados, son las más brillantes de España. Esta plaza ofrece la curiosidad de no ser más que semicircular, por lo menos en lo que refiere a las localidades, pues el ruedo es redondo. Dícese que una tormenta muy fuerte derrumbó aquella parte, que no ha vuelto a ser reedificada hasta ahora. Tal disposición abre una maravillosa perspectiva sobre la Catedral, y constituye uno de los cuadros más bellos que puedan imaginarse, sobre todo cuando las gradas están llenas de una multitud chispeante, matizada de los más vivos colores. Fernando VII fundó en Sevilla un conservatorio de tauromaquia, donde se ejercitaban los discípulos, primero, con toros de cartón; después, con novillos embolados, y, por último, con toros serios, hasta que estaban en disposición de presentarse en público. Ignoro si la revolución ha respetado esta institución real y despótica.

Defraudadas nuestras esperanzas, no nos quedó más recurso que partir; teníamos tomados billetes en el vapor de Cádiz, y nos embarcamos en medio de las lágrimas, los gritos y los alaridos de las queridas o esposas legítimas de los soldados que cambiaban de guarnición y hacían el viaje con nosotros. ¡No sé si aquel dolor sería sincero, pero nunca la desesperación antigua, la desolación de las mujeres judías en el día del cautiverio se dejó llevar a tales violencias!

## XV

**Cádiz.—Visita al brick "Le Voltigeur".—Los rateros.—Jerez.—Corridas de toros embolados.—El barco de vapor.—Gibraltar.—Cartagena.—Valencia.—La Lonja de la seda.—El convento de la Merced.—Los valencianos.—Barcelona.—Regreso.**

Después de los viajes a lomos de mulo, a caballo, en carreta, en galera, el barco de vapor nos pareció algo milagroso, por el estilo del tapiz mágico de Fortunato o del bastón de Abaris. Devorar el espacio con la rapidez de la flecha, y esto sin trabajo, sin fatiga, sin sacudidas, paseándose por el puente y viendo desfilar ante sí las largas bandas de la orilla, a pesar de los caprichos del viento y de la marea, es seguramente una de las más bellas invenciones del talento humano. Por primra vez quizá, juzgaba que la civilización tenía un lado bueno, y no digo su lado bello, porque, desgraciadamente, todo lo que produce está manchado de fealdad, delatando por ello su origen complicado y diabólico. Después de un barco de vela, el vapor, por cómodo que sea, resulta odioso. El uno tiene el aire de un cisne abriendo sus alas blancas al soplo de la brisa; el otro parece

una estufa que huye a toda prisa montada en un molino.

Sea como quiera, las paletas de las ruedas, ayudadas por la corriente, nos empujaban con rapidez hacia Cádiz. Sevilla desaparecía ya detrás de nosotros; pero, por un magnífico efecto de óptica, a medida que los tejados de la ciudad parecía como que se ocultaban en la tierra, para confundirse con las líneas horizontales de la lejanía, la Catedral se agrandaba y tomaba proporciones enormes, como un elefante de pie en medio de un rebaño de carneros acostados; hasta entonces no comprendí bien toda su inmensidad. Los campanarios más altos no sobrepujaban a la nave. En cuanto a la Giralda, la distancia daba a sus ladrillos rosa tonos de amatista y de venturina que no parecen compatibles con la arquitectura en nuestros tristes climas del Norte. La estatua de la Fe centelleaba en lo alto, como una abeja de oro en la punta de una gran brizna de hierba. Un recodo del río ocultó la ciudad a nuestra vista.

Las orillas del Guadalquivir, a lo menos bajando hacia el mar, no tienen ese aspecto encantador que les prestan las descripciones de los poetas y de los viajeros. Yo no sé de dónde han sacado los bosques de naranjos y granados con que perfuman sus romances. En realidad, sólo se ven ribazos poco elevados, arenosos, color de ocre; aguas amarillas y revueltas, cuyo tono terroso no puede atribuirse a las lluvias, tan raras en aquel país. Ya había yo notado en el Tajo



esta falta de limpidez en el agua, que quizá procede de la gran cantidad de polvo que el viento precipita en ella y de la naturaleza inconsistente del terreno por que atraviesa. El azul tan fuerte del cielo también contribuye, y por su extrema intensidad hace parecer sucios los tonos del agua, siempre menos brillantes. El mar sólo puede luchar en transparencia y azul con un cielo semejante. El río iba ensanchándose siempre, las orillas decrecían y se allanaban, y el aspecto general del paisaje asemejábase a la fisonomía del Escalda, entre Amberes y Ostende. Este recuerdo flamenco, en plena Andalucía, es bastante raro a propósito del Guadalquivir, de nombre árabe; pero la relación acudió a mi mente con tal naturalidad, que necesariamente la semejanza debía ser real, pues os juro que no pensaba en el Escalda, ni en el viaje que había hecho a Flandes hace seis o siete años. Había, además, poco movimiento en el río, y lo que se divisaba de campo al otro lado de las orillas aparecía inculto y desierto; bien es verdad que estábamos en plena canícula, estación durante la cual España no es más que un inmenso montón de ceniza, sin vegetación ni verdura. Por todo personaje, garzas y cigüeñas, con una pata levantada y doblada bajo el vientre, la otra metida en el agua hasta la mitad, esperando que el paso de algún pez, en una inmovilidad tan absoluta, que se les tomaría por pájaros de madera sujetos a una vara. Barcas con velas latinas, colocadas en tijera, bajaban y subían por el río con

el mismo viento, fenómeno que no llegué a comprender, aun cuando me lo explicaron varias veces. Alguno de estos barcos llevaba una tercera vela pequeña, en forma de triángulo isósceles, colocada en el espacio comprendido entre las puntas divergentes de las dos velas grandes; este aparejo es muy pintoresco,

A eso de las cuatro o las cinco de la tarde pasamos por delante de Sanlúcar, situado en la orilla izquierda del río. Un gran edificio de arquitectura moderna, construído con esa regularidad de cuartel y de hospital que constituye el encanto de las edificaciones actuales, ostentaba en la fachada una inscripción, que no pudimos leer, y no lamentamos mucho. Aquella cosa cuadrada y agujereada con ventanas fué edificada por Fernando VII. Debe de ser una aduana, un depósito o algo por el estilo. A partir de Sanlúcar, el Guadalquivir es sumamente ancho y toma proporciones de brazo de mar. Las orillas forman una línea cada vez más estrecha entre el cielo y el agua. Esto es grande, pero de una grandeza un poco seca, un poco monótona, y nos hubiéramos aburrido sin los juegos, los bailes, las castañuelas y los tambores de los soldados. Uno de ellos, que había asistido a las representaciones de una compañía italiana, imitaba a los actores y, sobre todo, a las actrices, sus palabras, sus cantos y sus gestos, con mucha alegría y entusiasmo. Sus compañeros reían apretándose los ijares, y, al parecer, habían olvidado las escenas conmovedoras de la partida. Quizá también sus



Ariadnas, desesperadas, habrían enjugado sus lágrimas y reirían tan de buena gana. Los pasajeros del barco tomaban parte en aquella hilaridad, desmintiendo a porfía la fama de gravedad imperturbable que tienen los españoles en el resto de Europa.

El tiempo de Felipe II, de los trajes negros, de las golas almidonadas, de la actitud devota, de los rostros fríos y altaneros, está más pasado de lo que se cree generalmente.

Después de dejar Sanlúcar, por una transición casi insensible, se entra en el océano; la superficie se alarga en volutas regulares, las aguas cambian de color y los rostros también. Los predestinados a esa extraña enfermedad que se llama mareo comienzan a buscar los rincones solitarios, y se apoyan melancólicamente en la borda. Por mi parte, me encaramé bravamente en la cabina cercana de las ruedas, estudiando la sensación concienzudamente, pues como no había hecho nunca travesía alguna, ignoraba si me estaban reservadas aquellas inexplicables torturas. Los primeros balanceos me asombraron un poco, pero pronto me rehice y recobré toda mi serenidad. Al desembocar del Guadalquivir habíamos tomado a la izquierda, y seguíamos la costa a bastante distancia, sin embargo, para distinguirla apenas, pues la noche se acercaba y el sol descendía majestuosamente al mar por una escalera brillante, formada por cinco o seis escalones de nubes de un púrpura de lo más rico.

Era noche cerrada cuando llegamos a Cádiz. Los farolillos de los navíos, de las barcas ancladas en la rada, las luces de la ciudad, las estrellas del cielo salpicaban la espuma de las olas con millones de lentejuelas de oro, de plata, de fuego; en los sitios tranquilos, el reflejo de los faroles trazaba, prolongándose en el mar, largas columnas de llamas, de un efecto mágico. La masa enorme de los reductos se dibujaba de modo extraño en el espesor de la sombra.

Para ir a tierra tuvimos que transbordar, con todo nuestro equipaje, a barquichuelas cuyos patrones, con gritos espantosos, se disputaban los viajeros y sus maletas, sobre poco más o menos como en otros tiempos hacían en París los cocheros para Montmorency o Vincennes. Nos costó un gran trabajo, a mi compañero y a mí, no ser separados, pues tiraban de nosotros, ya hacia la izquierda, ya hacia la derecha, con una energía poco tranquilizadora, sobre todo teniendo en cuenta que aquellas luchas ocurrían en barquillas que el menor movimiento hacía oscilar, como un columpio a los pies de los luchadores. Llegamos, no obstante, sin detrimento al muelle, y, después de sufrir la visita de aduana, alojada en la puerta de la ciudad en un aposento practicado en el espesor de la muralla, fuimos a alojarnos a la calle de San Francisco.

Como podéis imaginaros, hubimos de levantarnos al amanecer. Entrar de noche en una ciudad desconocida es una de las cosas que más excitan



la curiosidad del viajero; se hacen los mayores esfuerzos para averiguar en la sombra la configuración de las calles, la forma de los edificios, la fisonomía de los escasos transeuntes. De este modo, al menos, se amengua el efecto de sorpresa, y, al día siguiente, la ciudad os aparece súbitamente en todo su conjunto, como una decoración de teatro cuando se alza el telón.

No existen en la paleta del pintor ni en la pluma del literato colores bastante claros, tonos bastante luminosos para dar la impresión brillante que nos produjo Cádiz en aquella mañana gloriosa. Dos tonos únicos os herían la vista: el azul y el blanco; pero el azul, tan vivo como el de la turquesa, el zafiro, el cobalto y todo lo que se puede imaginar de excesivo en azul, y el blanco tan puro como la plata, la leche, la nieve, el mármol y el azúcar mejor cristalizado. El azul era el cielo repetido por el mar; el blanco, la ciudad. No puede imaginarse nada más radiante, más deslumbrador, de una luz más difusa y más intensa al tiempo. En realidad, lo que en nuestro país llamamos sol es, junto a esto, una lamparilla agonizante a la cabecera de un enfermo.

Las casas de Cádiz son mucho más altas que las de otras ciudades de España, lo cual se explica por la conformación del terreno—estrecho islote unido al continente por una angosta faja de tierra—y el deseo de tener una perspectiva sobre el mar. Todas las casas se alzan curiosamente sobre la punta del pie para mirar por so-

bre el hombro de su vecina y pasar la cabeza por encima de la cintura de fortificaciones. Como esto no basta en ocasiones, casi todas las terrazas tienen en un ángulo un torreón, un mirador, algunas veces una cúpula; estos miradores aéreos enriquecen la silueta de la ciudad con innumerables festones dentellados, y producen un efecto de lo más pintoresco. Todo está enlucido con cal, y la blancura de las fachadas se anima aun más por largas líneas de bermellón, que separan las casas y marcan los pisos; los balcones, muy salientes, están envueltos con una especie de jaula de cristal, adornados con cortinas rojas y llenos de flores. Algunas de las calles transversales terminan en el vacío y parece que desembocan en el cielo. Estos escapes de azur son de una sorpresa encantadora. Aparte del aspecto alegre, vivo, luminoso, Cádiz no tiene nada notable en arquitectura. Su Catedral, vasto edificio del siglo XVI, aunque no carece de nobleza ni de belleza, no ofrece nada que pueda asombrar, después de los prodigios de Burgos, de Toledo, de Córdoba y de Sevilla; es algo en el estilo de la catedral de Jaén, de Granada y de Málaga; una arquitectura clásica de proporciones más finas y esbeltas, como lo entendían los artistas del Renacimiento. Los capiteles corintios, de un módulo más alargado que el tipo griego consagrado, son muy elegantes. Como cuadros, como adornos, un recargamiento de mal gusto, una riqueza loca; esto es todo. No debo pasar, sin embargo, en silencio un pequeño



mártir de siete años crucificado, escultura en madera pintada, de un sentimiento perfecto y de una delicadeza exquisita. El entusiasmo, la fe, el dolor, se mezclan con proporciones infantiles en aquel rostro encantador de la manera más emocionante.

Fuimos a ver la plaza de toros, que es pequeña y reputada como una de las más peligrosas de España. Para llegar a ella se atraviesan jardines llenos de palmeras gigantescas y de especies variadas. Nada más noble, más regio, que una palmera. ¡Aquel gran sol de hojas al extremo de una columna acanalada resplandece tan espléndidamente en lapislázuli de un cielo oriental! ¡Aquel tronco lleno de escamas, delgado como si estuviera oprimido por un corsé, recuerda tan bien el talle de una joven! ¡Es su porte tan majestuoso, tan elegante! La palmera y la adelfa son mis árboles favoritos; su vista me produce una alegría y una satisfacción asombrosas. Me parece que a su sombra no se puede ser desgraciado.

La plaza de toros de Cádiz no tiene *tablas* continuas. De trecho en trecho hay una especie de biombos de madera—burladeros—, detrás de los cuales se ocultan los toreros que se ven vivamente perseguidos. Esta disposición creemos que ofrece menos seguridad.

Nos hicieron notar los departamentos en que se hallan los toros durante la corrida; son una especie de jaulas de maderos gruesos, cerradas con una puerta que se levanta como una esclusa

de molino o una compuerta de estanque. Para excitar su rabia se les acósa con pinchos, se les frota con ácido nítrico; en una palabra: se trata, por todos los medios, de envenenarles el carácter.

A causa de los calores excesivos, estaban suspendidas las corridas; un acróbata francés tenía colocados en el ruedo un trapecio y su cuerda para la función del día siguiente. En esta plaza fué donde lord Byron vió la corrida de que da una descripción poética en el primer canto de la *Peregrinación de Child Harold*, la cual no hace gran honor a sus conocimientos en taurcmaquia.

Cádiz está circuído de una estrecha cintura de murallas, que le oprime el talle como un corsé de granito; una segunda cintura de escolleras y rocas la pone al abrigo de los asaltos de las olas, y, sin embargo, hace años, una espantosa tempestad agrietó y derrumbó por varios sitios estas formidables murallas, que tienen más de veinte pies de espesor. y cuyos fragmentos inmensos yacen aún aquí y acullá, a lo largo de la playa. Por la explanada de estas murallas, guarnecidas de trecho en trecho por garitas de piedra, puede darse la vuelta a la ciudad—que tiene una sola puerta del lado de tierra—y contemplar en la rada o en pleno mar ir y venir, describir curvas graciosas, cruzarse, dar bordadas y perseguirse, como albatros, a las canoas, las falúas, las barquichuelas, las lanchas pescadoras, que en el horizonte semejan plumas de palomas, arrastradas al cielo por una brisa loca; muchas de estas embarcaciones, como



las antiguas galeras griegas, tienen en la proa, a cada lado del tajamar, dos grandes ojos pintados con colores naturales, que parece como si velaran por la marcha, y dan a aquella parte de la embarcación una vaga apariencia de perfil humano. Nada más animado, más vivo y más alegre que esta vista.

En el muelle, del lado de la puerta de la Aduana, el movimiento es de una actividad sin igual. Una multitud abigarrada, en la que están representados todos los países del mundo, se apretuja a todas las horas al pie de las columnas coronadas de estatuas que decoran el muelle. Desde la piel blanca y los cabellos rojos del inglés, hasta el cuero bronceado y la lana negra del africano, pasando por los tonos intermedios, café, cobre y amarillo dorado, todas las variedades de la especie humana se encuentran reunidas allí. En la rada, un poco a lo lejos, se pavonean los barcos de tres palos, las fragatas, los bricks, que todas las mañanas izan el pabellón de sus naciones respectivas al toque del tambor; los navíos mercantes, los barcos de vapor, cuyas chimeneas arrojan humo bicolor, se acercan más a la orilla, a causa de su escaso tonelaje, y forman el primer término de este gran cuadro naval.

Tenía yo una carta de recomendación para el comandante del brick francés *Voltigeur*, que estaba anclado en la rada de Cádiz. Al presentarla, el señor Lebardier de Tinan me había invitado a comer con otros dos amigos, a bordo, al día si-

guiente, a eso de las cinco. A las cuatro estábamos en el muelle, buscando una barca y un patrón que nos llevara al navío, quince o veinte minutos a lo sumo. Me chocó mucho que el patrón nos pidiera un duro en vez de una moneda de dos reales, precio ordinario de la carrera. En mi ignorancia náutica, viendo el cielo perfectamente claro y un sol brillante, como el primer día del mundo, me había figurado inocentemente que hacía buen tiempo. Tal era mi íntima convicción. Por el contrario, hacía un tiempo atroz, y no tardé en advertirlo a las primeras bordadas que dió la lancha. El mar estaba muy agitado y de una dureza espantosa. Hacía un viento como para descornar a un buey. Saltábamos como una cáscara de nuez, y la lancha se llenaba de agua a cada instante. Al cabo de algunos minutos disfrutábamos de un baño de pies que amenazaba convertirse en baño de asiento. La espuma me entraba por el cuello de la ropa y me corría por la espalda. El patrón y sus dos ayudantes juraban, se peleaban y se quitaban de las manos el timón y las escotas. El uno quería esto, el otro aquello, y yo veía el momento en que llegaban a las manos. La situación se puso tan crítica, que uno de ellos comenzó a murmurar no sé qué oración a no sé qué santo. Por fortuna, nos acercábamos al brick, que se balanceaba negligentemente sobre sus anclas y parecía mirar con un aire de compasión desdeñosa las evoluciones convulsivas de nuestra barquilla. Por fin, le abordamos, y empleamos más de diez



minutos en poder coger los guardamancebos y trepar al puente.

"Esto se llama tener el valor de la exactitud", nos dijo el comandante, con una sonrisa, al vernos subir a cubierta—chorreando agua, los cabellos lagrimeantes, con aspecto de barba de dios marino—, y ordenó que nos dieran un pantalón, una camisa y una chaqueta; es decir, un traje completo. "Esto les enseñará a ustedes a desconfiar de las descripciones de los poetas; se han figurado ustedes que no había tempestad sin orquesta obligada de truenos, sin olas que fueran a mezclar su espuma con las nubes, sin lluvia y sin relámpagos que desgarraran la obscuridad profunda. Desengáñense: probablemente no podrán volver a tierra hasta dentro de dos o tres días."

El viento, efectivamente, era de una violencia terrible; las vergas vibraban como cuerdas de violín bajo el arco de un tocador frenético; la bandera chocaba con un ruido seco, y su cañamazo amenazaba con partirse y volar en pedazos al fondo de la rada; las garruchas rechinaban, chillaban, silbaban, y, a veces, lanzaban gritos agudos que parecían brotar de una garganta humana. Dos o tres marineros, castigados en los mástiles por no sé qué pecadillo, necesitaban hacer grandes esfuerzos para no ser arrastrados del viento.

Todo esto no impidió que hiciéramos una magnífica comida, regada con los mejores vinos, sazonada con la conversación más agradable, y

también con endiabladas especies indias que harían beber a un hidrófobo. Al día siguiente, como a causa del mal tiempo no se había podido enviar a tierra una lancha para buscar provisiones, hicimos una comida no menos delicada, pero que tenía la particularidad de que cada plato llevaba una fecha bastante remota. Comimos guisantes de 1836, manteca fresca de 1835 y crema de 1834, todo ello de una frescura y en un estado de conservación milagrosos. El mal tiempo duró tres días, durante los cuales yo me paseaba por el puente, sin cansarme de admirar la limpieza de ama de casa holandesa, la infinidad de detalles, el genio del arreglo de este prodigio del talento humano que se llama sencillamente un barco. El cobre de las piezas de artillería relucía como el oro, las planchas brillaban como el palosanto del mueble mejor barnizado. Todas las mañanas se procede al tocado del barco, y, aunque llueva a torrentes, no se deja de lavarlo, inundarlo, secarlo, enjugarlo, con el mismo escrúpulo y la misma minuciosidad.

Al cabo de dos días se echó el viento, y nos condujeron a tierra en una canoa de diez remeros.

Mi traje negro, fuertemente impregnado de agua marina, no pudo recobrar su elasticidad al secarse, y se quedó sembrado de micas brillantes, y tieso como un bacalao salado.

El aspecto de Cádiz desde lejos es encantador. Al verlo tan resplandeciente de blancura, entre el azul del cielo y el del mar, diríase que es una inmensa corona de filigrana de plata; la cúpula de la catedral, pintada de amarillo, parece una tiara de oro colocada en medio. Los tiestos, las volutas y las torrecillas que terminan las casas varían hasta lo infinito el festón dentellado de la silueta. Byron caracterizó maravillosamente la fisonomía de Cádiz con un solo toque:



"Brillante Cádiz, que te elevas hacia el cielo desde el centro del azul profundo del mar."

En la misma estrofa, el poeta inglés emite sobre la virtud de las gaditanas una opinión un poco ligera, para lo cual, indudablemente, tendría sus motivos. Por nuestra parte, sin tratar aquí esta cuestión delicada, nos limitaremos a decir que son muy guapas y de un tipo original; su tez posee esa blancura del mármol pulimentado, que tan bien hace resaltar la pureza de los rasgos. Tienen la nariz menos aguileña que las sevillanas; la frente, pequeña; los pómulos, poco salientes, y se acercan por completo a la fisonomía griega. También me parece que son algo más gruesas que las demás españolas, y de estatura más elevada. Tal es, por lo menos, el resultado de las observaciones que yo he podido hacer paseándome por el Salón, por la plaza de la Constitución y en el teatro, donde, entre paréntesis, vi representar muy lindamente *El pilluelo de París* por una mujer, en traje masculino, y bailar boleros con mucho fuego y animación.

Sin embargo, por muy agradable que sea Cádiz, la idea de estar cercado por las murallas y por el mar, en un recinto estrecho, os da ganas de salir de allí. A mí me parece que el único pensamiento que pueden alimentar los insulares es ir al continente; esto es lo que explica las constantes emigraciones de los ingleses, que están en todas partes menos en Londres, donde no hay sino italianos y polacos. Por eso los gaditanos están perpetuamente ocupados en hacer la travesía de Cádiz al Puerto de Santa María, y viceversa. Un ligero barco-ómnibus a vapor, que sale a todas horas, barcas de vela, canoas, esperan e incitan a los vagabundos. Una hermosa mañana, mi compañero y yo, recordando que teníamos una carta de recomendación de uno de nuestros amigos granadinos para su padre, rico cosechero de Jerez, concebida en los términos siguientes: "Abre tu corazón, tu casa y tu bodega a estos caballeros", saltamos al vapor, en cuya cámara había un cartel anunciando para aquella tarde una corrida, mezclada con intermedios cómicos, que debía verificarse en el Puerto de Santa María. Aquello completaba admirablemente nuestro día. Con una calesa se podría ir del Puerto a Jerez, estar allí unas horas y volver a tiempo para la corrida. Después de almorzar a toda prisa en la fonda de Vista Alegre, que merece su nombre a las mil maravillas, nos entendimos con un calesero, que nos prometió estar de vuelta a las cinco, para la *función:* éste es el nombre que se da en España



a todo espectáculo, sea de la clase que sea. El camino de Jerez atraviesa una llanura montuosa, rugosa, desigual, de una aridez de piedra pómez. Según dicen, en primavera se cubre aquel desierto de un tapiz de verdura, esmaltado de flores silvestres. La retama, el espliego, el tomillo, embalsaman el aire con sus emanaciones aromáticas; pero en la época en que estábamos había desaparecido toda huella de vegetación. Apenas si, de cuando en cuando, se veían algunos rodales de hierba seca, amarilla, filamentosa, enharinada de polvo. Este camino es muy peligroso, si se da crédito a la crónica local. En él suelen encontrarse *rateros;* es decir, campesinos que, sin ser bandidos profesionales, aprovechan la ocasión cuando se presenta y no resisten al placer de desvalijar a un viajero aislado. Estos *rateros* son más temibles que los verdaderos bandidos, los cuales proceden con la regularidad de una banda organizada, sometida a un jefe, y tratan con cierta consideración a los viajeros para hacerles sufrir otra presión en otro camino; además, nadie se resiste a un grupo de veinte o veinticinco hombres a caballo, bien equipados, armados hasta los dientes, mientras que si se lucha contra los *rateros*, se deja uno matar, o por los menos herir, y luego el *ratero*, a lo mejor, es quizá ese boyero que pasa, ese labrador que os saluda, ese muchacho andrajoso y bronceado que duerme o finge dormir en una estrecha faja de sombra, en una quebradura del barranco, vuestro mismo calesero, que os con-

duce a una emboscada. No se sabe; el peligro está en todas partes y en ninguna. De tiempo en tiempo, la policía hace asesinar, por medio de sus agentes, en riñas de taberna, provocadas de propósito, a los más peligrosos y conocidos de estos miserables, y esta justicia, aunque un poco sumaria y bárbara, es la única practicable, en vista de la carencia de pruebas y de testigos, y la dificultad de apoderarse de los culpables en un país donde sería necesario un ejército para detener a cada individuo, y en que la contrapolicía se ejerce con tanta inteligencia y pasión por un pueblo que no tiene sobre lo tuyo y lo mío ideas más avanzadas que los beduínos de Africa. Sin embargo, aquí, como en los demás sitios, los bandidos anunciados no se presentaron, y llegamos a Jerez sin obstáculo alguno.

Jerez, como todos los pueblos andaluces, está blanqueado con cal de pies a cabeza, y no tiene más de notable en arquitectura que sus bodegas, inmensas cuevas de techumbre y tejas y de grandes muros sin ventanas. La persona a quien íbamos recomendados no estaba; pero la carta hizo su efecto, y nos condujeron inmediatamente a la bodega. Nunca se presentó un espectáculo más glorioso a los ojos de un borracho; marchábamos por avenidas de toneles, colocados en cuatro o cinco filas superpuestas. Tuvimos que probar de todo aquéllo, por lo menos de las clases principales, de las que hay infinitas. Seguimos toda la gama, desde el jerez de ochenta años, obscuro, espeso, con sabor de moscatel y el tono extraño del vino verde de Beziers, hasta el jerez seco, color de paja claro, oliendo a piedra de fusil y parecido al *sauterne*. Entre estas dos notas extremas hay todo un registro de vinos intermedios, con tonos de oro, de topacio quemado, de corteza de naranja y de una variedad extrema de sabores. Casi todos están mezclados, más o menos, con aguardiente, en particular los que se destinan a Inglaterra, donde no los encontrarían bastante fuertes sin ello, pues para agradar a los paladares británicos el vino tiene que estar disfrazado de ron.



Después de un estudio tan completo de etnología jerezana, lo difícil era llegar a nuestro coche con una rectitud suficientemente majestuosa para no comprometer a Francia frente a España; era asunto de amor propio internacional; caer o no caer, tal era el problema, que resultaba casi tan embarazoso como el que preocupaba tanto al príncipe de Dinamarca. Debo decir, con orgullo bien legítimo, que fuimos a nuestra calesa en un estado de perpendicularidad muy satisfactorio, y que representamos gloriosamente a nuestro querido país en esta lucha contra el vino más capcioso de la Península. Gracias a la evaporación rápida, producida por un calor de 38 a 40 grados, a nuestro retorno al Puerto nos hallamos en estado de disertar sobre los puntos más delicados de la psicología, y de apreciar todos los lances de la corrida. Esta corrida, en la que la mayor parte de los toros eran embolados—es decir, llevaban bolas en

la punta de los cuernos—, y en la que sólo se mataron dos, nos divirtió mucho por una serie de incidentes cómicos. Los picadores, vestidos de turcos carnavalescos, con calzones de percal a lo mameluco, chaquetillas con un sol en la espalda y turbantes en forma de pastel de Saboya, recordaban, hasta confundirlos con ellas, a las figuras de moros extravagantes, que Goya pintó con dos o tres rasgos en las láminas de la *Tauromaquia*. Uno de aquellos individuos grotescos, esperando que le llegara el turno de picar, se limpiaba las narices en una punta del turbante, con una filosofía y una flema admirables. En la arena apareció un barco de vapor de mimbre, recubierto de lienzos y tripulado por asnos vestidos con blusas rojas y con tricornios en la cabeza. El toro se lanzó contra aquella máquina, encornando, derribando y lanzando por el aire a los pobres borricos de la manera más cómica del mundo; también vi en esta plaza un picador que mató al toro con su puya, en cuyo mango iba oculto un artificio, causador de una detonación tan violenta, que el animal, el caballo y el jinete cayeron los tres hacia atrás; el primero, porque estaba muerto, y los otros dos, por la fuerza del choque. El matador era un viejo marrajo, vestido con una casaca bisunta, calzado con medias amarillas muy caladas, con un aspecto de Juanito de ópera cómica o de *queue-rouge* de saltimbanqui. Fué derribado varias veces por el toro, al que dió unas cuantas estocadas, tan mal dirigidas, que se hizo necesario el



empleo de la *media luna* para rematarlo. La *media luna*, como indica su nombre, es una especie de podón grande, con un mango largo. La utilizan para desjarretar al animal, al que rematan después sin peligro alguno. Nada más innoble ni más odioso: en cuanto termina el peligro comienza lo repugnante; ya no es un combate, es una carnicería. Aquel pobre animal, arrastrándose sobre sus muñones, como Jacinto el de *Variétés* cuando representa a la *Enana* en la sublime escena de *Los saltimbanquis*, ofrece el más triste espectáculo que puede verse, y sólo se desea una cosa, y es que le queden aún bastantes fuerzas para destripar a sus estúpidos verdugos de una cornada suprema.

Aquel miserable, matador de ocasión, tenía como habilidad especial *comer*. Engullía siete u ocho docenas de huevos duros, un carnero entero, una ternera, etc. Al ver su delgadez, presumíase que no trabajaba con sobrada frecuencia. En aquella corrida había mucha gente; los trajes de majo eran ricos y numerosos; las mujeres, de tipo completamente distinto que las de Cádiz, llevaban a la cabeza, en lugar de mantilla, grandes chales escarlata, que encuadraban maravillosamente sus rostros aceitunados, de un tono casi tan obscuro como el de los mulatos, y en el que el nácar de los ojos y el marfil de los dientes resaltan con un brillo especial. Estas líneas puras, este tono leonado y dorado, se prestarían maravillosamente a la pintura, y es lástima que Leopoldo

Robert, ese Rafael de los campesinos, se muriese tan joven y sin hacer un viaje por España.

Errando a través de las calles, desembocamos en la plaza del Mercado. Era de noche. Las tiendas y los puestos estaban iluminados con faroles o lámparas colgadas, y ofrecían un golpe de vista encantador, estrellado y salpicado de puntos brillantes. Sandías de cáscara verde y pulpa rosada, higos chumbos, unos con su pellejo espinoso, otros ya mondados, sacos de garbanzos, cebollas monstruosas, uvas color de ámbar amarillo, capaces de dar envidia al racimo traído de la tierra prometida; ristras de ajos, guindillas y otros géneros violentos, hallábanse amontonados pintorescamente. En los pasajes abiertos entre comerciante y comerciante, iban y venían los campesinos arreando a sus burros, las mujeres tirando de los chiquillos. Me fijé en una de gran belleza, con ojos de azabache en un óvalo de hollín, y, en las sienes, los cabellos aplastados, relucientes como dos cocas de raso negro o dos alas de cuervo. Marchaba seria y radiante, sin medias, con su pie encantador, desnudo, en un zapato de raso. Esta coquetería del pie es general en Andalucía.

El patio de nuestra posada, habilitado para vivir en él, estaba adornado de una fuente rodeada de arbustos, en los que vivía todo un pueblo de camaleones. Sería difícil imaginar un bicho más extrañamente repugnante. Figuraos una especie de lagarto tripón, de seis a siete pulgadas, poco más o menos, con una boca desmesuradamente



rasgada, en la que vibra una lengua viscosa, blanquecina, tan grande como el cuerpo, ojos de sapo a quien pisaran, saltones, enormes, envueltos en una membrana, y de una independencia absoluta de movimientos; el uno mira al cielo, el otro a la tierra. Estos lagartos torpes, que sólo se mantienen del aire—según dicen los españoles—, pero a los que yo he visto comer moscas, tienen la propiedad de cambiar de color según el sitio en que se encuentren. No se vuelven súbitamente escarlata, azules o verdes, en un momento, sino que, al cabo de una hora o dos, se embeben e impregnan del color de los objetos que están más cerca de ellos. En un árbol, son de un hermoso verde; en una tela azul, adquieren un gris pizarra; sobre lo encarnado, un rojo obscuro. Si están a la sombra se decoloran y toman un tono neutro de un blanco amarillento. Uno o dos camaleones tendrían un puesto indicado en el laboratorio de un alquimista o de un doctor Fausto. En Andalucía cuelgan del techo un cordelillo largo, cuyo extremo colocan entre las patas delanteras del animal, que comienza a trepar por él hasta que se encuentra con el techo, donde sus garras no pueden hacer presa. Entonces torna a bajar hasta el cabo de la cuerda, y mide, volviendo uno de sus ojos, la distancia que le separa del suelo; luego, tras de calculado todo bien, vuelve a emprender su excursión, con una seriedad y una gravedad admirables, y así continúa indefinidamente. Cuando hay dos camaleones en el mismo cordel,

el espectáculo es de una ridículez trascendental. La persona más aburrida comenzaría a reír al contemplar las contorsiones, las miradas espantosas de los feos animales cuando se encuentran. Deseoso de procurarme este espectáculo en Francia, compré una pareja de aquellos admirables animales y me los llevé en una jaulita; pero se enfriaron en la travesía, y murieron del pecho a nuestra llegada a Port-Vendres. Se habían quedado muy flacos, y su pobre anatomía podría estudiarse a través de la piel, flácida y arrugada.

A los pocos días, el anuncio de una corrida—por desgracia, la última que debía de ver—me hizo retornar a Jerez. La plaza de Jerez es muy bonita, muy amplia, y no deja de tener cierto carácter arquitectónico. Está edificada de ladrillo, entreverado con piedra, mezcla que produce muy buen efecto. Había en ella una multitud inmensa, abigarrada, matizada, hormigueante, con gran movimiento de abanicos y de pañuelos. Ya hemos descrito varias corridas, y de ésta sólo citaremos algunos detalles. En medio del redondel había un poste, terminado por una especie de pequeña plataforma. En ésta hallábase acurrucado, haciendo gestos, moviendo atropelladamente los morros, un mono vestido de trovador, sujeto por una cadena, bastante larga para permitirle describir un círculo de cierta extensión, cuyo centro era el poste. Cuando el toro entraba en la plaza, lo primero que hería su vista era el mono en su percha. Entonces



se representaba la comedia más divertida: el toro perseguía al mono, que se subía, célere, a la plataforma. El animal, furioso, daba grandes cornadas al poste, imprimiendo enormes sacudidas al señor babuino, que era presa del más profundo terror, y cuyos apuros se traducían en gestos de un efecto cómico irresistible. Algunas veces, no pudiéndose afianzar en el reborde de la plancha, aun cuando se agarraba con las cuatro patas, caía sobre el lomo del toro, al que se aferraba desesperadamente. Entonces la hilaridad no tenía límites, y quince mil sonrisas blancas iluminaban todas aquellas caras morenas. Pero a la comedia sucedió la tragedia. Un pobre negro, mozo de plaza, que llevaba un cesto lleno de arena para echarla sobre los charcos de sangre, fué atacado por el toro, al que él creyó entretenido en otra parte, y que le volteó dos veces. Quedó tendido sobre la arena sin movimiento y sin vida. Los chulos acudieron a agitar su capote ante el hocico del toro, atrayéndole al otro extremo de la plaza, para que pudieran llevarse el cuerpo del negro. Ocurrió muy cerca de mí: dos mozos le llevaban de los pies y de la cabeza. Cosa singular: de negro habíase convertido en azul fuerte, que, al parecer, es la manera de palidecer de los negros. Este suceso no alteró poco ni mucho la corrida. "Nada, es un moro", fué la oración fúnebre del pobre africano. Pero si los hombres se mostraron insensibles a su muerte, no ocurrió lo mismo con el mono, que se retorcía los brazos, lanzaba

aullidos horribles y se esforzaba cuanto podía por romper la cadena. ¿Consideraría al negro como un animal de su raza, como un hermano de más suerte, como el único amigo digno de comprenderle? El caso es que yo no he presenciado nunca un dolor más vivo, más emocionante, que el de aquel mono llorando al negro, y el hecho es tanto más digno de notarse, cuanto que había visto a los picadores volteados y en peligro sin dar la menor muestra de inquietud o de simpatía. En el mismo momento, un buho enorme abatióse en medio de la plaza; acudía, sin duda, en su calidad de pájaro nocturno, a buscar aquel alma negra, para llevarla al paraíso de ébano de los africanos. De los ocho toros de aquella corrida sólo debían matarse cuatro. Los otros, después de recibir media docena de puyas y tres o cuatro pares de banderillas, eran conducidos al toril por grandes bueyes con cencerros al cuello. El último, un novillo, fué dejado a los aficionados, que invadieron el redondel en tumulto y lo despacharon a navajazos, pues tal es la pasión de los andaluces por las corridas, que no les basta ser espectadores: han de tomar parte en ellas, sin lo cual no se marcharían satisfechos.

El barco de vapor *L'Ocean* hallábase presto a levar anclas en la rada, donde el mal tiempo, ese magnífico mal tiempo de que ya he hablado, le retenía hacía varios días. Nos embarcamos en él con un sentimiento de satisfacción íntima, pues, a consecuencia de los sucesos de Valencia y de los



disturbios que les sucedieron, Cádiz estaba en cierto modo en estado de sitio. En los periódicos no se publicaban más que poesías o folletines traducidos del francés, y en las esquinas estaban pegados bandos bastante ásperos, prohibiendo los grupos de más de tres personas, bajo pena de muerte. Aparte estos motivos, suficientes para desear una pronta marcha, hacía ya bastante tiempo que caminábamos con la espalda vuelta a Francia; era la primera vez, después de algunos meses, que dábamos un paso hacia la madre patria; y por muy desligado que uno se sienta de prejuicios nacionales, es difícil librarse de algo de patriotería tan lejos de su país. En España, la menor alusión a Francia me ponía furioso, y habría cantado glorias, victorias, laureles guerreros, como un comparsa del circo olímpico.

Todo el mundo estaba en el puente, yendo y viniendo, diciendo adiós a las canoas que tornaban a tierra; yo, que no dejaba en la orilla ningún sentimiento, ningún recuerdo, olisqueaba por todos los rincones y recovecos del pequeño mundo flotante que había de servirme de cárcel durante algunos días. En el curso de mis investigaciones, encontré un cuartito lleno de una gran cantidad de vasijas vidriadas de forma íntima y sospechosa. Aquellos vasos tan poco etruscos me sorprendieron por su número, y me dije: "¡He aquí un cargamento de lo menos poético! Oh, Delille, púdico abate, rey de la perífrasis, ¿con qué circunloquio habrías designado en tu alejandrino ma-

jestuoso esta alfarería doméstica y nocturna?" Apenas habíamos hecho una legua, comprendí para qué servía aquella vajilla. Por todas partes gritaban: ¡Me mareo! ¡Me muero! ¡Limones! ¡Ron! ¡Vinagre! ¡Sales! El puente ofrecía el espectáculo más lamentable; las mujeres, tan encantadores momentos antes, verdeaban como ahogados de ocho días. Yacían sobre colchones, sobre las maletas, sobre mantas, en un olvido completo de toda gracia y de todo pudor. Una madre joven que amamantaba a su hijo, sintiéndose mareada, se olvidó de abrocharse el corpiño, y no se dió cuenta de ello hasta que hubimos pasado Tarifa. Un pobre loro, que también fué víctima en la jaula, y no comprendía el porqué de las angustias que experimentaba, repetía su repertorio con una volubilidad llorona de lo más cómico del mundo. Yo tuve la suerte de no marearme. Sin duda, los dos días pasados en el *Voltigeur* me habían aclimatado. Mi compañero, más desgraciado que yo, sumióse en el interior del barco y no salió hasta nuestra llegada a Gibraltar. ¿Cómo será que la ciencia moderna, que se ocupa con tanta solicitud de los catarros de cabeza de los conejos, y se divierte tiñendo de rojo los huesos de los patos, no ha tratado seriamente de hallar remedio para esta horrible molestia, que hace sufrir más que una verdadera agonía?

El mar estaba aún un poco bravo, a pesar de que el tiempo era magnífico; el aire tenía tal transparencia, que divisábamos claramente la costa



de Africa, el cabo Espartel y la bahía, en cuyo fondo se halla Tánger, que sentimos mucho no poder visitar. Aquella línea de montañas, parecidas a nubes, de las que sólo se diferenciaban por la inmovilidad, era Africa, la tierra de los prodigios, de la que los romanos decían: *Quid novi fert Africa?*, el continente más antiguo, la cuna de la civilización oriental, el hogar del islam, el mundo negro, en el que la sombra, ausente del cielo, sólo se encuentra en los rostros, el laboratorio misterioso donde la Naturaleza, que se ensaya en producir el hombre, tranforma primeramente al mono en negro. Verla y pasar de largo. ¡Qué nuevo refinamiento del suplicio de Tántalo!

A la altura de Tarifa, pueblo cuyas murallas de creta se levantan sobre una colina escarpada, detrás de una islilla del mismo nombre, Europa y Africa se aproximan, y parece como si quisieran darse un beso de alianza. El estrecho es tan angosto, que se descubren a la vez los dos continentes. Es imposible no creer, cuando se está en aquellos lugares, que el Mediterráneo no haya sido, en una época no muy lejana, un mar aislado, un lago interior, como el mar Caspio, el mar de Aral y el mar Muerto. El espectáculo que se ofrecía a nuestra mirada era de una magnificencia maravillosa. A la izquierda, Europa; a la derecha, Africa; con sus costas rocosas, teñidas por la distancia con tonos violeta claro, cuello de pichón como las de una tela de seda tornasola; delante, el horizonte sin límites, ensanchándo-

se siempre; encima, un cielo de turquesa; debajo, un mar de zafiro, de una limpidez tan grande, que se veía entero el casco del navío y la quilla de los barcos que pasaban a nuestro lado y que parecía que volaban en el aire, más bien que flotaban en el agua. Nadábamos en luz, y el único tono sombrío que podía descubrirse en veinte leguas a la redonda procedía del largo penacho de humo espeso que dejábamos detrás de nosotros. El barco de vapor es, ciertamente, una invención septentrional; su hogar, siempre ardiendo; su caldera, en ebullición; sus chimeneas, que llegarán a ennegrecer el cielo con su hollín, armonizan admirablemente con las nieblas y las brumas del Norte. En los esplendores del Mediodía, es una mancha. La Naturaleza estaba alegre; grandes aves marinas, de una blancura de nieve, rasaban el agua con el filo de sus alas. Atunes, doradas, pescados de todas clases, barnizados, lustrosos, daban saltos, hacían cabriolas y jugueteaban con las olas; las velas se sucedían sin interrupción, blancas, turgentes, como el seno henchido de leche de una nereida que emergiera de las ondas. Las costas se teñían de colores fantásticos; sus pliegues, sus desgarraduras, sus escarpas, recogían los rayos del sol por manera que producían los efectos más maravillosos, más inesperados, y nos ofrecían un panorama renovado sin cesar. A eso de las cuatro estábamos a la vista de Gibraltar, esperando que la *sanidad*—así se llama a las gentes del lazareto—se dignara coger nuestros papeles con pin-



zas, y ver si por casualidad llevábamos en los bolsillos la fiebre amarilla, el cólera azul o la peste negra.

El aspecto de Gibraltar desorienta por completo; no se sabe dónde se está ni lo que se ve. Figuraos una roca inmensa, o mejor, una montaña de mil quinientos pies de altura, que surge súbitamente, bruscamente, de en medio del mar, sobre una tierra tan llana y tan baja, que apenas se ve. Nada la prepara, nada la motiva, no se une a ninguna cadena; es un monolito monstruoso lanzado del cielo, un trozo de planeta desprendido y caído allí durante una batalla de astros, un fragmento del mundo roto. ¿Quién lo ha colocado en aquel sitio? Sólo Dios y la eternidad lo saben. Contribuye al efecto causado por este peñón inexplicable, su forma; diríase que es una esfinge de granito enorme, desmesurada, gigantesca, como podrían tallarla los titanes que fuesen escultores, y junto a la cual los monstruos chatos de Karmak y de Giseh están en la proporción de un ratón junto a un elefante. La prolongación de las patas forma lo que se llama la punta de Europa; la cabeza, un poco truncada, se vuelve hacia Africa, a la que parece mirar con atención profunda y soñadora. ¿Qué pensamiento puede tener aquella montaña de actitud irónicamente meditativa? ¿Qué enigma propone o trata de descifrar? Los hombros, los riñones y la grupa, se extienden hacia España en grandes pliegues descuidados, en bellas líneas ondulantes, como las

de un león en reposo. La ciudad está abajo, casi imperceptible, miserable detalle perdido en la masa. Los navíos de tres puentes, anclados en la bahía, parecen juguetes alemanes, pequeños modelos de navíos en miniatura, como se venden en los puertos de mar; las barcas, moscas que se ahogan en leche; las mismas fortificaciones apenas se advierten. Y, sin embargo, la montaña está socavada, minada, horadada en todas direcciones; tiene el vientre lleno de cañones, de obuses, de morteros; está repleto de municiones de guerra. Es el lujo y la coquetería de lo intangible. Pero todo ello no produce a la vista más que la sensación de unas líneas imperceptibles, que se confunden con las arrugas de la roca, algunos agujeros por los que las piezas de artillería pasan furtivamente sus bocas de bronce. En la Edad Media, Gibraltar hubiese estado erizado de cubos, de torres, de torreones, de murallas almenadas; en vez de permanecer abajo, la fortaleza hubiese escalado la montaña y se habría colocado como un nido de águila sobre la cresta más empinada. Las baterías actuales están a nivel del mar, tan estrecho en aquel sitio, y hacen el paso imposible, por decirlo así. Gibraltar era llamado por los árabes Ghiblatâh, es decir, el *Monte de la Entrada.* Nunca hubo nombre más justificado. Su nombre antiguo es Calpe. Abila—ahora el Monte de los Monos—, está al otro lado, en Africa, muy cerca de Ceuta, posesión española, el Brest y el Tolón de la Península, donde se



envía a los más empedernidos presidiarios. Distinguíamos perfectamente la forma de aquellas escarpas y su cima encapotada de nubes, a pesar de la serenidad de todo el resto del cielo.

Como Cádiz, Gibraltar, situado a la entrada de un golfo, en una península, se une al continente por una estrecha faja de tierra que se llama *terreno neutral,* en el que están establecidas las aduanas. La primera posesión española por este lado es San Roque. Algeciras, cuyas casas blancas brillan en el azul universal como el vientre argénteo de un pez a flor de agua, está precisamente frente a Gibraltar; en medio de aquel azul espléndido, Algeciras hacía su pequeña revolución; se oía vagamente el chasquido de los disparos de fusil, como granos de sal que se arrojaran al fuego. El Ayuntamiento se refugió en nuestro vapor, donde sus miembros se pusieron a fumar con la mayor tranquilidad del mundo.

La *sanidad* no nos encontró infección alguna; fuimos abordados por las lanchas, y un cuarto de hora después estábamos en tierra. El efecto que produce la fisonomía de la ciudad es de los más extraños. Con un solo paso hacéis quinientas leguas; es un poco más de lo que andaba Pulgarcito con sus famosas botas. Un momento antes os hallabais en Andalucía; ahora estáis en Inglaterra. De las ciudades moriscas del reino de Granada y de Murcia, pasáis súbitamente a Ramsgate; he aquí las casas de ladrillos con sus zanjas, sus postigos, sus ventanas de guillotina, exactamente

como en Twickenham o en Richmond. Si vais un poco más lejos, encontraréis los *cottages* con verjas y vallas pintadas. Los paseos y los jardines están plantados de fresnos, de abedules, de olmos, y de la verde vegetación del Norte, tan distinta de esas recortaduras de hierro barnizado que se hacen pasar por follaje en los países meridionales. Los ingleses tienen una individualidad tan acentuada, que son los mismos en todas partes, y verdaderamente no sé por qué viajan, pues llevan consigo sus costumbres y transportan su interior al hombro, como verdaderos caracoles. En cualquiera parte que se halle un inglés, vive exactamente lo mismo que si estuviera en Londres: necesita su te, sus *rumpsteaks*, sus tartas de ruibarbo, su oporto y su jerez, si está bueno, y sus calomelanos si está enfermo. Merced a las innumerables cajas que lleva consigo el inglés, se procura en todas partes el *at home* y el *confort* necesarios a su existencia. ¡Qué de chismes necesitan para vivir estos honrados insulares, cuánta molestia se toman para estar a gusto y cuánto prefiero a este rebuscamiento y estas complicaciones la sobriedad y la desnudez españolas! Hacía mucho tiempo que no había visto en la cabeza de las mujeres esas horribles tortas, esos odiosos cubiletes de cartón, recubierto de un pedazo de tela, que se llaman sombreros, y en cuyo fondo el bello sexo amortaja su cara en los países que pretenden ser civilizados. No puedo describir la sensación tan desagradable que hube de experimentar a la vista



de la primera inglesa que encontré con un sombrero y su velo verde en la cabeza, marchando como un granadero de la guardia, con sus grandes pies calzados de enormes brodequines. No es que fuese fea, al contrario; pero yo estaba habituado a la pureza de raza, a la finura de caballo árabe, a la gracia exquisita en el andar, a la monada y la gentileza andaluzas, y aquella figura rectilínea, de mirada fría, de fisonomía muerta, de trazos angulosos, con su atavío exacto y metódico, su perfume de *Cant* y su ausencia de naturalidad, me produjo un efecto cómicamente siniestro. Parecíame que me habían puesto de repente ante el espectro de la civilización, mi enemiga mortal, y esta aparición quería decir que mi sueño de libertad vagabunda había terminado, y que era preciso volver a entrar, para no salir más, en la vida del siglo XIX. Ante aquella inglesa, me sentí avergonzado de no tener guantes blancos, ni monóculo, ni zapatos de charol, y eché un mirada confusa a los bordados extravagantes de mi capote azul celeste. Por primera vez, después de seis meses, comprendí que no estaba presentable y que no tenía aspecto de caballero.

Aquellos largos rostros británicos, aquellos solsados rojos con aire de autómatas, frente a aquel cielo tan fúlgido y aquel mar tan brillante, no están en su derecho; se comprende que su presencia se debe a una sorpresa, a una usurpación. Ocupan, pero no habitan la ciudad.

Los judíos—rechazados o mal vistos por los es-

pañoles—, que, si no tienen religión, conservan aún superstición, abundan en Gibraltar, que se ha tornado hereje con los descreídos de los ingleses. Pasean por las calles sus perfiles de nariz ganchuda, de boca delgada, su cráneo amarillo y reluciente, con un gorro rabínico colocado hacia atrás; sus levitas raídas, de forma estrecha y color obscuro; las judías, que por un privilegio singular son tan bellas como repugnantes sus maridos, llevan capas negras de capucha, ribeteadas de escarlata y de un carácter pintoresco. Su vista nos hizo pensar vagamente en la Biblia, en Raquel al borde del pozo, en las escenas primitivas de las épocas patriarcales pues, lo mismo que todas las razas orientales, conservan en sus rasgados ojos negros y en su tez dorada el reflejo misterioso de un mundo desaparecido. En Gibraltar hay también muchos marroquíes, árabes de Tánger y de la costa; suelen tener tiendecillas de perfumes, de fajas de seda, de babuchas, de espantamoscas, de almohadones de cuero historiados y otras menudas industrias berberiscas. Como queríamos hacer algunas compras de chucherías y cosas curiosas, nos condujeron a casa de uno de los principales, que habitaba en la ciudad alta, haciéndonos pasar por calles en escalera, menos inglesas que las de la ciudad baja, y que en algunas revueltas permitían a la vista un escape al Golfo de Algeciras, magníficamente iluminado por los últimos fulgores del día. Al entrar en la casa del marroquí nos envolvió una nube de aromas orientales: el perfume dul-



ce y penetrante del agua de rosa se nos subió al cerebro y nos hizo pensar en los misterios del harén y en las maravillas de *Las mil y una noches.* Las hijas del mercader, jóvenes, bonitas, de unos veinte años, estaban sentadas en bancos a la puerta, aspirando el fresco de la tarde. Poseían esa pureza de rasgos, esa limpidez de la mirada, esa nobleza indolente, ese aire de melancolía amorosa y pensativa, atributos de las razas puras. El padre tenía el aspecto atildado y majestuoso de un rey mago. Nos encontrábamos muy feos y muy mezquinos junto a aquel buen mozo solemne; y en el tono más humilde, con el sombrero en la mano, le preguntamos si se dignaba vendernos algunos pares de babuchas de badana amarilla. Hizo un signo de asentimiento, y como le hiciéramos observar nosotros que el precio era un poco elevado, nos respondió de una manera grandiosa, en español: "Yo no pido de más nunca; eso es bueno para los cristianos." Así, nuestra mala fe comercial nos convierte en objeto de desprecio para las naciones bárbaras, las cuales no comprenden que el deseo de ganar algunos céntimos más haga perjurar a un hombre.

Hechas nuestras adquisiciones, descendimos de nuevo al bajo Gibraltar, y nos fuimos a dar una vuelta a un hermoso paseo plantado de árboles del Norte, entremezclados con flores, soldados y cañones, en el que se ven calesas y caballeros, lo mismo exactamente que en Hyde Park. Sólo falta la estatua de Aquiles Wellington. Felizmente, los in-

gleses no han podido ensuciar el mar ni ennegrecer el cielo; este paseo está fuera de la ciudad, hacia la punta de Europa, y del lado de la montaña habitada por los monos. Es el único sitio de nuestro continente donde estos simpáticos cuadrumanos viven y se multiplican en estado salvaje. Según cambia el viento, se pasan de un lado a otro de la roca, sirviendo por tal modo de barómetro. Está prohibido matarlos, bajo penas muy severas. Por mi parte, no los he visto; pero la temperatura del lugar es suficientemente ardorosa para que los macacos y cercopitecos más frioleros puedan desarrollarse sin estufas ni caloríferos. Abila, si se ha de dar crédito a su nombre moderno, debe de gozar en la costa de Africa de una población semejante.

Al día siguiente abandonamos este parque de artillería y este hogar del contrabando, y bogamos hacia Málaga, que ya conocíamos, pero que nos agradó tornar a ver, con su faro esbelto y blanco, su puerto henchido y su movimiento constante. Vista desde el mar, la catedral parece más grande que la ciudad, y las ruinas de las antiguas fortificaciones árabes producen en las pendientes de las rocas los efectos más románticos. Volvimos a nuestra posada de los Tres Reyes, y la gentil Dolores lanzó un grito de alegría al reconocernos.

Al día siguiente tornamos al mar, cargados con una buena provisión de pasas; y como habíamos perdido algún tiempo, el capitán resolvió no detenerse en Almería y seguir de un tirón hasta Cartagena.



Seguíamos la costa de España lo bastante cerca para no perderla de vista. La de Africa había desaparecido hacía tiempo del horizonte, a causa del ensanchamiento de la dársena del Mediterráneo. Por una parte teníamos, pues, en perspectiva largas franjas de cantiles azulados, de escarpas extrañas, de cortaduras perpendiculares, salpicadas aquí y acullá de puntos blancos, que indicaban un pueblecillo, una torre de vigía, una garita de aduanero; de la otra, el mar, tan pronto rizado y tornasolado por la corriente o la brisa, como de un azul terso y mate, o bien con transparencias de cristal; unas veces de un resplandor tembloroso, como una basquiña de bailarina, y otras opaco, aceitoso y gris, como de mercurio o estaño fundido; una variedad de tonos y de aspectos inconcebibles, capaz de hacer la desesperación de los poetas y de los pintores. Una procesión de velas rojas, blancas, amarillentas—navíos de todos tamaños y banderas—, alegraba el golpe de vista y le quitaba lo que siempre tiene de triste la contemplación de una soledad inmensa. Un mar sin ninguna vela es el espectáculo más melancólico y doloroso que puede contemplarse. ¡Pensar que en un espacio tan grande no hay un pensamiento ni un corazón para comprender tan sublime espectáculo! Un punto blanco, apenas perceptible, en este azul sin fondo y sin límite, y la inmensidad está poblada: ya hay un interés, un drama.

Cartagena, que se llama *Cartagena de Levante*, para distinguirla de Cartagena de América, ocu-

pa el fondo de una bahía, especie de embudo de rocas, donde los barcos están, perfectamente, al abrigo de todo viento. Su corte no tiene nada de pintoresco; los rasgos más salientes que recordamos son dos molinos de viento dibujados en negro sobre un fondo de cielo claro. Apenas habíamos puesto el pie en las lanchas para bajar a tierra, fuimos asaltados, no por mozos para llevar los equipajes, como en Cádiz, sino por odiosos granujas que nos cantaban los encantos de una colección de Balbinas, Casildas, Hilarias, Lolas, que no había medios de entenderlos.

El aspecto de Cartagena es completamente distinto del de Málaga. Todo lo que Málaga tiene de alegre, riente, animada, tiene Cartagena de triste, ceñuda, en su corona de rocas peladas y estériles, tan secas como las colinas egipcias en cuyo costado los faraones cavaban sus siringes. La cal ha desaparecido, los muros han recobrado sus tintas obscuras, las ventanas están enrejadas con forjas complicadas, y las casas, más sombrías, tienen ese aire de prisión que distingue a los caseríos castellanos. Sin embargo, como no queremos caer en el error de aquel viajero que escribía en sus apuntes: "Todas las mujeres de Calais son adustas, rojas y jorobadas", porque la dueña de su posada reunía estos tres defectos, debemos decir que en estas ventanas, tan bien guarnecidas de barrotes, no hemos visto sino rostros encantadores y fisonomías de ángeles; quizá por esta razón tienen unas rejas tan espesas. Esperando



la comida, fuimos a visitar el arsenal marítimo, establecimiento ideado en las más grandiosas proporciones, y hoy en un estado de abandono que causa pena; aquellos vastos estanques, aquellas gradas, aquellos talleres inactivos, donde se podría construir una nueva armada, para nada sirven. Dos o tres armazones medio esbozadas, semejantes a esqueletos de cachalotes naufragados, púdrense obscuramente en un rincón; millares de grillos se han adueñado de aquellos edificios desiertos, y no se sabe dónde poner el pie para no aplastar alguno; hacen tanto ruido con sus pequeñas carracas, que cuesta trabajo entenderse. A pesar del cariño que siento por los grillos, cariño que he expresado en prosa y en verso, debo convenir en que allí había demasiados.

De Cartagena fuimos a la ciudad de Alicante. Yo me había figurado que sería muy almenada, al recordar un verso de las *Orientales*, de Víctor Hugo, que dice:

Alicante aux clochers mêle les minarets (1).

Pero a Alicante, por lo menos hoy, le sería muy difícil realizar esta mezcla—yo reconozco que es infinitamente deseable y pintoresca—, puesto que, primero, no tiene minarete alguno, y además, el único campanario que posee es una torre muy baja y poco visible. Lo característico de Alicante es una enorme roca que se eleva en medio de la

---

(1) En Alicante júntanse campanarios y minaretes.

ciudad, la cual, magnífica de forma, magnífica de color, está coronada por una fortaleza y flanqueada por una garita suspendida sobre el abismo de la manera más audaz. El Ayuntamiento, o, para más color local, el Palacio de la Constitución, es un edificio encantador y del mejor gusto. La Alameda, enlosada de piedra, está sombreada por dos o tres hileras de árboles, bastante cubiertos de hoja para árboles españoles, cuya raíz no se sumerge en un pozo. Las casas se elevan y toman un aire europeo. Vi dos mujeres tocadas con sombreros amarillo azafrán, síntoma amenazador. Esto es todo lo que sé de Alicante, donde el barco no tocó más que el tiempo necesario para tomar carga y carbón, tiempo que aprovechamos para almorzar en tierra. Como puede suponerse, no desperdiciamos la ocasión de hacer algunos estudios concienzudos sobre el vino de la tierra, que no encontré tan bueno como yo me lo imaginaba, a pesar de su autenticidad indiscutible; quizá consistiera en el sabor de pez que le había comunicado la bota que lo contenía. Nuestra próxima etapa debía conducirnos a *Valencia del Cid*, como dicen los españoles.

De Alicante a Valencia, los acantilados de la costa continúan presentando forma extrañas, aspectos inesperados; en la cima de una montaña nos hicieron observar una cortadura cuadrada que parece hecha por la mano del hombre. Al día siguiente, hacia el amanecer, anclamos ante el Grao; así se llama el puerto y un barrio de Valencia, la



cual está alejada del mar una media legua. Las olas eran muy fuertes, y llegamos al desembarcadero bastante mojados. Allí montamos en una tartana para dirigirnos a la ciudad. La palabra tartana suele tomarse ordinariamente en un sentido marítimo; la tartana de Valencia es un cajón recubierto de hule encerado y colocado sobre las ruedas sin muelle alguno. Este vehículo nos pareció, comparado con las galeras, de una blandura afeminada, y nunca coche alguno de Clochez lo juzgáramos más agradable. Estábamos sorprendidos y como emocionados de sentirnos tan bien. Grandes árboles orillaban el camino que seguíamos, encanto del que hacía tiempo habíamos perdido la costumbre.

Valencia, desde el punto de vista pintoresco, responde poco a la idea que de ella se tiene formada por los romances y las crónicas. Es una gran ciudad, llana, diseminada, confusa en su trazado, y sin las ventajas que da a las viejas ciudades edificadas en terrenos quebrados el desorden de su construcción. Valencia está situada en una llanura llamada la Huerta, en medio de jardines y de plantaciones, donde el riego perpetuo mantiene una frescura muy rara en España. El clima es tan suave, que las palmeras y los naranjos se dan al aire libre junto a las producciones del Norte. Por eso Valencia comercia en grande con la naranja; para medirlas se las pasa por un anillo, como las balas cuyo calibre se quiere reconocer; las que no pasan son las elegidas. El Guadalaviar, atrave-

sado por cinco hermosos puentes de piedra, y orillado por un soberbio paseo, pasa muy cerca de la ciudad, casi al pie de las murallas. Las numerosas sangrías que se practican en su caudal para el riego hacen que sus puentes sean las tres cuartas partes del año un objeto de lujo y adorno. La puerta del Cid, por la que se atraviesa para ir al paseo del Guadalaviar, está guarnecida de grandes torres almenadas de muy buen efecto.

Las calles de Valencia son estrechas, limitadas, de casas altas de aspecto tristón; en algunas aun se descifran blasones mutilados, se adivinan fragmentos de esculturas estropeadas, quimeras sin uñas, mujeres sin nariz, caballeros sin brazos. Una crujía del Renacimiento perdida, empotrada en un horrible muro de construcción reciente, hace levantar los ojos del artista de tarde en tarde, y le arranca un suspiro de sentimiento; pero estos raros vestigios hay que buscarlos en los rincones obscuros y en el fondo de los patios interiores, y Valencia no tiene por eso una fisonomía menos moderna. La Catedral, de una arquitectura híbrida, a pesar de su ábside de galería con sus arcos de cañón romanos, no encierra nada que pueda llamar la atención del viajero después de las maravillas de Burgos, de Toledo y de Sevilla. Algunos retablos finamente esculpidos, un cuadro de Sebastián del Piombo, otro del Españoleto—en su manera tierna, cuando trataba de imitar al Correggio—, es todo lo que hay de notable. Las demás iglesias,



aunque numerosas y ricas, están edificadas y decoradas con un gusto extraño de ornamentación grotesca que ya hemos descrito varias veces. Al ver todas estas rarezas, no se puede menos de lamentar tanto talento e imaginación malgastados inútilmente. La *Lonja de la Seda*, en la plaza del Mercado, es un delicioso monumento gótico; el salón grande, cuya bóveda apoya en hileras de columnas de nervaduras en espiral de una ligereza extrema, es de una elegancia y de una alegría rara en la arquitectura gótica, más propia, en general, para expresar la melancolía que la dicha. En la Lonja se celebran en Carnaval las fiestas y los bailes de máscaras. Para terminar con los monumentos, diremos algo sobre el antiguo convento de la Merced, donde se han reunido unas cuantas pinturas—unas medianas y otras malas, con raras excepciones—. Lo que más me encantó en la Merced fué un patio rodeado de claustro y plantado de palmeras, de un tamaño y una belleza completamente orientales, que se ahilan como la flecha en la limpidez del aire.

El verdadero atractivo de Valencia para el viajero es su población, o, mejor dicho, la de la Huerta que la rodea. Los campesinos valencianos usan un traje de una rareza característica, que no debe de haber variado mucho desde la invasión de los árabes, y que se diferencia muy poco del traje actual de los moros de Africa. Consiste en una camisa, un calzoncillo flotante de tela gruesa, ceñido con una faja roja, y un chaleco de terciopelo

verde o azul, adornado con botones hechos de moneditas de plata; las piernas van encerradas en una especie de *knémides* o polainas de lana blanca, ribeteadas de azul, que dejan la rodilla y el tobillo al descubierto. Se calzan con *alpargatas*, sandalias de cuerdas trenzadas, cuya suela tiene cerca de una pulgada de grueso, y qu se sujetan por medio de cintas, como los coturnos griegos; habitualmente llevan la cabeza rapada, como los orientales, y casi siempre envuelta en un pañuelo de color vivo; sobre este pañuelo se colocan un sombrerillo bajo, de alas vueltas, ribeteado de terciopelo y adornado con madroños, lentejuelas y otros adornos. Una pieza de tela de colorines, llamada *capa de muestra*, adornada con escarapelas amarillas, que llevan al hombro, completa este atavío, lleno de nobleza y de carácter. En los rincones de su capa, que arregla de mil maneras, el valenciano guarda su dinero, su pan, su sandía, su navaja; le sirve al tiempo de abrigo y de alforja. Ni que decir tiene que describimos el traje con todos sus detalles, el traje de los días de fiesta; los días corrientes y de trabajo, el valenciano sólo conserva la camisa y los zaragüelles; entonces, con sus enormes patillas negras, su rostro quemado por el sol, su mirada hosca, sus brazos y sus piernas color de bronce, tiene, ciertamente, el aire de un beduíno, sobre todo si se desata el pañuelo y deja al descubierto su cráneo rapado y azulado como una barba acabada de afeitar. A pesar de las pretensiones de ca-



tolicismo de España, me costará siempre mucho trabajo creer que tales mozos no sean musulmanes. Probablemente, a este aire feroz deben los valencianos la reputación de *mala gente* que tienen en las demás provincias de España. Veinte veces me han dicho que en la Huerta de Valencia, cuando tienen ganas de deshacerse de alguien, no era difícil encontrar un campesino que por cinco o seis duros se encargaba del asunto. Esto me huele a pura calumnia; he encontrado muchas veces en el campo zánganos de aspecto siniestro que me han saludado con mucha cortesía. Una noche, sin ir más lejos, nos habíamos perdido y estábamos a punto de tener que dormir a campo raso, pues las puertas de la ciudad estaban cerradas cuando volvimos, y, sin embargo, no nos ocurrió nada desagradable, a pesar de ser noche cerrada hacía mucho tiempo y de estar en revolución Valencia y sus alrededores.

Por un contraste singular, las mujeres de estas cabilas europeas son pálidas, rubias, *bionde e grassote*, como las venecianas; por sus labios vaga una sonrisa dulce y triste, y en sus ojos hay un rayo azul de ternura; no puede darse contraste más perfecto. Aquellos negros demonios del paraíso de la Huerta tienen por mujeres ángeles blancos, cuyos hermosos cabellos están sujetos por una gran peineta de teja o atravesados con grandes agujones rematados en bolas de plata o de cristal. Antes, las valencianas llevaban un delicioso traje nacional, que recordaba el de las al-

banesas; desgraciadamente, lo han abandonado por ese abominable traje anglofrancés, por los vestidos de manga de jamón y otros horrores parecidos. Es de notar que las mujeres son las primeras que abandonan los trajes nacionales; en España sólo los hombres del pueblo conservan los trajes antiguos. Esta falta de inteligencia en lo que al atavío respecta, sorprende mucho en un sexo árbitro de la coquetería; pero el asombro cesa al pensar que las mujeres tienen el sentimiento de la moda, pero no el de la belleza. Una mujer encontrará siempre encantador el trapo más miserable, si lo elegante es llevar aquel trapo.

Llevábamos diez días en Valencia, esperando el paso de otro vapor, pues el tiempo había alterado las fechas de las salidas y enredado las comunicaciones. Nuestra curiosidad estaba satisfecha, y no aspirábamos más que a regresar a París, tornar a ver a nuestros parientes, a nuestros amigos, los queridos bulevares, los queridos arroyos; yo creo—Dios me perdone—que acariciaba el deseo secreto de asistir a un *vaudeville;* en una palabra: la vida civilizada, olvidada durante seis meses, nos reclamaba imperiosamente. Teníamos gana de leer el periódico del día, de dormir en nuestra cama y de otras mil fantasías estúpidas. Por fin pasó un *pequebot*, procedente de Gibraltar, que nos tomó a bordo y nos condujo a *Port Vendres*, pasando por Barcelona, donde sólo permanecimos unas horas. El aspecto de Bar-



celona es semejante al de Marsella, y el tipo español apenas se advierte; los edificios son grandes, regulares, y sin los inmensos pantalones de terciopelo azul y las grandes barretinas rojas de los catalanes, podría uno creerse en una ciudad de Francia. A pesar de su Rambla, plantada de árboles, de sus hermosas calles trazadas a cordel, Barcelona tiene un aspecto un poco afectado y tieso, como todas las ciudades rodeadas muy estrechamente de fortificaciones.

La Catedral es muy hermosa, sobre todo en el interior, que es sombrío, misterioso, casi temeroso. Los órganos son de factura gótica y se cierran con grandes tableros cubiertos de pinturas; una cabeza de sarraceno hace horribles gestos bajo el colgante que lo sostiene. Hermosas arañas del siglo XV, caladas como relicarios, cuelgan de las nervaduras de las bóvedas. Al salir de la iglesia se entra en un hermoso claustro de la misma época, lleno de ensueño y de silencio, cuyas arcadas, medio en ruinas, adquieren los tonos gríseos de las viejas arquitecturas del Norte. La calle de la Platería deslumbra la vista por sus escaparates, resplandecientes de alhajas, y, sobre todo, de enormes pendientes, del tamaño de racimos de uvas, de una riqueza pesada y maciza, un poco bárbara, pero muy majestuosa, y que compran principalmente las labradoras acomodadas.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, entrábamos en la pequeña ensenada, en cuyo fondo se extiende Port Vendres. Estábamos en Francia. ¿Os

lo diré? Al poner el pie en el suelo patrio sentí humedecerme mis ojos, y no de alegría, sino de pena. Las torres bermejas, las cumbres de plata de Sierra Nevada, las adelfas del Generalife, las largas miradas de terciopelo húmedo, los labios de clavel en flor, los pies pequeños y las manos leves, todo esto acudió a mi imaginación tan vivamente, que me pareció que esta Francia, en la que, sin embargo, iba a encontrar a mi madre, era para mí un destierro.

El sueño había terminado.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO

## INDICE DEL TOMO II


117


COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
1010685103

